



# LOS FUSILEROS

Cristóbal Peña



COLECCIÓN

**MEMORIA HISTÓRICA EN CHILE**

**Título:** Los Fusileros: Crónica secreta de una guerrilla en Chile.

**Autor:** Cristóbal Peña (2006).

**Impresión:** Editorial Deriva, 2016.

**Página Web:** [editorialderiva.org](http://editorialderiva.org)

**TODAS LAS IDEAS HUMANAS SON EL RESULTADO DE UNA  
CONSTRUCCIÓN HISTÓRICO-SOCIAL IMPOSIBLES DE APROPIAR,  
POR ESO ALENTAMOS LA COPIA Y REPRODUCCIÓN DE ESTA OBRA  
BAJO CUALQUIER MEDIO.**

# **LOS FUSILEROS**

Crónica secreta de una guerrilla  
en Chile

**Cristóbal Peña**



*Un día, cuando ya puede caminar, lo llevan al baño y lo dejan solo. Allí encuentra a un prisionero, hombre de edad, antiguo militante, a quien no conocía. El viejo lo aborda con afecto; él, en medio de su desesperada soledad, le cuenta que había "hablado".*

*Jamás olvidará la respuesta: Lo pueden destruir a golpes, compañero, pero si usted delata ya no será más un hombre, estará muerto de por vida.*

*Tortura y resistencia en Chile: Estudio médico-político.*

Katia Reszczyński, Paz Rojas y Patricia Barceló



Juan Moreno Ávila, el primer fusilero en caer detenido, posa para la foto de prontuario en el cuartel central de Investigaciones. ARCHIVO POLICÍA DE INVESTIGACIONES DE CHILE.

## UNO

Esa mañana de miércoles, apenas asomó la nariz fuera de la casa, Óscar sintió algo extraño. Una quietud, un sosiego inhabitual para una hora en que la gente apura el paso al trabajo o a la escuela. Percibió algo que pudo tener fundamentos reales o bien ser un presentimiento, esas cosas que no se explican hasta que ocurren, pero el hecho es que sospechó y no hizo nada. Más bien nada que llamara la atención. Lo peor que se puede hacer en su caso cuando se está en situaciones como éstas es titubear, demorar una decisión, echar pie atrás. Aunque tampoco podía hacer mucho más. Ya tenía los pies en la calle cuando atinó a decirle al que tenía a su lado:

—Chico, mejor ándate tú primero. Yo me voy detracito, por si acaso.

Óscar, que también es chico, tanto como el otro, esperó a que Pedro le sacara una ventaja de nueve, doce metros, y cuando creyó que ya estaba a una distancia razonablemente casual como para no despertar sospechas, despejando cualquier posibilidad de que alguien llegara a pensar que andaban juntos, cerró la puerta de la casa y se echó a andar detrás del otro.

Eran cerca de las ocho y cuarto de la mañana cuando comenzaron a marchar por Rengifo, un callejón de la comuna de Recoleta que nace al pie del Parque Cerro Blanco, en ese entonces un peladero de tierra, piedras y maleza; bordea los patios traseros del hospital psiquiátrico y no termina de progresar cuando choca con calle Olivos, que conecta las avenidas Recoleta y La Paz. Rengifo son dos cuadras imperfectas y a mal traer del Santiago antiguo, vecino del Cementerio General, la morgue y de una alta concentración de funerarias; un barrio en sostenida agonía, hoy y entonces, donde los muertos suman muchos más que los vivos.

Por ese callejón, y probablemente sorteando esos mismos hoyos que hoy se ven ahí, iban Óscar y Pedro antes de girar al oriente por Olivos y enfilarse hacia el paradero de Recoleta. De lejos no era fácil saber quién era quién. Ambos, ya está dicho, eran pequeños, pequeños y delgados como jinetes de la hípica, y cada uno cargaba un bolso deportivo. El de Pedro, eso sí, era muchísimo más pesado que el del otro.

Criado en la población La Pincoya, al norte de la capital, Jorge Mario Angulo González, el verdadero nombre de Pedro, era gasfiter profesional. Había aprendido la especialidad en la Escuela Industrial N° 6 de Conchalí y hasta hace poco se ganaba la vida en eso. Aunque en el último tiempo estaba alejado del oficio, ocupado en asuntos que juzgaba más urgentes, cada tanto conseguía uno que otro trabajo.

Justamente esa mañana, después del trote matinal programado en el Parque O'Higgins de Santiago al que nunca llegaría, estaba comprometido para un trabajo de plomería al que tampoco llegaría. Es más, ni siquiera llegaría a la otra esquina.

Fue una acción fugaz, intempestiva. Un segundo iba caminando tranquilamente por la vereda y al otro salía de foco. Como si hubiese sido succionado por una fuerza centrífuga, Pedro fue tomado por un par de brazos e introducido de súbito a un garaje de calle Olivos. No hubo gritos ni forcejeos, y Óscar, que iba detrás, no pudo más que hacerse el desentendido y seguir caminando, al mismo tranco, por la misma vereda, como si nunca hubiese visto lo que vio. Al pasar por el lugar donde se suponía que Jorge había desaparecido, una oscura entrada de garaje, no se atrevió ni a mirar de reojo. El depredador que había esperado pacientemente hasta dar caza podía no haberse fijado en la presa que iba detrás. Era una posibilidad, y sin tiempo para darle vueltas al asunto, decidió arriesgarse y alcanzar la esquina.

No sólo pasó ese garaje, sino que pudo avanzar varios metros, llegar a Recoleta y encaminarse al paradero de micros. Tuvo tiempo para botar aire y pensar qué hacer, si dirigirse al Parque O'Higgins y alertar a los otros de las novedades o chequear si era seguido.

Tal vez las dos cosas. Estaba en eso, si sí o si no, cuando detrás de un quiosco dos hombres le cayeron encima. Decir grandes es poco. “Los tipos eran enormes”, recordará después Óscar, que se vio alzado por dos brazos y arrojado “como quien lanza a un gato de la cola” contra una cortina metálica. Lo que vino fue rápido y confuso, y ya no pensó más.

Hubo gritos, patadas, insultos, autos que frenaron a su lado y un aterrizaje al piso del asiento trasero de un auto. No tuvo nada que hacer. Tenía las manos esposadas, la vista vendada con cinta adhesiva y una rodilla presionando su cabeza. Camino a algún lugar de la ciudad, eso era un misterio para él, uno de sus custodios lanzó una pregunta cuya respuesta parecía conocer sobradamente:

—¿Así que trataste de matar al Presidente, hueón?

Óscar apenas podía hablar, pero de todas formas, como pudo, se fue de negativa. Dijo que no sabía de qué estaban hablando. Que no tenía nada que ver con eso. Que era cierto que andaba junto al otro chico, pero que no eran terroristas ni mucho menos. Antes de ganarse otro golpe alcanzó a decir que se dirigían a hacer un trabajo de gasfitería.

Los primeros testimonios de escoltas sobrevivientes del atentado a Augusto Pinochet, ocurrido un mes y medio atrás en la cuesta las Achupallas del Cajón del Maipo, hablaban de extremistas altos y fornidos, gente preparada en el extranjero y posiblemente extranjeros. Ninguno, hasta donde se sabía, había mencionado a dos petisos como los que esa mañana habían sido capturados por un equipo de la Brigada Investigadora de Asaltos de la Policía de Investigaciones de Chile y que poco después, atendiendo a su porte, serían bautizados como los Enanos.

Las dudas eran razonables. De ahí que uno de los policías a bordo del auto que trasladaba a Óscar se atreviera a comentar en voz baja que tal vez se habían equivocado, que esos dos no parecían terroristas, que en una de éstas los verdaderos terroristas, que debían ser grandes y hábiles, probablemente barbones, ya se habían hecho humo.



Fue entonces que vino la comunicación radial entre los dos autos policiales que transportaban a los detenidos, y en ese instante, cuando Óscar escuchó que pedían chequear adónde se dirigía Pedro, aquél pensó que librarían. No tenían pruebas contra ellos, o eso creía él, y hasta donde sabía, lo único sospechoso en Óscar era su verdadero nombre: Lenin Fidel Peralta Véliz.

Vecino de La Pincoya como Pedro, en sus veintitrés años nunca antes había sido detenido, ni siquiera en una protesta callejera, y hasta hace poco se ganaba la vida en un taller de artesanías. Es cierto que en el último tiempo no trabajaba en nada estable, pero en esa época eran muchos los cesantes. Su amigo sólo tenía que decir que iban a hacer un trabajo al barrio alto, tal como se lo había comentado la noche anterior, omitiendo lo del Parque O'Higgins.

Como pudo, con las manos esposadas, Óscar cruzó los dedos. Y así estaba cuando escuchó el informe radial que enviaban del otro auto.

—El detenido indica que se dirige al Parque O'Higgins. Cambio.

Era todo. Cambio y fuera. Su suerte, y la de su compañero, estaban echadas.

—Así que vai a hacer un trabajo de gasfitería, ¿ah? —escuchó decir Óscar antes de recibir otro golpe y una reprimenda—. Hueón mentiroso.

Han transcurrido veinte años desde entonces y Óscar todavía no entiende por qué Pedro no dijo la verdad. “Si a eso iba él, hasta andaba con su maletín de gásfiter”, recordará. “Todavía me acuerdo que la noche anterior me dijo *Chico, prepárate, que mañana nos damos un banquete. Me salió un trabajito*”.

Cuando Óscar y Pedro salían de su casa de seguridad en calle Rengifo, la dotación completa de la tercera subcomisaría de la Brigada Investigadora de Asaltos ya había ocupado los camarines del Parque O'Higgins. Emplazados bajo las graderías de la elipse, todos los empleados del lugar, desde el encargado de la guardarropía hasta los del aseo, habían sido suplantados por policías. Y no

sólo ellos. Al interior del parque, y en sus alrededores, la mayoría de los que vendían golosinas, leían el diario o trotaban por ahí llevaban bigotes institucionales, recortados y de ángulos rectos, ajustados al reglamento no escrito de la policía civil.

La evidencia no pasó inadvertida para Enzo, de veintisiete años, que ingresó al Parque O'Higgins unos pocos minutos antes de las nueve de la mañana. En su caso, cuando se va desarmado y no existe certeza del peligro, sólo sospechas, mejor es seguir adelante antes que emprender una huida torpe. Por lo demás, ante cualquier cosa, Enzo —que en realidad era Víctor Leodoro Díaz Caro, hijo del ex subsecretario general del Partido Comunista de Chile, Víctor Manuel Díaz López, detenido en mayo de 1976 por la Dirección de Inteligencia Nacional y desaparecido hasta hoy— portaba un carné de identidad a nombre de Luis Felipe Hansen Kaulen, ingeniero civil nacido en Concepción. En ese documento falso sólo dos cosas se correspondían con el verdadero Enzo: la foto y fecha de nacimiento: 29 de diciembre de 1958.

Bolso deportivo en mano, ingresó a camarines y se dirigió a guardarropía. Ahí lo atendió un hombre grueso, de pelo crespo y bigotes, que le entregó una ficha y le preguntó cómo iba a pagar, escolar o adulto. Adulto, respondió, y en ese momento, cuando el hombre que tenía al frente lanzó una mirada cómplice hacia el fondo del camarín, Enzo confirmó sus sospechas. Estaba en una ratonera, sin ninguna posibilidad de huida, y en ese caso mejor era representar el papel de Luis Felipe. No en vano, tres años atrás había estudiado un semestre de Teatro en la Facultad de Artes de la Universidad de Chile.

Luis Felipe canceló su ficha de guardarropía, dio media vuelta y caminó hacia los percheros. Comenzaba a desabotonarse la camisa cuando sintió el caño frío de un revólver en su cabeza.

—Quédate tranquilo, conchatumadre.

Era el hombre del aseo. Con una mano sostenía el arma y con la otra le abrazaba el cuello.

Detrás aparecieron otros policías, entre ellos el crespo de la guardarropía, y lo llevaron esposado a un cuarto lateral. No le

preguntaron nada, no era el momento. Le dijeron que siguiera así como estaba, tranquilito, callado. Según el dato que manejaba la policía —y estaba quedando en claro que era un muy buen dato—, esa mañana de miércoles debían llegar cuatro hombres hasta el Parque O'Higgins. Dos de ellos habían sido interceptados en el barrio Recoleta. Un tercero decía ser el ingeniero Luis Felipe Hansen Kaulen. Quienquiera que fuera el cuarto debía seguir la misma rutina del último, entrar a camarines con un bolso y pedir una ficha en guardarropía. Y según esa lógica elemental, al primero que entró le cayeron varios policías encima. A ése lo llevaron con el otro, el falso Luis Felipe, y lo interrogaron primero.

—Tú sabís por qué estái acá, ¿no cierto?

—Sí —dijo, como pudo, temblando sobre las baldosas—. Por no ir a pagar el parte de la semana pasada.

Mientras ese hombre seguía siendo interrogado en el piso, otro que usaba bigotes pero no era policía permanecía afuera, sentado en las graderías de la elipse del parque, evaluando lo que ocurría alrededor. Milton, de treinta y dos años, había llegado unos minutos después de las nueve, y frente al inusual ajetreo de esa mañana decidió que lo mejor era estarse quieto, a la espera de la evolución de los acontecimientos. No portaba armas ni una identidad falsa, pero sus antecedentes eran intachables. Y si las cosas se complicaban, siempre estaba la posibilidad, como lo había hecho otras veces, de esgrimir que era un buen tipo, trabajador y patriota, que había cumplido su Servicio Militar Obligatorio en la Armada chilena, lo que era enteramente cierto. Desde 1974, y hasta dos años después, Milton, que en realidad era Arnaldo Hernán Arenas Bejas, fue un marino ejemplar en el puerto de Talcahuano.

Lo de la marina era un buen punto de partida, pero esa mañana en el parque Milton no tuvo oportunidad de contar su historia. Un deportista de bigotes que pasó trotando a su lado se le fue encima, y antes de que pudiera reaccionar, siquiera dar una explicación, ya le habían caído otros dos. Mientras lo cacheaban y esposaban, seguramente le dijeron lo mismo que al otro, que por

el momento se quedara tranquilo, calladito, que ya iba a tener tiempo de hablar.

A partir de ese momento, cuando el operativo policial quedaba al descubierto, cuando ya no era necesario seguir fingiendo normalidad, los falsos deportistas dejaron de trotar, los falsos barrenderos botaron sus escobas y los falsos lectores de diario y vendedores de golosinas abandonaron sus falsos puestos. Y como si la elipse del Parque O'Higgins hubiese sido un set de rodaje y un director hubiera gritado ¡Acción!, aparecieron varios autos, los policías subieron junto a los detenidos, echaron un último vistazo, no vaya a ser cosa que quedara alguno descolgado, y se fueron dejando olor a caucho quemado.

El sol comenzaba a encumbrarse sobre Santiago y el parque volvía a su calma habitual, con unos pocos deportistas, deportistas de verdad, que todavía no salían del asombro ante lo que habían visto. Entre ellos estaba el funcionario de Fábricas y Maestranzas del Ejército, FAMA E —buen deportista y ocasional infractor a las reglas de tránsito— que había sido confundido con uno de los fusileros del atentado a Augusto Pinochet.

Octubre de 1986 fue un mes particularmente caluroso en Santiago. Al día siguiente de la detención de los cuatro fusileros, la capital anotó 33 grados, la segunda temperatura más alta del siglo en ese mes, sólo superado por los 33.3 vividos en 1941. Hacía mucho tiempo también que el clima político y social no se presentaba tan caldeado en Chile.

Un mes y medio atrás, la tarde del domingo 7 de septiembre en la cuesta las Achupallas del Cajón del Maipo, un comando del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, FPMR, había emboscado a la comitiva en que viajaba el general Augusto Pinochet Ugarte. La acción, como se sabe, no cumplió con su objetivo, pero costó la vida de cinco de sus escoltas y dejó gravemente heridos a otros nueve y a dos policías de tránsito.

Del bando agresor no hubo bajas, apenas rasguños, pero unas horas después, en la madrugada del lunes 8 de septiembre, en

un país que amanecía bajo toque de queda y estado de sitio, tres opositores de izquierda que nada tenían que ver con el atentado fueron asesinados a balazos por funcionarios de la Central Nacional de Informaciones, CNI, la policía política del régimen, en un acto de venganza. Al día siguiente, la CNI se cobró una cuarta víctima y por muy poco suma cinco.

Transcurrido ese tiempo, el asesinato de los cuatro opositores, elegidos al azar, era el único resultado concreto que exhibía la policía política de Pinochet. No había duda de que la acción había sido cometida por un comando del FPMR, el aparato militar del Partido Comunista chileno, que había proclamado 1986 como el Año Decisivo para la derrota de la dictadura. Pero hasta esa fecha, pese a los esfuerzos desplegados por los organismos policiales, que competían por congraciarse ante sus superiores, ninguno de los involucrados en la operación —autores, cómplices o encubridores— había caído. La paciencia comenzaba a agotarse con la subida de las temperaturas.

El primer fiscal militar ad hoc a cargo de la investigación, Joaquín Erlbaum, fue relevado abruptamente del cargo a pocas semanas de haber asumido. Su reemplazante fue Fernando Torres Silva, coronel de Ejército con estudios de leyes y fama de duro. Tenía a su cargo los casos Arsenales y Vicaría, dos de los más emblemáticos de la época, y al asumir el caso Atentado prometió resultados.

El mérito no fue suyo, pero su llegada al caso coincidió con los primeros y más significativos avances.

Según un informe del Departamento de Asesoría Técnica de la Policía de Investigaciones, despachado el 24 de octubre de 1986, la pista que permitió las primeras detenciones en el caso arranca de “algunos trozos de huellas dactilares revelados en una botella familiar de Coca Cola”. La botella había sido encontrada en la cocina de la casa del poblado de La Obra, en el Cajón del Maipo, donde se acuarteló el comando del FPMR en los días previos a la acción. Y de acuerdo con el mismo parte policial, las impresiones dactilares correspondían a las de un joven que unos años atrás había sido detenido por Carabineros en una protesta callejera. Su nombre

era Juan Moreno Ávila, veinticinco años, soltero, con residencia legal en la población La Pincoya. En ese parte policial se consignó también que Juan Moreno respondía a la chapa de Sacha.

Para la fecha en que fue identificado, Sacha no registraba antecedentes policiales ni políticos en Investigaciones. El único y más contundente vínculo con el caso fueron esos tres trozos de huellas, que “correspondían exactamente a las impresiones dactilares de los dedos pulgar, índice y medio derechos de Juan Moreno Ávila”.

Su detención fue trámite de rutina. La tarde del martes 21 de octubre, cuando la policía civil allanó su domicilio en La Pincoya, únicamente encontró a su madre, Sonia Ávila, y a la hija de ésta, Mónica, de doce años. Ambas fueron conducidas al cuartel central de Investigaciones y allá, en cosa de minutos, la policía consiguió que la madre de Sacha dijera lo que necesitaban saber. No conocía la dirección exacta donde estaba viviendo su hijo mayor, pero sabía cómo llegar. Ella misma había arrendado esa casa unas semanas atrás.

Esa misma noche, en vísperas del toque de queda, un contingente de la Brigada Investigadora de Asaltos atrapó a Sacha en una casa del pasaje Ramón Carnicer, en la comuna de Maipú. No estaba armado ni tuvo tiempo de ofrecer resistencia. Quién sabe qué hubiese ocurrido en caso contrario: al momento en que la policía le cayó encima, dormía con Cristina, su polola de veintitrés años, y la hija de ambos, Tatiana Alejandra, de cinco meses. A las dos, igual que a su madre, Sacha volvió a verlas —en rigor escucharlas, porque permaneció gran parte del tiempo con la vista vendada— en el cuartel de calle General Mackenna.

Las declaraciones de ocho policías que participaron en las detenciones, cuyos testimonios quedaron anexados al proceso judicial, coinciden en que el primer detenido fue Sacha y que los datos entregados por éste permitieron la captura de los otros cuatro. Los ocho policías coinciden también en que los cinco fusileros “reconocieron en forma libre y espontánea su participación en el atentado contra Su Excelencia (...) En ningún momento hubo necesidad de presionar a los detenidos para lograr su confesión”.

La última versión de los policías al fiscal Torres Silva quedó desacreditada en el Informe sobre Prisión Política y Tortura. La madre de Sacha, su polola y su hermana testificaron haber sido apremiadas por separado y expuestas a las torturas del detenido. Sus testimonios fueron validados por la Comisión Valech y figuran entre las 27.153 personas reconocidas como víctimas de prisión política y tortura. Tatiana Moreno no aparece en esa lista. Lo objetivo es que la prensa de la época consigna que la hija de Sacha permaneció cuarenta y ocho horas en poder de Investigaciones.

A su llegada al cuartel policial, Sacha fue recibido por Sergio Oviedo Torres, comisario jefe de la Brigada Investigadora de Asaltos. Oviedo pidió que le sacaran la venda y fue al grano.

—Mira hueón, escúchame bien, te voy a decir una sola cosa —soltó Oviedo—: sabemos quién erí y qué hiciste, así que suelta todo de una vez... Te escucho.

Ya lo habían golpeado en el trayecto y a la llegada al cuartel, pero eso no fue nada en relación con lo que ocurrió inmediatamente después de que Sacha se fue de negativa. Se hacía tarde y Oviedo estaba corto de paciencia.

—Ya, éste está puro hueveando —dijo el comisario jefe antes de ordenar que volvieran a vendarle la vista—. Llévenselo a Fantasilandia.

En la jerga policial, Fantasilandia era el lugar donde se interrogaba a los detenidos. Estaba ubicado en el subterráneo del cuartel de General Mackenna y el juego preferido era el *pau de arara*, técnica de tortura brasileña en la que el detenido es sometido a golpes eléctricos con su cuerpo desnudo y colgado de cabeza, mediante una vara que atraviesa pliegues de rodillas y codos.

Sacha ingresó a Fantasilandia pasada la medianoche del martes y, de acuerdo con la relación de los hechos, en unas pocas horas sus captores consiguieron mucho más que en el último mes y medio.

Primero reconoció ser uno de los fusileros del atentado a Pinochet. Y esa misma madrugada, faltando pocas horas para que el resto de sus compañeros se reuniera en el Parque O'Higgins, entregó los datos que permitieron la captura de Óscar, Pedro, Enzo y Milton.

Con instrucción militar en Cuba y experiencia combativa, a la fecha en que fue detenido, Sacha era el jefe de los cuatro compañeros a los que entregó. Conocía la dirección de la casa de seguridad donde vivían Óscar y Pedro, vecinos suyos en La Pincoya, y esa mañana en que fueron detenidos los había citado a una jornada de ejercicios físicos en el Parque O'Higinns junto a Enzo y Milton. Los cinco conformaban un grupo especial del Frente.

Esa mañana de miércoles Sacha no vio a sus compañeros en el cuartel de Investigaciones. No los vio pero escuchó sus gritos mientras eran sometidos por separado a sesiones de tortura que se prolongaron hasta la tarde de ese día. Los cuatro terminaron confesando su participación en el atentado a Pinochet y fueron obligados a firmar una declaración extrajudicial en la que reconocían su culpabilidad en éste y otros hechos subversivos.

La diligencia, que la prensa calificó de "brillante", se cerró con una reconstitución de escena en el Cajón del Maipo y las fotos de rigor que fueron dadas a conocer la tarde del jueves, al momento en que el ministro secretario general de Gobierno, Francisco Javier Cuadra, anunció las últimas novedades del caso.

Sin disparar un solo tiro, un lujo para la época, la policía había detenido a cinco de los fusileros del atentado a Pinochet.

Casi un mes después, una vez que el fiscal Torres Silva levantó la incomunicación de los detenidos, los cinco fusileros volvieron a verse las caras. Era una calurosa tarde de noviembre y Enzo, el antiguo estudiante de Teatro, los reunió en una celda de la Cárcel Pública de Santiago. Quería saber cómo habían llegado a ellos. Sus sospechas apuntaban al gásfiter.

—Yo creo que tú nos delataste, chico —dijo Enzo, y antes de que el inculcado alcanzara a reaccionar, Sacha habló:

—No, el chico no tuvo nada que ver. Yo los entregué.

En los códigos internos de la organización, un combatiente debía morir antes que caer detenido. Más todavía si la detención arrastraba a otros compañeros. Sacha había optado por su familia y no por sus compañeros, con quienes tendría que convivir los siguientes años, condenado a un encierro perpetuo. Había sido dé-



bil, lo habían quebrado, y eso, cuando se tiene convicción y tiempo para darle vuelta a los hechos, para arrepentirse y culparse, cuando no hay vuelta atrás, eso puede ser mucho peor que morir.

## Dos

La columna del grupo de manifestantes latinoamericanos está encabezada por un gran lienzo donde se lee *Dignidad Soberanía Independencia: de México a la Patagonia*; e inmediatamente después de ese lienzo, arrastrado por un furgón de bandera cubana, viene el escenario móvil en el que una nutrida banda de músicos de ocasión le da cuerda al cancionero latinoamericano de izquierda. Han estado tocando desde el mediodía y seguirán haciéndolo hasta el atardecer, pero esos músicos no son de fierro, y cada vez que se permiten una pausa, cosa que esa tarde ocurre muy contadas veces, por los parlantes del furgón comienzan a sonar canciones chavistas, vale decir, a favor de Hugo Chávez, Presidente venezolano.

Chávez tiene varios discos proselitistas a base de gaitas, géneroailable y popular en Venezuela, y el que suena en una esquina de la Place de la République de París, poco antes del inicio de la marcha del Primero de Mayo de 2006, se llama *Las gaitas que al pueblo le gustan*. Algunas de las gaitas que se escuchan ese día —con títulos como “Chávez los tiene locos”, “El revolcatorio”, “Aló Presidente” y “El pitcher zurdo”— ya son hits y referentesailables de la izquierda del nuevo siglo.

Al lado de otras organizaciones presentes, como la anarquista Confederación Nacional del Trabajo de Francia, la concentración de latinoamericanos es modesta. Pero si se la compara con el grupo de Americanos contra la Guerra, que no suman más de siete, son legión. Los latinos parecen tantos como los inmigrantes árabes o africanos, pero a diferencia de éstos, aquéllos marchan sin distinción de nacionalidad y tendencias políticas. Todos son de izquierda, de izquierda tradicional y dura.

Ahí se ven pancartas de apoyo al entonces candidato presidencial peruano Ollanta Humala, al encarcelado líder del grupo maoísta Sendero Luminoso Abimael Guzmán y al presidente boliviano Evo Morales. Hay volantes en favor de la liberación del comandante Ramiro, frentista chileno que permanece detenido en Brasil, un lienzo del Comité de ex Presos Políticos de Chile y un asta de PVC de tres o cuatro metros de altura en la que flamean dos banderas tricolores. La primera es cubana; la segunda, chilena, y el que las enarbola es Jorge Angulo, gásgiter que en el atentado a Pinochet actuó con la chapa de Pedro.

Aunque técnicamente está prófugo de la justicia chilena desde que escapó de la Cárcel Pública de Santiago, en enero de 1990, de su país nadie lo reclama ni podría hacerlo. Pedro tiene refugio político y carta de nacionalidad francesa. Posee los mismos privilegios y deberes que cualquier ciudadano europeo y puede votar y viajar a cualquier parte del mundo, con excepción de una. Su pasaporte explícita que no se le permite la entrada a Chile.

Contrario a lo que podría deducirse de sus antecedentes, Pedro parece una persona tímida, quitada de bulla, incapaz de matar una mosca. Lo ayuda su porte, de casi un metro y sesenta centímetros, y ese mismo aspecto de niño bueno y querendón con que aparece en las fotos de prontuario de 1986. Entonces tenía veintiséis años. Hoy tiene menos pelo en la frente, algunas pocas canas y una vida convencional de padre de familia y plomero. Sus jefes en la empresa en la que trabaja deben haberse llevado una buena sorpresa cuando los puso sobre aviso respecto a su pasado.

“Después de trabajar varios años ahí, un día me dijeron que me iban a contratar”, relata Pedro. “Y aunque no tenía ninguna obligación, creí que lo correcto era advertirles que había estado preso por razones políticas en Chile. Les dije que allá soy considerado un terrorista.”

En su empresa nunca más se tocó el tema. Y a él tampoco se le ha ocurrido comentarlo con sus compañeros de trabajo, en su mayoría inmigrantes. No se ven muchos chilenos en su rubro, y uno de los pocos con que coincidió llegó con el cuento de que

había estado en el atentado a Pinochet. Pedro no lo había visto antes ni en pelea de perros y lo escuchó atento, en silencio, sin animarse a contradecirlo.

Ya está dicho: Pedro es una persona de pocas palabras, le gusta trabajar solo y optimizar el tiempo. En sus años era considerado un buen soldado, pragmático y disciplinado. Hoy, en otro rubro, no ha cambiado mucho. Si en una jornada laboral debe instalar los sanitarios de seis baños o cocinas de un edificio en construcción, él intenta completar ocho o nueve. Así gana horas para ocuparlas en trabajos particulares. Ésa es su vida de hoy, dedicada al trabajo y la familia, y le gusta. De hecho, en un alto en la marcha del Primero de Mayo, habla con bastante más soltura de cañerías que de *fierros*. Su pasado subversivo es como un antiguo amor al que se le guarda un cariño íntimo y eterno.

Pedro es uno de los históricos en la organización. Estuvo en la reunión del 14 de diciembre de 1983, celebrada en una casa de calle Pedro Donoso —la misma que cuatro años después sería uno de los teatros de la Operación Albania— en la que el Frente oficializó el comienzo de sus acciones. A rostro descubierto, aunque a resguardo por el apagón que esa noche afectó a gran parte del país, juró lealtad como miembro de la naciente organización armada.

Al menos en su caso el juramento no pasó de ser un gesto meramente protocolar.

Pedro proviene de la población Pablo Neruda, la más combativa de las tres que conforman La Pincoya. A la fecha de su ingreso al Frente contaba con un nutrido currículum conspirativo al interior de las Juventudes Comunistas de su comuna.

A comienzos de los ochenta, cuando la resistencia era todavía un movimiento aislado, hizo lo que todo militante comunista de base hacía en la época: lanzó panfletos, rayó murallas y, con suerte, cuanto más, provocó alguno que otro apagón parcial. La Política de Rebelión Popular de Masas, proclamada por el Partido Comunista en 1980 y en la cual se validaban “todas las formas de lucha” contra la dictadura, incluso “las más agudas”, era todavía un anhelo que contaba con más voluntad que medios.

Había que cumplir órdenes y arreglárselas con lo que había a mano, y en una segunda etapa, ya integrado a su primera unidad de combate de las Juventudes Comunistas, JJCC, el único medio a disposición del grupo de Pedro era un cuchillo carnicero. En su declaración extrajudicial se lee que “fueron numerosos los taxis que logramos asaltar en el barrio alto, los que luego, previa instrucción, casi en su mayoría dejamos en el sector de Alameda con Las Rejas, colocando una huincha en el parabrisas delantero para que los otros militantes se dieran cuenta que era el auto trabajado”.

A eso, en jerga conspirativa, se le llama *templaje*. Una forma de preparar y poner a prueba a los combatientes. El *templaje* era complementado con otro tipo de tareas de menor envergadura, como chequeos, exploración de objetivos y traslado de medios, aunque la graduación definitiva a las ligas mayores pasaba obligatoriamente por las escuelas clandestinas de guerrilla urbana. En esta etapa, en el caso de Pedro, se presentaba un inconveniente.

“Yo no soy de andar teorizando de política, no me gusta, y en las escuelas me cargaba cuando había que estudiar esas materias. Pura paja, compadre. Prefería que me enseñaran de una buena vez a disparar”, comenta Pedro, de naturaleza pragmática.

En su casa rara vez se habló de política, al menos de política partidista, y su padre, Jorge Angulo Alzadora, llegó a celebrar la llegada de los militares al poder. Su mamá era otra cosa. Justina del Carmen González Olgún nunca simpatizó con la dictadura, aunque era de las que no se metía en problemas, lo mismo que sus otros dos hijos, Roberto Pastor y Wilma Justina, uno y cinco años menores que Pedro. Él era el único realmente comprometido con la causa y en su familia no sospechaban en lo que andaba.

Pedro estudió en la Escuela Industrial N° 6 de Conchalí y más tarde realizó un curso de Jefe de Obra en la Universidad Católica de Chile. Desde temprano se ganó la vida como plomero, plomero profesional, no de los chasquillas.

Por un buen tiempo, hasta poco antes de caer detenido, aprovechó su profesión como pantalla de sus actividades conspirativas,

que fueron en ascenso desde su ingreso formal a la organización. Su primera acción “netamente subversiva” ocurrió a mediados de 1984. Entrada la noche, al fragor de una jornada de protesta nacional, la célula de Jorge partió a volar un par de torres de alta tensión en La Florida. Mientras dos de sus compañeros instalaban las cargas explosivas, él debía vigilar el camino con una subametralladora P-25 de origen checo. Al día siguiente, según se enteró por la prensa, la mayor de las torres “se había sentado”.

Fue su debut propiamente tal. Pero no será hasta mucho después, a su regreso de un curso de instrucción militar en Cuba, que la carrera conspirativa de Pedro despegó definitivamente bajo el mando de Juan Moreno Ávila, alias Sacha, a quien vino a conocer a principios de 1986. Fue él quien lo reclutó para el atentado a Pinochet. Y también quien lo llevó a la cárcel y a un exilio indefinido en París.

A los catorce años, mucho antes de ser Sacha y tener inquietudes políticas, Juan Moreno se trasladó a vivir junto a su familia al sector Uno de La Pincoya. En esos años, mediados de los setenta, ya era una población brava, incluso para los militares, y no era fácil ganarse el respeto para los que venía de afuera. Moreno era menudo y flaco, flaco por naturaleza y carencias, pero tenía una ventaja: sabía bien cómo defenderse y chutear una pelota, y en La Pincoya, tal vez más que en cualquier otra población de Santiago, ambas cosas hacen gran diferencia.

En la población lo recuerdan como un delantero de área nato, astuto y veloz, aunque algo engreído, de éstos a los que les gusta hacer fintas para la galería. Los primeros años de su vida en La Pincoya los dedicó principalmente a eso, a correr tras una pelota. Y también, según se desprende de su declaración extrajudicial, “a fumar marihuana y a tomar distintas pepas, razón por la cual perdí todo el interés por el estudio”.

En su informe a la policía, que suma veintitrés carillas, se lee que Juan Moreno Ávila es el mayor de cinco hermanos y que las dos menores, Mónica Samira y Karina Priscila, son hijas del

segundo matrimonio de su madre, Sonia Ávila, con Carlos Fritiz Díaz. Juan, Boris y Sergio, los mayores, se criaron con sus padres en la comuna de Cerrillos, al sur de la capital. Los recuerdos de esa época son encontrados.

Comparado con La Pincoya, el ambiente en Cerrillos era apacible, de barrio. Ahí Juanito, como llamaban al mayor de los tres niños para diferenciarlo de su padre, Juan Moreno Carvajal, tenía un grupo de amigos de infancia con los que se divertía jugando a la pelota y a la guerra. Agazapados bajo los autos, apuntaban sus pistolas de juguete al paso de patrullas militares que rondaban el sector. La dictadura recién se instalaba en el poder y en la casa de los Moreno Ávila, como en muchas otras de la época, la política era tema proscrito.

Más por identificación de clase que por convicción política, sus padres habían votado por Salvador Allende en las elecciones presidenciales de 1970, pero estaban lejos del compromiso partidario. Juanito escuchó desde temprano que había que trabajar igual, cualquiera fuera el gobierno, y la verdad es que a esa familia, independiente de los gobiernos, nunca le fue fácil ganarse la vida.

Moreno Carvajal era peoneta y lo poco y nada que ganaba se lo tomaba. La que llevaba el sustento de la casa era Sonia, la madre, que trabajaba fuera de casa y dejaba a los niños al cuidado de la abuela. Cuando la abuela preguntaba *¿Qué quieren comer hoy?*, los niños, que ya conocían la broma y el menú, respondían a coro: *Harina tostada con papas.*

Los domingos eran de excepción. Juan Moreno Carvajal despertaba a sus hijos de madrugada y, tras servirles un tazón de harina tostada con leche, partía con los tres a las canchas de fútbol de la Villa México. El club de los Moreno Ávila llevaba el nombre de un seleccionado chileno de mediados de los cincuenta, Enrique Hormazábal, y en él Juanito aprendió la técnica del centro delantero ayudado por su padre. Éste, como buen padre, se instalaba al borde de la cancha y le indicaba posiciones a su hijo formando una bocina con sus manos:

—¡Desmárquese, hijo, desmárquese! Eso es, eso es, ahora pique, ¡pique!, busque línea de fondo... Ya, pa' la otra. Atrás ahora, ¡atrás!, vuelva, a marcar, atento.

Juan Moreno Carvajal sabía de fútbol y soñaba con ver a su hijo mayor convertido en futbolista profesional. Juanito soñaba con que todos los días fueran domingo con su papá. En la semana, cuando éste no se podía levantar por la mañana, cosa que cada vez se hizo más frecuente, era Juanito quien lo reemplazaba en el trabajo de peoneta. Y ya desde entonces, cursando la básica en la escuela Gabriela Mistral de Maipú, comenzaron sus problemas con los estudios.

Las cosas con Moreno Carvajal se pusieron críticas a mediados de los setenta, y una vez que su esposa decidió abandonarlo y se vinculó a Carlos Fritiz, cartonero y feriante, Sonia y sus tres hijos partieron a vivir a la casa de éste en La Pincoya.

Allá Juanito siguió jugando a la guerra y al fútbol, aunque ya sin la guía de su padre, que permaneció en Cerrillos cada vez más dedicado a lo suyo.

La primera imagen que vio a su llegada a la población fue inolvidable. Al asomar la cabeza por La Pincoya esquina Recoleta, a pocas cuadras de su casa, se encontró con un grupo de muchachos persiguiendo a otro con palos y fierros de punta afilados. En La Pincoya no había ley y Juanito, con quince años, tuvo que adaptarse rápido.

Si bien en la escuela ya se había habituado a defender a sus hermanos menores, en la población tuvo que hacerse fama de guapo para sobrevivir. Primero a puño limpio; después, cuando no bastaron las manos, ayudado de una hebilla de cinturón con punta de clavo.

Así, a golpes y amenazas, fue haciéndose respetar, ganando un nombre. Y muy pronto, ya familiarizado con el lenguaje y los códigos de la población, formó su propia pandilla. Tiempo tenía de sobra para dedicarlo a los amigos. A fines de 1976, tras cursar segundo medio en el Liceo N° 69 de Maipú, abandonó definitivamente los estudios.



“Después que me retiré del liceo seguí con las drogas, sin realizar ninguna otra actividad”, declaró a la policía una década después.

Uno de sus primeros grandes amigos fue el Cura. El apodo obedecía a un visible pelón en la coronilla que le quedó cuando enfermó de tiña. Con el Cura formaron un equipo de baby fútbol que bautizaron con el nombre de una tienda de deportes de la época, Equus, pensando ingenuamente que ésta, en reconocimiento del gesto, los proveería de camisetas. Equus no tenía uniforme ni alineación estable, aunque sus jugadores más recordados, aparte de sus fundadores, eran el Paco Willy, hijo de paco; Carlos ‘Portón’, hijo de carnicero; y un muchacho de apellido Lira y padre desconocido.

El equipo de Juan y el Cura hizo fama en la cancha y fuera de ella: era común que los partidos terminaran a golpes y con sus jugadores corriendo por las calles de La Pincoya, en una imagen calcada a la que vio Juan a su llegada a la población. La diferencia es que ahora Juan se movía como pez en el agua en ese ambiente. Tenía una pandilla y una esquina, La Pincoya con Recoleta, de la que se movía poco. Aparte de tomar, fumar y jugar a la pelota, no era mucho más lo que Juan y sus amigos hacían para matar el tiempo. Una de las escasas actividades extraprogramáticas ocurría los fines de semana y la llamaban “salir a cansarse”. Comenzaban a caminar temprano por la mañana, sin rumbo fijo, y cuando ya estaban lejos y cansados, en algún sector que no era el propio, iniciaban el regreso a su esquina.

Rara vez se internaban en la población Pablo Neruda, de avenida Recoleta hacia el este. No tenían nada que hacer allá. Las cosas estaban claramente delimitadas en La Pincoya de fines de los setenta. De un lado estaban los volados, bandidos y vagos, que un poco eran considerados la misma cosa; del otro, territorio comunista, los muchachos más comprometidos que menospreciaban a sus vecinos de La Pincoya Uno. Juan todavía no despertaba a esa otra realidad.

Pese a que tenía un tío de filiación comunista que cada cierto tiempo se dejaba caer por la casa, especialmente cuando tenía problemas de seguridad, la política tampoco era tema en su nueva

familia. El tema era Juan y lo que su madre llamaba malas juntas, todas del barrio, “quienes hasta el día de hoy se dedican a conversar y a fumar marihuana”, declaró Sonia en 1986.

Por eso, a fines de los setenta, cuando su hijo fue llamado a cumplir el Servicio Militar Obligatorio en el Regimiento Rancagua de Arica, ella sintió alivio. Era justamente lo que él necesitaba, pensaba ella, un poco de disciplina y rigor. Y lo pensó hasta que Juan, ya convertido en cabo segundo de reserva, acusó golpizas y malestares físicos. Sólo lo segundo pudo ser confirmado en el Hospital Militar de Santiago, donde le detectaron tuberculosis renal. Entonces la señora Sonia pensó que mejor eran los amigos del barrio al cuartel, y en vista de los antecedentes de salud, consintió que su hijo desertara del Ejército.

Eran los primeros meses de 1980, en vísperas del Plebiscito con que el general Pinochet aseguraba un mandato legal hasta 1989, extensivo por un nuevo referéndum hasta 1998, y recién entonces Juan comenzó a escuchar con más atención a Ernesto, su tío comunista, que cada cierto tiempo se dejaba caer por La Pincoya y le hablaba de lo que estaba pasando en el país.

Su tío Ernesto fue una influencia en el cambio que experimentó Juan a comienzos de la década. Pero más lo fue una mujer que apareció en su vida por esa época. Su nombre era Cristina, tres años menor que él, y provenía del lado este de la población, de la famosa Pablo Neruda.

## TRES

En febrero de 1981, dos años antes de que el Frente Patriótico Manuel Rodríguez iniciara oficialmente sus operaciones, la V Región fue escenario de una audaz aunque modesta acción conspirativa. Ocurrió la noche de apertura del Festival de la Canción de Viña del Mar de ese año, un festival exultante, de grandes figuras internacionales, reflejo del buen momento por el que atravesaba el régimen. Era el año del boom económico y de la consolidación política: presto a ocupar La Moneda y a construir una residencia presidencial en Lo Curro, Pinochet había conseguido asentarse en el poder con una nueva Constitución Política a su medida, aprobada por amplia mayoría en un proceso electoral de fachada democrática.

En ese ambiente de júbilo un conjunto de *cadénazos* contra torres de alta tensión cercanas a la Quinta Vergara consiguió aguar la fiesta. Los hoteles O'Higgins y Miramar se fueron a negro por varios minutos, lo mismo que la Plaza Vergara, cuyos alrededores quedaron regados de miguelitos. Y aunque el show del festival no se vio alterado mayormente —para fortuna de Los Huasos Quincheros, Camilo Sesto y KC & The Sunshine Band—, hubo que recurrir a equipos de emergencia y ceder algo de atención a lo que la prensa del día siguiente calificó como “un intento por oscurecer el escenario de la Quinta Vergara”.

No fue gran cosa. Apenas un gesto de repudio a uno de los símbolos de la dictadura. Pero al menos fue una de las primeras acciones conspirativas de cierta importancia en la zona, un apunte para algo más serio, que sirvió de advertencia y debut de un nuevo grupo subversivo, identificado mediante un llamado telefónico anónimo como Comando Manuel Rodríguez.

Antecedente remoto del futuro Frente Patriótico Manuel Rodríguez, que antes de constituirse como tal respondió formalmente al nombre de Frente Cero, una parte gravitante del comando en cuestión tuvo su origen en el cerro Esperanza de Valparaíso, más precisamente al final de avenida Barros Arana, poco antes de torcer y pasar a llamarse Lastarria, donde está la sede del Club Social y Deportivo Orompello.

En las canchas y galerías de ese club de barrio, fundado en 1930, surgieron varios de los más destacados cuadros del FPMR formados en Chile.

Todo empezó en la segunda mitad de los setenta por una pelota.

Orompello no era precisamente un club proletario ni menos de izquierda. Todo lo contrario. Ese lugar le era propio al San Pedro o El Chilenito, dos clubes del mismo cerro y raigambre genuinamente popular. Orompello estaba vinculado a los sectores más acomodados de Recreo y Esperanza y tenía una fuerte rivalidad con los otros dos, especialmente con San Pedro, identificado con los pescadores de Caleta Portales.

Las cosas entre ambos fueron más o menos parejas hasta la temporada del 77 y 78, cuando el club de Barros Arana conformó un equipo de excepción, a estas alturas histórico, capaz de competir en ligas nacionales.

En ese famoso equipo de juveniles, que dirigía el director técnico Óscar Gallardo, destacaban el arquero Fernando Larenas Seguel, apodado el Loco, y los hermanos Hernández Norambuena en defensa. Iván, el mayor, era defensa central; Mauricio, futuro comandante Ramiro, lateral volante. Los tres vivían en el sector, estudiaban en Recreo y provenían de familias de izquierda, lo que constituye un dato relevante en lo que respecta a esta historia: en torno a las ramas deportivas del Orompello, particularmente el fútbol, giraba un grupo cultural que irá cobrando fuerza y albergará las primeras expresiones de resistencia en la zona.

La rama cultural del Orompello surgió a mediados de los setenta organizando peñas, funciones de teatro y jornadas solidarias. En un principio muy tímida y solapadamente: ni la época ni el

mismo club, cuya dirigencia en su mayoría era de derecha, se prestaban para este tipo de actividades. La cultura era considerada sospechosa, y en este caso, con fundada razón. Las actividades extradeportivas del Orompello sirvieron para tomar contacto con grupos similares de la región —principalmente de poblaciones viñamarinas como Chorrillos, Miraflores, Forestal, Gómez Carreño y Achupallas— vinculados a las Juventudes Comunistas, que volvían a articularse en la clandestinidad.

Probablemente la rama cultural del Orompello se hubiese extinguido al poco tiempo, anulada por la misma dirigencia, de no ser por el fenómeno deportivo experimentado a contar de mediados de la década. El célebre equipo juvenil, el del Loco Larenas y los hermanos Hernández Norambuena, comenzó a hacer fama en cerro Esperanza. Y al poco tiempo el cerro y la ciudad le quedaron chicos y entró a competir de lleno en campeonatos regionales, consiguiendo dos títulos consecutivos en esta categoría.

Su rivalidad con el San Pedro, el equipo de los pescadores, ya era historia. Ahora el popular era Orompello, el que arrastraba seguidores por montones, y esos seguidores se fueron sumando a la rama cultural.

Entre los nuevos adeptos se contaban los hermanos Arenas Bejas, Arnaldo y Mauricio, apodados Milton y Joaquín. Vivían a pocas cuadras del club y jugaban en divisiones inferiores. El segundo de ellos forjará una fuerte amistad con Ramiro y el Loco Larenas, portero y lateral volante, respectivamente. Los tres comenzarán a militar casi simultáneamente en una célula de las Juventudes Comunistas, que operaba al interior de la rama cultural, y cobrarán protagonismo en la década siguiente.

Con los triunfos del Orompello las manifestaciones políticas ya fueron evidentes, y las peñas organizadas al interior del gimnasio, a las que acudían muchachos de otros cerros, terminaban con gritos contra la dictadura. El club se vio desbordado y vivió situaciones críticas: un día de semana, en vísperas de un partido decisivo, la dirigencia anunció el cierre de la rama cultural, en la que participaban los otros hermanos Hernández Norambuena, Patricio, Laura y Cecilia, todos militantes de las JJCC.

Iván Hernández, antiguo defensa central, recuerda que el conflicto se suscitó un martes, el mismo día en que partió junto a su hermano a hablar con la dirigencia. “Les dijimos que no jugábamos el domingo por lo que estaba pasando con la rama cultural. Se armó todo un conflicto en el barrio y los dirigentes nos llamaron el jueves y nos dijeron que todo estaba arreglado, que podíamos seguir con las peñas y los actos culturales. Justamente ese año, que debe haber sido el 78 ó 79, salimos campeones en el regional.”

Orompello estaba en la cúspide de su historia y sus socios más jóvenes, atrincherados en la rama cultural del club, comenzaban a realizar las primeras acciones conspirativas en la zona, acciones muy elementales aunque propias de la época —rayados de murallas, impresión de panfletos y uno que otro apagón parcial—, que serán juegos de niños para lo que vendrá más adelante.

La casa de juventud de Ramiro está ubicada en Los Boldos, calle que atraviesa Barros Arana y que coincide con el límite entre Viña del Mar y Valparaíso. A partir de esa calle, donde se ven las últimas casas acomodadas del sector Recreo, comienza precisamente cerro Esperanza. La casa fue comprada a comienzos de los setenta por sus padres, el biólogo marino Moisés Hernández y la abogada Laura Norambuena, ambos fallecidos, y hoy vive en ella el mayor de sus hermanos, Patricio.

Patricio Hernández fue una influencia política para su hermano. En tiempos de la Unidad Popular tuvo una activa participación en las JJCC de Viña del Mar, particularmente en un grupo identificado con el nombre de la mítica Angela Davis. Sus padres, de filiación socialista, no tenían problemas en que ocupara una pieza externa a la casa para reuniones políticas. Todo lo contrario. Era lo que se llevaba en esa época.

Como buen militante comunista, Patricio participó en marchas y contramarchas, hizo campaña a favor del consumo de pescado y vendió el diario *El Siglo* por las calles de la ciudad; y una vez en dictadura, como consecuencia de lo anterior, una patrulla militar llegó a buscarlo a esa misma casa. Era 1974 y los últimos meses de ese año permaneció detenido en la Cárcel Pública de Valparaíso.

Ramiro todavía no participaba activamente en política. Estudiaba en el Liceo Benjamín Vicuña Mackenna de Recreo, más conocido como Liceo 2, y su mayor preocupación era la pelota. Los domingos defendía la camiseta de un club de Recreo, previo a su paso al Orompello, y en la semana era común verlo en alguna de las canchas de la población Lord Cochrane de cerro Esperanza. Tenía varios amigos ahí, y uno de los más cercanos era el Loco Larenas, futuro arquero del Orompello.

El fútbol fue una afición que cultivaron desde la adolescencia, a toda hora, de las formas más diversas. Patricio recuerda que solían reunirse en esa misma casa donde vive hoy para organizar campeonatos de fútbol con tapitas de bebidas que pintaban con los colores de selecciones sudamericanas. O mejor aún, de sus respectivos clubes: Colo Colo en el caso de Ramiro; Universidad de Chile, en el de Fernando. Una pelota de papel y dos arcos, fabricados con cajas o palos de helados, completaban la infraestructura deportiva.

La amistad trascendió al fútbol y a la época dorada del Orompello. Desde fines de los setenta, una vez que Ramiro ingresó a estudiar Educación Física en la Universidad de Playa Ancha de Valparaíso, ambos continuaron vinculados a través de las primeras unidades de combate de las JJCC que surgieron en la zona. El Partido Comunista aún no proclamaba oficialmente la vía insurreccional, paso previo a la conformación de una fuerza militar, pero varios de sus cuadros más jóvenes ya se habían adelantado a los hechos, asumiendo una opción de lucha radical.

Precisamente en este periodo, entre fines de los setenta y comienzos de los ochenta, la región acusó los primeros apagones de mayor intensidad y asaltos de motivaciones políticas que irán recrudeciendo con el tiempo. Fue una etapa intermedia, de transición, en la que los militantes más radicalizados, aquéllos que en el corto plazo asumirán tareas militares desde la clandestinidad, todavía participaban de manifestaciones públicas de repudio a la dictadura.

Hay al respecto en la zona un hecho clave ocurrido el Primero de Mayo de 1981, tres meses después del atentado al Festival de

Viña del Mar de ese año. Tras un acto organizado por el Día del Trabajo en el sindicato de la fábrica Textil Viña, varios manifestantes que salieron marchando a la calle fueron detenidos por Carabineros. Permanecieron cuatro días en la comisaría de Miraflores, y entre los detenidos había al menos tres socios del club Orompello: Ramiro, Joaquín y el Loco Larenas. Junto a ellos también cayeron otros dos hombres de la zona, Guido y Víctor, militantes comunistas que ya conocían sobradamente a los primeros.

Este último, procedente de Achupallas, técnico en electrónica, volvería a caer detenido seis años después, en circunstancias muy distintas a la primera. En esa segunda oportunidad, frente al fiscal militar Fernando Torres Silva, quien tuvo a cargo el caso Atentado, Víctor recordará su detención de 1981 en los siguientes términos: “Yo ya en esa época tenía ideas de izquierda, y en esos cuatro días hablamos de varias cosas, entre ellas estaba mi idea que había que terminar con la dictadura y que todo camino era válido para lograr un gobierno democrático, incluso hasta el enfrentamiento armado”.

Unos meses después de la detención masiva de mayo de 1981, dos de los más destacados cuadros de las JJCC de Viña del Mar fueron seleccionados para realizar un curso de guerrilla urbana en Cuba. El suceso marcará un hito en la historia de la resistencia armada en Chile.

Guido y el Loco Larenas serán los primeros de cientos de jóvenes militantes comunistas formados en el país que serán instruidos en materias militares por el gobierno cubano y otros de la órbita soviética.

El proceso de instrucción coincidirá con una tendencia inversa: al tiempo que Guido y el Loco Larenas viajaban a Cuba, un nutrido contingente de jóvenes exiliados chilenos, oficiales de carrera formados en la isla y con experiencia combativa en Nicaragua, preparaba el desembarco en Chile.

José Miguel tenía diecisiete años y estudios de Ingeniería incompletos cuando ingresó a la Escuela Militar Camilo Cienfuegos de



La Habana. Era un muchacho corpulento, de estatura baja, tez pálida y ojos claros, cuya corta existencia estaba determinada por la política.

José Miguel tenía dos años cuando sus padres, militantes comunistas y arquitectos de profesión, partieron a colaborar en lo que se denominó la construcción del socialismo en Cuba. Cuatro años después estuvieron de vuelta en Chile y matricularon a su hijo en la Alianza Francesa, colegio del barrio alto capitalino, donde José Miguel se destacó por su disciplina y afición a los deportes, particularmente la natación.

Como muchos de los hijos de padres comunistas, tuvo militancia precoz. A los trece años, en plena Unidad Popular, ingresó a las JJCC y cumplió con trabajos voluntarios y marchas de apoyo al gobierno. El golpe lo sorprendió en tercero medio, en un viaje de estudios en Isla de Pascua. Dos meses después se asilaba con su familia en la embajada de la Alemania Federal en Chile y partía al exilio en Frankfurt gracias a un “salvoconducto de gentileza” otorgado por el gobierno de facto.

De sus años en Alemania existen escasos registros. Se sabe que allá terminó el colegio, que comenzó a estudiar Ingeniería Electrónica y que formaba parte de un conjunto folclórico llamado Víctor Jara, en el que integraba el cuerpo de baile.

La decisión de la familia de trasladarse a Cuba estuvo motivada en parte por motivos económicos. Era marzo de 1976 y Raúl Alejandro Pellegrin Friedmann, el verdadero nombre de José Miguel, seguía el ejemplo de decenas de jóvenes chilenos, en su gran mayoría exiliados de filiación comunista, que desde mediados de los setenta ingresaron a las academias militares cubanas.

La primera promoción se abrió en 1975, un año después de que Fidel Castro ofreciera a la directiva del Partido Comunista chileno en el exilio, encabezado por Volodia Teitelboim, formar a jóvenes militantes en la carrera militar. La idea inicial del programa, al menos como fue presentado, no era necesariamente lo que resultó: una fuerza para enfrentar a la dictadura. La posibilidad,

por lo demás, todavía era muy remota e improbable. Las Fuerzas Armadas chilenas tenían el control absoluto del país. Los pocos intentos de resistencia habían sido duramente aplastados.

La apuesta era a largo plazo, de objetivos todavía lejanos e impredecibles, motivada por la experiencia del gobierno de la Unidad Popular que subestimó la necesidad de contar con una fuerza militar propia. La responsabilidad mayor del error estratégico era de los comunistas, que apoyaron hasta las últimas la vía chilena al socialismo, que era una vía pacífica, de empanadas y vino tinto, que condujo a lo que ya se conoce.

La formación de cuadros militares, que se replicó paralelamente en otros países de la órbita soviética, aunque en menor escala, era una forma de resarcir el equívoco.

Galvarino Melo Sepúlveda, hijo de un ex diputado comunista, fue uno de los primeros jóvenes que ingresó a las Fuerzas Armadas Revolucionarias, FAR. Su vivencia quedó plasmada en la novela autobiográfica *Piel de lluvia*, que narra el proceso de formación de oficiales chilenos en las FAR y su posterior prueba de fuego en Nicaragua. Al ser lanzada en 2006, el abogado Eduardo Contreras recordó una escena vivida una mañana de 1975 en La Habana, cuando el máximo dirigente del Partido Comunista chileno en Cuba, Rodrigo Rojas, reunió a los estudiantes chilenos de Medicina que habían llegado a la isla durante la Unidad Popular.

“Eran algunas docenas —testificó en esa oportunidad el abogado Contreras— y Rodrigo (Rojas) habló de la necesidad de elevar las luchas del pueblo chileno por su libertad y de formar cuadros capaces de dirigir el pueblo para enfrentarse a la dictadura en todos los terrenos. Luego de sus palabras lanzó un llamado para que dieran un paso al frente todos aquellos jóvenes que estuvieran dispuestos a hacer abandono de sus carreras e integrarse a los institutos militares que el compañero Fidel y la Revolución Cubana ofrecían en nuevo gesto solidario. Fue difícil contener la emoción cuando un ruido arrastrado y seco al final nos dejó constancia que, sin una sola defección, todos estaban dispuestos. Jóvenes modestos que de otro modo jamás habrían llegado a ser

médicos, todos, todos dieron el paso. Fueron los primeros; año a año llegarían más muchachos de la misma madera”.

Hay al respecto otro valioso testimonio recogido por Hernán Vidal en su libro *Frente Patriótico Manuel Rodríguez: el tabú del conflicto armado en Chile*. Vidal consigna que “la selección no fue rigurosa, (fue) sin estudio de personalidades, conductas, vocaciones”, lo que explica el alto grado de desertión que experimentó el proceso. “Prevaleció la mística del momento, la disciplina partidaria, la juventud. En mi grupo, unos treinta, eran raros los que habían hecho el servicio militar. En la selección de especialidades prevalecieron la curiosidad, la simpatía, el interés circunstancial, De esos treinta quedarían cinco.”

Entre los que persistieron se contaba José Miguel, quien llegó a Cuba con una decisión meditada, dispuesto a asumir un desafío que a mediano plazo no se presentaba del todo claro. Los acontecimientos políticos de fines de los setenta en la región determinaron su suerte y la de otros oficiales que harían historia en el FPMR.

Ante la agudización del conflicto armado en Nicaragua, que se debatía entre la continuidad de la dinastía dictatorial de Anastasio Somoza y una revolución de izquierda impulsada por el Frente Sandinista de Liberación Nacional, FSLN, el gobierno cubano apoyó decididamente a combatientes internacionalistas, provenientes de varios países sudamericanos, que se sumaron a la lucha de los sandinistas. Entre estos combatientes estaban los oficiales chilenos de primera generación, quienes desde fines de 1978 fueron destinados al combate de lo que se denominó Frente Sur.

En esas tierras José Miguel forjó un liderazgo que derivó en leyenda.

La historia está relatada en el citado libro de Hernán Vidal. La ofensiva final de los sandinistas estaba en curso y Benjamín, como fue apodado José Miguel en Nicaragua, debió hacerse cargo de un batallón que “había sido abandonado por su conductor, un chileno cobarde”, ante el asalto de la Guardia Nacional de Somoza. “Solo, con su ametralladora, avanzando en descubierto, disparando desde la cadera, Benjamín impidió que el frente se desintegrara ante un

fuerte ataque de la elite de la Guardia Nacional. A gritos llamaba a los otros para que se repusieran y se salvó la situación (...) La participación de Raúl Pellegrin fue decisiva, pues impidió más muertes e hizo abortar los planes de la Guardia Nacional: rodear a los combatientes del Frente Sur.”

Cerca de cien fueron los oficiales chilenos que cumplieron un papel destacado, a veces decisivo, en el triunfo de la revolución sandinista, proclamado en julio de 1979. Y serán algunos de esos hombres quienes, liderados por José Miguel, volverán a Chile a principios de la siguiente década, una vez que las condiciones políticas lo aconsejen, para enfrentar a la dictadura.

De hecho, la gran mayoría de los comandantes que formarán parte de la Dirección Nacional del Frente habrán tenido su prueba de fuego en Nicaragua. O al menos contarán con una acabada instrucción militar en campos de entrenamiento cubanos. Con una sola excepción: Aureliano, el comandante al que todos conocían como Bigote. Su historia, cargada de leyenda y capítulos velados, conduce de regreso a la V Región.

Miguel Cepeda, un joven dirigente comunista de Viña del Mar, recibió un encargo del partido a fines de 1974. Un compañero de San Felipe tenía graves problemas de seguridad y se hacía urgente *tomarlo*, buscarle refugio. Según supo después Cepeda, una vez que le proporcionó casa de seguridad y comenzó a tratarlo, sus problemas habían empezado unos meses atrás, en el funeral de un militante comunista asesinado, cuando el muchacho de San Felipe y otros deudos se percataron de la presencia de un funcionario de la DINA.

“Lo ubicaron y le dieron con todo, le quitaron incluso el arma de servicio, una cámara fotográfica, todo. El protagonista de todo esto fue el Bigote, el Victoriano, el Gitano, el Aureliano. Esos eran los nombres con los que se le conocía”, cuenta Cepeda. En ese entonces era encargado de cuadros de las JJCC de Viña del Mar y Valparaíso, lo que lo obligaba a estar en contacto permanente con militantes de la zona, donde quedó instalado Bigote.

El apodo responde a los prominentes mostachos que lució durante toda su trayectoria y que acentuaban su personalidad avasalladora, a veces destellante, acorde con su corpulencia y una característica cicatriz en la mejilla izquierda. Su figura era inconfundible, más aún en su primera época en Viña del Mar, cuando usaba el pelo largo y una chasquilla estilo Beatles modelo 64.

Otro militante que lo trató de cerca desde temprano lo recuerda como un hombre de “espíritu emprendedor, muy seguro de sí mismo”, al que “nada parecía quedarle grande”. A su llegada a la ciudad ofició de obrero de la construcción y al tiempo estudiada Ingeniería en la Universidad Federico Santa María y montaba un taller de reparación de motores eléctricos. Bigote estaba en todas, sin descuidar el trabajo político.

A la zona llegó como encargado sindical de las JJCC, uno de los tres puestos remunerados por el partido, y más tarde, desde fines de la década, fue jefe de una unidad de combate que protagonizó las acciones más audaces en la región.

Miguel Cepeda fue testigo de uno de los tantos capítulos con que Bigote alimentó su leyenda. “Ese día andábamos con el Bigote visitando a unos compañeros de Reñaca Alto que estaban neutralizados por un matón del sector. Justo uno de ellos nos estaba contando eso cuando de repente pasa cerca de nosotros un tremendo mastodonte y el compañero lo señala y nos dice *Ese es el tipo que nos tiene amenazados a todos con que nos va a denunciar*. No pasaron ni diez segundos y el Bigote le dio al tipo una zumba de padre y señor mío. Ya después, a través de las primeras acciones de los grupos especiales, normalmente nos encontrábamos con los muchachos y comentaban que el Bigote había deslumbrado por alguna razón.”

Bigote también tenía una faceta sensible. Escribía poemas y cantaba y tocaba en guitarra canciones folclóricas y de protesta. Su vozarrón hizo fama y arrancó suspiros en las peñas organizadas en Viña del Mar. Su celebridad no tardó en alcanzar el sector Recreo a fines de la década.

Cuenta Miguel Cepeda que para entonces Bigote encabezaba un grupo operativo especial, en el que participaban Ramiro y Joaquín, que protagonizó varios de los asaltos reportados en la zona desde ese entonces. “Era un equipo que mantuvo por más de dos años a la Jota prescindiendo de la ayuda del Comité Central (del partido); es más, le entregaban ayuda a éste. Era una mezcla de compañeros de la Jota con (miembros de) la dirección del partido, y el Bigote estaba a cargo de ese grupo.”

A comienzos de los ochenta, cuando ya estaba sumergido en la clandestinidad, la carrera de Bigote se vio interrumpida al ser detenido en una protesta callejera. No era la primera vez que caía en circunstancias similares. En 1978 fue sorprendido marchando tras una liturgia celebrada en la iglesia Juan Bosco. Ese hecho le valió, tres años después, ser relegado al pueblo de Putre, en el altiplano chileno.

No hay antecedentes fidedignos acerca de la vida que llevó Bigote en el extremo norte del país. Pero a su regreso, de acuerdo con Víctor, militante de la zona que trabajó con él, “llegó medio místico, cantando canciones melancólicas nortinas en dialecto que aprendió por allá”.

No pasó mucho tiempo antes de que Bigote volviera a desaparecer de la zona. Es probable que haya partido a La Habana junto a Ramiro y varios otros combatientes que en ese tiempo cumplieron con un curso de instrucción militar breve. También es probable que no. La leyenda de Bigote lo resiste todo. Lo que es seguro, porque al respecto existen testimonios confiables, es que su retorno a la región coincidirá con el aterrizaje en el país de los primeros oficiales chilenos formados en la isla.

Uno de ellos fue José Miguel, consagrado jefe máximo de la organización, que regresó a mediados de 1983 en medio de un creciente descontento social por la recesión económica. Quedó instalado en una casa del barrio alto, y como era de maneras educadas, de tez pálida y ojos azules, pasaba inadvertido. En esa casa no se tocaba la cacerola en días de protestas, que crecían en intensidad y alcanzaban hasta los barrios más acomodados, pero

estaba en marcha un plan de sabotaje que marcaría el debut de la organización paramilitar más poderosa que haya existido en el país.

Había ambiente, personal, armas. Había también una estructura bien montada, organizada de acuerdo con la experiencia recogida en Nicaragua, con una comandancia, un departamento de sanidad, otro de propaganda y un tercero de masas. Había hasta lo más simbólico en una organización, como son la bandera y el himno, compuesto por el ex músico de Illapu Patricio Valdivia y corregido por Patricio Manns, que arrancaba con el verso *Con la sombra de la memoria viva/ vuelve al combate frontal Manuel Rodríguez; / alto y duro como un rayo interminable/ en contra del mismo tirano inmemorial*; y había por último, o para empezar, un nombre de carácter y relieve histórico: Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

La noche del 14 de diciembre de 1983, cuando el país oscureció por un conjunto de bombazos a torres de alta tensión, quedó en claro que el asunto iba en serio. Tanto así que al día siguiente, replicando lo que constituyó la primera acción del FPMR, el almirante José Toribio Merino, vocero de la Junta de Gobierno, calificó la acción como “una traición a las nacionalidades”. Más sobrio fue el general Pinochet, mandamás de la Junta y del poder Ejecutivo y del Ejército, que pareció olfatear el peligro que se acercaba: “El problema es muy grave”, pronunció con su voz nasal y amenazante, “porque esta gente actúa en forma coordinada y muy entrenada”.

En eso tenía mucha razón.



Con los hermanos Hernández Norambuena en la titularidad, a partir de 1980 el Club Deportivo San Francisco consiguió varios títulos. El tercero de pie, de izquierda a derecha, es Mauricio, futuro comandante Ramiro. Su hermano Iván es el séptimo. IVÁN HERNÁNDEZ / ARCHIVO FAMILIAR



## CUATRO

Juan y Cristina se conocieron en las canchas del sector Tres de La Pincoya, al este de la población. Por esos días él estaba de franco y fue a hacer lo que hacían los jóvenes de su edad en La Pincoya: darse unas vueltas por las multichanchas donde las mujeres de su edad jugaban básquetbol y se mostraban ante los jóvenes que acudían a verlas. Ahí la vio por primera vez, una muchacha de estatura baja y piel morena que jugaba por el Club Deportivo Central Oriente. Eran los últimos meses de 1979 y a los pocos días de ese primer encuentro, propiciado por una amiga en común, ya estaban pololeando. Él tenía diecinueve; ella, hija de un cuidador de autos del centro de Santiago, dieciséis.

El pololeo, pese a las buenas intenciones, no prosperó en esa fecha. Poco después de iniciada la relación él tuvo que volver al servicio militar en Arica y, meses más tarde, cuando desertó del Ejército y estuvo de regreso en la población, se hizo el desentendido. Había sido un affaire pasajero, cosas de muchachos con intereses muy distintos. Los padres de Cristina eran de izquierda y ella, hija mayor, comenzaba a militar en un grupo de las Juventudes Comunistas de su población, la Pablo Neruda. Juan había vuelto a juntarse con sus amigos a hacer lo mismo de siempre.

La madre de Juan, a esas alturas, estaba desesperada. Sentía que su hijo mayor seguía los pasos de su ex marido y no mostraba ninguna intención de cambiar. Cuando lo encaraba por su comportamiento, especialmente por su afición a la marihuana, él siempre respondía lo mismo:

—Pero mami, si yo cuando quiera la dejo —decía Juan, en plan de consuelo, y al rato ahí estaba otra vez con sus amigos en la esquina de Recoleta con La Pincoya.

Los dos primeros años de los ochenta no varió sus rutinas. Intentó sin éxito buscar trabajo en el Plan de Empleo Mínimo y esporádicamente, cuanto más, trabajó con Carlos, su padrastro, que en esa fecha instalaba alfombras. El cambio definitivo y radical comenzó a operar hacia fines de 1982.

Por intermedio de su madre, que estaba empleada en una empresa de aseo industrial, comenzó a trabajar en forma regular como empleado externo del Hospital Paula Jaraquemada. Aunque la paga por fregar baldosas era miserable, se tomó muy en serio su tarea. Había una dura recesión económica en curso, pero el asunto no era conservar el trabajo a cualquier precio. El asunto era que después de mucho tiempo Juan había salido de su esquina para entrar a un mundo en que se hablaba de descontento social, de derechos laborales y humanos, de lucha de clases. El resto ya fue influencia de Ernesto, su tío comunista, y de circunstancias propias de la época.

Las primeras protestas contra el régimen estaban en marcha y Juan, que tenía rabia y razones para protestar, destacó en la primera línea. Comenzó levantando barricadas en la esquina de La Pincoya y Recoleta, a muy pocos metros de su casa, y al tiempo aprendió a provocar apagones parciales mediante trenzas de alambres lanzadas al tendido eléctrico, a fabricar miguelitos y bombas caseras a base de nitrato de azufre, aluminio y nitrato de amonio. En buenas cuentas, empezó a conspirar con todo lo que tuviese a mano, que no era mucho.

Juan Moreno estaba en proceso de *templaje*, camino a convertirse en Sacha, el más famoso combatiente de La Pincoya, mientras sus amigos de antes seguían en lo mismo y donde siempre.

A esas alturas ellos le gastaban bromas por su nueva vida, alejada del alcohol y la marihuana, y de paso le pedían monedas. Y él, que bromeaba con ellos y les dejaba algunas monedas, de paso los instaba a sentar cabeza. Era el tiempo de sumarse a la lucha, y el Cura y los otros seguían parados en la misma esquina, con los ojos rojos, riéndose de las tonteras de siempre.

En esos días, en medio del trajín político, volvió a toparse con Cristina. Había atracción, había un compromiso en común, pero Juan no se atrevía a acercarse a ella con intenciones ajenas a la causa. Como Cristina pasaba mucho tiempo acompañada de un destacado dirigente de las Juventudes Comunistas de la población, llamado Rolando Jiménez, Juan pensaba que entre ellos había algo más que un compromiso partidario. Mucho después supo que estaba en un error: Jiménez sería el fundador y principal dirigente del Movimiento de Integración y Liberación Homosexual.

El reencuentro definitivo ocurrió en un acto de fachada cultural que el partido organizó en el Teatro Caupolicán. Adentro, con excepción de los infiltrados, eran todos comunistas y se entonaban proclamas contra la dictadura. Estaban en eso cuando de pronto, al encenderse las luces, se sorprendieron de un lado a otro de la galería. Siguieron mirándose por un buen rato, intercambiando sonrisas, levantando puños, gritando jota jota ce ce, y al término del acto, camino a La Pincoya, volvieron de la mano.

Esta nueva relación, mucho más seria que la otra, estuvo fuertemente vinculada con la política. En rigor, casi todo lo que ocurría en Chile en esa época estaba cruzado por la política. En su declaración a la policía, Juan relatará que en esa época, con los compañeros de trabajo “conversábamos bastante de la situación económica y política del país, sobre todo de los sueldos, que no alcanzaban para nada”. Las conversaciones también apuntaban a la posibilidad de formar un sindicato. Había empleados suficientes y gente dispuesta, pero los jefes de la empresa de aseo amenazaron con despidos y no se quedaron en amenazas. Cuando el sindicato fue formalizado, los dirigentes y asociados fueron despedidos.

Eran los últimos meses de 1983 y Juan Moreno pasó a formar parte del casi veinte por ciento de desempleados que había en el país. Sin trabajo ni ganas de volver a la esquina de antes, se allegó a Ernesto, su tío comunista, para entregarse por entero a la lucha contra la dictadura.

Juan Moreno comenzaba a dar paso a Sacha, su más conocido nombre de combate. Del otro, con el que había sido bautizado

y era conocido en la población, ya debía ir olvidándose. Juan o Sacha daba sus primeros pasos como guerrillero urbano a tiempo completo, inserto en una lógica de clandestinidad e imágenes falsas en que nada es como parece.

Durante varios meses estuvo acarreando cajas y paquetes por la ciudad. Su tarea, al lado de otras en materia subversiva, era bastante elemental, de primer grado, aunque a veces las cosas se complicaban más de la cuenta.

A principios del año siguiente, al ser encomendado a trasladar un bulto en avenida Independencia, se encontró con un lanzacohetes RPG-7 simulado entre las ramas de un bambú que nacía desde un enorme macetero. Como pudo, apelando a su disciplina militante, tuvo que cargarlo hasta su casa, paso previo a la entrega del lanzacohetes. Cuando su madre lo vio llegar con el bulto, quedó gratamente sorprendida con lo que pensó era un regalo para ella. Su muchacho sí que había cambiado.

En realidad lo había hecho. Pero lo que no cambiaba eran las tareas que se le asignaban a Sacha, quien observaba con cierto recelo cómo a otros militantes se le encomendaban misiones de mayor envergadura, acciones verdaderamente subversivas. Lo más grande que había hecho él, aparte de cargar el macetero, había sido recibir un bolso con armas aún calientes, ocupadas unos minutos atrás en una operación de propaganda en un tren con destino al sur. Después, como ordenaba la lógica conspirativa, debía entregar ese bolso a una tercera persona encargada de *asegurar los medios*.

En las protestas al menos se desquitaba. En esos días era uno de los principales agitadores de su sector, pero ya no desde la primera línea. Eran muchos los jóvenes que terminaban muertos o heridos por efecto de balas locas disparadas desde autos en movimiento y sin identificación. Sólo en la primera jornada de protesta nacional, convocada en mayo de 1983, murieron veintisiete personas y más de seiscientas quedaron heridas. Ante esta situación, el discurso del tío Ernesto, que Sacha atendió y reprodujo a los que lo siguieron, era que no valía la pena morir así. Si iban a morir en eso, mejor que sea luchando de verdad, no al cuete, tirando piedras, sostenía.

Hasta entonces, sin embargo, todavía no disparaba un solo tiro.

Apremiado por la lentitud de su formación subversiva, que dependía casi únicamente de su tío Ernesto, pidió pasar a “un nivel superior de lucha”. Las tareas del partido, que eran esencialmente conspirativas pero no militares, le habían quedado chicas.

Tras varias semanas de espera, en las que siguió acarreado bultos por la ciudad, recibió la noticia. Tenía un vínculo para los próximos días en el Parque O’Higgins.

El hombre que lo recibió con las señas indicadas tenía cerca de veintiocho años, era alto y espigado y respondía a la chapa de Salomón. Como Sacha iba bien recomendado, Salomón fue al grano.

Le dijo que pasaría a formar parte de una estructura militar que operaba al margen del partido, porque eran dos cosas diferentes, explicó Salomón, aunque en rigor no lo eran tanto ya que una dependía de la otra. Le dijo además que debía entregarse por entero a la causa, que debía trabajar a tiempo completo, para lo cual recibiría una remuneración, que no era mucha pero suficiente para mantenerse, y lo más importante y delicado, que debía estar dispuesto a entregar la vida por la causa. Le dijo eso y también, para compensar lo anterior, que la situación política no daba para más, que la caída del régimen era inminente, pero para ello había que luchar duro, luchar y luchar, repitió Salomón, quien además dijo que ellos eran la vanguardia, una fuerza militar nueva que no pretendía la derrota militar del régimen, porque eso, en las condiciones actuales, era imposible. Lo que esta nueva fuerza militar pretendía era dañar a la dictadura mediante operaciones estratégicas y de impacto propagandístico que demostraran la vulnerabilidad del régimen, de modo de impulsar y permitir una rebelión popular.

Eso dijo Salomón a Sacha en el Parque O’Higgins, y como el otro escuchó atento, limitándose a asentir, no creyó necesario confirmar una decisión. El Frente Patriótico Manuel Rodríguez, fuerza militar dependiente del Partido Comunista que obedecía a una Dirección Nacional integrada por comandantes y que contaba

con normas, grados y funcionarios dedicados a tiempo completo a conspirar, sumaba a un nuevo combatiente.

A partir de ese día Sacha recibió el apodo de Alberto, su primera chapa, y quedó desvinculado por completo del partido. Ahora dependía de esa nueva fuerza militar y Salomón, su nuevo jefe, lo dejó citado para la semana siguiente en el mismo lugar. De momento, dijo Salomón, el Parque O'Higgins sería el *punto regular* de reunión entre ambos y un restaurante del paradero 9 de la Gran Avenida, llamado Sayonara, el *punto permanente*. Se verían la semana próxima en el mismo punto, que era el *regular*, y a modo de despedida, porque Salomón tenía muchos otros asuntos que atender, le dijo que para la próxima no olvidara *chequearse* antes de *hacer vínculo*.

Al escuchar esto último, acerca de la necesidad de “chequearse antes de hacer vínculo”, Sacha se quedó mirándolo extrañado, sin atreverse a preguntar a qué se refería exactamente Salomón.

La verdad es que tampoco entendió a cabalidad la diferencia entre *vínculo regular* y *permanente*. Ya entendería. Ya irá entendiendo que el *chequeo* y el *contrachequeo* son técnicas propias de una agrupación dedicada a conspirar, tendientes a resguardar, verificar y eludir la presencia del enemigo; que los puntos de encuentro se dividen en tres, regulares, permanentes y de emergencia, y que los dos primeros, que son de uso más habitual que el último, suelen recibir el nombre coloquial de *la oficina* y *el taller*; que así como las cosas deben guardarse y ser trasladadas *embutidas*, vale decir, ocultas en un envoltorio que no despierte sospechas, las actividades suelen encubrirse con términos como *facturar*, *ir al teatro* o *estar enfermo* o *gravemente enfermo*; que los combatientes, por razones de seguridad, jamás deben dar a conocer sus verdaderos nombres y domicilios, sino usar *chapas* y cultivar una *leyenda*, que equivale a inventarse un relato coherente que dé cuenta de una vida ficticia.

Sacha entenderá todo eso y ya pasado el tiempo, con un mayor grado de conocimiento, sabrá que el partido recibirá el nombre de *Ajedrez* y el FPMR, el de *Empresa*. Como el segundo dependerá

del primero, podría inferirse que uno y otro son parecidos, que piensan y pretenden lo mismo, pero Sacha entenderá también que las diferencias son sustanciales y tenderán a profundizarse en el tiempo, que por algo en *Ajedrez* se trataban de compañeros y en la *Empresa*, de hermanos.

Pero todavía faltará un tiempo antes de todo eso, porque en esos primeros días Sacha estuvo en proceso de *templaje*, yendo y viniendo entre el Parque O'Higgins y el Sayonara. Siguió en eso, llegando a pensar que su vida subversiva estaba destinada a acarrear bultos, cuando recibió la noticia.

—Prepárate, que partes a Cuba.

Sacha, que con suerte había salido fuera de Santiago por el día, creyó que Salomón bromeaba. Por eso, aunque había escuchado perfecto, preguntó:

—¿A Cuba?

—A Cuba —confirmó Salomón—. A un curso de instrucción.

Sacha no terminó de convencerse hasta que Salomón le entregó cincuenta y dos mil pesos en efectivo. Con ese dinero debía obtener pasaporte y un pasaje aéreo a Lima.

Un par de semanas después, cuando volvieron a reunirse en el Sayonara y Sacha llegó con pasaporte y pasaje para el 28 de agosto de 1984, Salomón le entregó un tubo de pasta de dientes y nuevas instrucciones: al llegar a Lima, debía dirigirse a la embajada de Cuba y preguntar por Domingo Valdés, el funcionario diplomático a quien Sacha debía entregar el tubo de pasta de dientes, que en realidad no contenía pasta de dientes sino un mensaje cifrado en clave.

Era todo lo que necesitaba saber. Domingo Valdés se encargaría del resto del itinerario, como antes se había encargado de muchos otros casos similares y seguirá haciéndolo después, del mismo modo en que otros funcionarios cubanos repartidos por el mundo lo habían hecho y seguirían haciéndolo en procura de lo que se conocía como solidaridad hacia el pueblo chileno.

—¿Dudas? —preguntó Salomón.

—No, ninguna.

—¿Seguro?

Sacha estaba seguro, no tenía dudas respecto a su viaje. Pero de todas formas, como Salomón volvió preguntar, repasó las instrucciones mentalmente.

Estaba claro, excepto en un punto que le daba vueltas desde el primer encuentro con Salomón.

—Una sola cosa —planteó Sacha, armándose de valor—, ¿qué cresta significa chequearse?

Salomón se sorprendió con la pregunta. Luego se sonrió. Suponía que el otro sabía.

Iba a pasar a explicar pero cambió de opinión. Ya no valía la pena.

—Allá te van a enseñar —Salomón volvió a sonreír, levantándose para darle un abrazo de despedida. Le deseó suerte, le pidió que se cuidara. Se verían a la vuelta, prometió.

A la vuelta, sin embargo, no se vieron. De hecho no se vieron más. Mientras permanecía en Cuba, a raíz de un incidente armado ocurrido a pocas cuadras del restaurante Sayonara, Sacha se enteró de que el verdadero nombre de Salomón era Fernando Larenas Seguel, recordado arquero titular del Club Social y Deportivo Orompello.

A la fecha en que se despidió de Sacha, Salomón era constructor civil y jefe del Destacamento Especial del FPMR, un comando de elite encargado de operaciones de mayor envergadura. La más renombrada de todas había ocurrido a mediados de ese año.

En una acción que la prensa del día siguiente calificó de “audaz”, además de “extremista”, el grupo de Salomón asaltó los estudios de radio Minería para lanzar una proclama contra el gobierno. Después del apagón nacional con que el Frente inició sus operaciones, y de un par de atentados contra cuarteles de la Central Nacional de Informaciones, la de radio Minería fue una de las acciones más celebradas por la jefatura.

La lucha estaba recién comenzando. Había entusiasmo, mística. Pero en esos primeros meses también había contradicciones.



Dos meses antes del asalto a radio Minería, el grupo de Salomón ejecutó el secuestro de Gonzalo Cruzat Valdés, uno de los trece hijos de un acaudalado empresario vinculado a los principales grupos económicos del país. La operación resultó exitosa en términos de su objetivo, que era estrictamente financiero, pero como se trataba de un niño de once años, que si bien era hijo de un magnate era niño al fin, el FPMR, con poco éxito y menos convicción, adjudicó la autoría del hecho a un inexistente grupo de agentes de la dictadura que respondían al nombre de Omega-4.

Era una etapa de ajustes, definiciones, pasos en falso.

Salomón estaba instalado en Santiago. La V Región había quedado a cargo de Bigote, que volvía a aparecer a principios de 1984, proveniente de La Habana, Putre o San Felipe, no está claro. Bigote era hombre de confianza del partido y no tardará en deslumbrar tanto o más como lo hizo a fines de los setenta en la misma región, asumiendo tareas de alto riesgo, casi suicidas, antes de ganarse la jefatura metropolitana.

En esos días también reapareció Ramiro. Volvía de una corta instrucción militar en La Habana, donde reforzó lo que había aprendido en la práctica, y transitaba entre Santiago y Viña del Mar. Ya estaba sumergido en la clandestinidad, entregado por completo a tareas subversivas, pero las circunstancias todavía permitían ciertas licencias que poco más tarde serán impensadas.

Sin previo aviso, tomando los resguardos debidos, Ramiro solía aparecer por su casa de calle Los Boldos, en los límites de Recreo y cerro Esperanza, para visitar a sus hermanos y hermanas y especialmente a su madre, con quien mantenía una relación de gran afecto. Laura Norambuena sabía sobradamente en lo que andaba su hijo, que para ella era y seguirá siendo Mauricio, el verdadero nombre de Ramiro, y pese a los naturales temores y a las diferencias de apreciación sobre el modo de combatir a la dictadura, lo apoyó y protegió hasta los últimos días.

Ramiro era el menor de sus hijos hombres y se hacía querer, no sólo en Viña del Mar. La tía Yuca, que vivía en Santiago y en realidad era tía de la mamá de Ramiro, hermana de su abuela,

siempre tenía las puertas abiertas para él. Tal vez porque nunca se casó ni tuvo hijos, tal vez porque simplemente estaba en su naturaleza, la tía Yuca era tremendamente querendona y generosa con los hijos de sus sobrinas y sobrinos, a quienes agasajaba con onces apoteósicas de té con leche, marraquetas y galletas de agua acompañadas de queso, palta y mermelada casera.

Yuca era la tía perfecta, un encanto de persona, salvo por un detalle: en su departamento de las torres de Carlos Antúnez esquina 11 de Septiembre colgaba un retrato enorme de Augusto Pinochet Ugarte. No es claro quién había colgado ese retrato, porque la tía Yuca compartía el departamento con dos de sus hermanas, Toya y Anita, y el marido de esta última, Guillermo, aficionado a la ópera. Pero ahí estaba, colgado a la entrada del departamento de la tía Yuca, como un altar divino. Y no sólo eso. Por las mañanas, sagradamente, en ese departamento que olía a lustramuebles y vainilla sonaban, a un volumen desmesurado, discos de vinilo de marchas militares.

Así y todo, tanto por un tema logístico como afectivo, Ramiro acudía bastante seguido al departamento de la tía Yuca, quien no tardó en enterarse de las actividades de su sobrino nieto y, pese a ello, porque la familia estaba primero que la política, no sólo hizo la vista gorda sino que también llegó a colaborar con una causa opuesta a la suya:

—Laurita, ahí le mando el *paquete* de Santiago —llegó a decir por teléfono la tía Yuca, hablando en clave conspirativa, cuando le informó a la madre de Ramiro que éste iba camino a Viña del Mar.

Yuca Casas Cordero era hermana de Lucía, la abuela materna de Ramiro, y respondía al perfil conservador de gran parte de la familia Norambuena, que tenía fundo en San Carlos y descendía de un general que creó la Mutual de Carabineros. Era una familia atípica y muy unida, pese a las marcadas diferencias políticas: así como Ramiro se quedaba sin problemas en el departamento de la tía Yuca, el primo Nano, que era carabinero y aficionado a la guitarra, también iba a la casa de los Hernández Norambuena y

hasta pasó veranos enteros ahí. Iba Nano como también Arturo, otro de los primos Norambuena, que era aficionado a la guitarra y a la pelota, más a lo segundo que a lo primero, porque Arturo Norambuena terminó convertido en futbolista profesional y cantante aficionado.

De haber nacido en otra época, Ramiro también pudo haber sido futbolista profesional, y en unas de esas, quién sabe, hasta seleccionado nacional como su primo Arturo. Tras hacer gloria en el Orompello, y mientras estudiaba Educación Física, fue fichado por el Deportivo Iván Mayo de Villa Alemana, que entonces se batía en Tercera División y contaba con jugadores que pasarían al profesionalismo.

Las circunstancias políticas truncaron la carrera deportiva de Ramiro, pero cada tanto, cada vez menos, volvía a revivir las viejas glorias.

Su última y más recordada actuación ocurrió a poco de su regreso de La Habana. Invitado por su hermano Iván, quien entonces jugaba por el Deportivo San Francisco, club bohemio y popular asociado al barrio Echaurren de Valparaíso, Ramiro integró el equipo que logró el título del famoso Campeonato Nocturno, torneo que reunía a los principales equipos de la zona.

El triunfo mereció una copa y la foto de rigor, que para infortunio de uno de los jugadores fue publicada en el diario *La Tercera*. En esa imagen Ramiro aparece identificado con su verdadero nombre, Mauricio Hernández Norambuena, en circunstancias que para entonces estaba sumergido en la clandestinidad.

La foto le valió una reprimenda de la jefatura. Ramiro había puesto en riesgo su seguridad y la de sus compañeros.

Tiempo después, cuando el asunto de la foto ya había quedado en el olvido, la seguridad volvió a quedar expuesta en la región. Este asunto, a diferencia del otro, no era para la risa.

Joaquín, vecino y gran amigo de Ramiro, había sido detenido por la CNI a la salida de su casa de cerro Esperanza. Su captura ocurrió en julio de 1984, en vísperas de su viaje de instrucción militar a la isla.

En su ficha de antecedentes se lee que Joaquín, de veinticinco años, en realidad se llama Mauricio Fabio Arenas Bejas. Nació en 1959, estudió dos años de Filosofía en la Universidad de Playa Ancha y fue expulsado a fines de 1983, tras ser sumariado en dos oportunidades y reprobado el ramo de Griego por tercera vez.

En esa ficha policial, que más tarde sería anexada al proceso del caso Atentado, se lee además que la rama cultural del club Orompello “realiza sesiones culturales en peñas folclóricas con intercambios con grupos afines de Forestal, Granadilla, Achupallas, Limonares y Gómez Carreño, manteniendo preferentemente la difusión de ideas políticas de las JJCC, reparto de literatura marxista e instrucción ideológica”.

Joaquín permaneció dos semanas en poder de la CNI antes de ser declarado reo y enviado a la Cárcel Pública de Valparaíso.

Eran los últimos días de septiembre y la CNI ya le seguía los pasos al ex arquero titular del Orompello.

Salomón acostumbraba andar armado y era de los que decían que jamás se iba a entregar, que él se batía a duelo. La mañana de ese sábado 20 de octubre, cuando la policía lo sorprendió caminando por la Gran Avenida José Miguel Carrera, a pocas cuadras del restaurante Sayonara, cumplió su promesa. La batalla fue desigual y no duró más que unos pocos minutos. Un proyectil atravesó la cabeza de Salomón y lo dejó fuera de combate, con un severo daño neurológico que no sólo era irreversible, sino además progresivo. El Loco Arenas había atajado su último tiro.

La partida fue un acontecimiento familiar. Al aeropuerto de Santiago acudieron su madre, dos hermanas, una tía, dos sobrinas y su polola Cristina, la única que sabía el verdadero destino de Sacha. A su mamá le dijo que partía a buscar oportunidades de trabajo. Era el 24 de agosto de 1984, dos meses antes de que Salomón fuera baleado por la CNI, y un nuevo combatiente partía a cumplir instrucción militar en La Habana.

Siguiendo las indicaciones entregadas por Salomón, apenas llegó a Lima acudió a la embajada de Cuba en esa capital y pre-

guntó por Domingo Valdés, a quien le entregó la pasta de dientes. A cambio recibió un pasaje aéreo a La Habana, vía Cubana de Aviación.

A su llegada a la isla siguió un procedimiento de rutina. En el aeropuerto era esperado por un funcionario del gobierno cubano, el que gestionó su ingreso al país sin necesidad de que timbrara su pasaporte. Para los tiempos que se vivían, ingresar legalmente a Cuba era motivo de fundada sospecha para la policía chilena. La seguridad interna del Frente también impedía establecer vínculos personales más allá de lo estrictamente necesario. Pero fue inevitable que una vez instalado en la casa donde se alojó junto a otros chilenos reconociera a un vecino de La Pincoya. Su nombre político era Marcos, conocido militante de la Pablo Neruda.

A mediados de septiembre, un par de meses después de su arribo a La Habana, el grupo fue conducido al campo militar de Punto Cero, en las afueras de La Habana. Los alumnos sumaban nueve, y entre los que Sacha nombra y describe en su declaración se cuentan Ricardo (“con características mapuches”), Antonio (“daba la impresión de que el tronco era más grande que el largo de las piernas, se veía desproporcionado”) y Simón (“era el que se notaba de un mejor nivel social, por su manera de hablar, además que leía mucho”).

A este último, sociólogo de profesión, volverá a encontrárselo un par de años después en Chile. Su nombre verdadero es César Bunster Ariztía, hijo del embajador de Chile en Inglaterra en el gobierno de la Unidad Popular, que asumirá un papel de relieve en el atentado a Pinochet.

Como Sacha y Simón, como Ramiro y Salomón, como Guido, Marcos, Pedro y Víctor, y probablemente como Bigote, fueron cientos los chilenos que a contar de principios de los ochenta viajaron a la isla para seguir cursos de guerrilla urbana. Eso, sin contar otros tantos chilenos formados como oficiales de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. La colaboración prestada por el gobierno de Fidel Castro fue enorme y decisiva, y si bien ningún documento oficial registró el tipo de instrucción que ofreció Cuba

a los combatientes sin rango, que eran mayoría, el testimonio de Sacha a la policía sirve para hacerse una idea cabal:

Nos recibió el profesor jefe del curso, el que era un cubano de raza negra, quien nos saludó y nos dio el programa de estudio, que consistía en cinco ramos con una duración total de seis meses de lunes a viernes; sábado y domingo nos dedicábamos a reforzar el estudio que habíamos hecho en la semana; las materias de estudio eran las siguientes:

**TÁCTICA.** Este ramo consistía en el estudio del desplazamiento y la emboscada, todo apuntando a la guerrilla. Lo principal era aprender a desplazarse en el terreno para no ser detectados por el enemigo; también nos enseñaban los diferentes tipos de emboscada que podíamos realizar en el terreno, por ejemplo emboscada de aniquilamiento, emboscada de hostigamiento, emboscada de contención, además nos enseñaban diferentes tipos de ataques relacionados con las emboscadas. Todos estos estudios los hicimos en un primer momento en forma teórica y luego fue práctico.

**INGENIERÍA.** Este ramo consistía en el manejo de diferentes tipos de explosivo, nos enseñaron el uso del TNT, que fue con el que más trabajamos, y el resto de los explosivos los conocimos en forma teórica, sin llegar a usarlo; también nos enseñaron la fabricación de explosivos caseros, en este caso usamos todos los explosivos (1, 2, 3, 4), que son fabricados sobre la base de nitrato de amonio; el uso de la pólvora y mezclas incendiarias; todo esto lo hicimos en un principio, al igual que el ramo anterior, en forma teórica y luego práctica. Durante el curso usamos bastante explosivo, llegando a familiarizarnos con él.

**TIRO.** Este ramo consistía en el conocimiento de diferentes tipos de armas, tanto larga como corta, usamos el fusil AKA, FAL, M-16, Galil, además de las pistolas Browning, Colt 45 y la Macaro (de fabricación soviética). Con este armamento aprendimos sus características técnicas, nomenclatura, arme y desarme, mantenimiento, etc., además que disparamos bastante, sobre todo con el AKA.

**SANIDAD MILITAR.** Éste consiste en la aplicación de primeros auxilios en el terreno, traslado de heridos, etc.

**EXPLORACIÓN.** Consiste en buscar los mejores lugares para aprovechar el terreno para las emboscadas y la construcción de campamentos. Este ramo está muy ligado a la táctica.

**EDUCACIÓN FÍSICA.** Ésta se practicaba todos los días, en la madrugada de 05.30 horas hasta las 06.30, y en la tarde de las 16.00 a las 18.00 horas; corríamos diariamente 45 minutos, además de pesas y gimnasia en general.

Cada uno de estos ramos tenía un profesor, siendo todos cubanos: usábamos una tenida verde oliva completa y bototos; todos los conocimientos adquiridos fueron aplicados en forma práctica en el terreno.

En el mismo informe policial se lee que, dos semanas después de concluida la primera etapa del curso, los chilenos fueron recogidos y llevados de vuelta a La Habana. Allí cumplieron con un programa complementario que Sacha también describió en detalle:

Este curso tenía tres ramos con una duración de dos meses, los ramos a estudiar eran los siguientes:

**MÉTODOS CONSPIRATIVOS.** Consiste en la enseñanza de las medidas de seguridad personal y de la organización, allí aprendí el chequeo y contrachequeo, formas de movilizarse con seguridad en la ciudad, los puntos de contactos regulares, permanentes y de emergencia, etc.

**CONTRAINTELIGENCIA.** Allí se estudia el trabajo del enemigo, los chequeos que realizan, seguimiento a pie y en vehículo, infiltración del enemigo en la organización, cómo detectarla y combatirla, etc.

**FOTOGRAFÍA.** Nos enseñaron todo lo relacionado con la fotografía y el revelado, a tomar fotos en diferentes posiciones y circunstancias, caminando, en vehículo, corriendo, de la cintura, etc.

Los instructores, al igual que la vez anterior, eran todos cubanos y una vez finalizado el curso, en el mes de abril o mayo de 1985, nos retiraron todos los materiales de estudio que habíamos ocupado. Luego quedamos solos en la misma casa

donde permanecimos alrededor de dos meses pero con más libertad, ya que podíamos salir donde uno quisiera. Personalmente recorrí toda la ciudad durante ese tiempo.

Fue en esos días que Sacha se enteró de los últimos acontecimientos ocurridos en Chile. La noche del 31 de mayo de 1985, al término de la hora de visitas, un comando del FPMP rescató a Salomón desde la clínica donde permanecía bajo custodia de Gendarmería. La acción, que costó la vida de un uniformado y que el FPMP catalogó como “un rudo golpe para los carceleros de Chile”, fue ejecutada por tres antiguos amigos del ex arquero del Orompello. Entre ellos se encontraba Joaquín, que había recuperado la libertad, además de Guido y Ramiro.

Cerca de un mes después del hecho, el FPMP distribuyó fotografías de Salomón y su esposa, de quienes se informó que habían sido trasladados a un “país amigo”.

Sacha no alcanzó a toparse con Salomón en Cuba. Su regreso comenzó a mediados de junio, de la misma forma que lo hicieron separadamente sus compañeros del curso militar: sin timbrar pasaporte y dando un rodeo que en su caso consideró Praga, Amsterdam y Río de Janeiro. En su última escala, poco antes de embarcarse en un bus con destino a Chile, Sacha envió un telegrama a su familia. LLEGO SÁBADO... BUS PLUNA... A LAS 13.00.

Había estado fuera del país por casi un año, tiempo en que en su casa no se tuvo noticias suyas, más que el mencionado telegrama, y su madre, según declaró más tarde a la policía, lo notó “más gordo, macizo, más moreno, bien moreno, muy contento de llegar, preocupado de su familia”, ni comparado con el antes. Y Cristina, que se había ido a vivir a casa de Sacha, dirá que “al verlo tan bonito, ya que venía bien vestido, más corpulento y tostado”, dio por sentado que la relación seguía en pie. “Más o menos como un mes después tuvimos relaciones sexuales y quedé embarazada”.

Con un hijo en camino, y ansioso por aplicar los conocimientos adquiridos en Cuba, Sacha procuró un nuevo vínculo al interior de la organización. La lucha recién estaba comenzando para él.



## CINCO

Un terremoto grado 7.7 dio la bienvenida a Tarzán, uno de los tantos hijos de exiliados chilenos que se criaron en Cuba tras el golpe de Estado. Aunque para entonces, marzo de 1985, ya había sido autorizado por el Ministerio del Interior para regresar al país, su entrada no quedó registrada en Policía Internacional. Tarzán, que a la fecha tenía veinticuatro años y un título de ingeniero eléctrico, volvió de manera clandestina para sumarse a la lucha armada. Su regreso estuvo orientado por el sentido de la oportunidad.

A comienzos de ese año, a través de un Pleno de su Comité Central, el Partido Comunista definió un itinerario para el “levantamiento o sublevación de masas que involucre a toda la población”. De acuerdo con el análisis de *Ajedrez*, las movilizaciones sociales iniciadas en mayo de 1983 debían agudizarse hasta llegar a su máxima expresión en 1986, definido como el Año Decisivo para la caída del régimen.

Tarzán llegó como simple soldado, dispuesto a asumir cualquier tarea encomendada, pero sus contactos y cualidades lo convirtieron en pieza clave del Año Decisivo.

Al poco de su arribo fue destinado al frente de un grupo encargado de la exploración de nuevos objetivos, esto es, estudiar y conocer personajes y lugares para una posible operación. Tuvo varias misiones a cargo, algunas que no llegaron a prosperar, otras que sí, pero la que demandó más tiempo y empeño fue la que tuvo que ver con Augusto José Ramón Pinochet Ugarte.

Tarzán, que a los trece años fue expulsado del país junto a su madre y debía su apodo a su afición al fisicoculturismo, estuvo encargado de seguir los pasos del capitán general. Debía conocer

sus movimientos, rutinas, hábitos. Debía ser su sombra, actuar y pensar como él. El asunto era materia de inteligencia militar y requería sesos y músculos. Tarzán tenía de los dos.

A decir verdad, no era la primera vez que regresaba al país. Pese a tener prohibición de ingreso, a fines de los setenta decidió volver a como diera lugar. Su mamá estaba enferma y él, que era orgulloso y no estaba dispuesto a solicitar un permiso de ingreso excepcional que de todos modos le iban a negar, volvió por las suyas, en circunstancias que retratan a cabalidad su carácter.

Cruzó caminando por un paso clandestino cercano a la aduana de Chacayuta, en la frontera con Perú, y una vez que estuvo en territorio chileno fue interceptado por una patrulla militar que le pidió documentos y explicaciones. ¿Qué hacía caminando en medio del desierto con una mochila al hombro? Seguramente nada bueno, ¿o sí?

Tarzán dijo sí:

—Estoy cumpliendo una manda —explicó muy serio, incluso ofendido: explicó e inmediatamente después exigió —tal cual—, exigió que lo dejaran en el mismo lugar donde lo habían tomado. De lo contrario la penitencia no se pagaría.

Más tarde, de regreso en la isla, gozará contando que los militares creyeron la historia y hasta accedieron a su solicitud. Pero las cosas no terminaron tan bien como empezaron.

Tras hacer lo que fue a hacer, que no se relacionaba con asuntos políticos, tuvo la ocurrencia de solicitar pasaporte en el Departamento de Extranjería del Ministerio de Relaciones Exteriores. De esta forma, la policía se enteró de que estaba en Chile y emitió una orden de captura en su contra. El acecho se hizo insostenible y Tarzán terminó asilado en la embajada de Venezuela en Chile.

El incidente queda corroborado en la ficha de antecedentes políticos anexada al proceso judicial del caso Atentado. Ahí se lee que salió exiliado con destino a Cuba en noviembre de 1973; que desde 1980, por Decreto Exento N° 76, tuvo prohibición de entrada al país; y que en septiembre de ese mismo año se asiló en la embajada de Venezuela en Chile.

“Se supone ingreso clandestino al país”, escribió algún funcionario del régimen, sin más antecedentes que incorporar en ese momento al caso.

Su nombre apareció sucesivamente en las listas de chilenos con prohibición de entrada al país hasta 1984. Para mayo de ese año, cuando el Ministerio del Interior autorizó su ingreso, ya había terminado sus estudios de Ingeniería Electroenergética en el Instituto Superior Politécnico de la Ciudad Universitaria José Antonio Echeverría y se disponía a volver al país. Su caso era excepcional entre los hijos de exiliados.

Tarzán no atendió el llamado que el partido lanzó diez años atrás, tendiente a que sus cuadros más jóvenes se incorporaran a las Fuerzas Armadas Revolucionarias en calidad de oficiales. El uniforme no iba con su estilo. Tampoco, a decir verdad, las normas del partido. Sin embargo, Tarzán recibió instrucción militar, porque en la isla era algo común, y a su modo, muy a su modo, terminó convertido en un comando todo terreno.

De regreso en Chile quedó instalado en las cercanías de la Escuela Militar, que también eran las cercanías de la residencia de Pinochet, y fue asiduo al gimnasio de Enzo Ramírez, muy frecuentado por militares y civiles con aspecto y vocación militar. Gracias a su personalidad desbordante y fortaleza frente a las máquinas de ejercicios, en el gimnasio de Enzo Ramírez, que además era la Academia de Karate Do, hizo fama y amigos que le servían de pantalla y fuente de información. En ese ambiente se movía con propiedad, incluso con cierto liderazgo, amparado en su chapa de Jorge Valdebenito, que decía ser dibujante técnico criado en Venezuela. La procedencia no fue escogida al azar. De alguna forma debía justificar el acento caribeño que adquirió en sus años de residencia en la isla.

Al poco que lo hizo Tarzán, otro joven de acento caribeño, aficionado también al fisicoculturismo, apareció por el gimnasio de Enzo Ramírez. Este otro se apodaba Daniel y era primo hermano de Tarzán.

Ambos compartieron exilio en Cuba y regresaron casi a la par a Chile. Daniel lo hizo unas semanas después que Tarzán. Se salvó

del terremoto pero su llegada coincidió con la muerte de Santiago Nattino, Manuel Guerrero y José Manuel Parada, profesionales comunistas degollados por Carabineros. Daniel quedó advertido: lo de “mano dura Pinochet” no era sólo un eslogan.

En la organización Daniel cultivó un perfil bajo, propio de su personalidad y la tarea encomendada por su primo: aparte de frecuentar la Biblioteca Nacional, donde recogía información sobre rutinas y movimientos de autoridades, Daniel debía espiar a Pinochet en su casa de calle Presidente Errázuriz. Para no despertar sospechas, porque a fin de cuentas se trataba de una labor de inteligencia, se asoció al Stade Français, club vecino de la casa del general, al que acudía cada mañana, casi al alba, para cumplir con una rutina de trote, barras y elongaciones. Después de todo eso, que no era más que una pantalla para lo que venía a continuación, Daniel enfilaba por Presidente Errázuriz en dirección a la casa de Pinochet.

—Y, ¿viste al tío? —solía preguntar su primo, sin desatender sus ejercicios, al verlo aparecer cada mañana por el gimnasio de Enzo Ramírez.

—Sí, lo alcancé a ver un ratito a las siete y media, justo cuando se estaba yendo.

—¿Y cómo estaba?

—Ahí estaba el tío, como siempre.

—¿No mandó saludos?

—No, no mandó saludos el tío.

Daniel siguió esa rutina por meses, sin faltar un solo día, y al tiempo la escolta de punto fijo del general ya reconocía y saludaba al joven de buzo y bolso deportivo al hombro que pasaba diariamente tras su jornada de ejercicios. Parecía un muchacho ejemplar, inofensivo, como pocos iban quedando en este mundo, y en su caso no era sólo apariencia.

Daniel era un pan de Dios, tímido, ingenuo, sin ninguna relación con el perfil de un aguerrido combatiente. De hecho jamás operó en acciones armadas. Aunque empujado por su primo, a quien admiraba ciegamente, era capaz de cualquier cosa. Incluso de tomar parte del Segundo Campeonato Nacional de Fisicoculturismo.

Todo comenzó por un afiche exhibido en el gimnasio de Enzo Ramírez. Los principales cultores del género volvían a darse cita en el Teatro Providencia y Tarzán, al enterarse del acontecimiento, juzgó que su primo Daniel merecía y debía estar ahí. Medio en broma, medio en serio, Tarzán argumentaba que ese tipo de actividades también formaba parte del trabajo conspirativo.

Cuando se lo dijo, Daniel pensó que era una broma; pero en este caso hablaba en serio, tan en serio que se había tomado la libertad de inscribirlo en la competencia sin consultarlo antes con él.

Daniel protestó y siguió protestando hasta el último día, pero esa noche de 31 de mayo, en pleno Año Decisivo, apareció con zunga y músculos aceitados por el escenario del Teatro Providencia. Antonio Vodanovic, el animador, lo presentó con su verdadero nombre y una humorada festivalera:

—Próximo concursanteeee... Alejandro Otero, 68 añoos... No, perdón, je, je, je... 68... ¡kiloos!

Daniel no clasificó a instancias superiores, pero al menos conformó a su primo, quien lo apoyó desde las butacas, aplaudiendo a rabiarse, con una sonrisa traviesa.

Qué le iba a hacer. Daniel estaba entregado a las manos de su primo, quien decía que había que confundir al enemigo. Decía también que había que cumplir las tareas a cabalidad, apropiarse de roles ajenos de modo de mantener apariencias de normalidad. Por eso, poco después del Segundo Campeonato Nacional de Fisicoculturismo, Tarzán obligará a Daniel a frecuentar una iglesia evangélica, y por eso también, tras subir trotando el cerro San Cristóbal y hacer cumbre, lo impulsará a besar los pies de la virgen y persignarse ante ella.

—Hay que hacerla completa, primo —decía Tarzán, guiñando un ojo—, para que te crean.

Al menos a él le daba resultado. En el gimnasio de Enzo Ramírez nunca sospecharon del dibujante técnico criado en Venezuela, que llegó a realizar un curso de paracaidismo y a alojar en casa de un ex boina negra del Ejército. Jorge Valdebenito se comportaba

como cualquier otro tipo del barrio alto, indolente, preocupado de sus propios asuntos, que aparentemente no tenían nada que ver con la política. Ésa era precisamente la idea.

“A la Dirección Nacional:

“Me encuentro en el país desde el 6 de julio de 1985...” —informó Sacha al poco de su regreso de Cuba, obedeciendo al protocolo de la organización que ordenaba a sus cuadros que volvían del extranjero a presentar un currículum dirigido a la jefatura. En éste, que regularmente se escribía a mano alzada, en hoja de cuaderno, los combatientes debían resumir las actividades realizadas con anterioridad a su partida, además del tipo de instrucción militar recibida, de modo de que pudiesen ser asignados a nuevas tareas.

No era mucho lo que Sacha podía contar acerca de lo primero. Como se sabe, su experiencia combativa no pasaba de acarrear bultos por encargo de su tío Ernesto. Por eso prefirió dar una breve cuenta de su preparación militar, que calificó de “muy completa en varias materias”, antes de solicitar formalmente un nuevo vínculo con la organización. Según dio a entender al final de su currículum, su último jefe había quedado imposibilitado de seguir operando.

Entonces Sacha le entregó su currículum a Marcos, vecino de La Pincoya con quien había cumplido instrucción militar, y un par de semanas después Marcos le entregó de vuelta otro papel a Sacha.

De esta forma, que era el modo como se hacían las cosas en la *Empresa*, Sacha se vinculó con Felipe.

Felipe tenía poco más de treinta años, trayectoria como dirigente sindical del yacimiento El Teniente y fama de experto en explosivos, uno de los mejores en la organización. Felipe acogió a Sacha con paciencia y dedicación, le ordenó formar su propio grupo operativo y, al mismo tiempo, asistirlo en acciones que tenían un sello característico: cada vez que terminaba de preparar un auto con explosivos, Felipe acostumbraba imprimir su huella digital en la carrocería o el tablero del vehículo.

Bajo el mando de Felipe, que tenía rango y contactos con la jefatura, Sacha operó por primera vez en forma continua, ya como

funcionario remunerado y con dedicación exclusiva. Felipe le enseñó algunos trucos del oficio, principalmente en lo que respecta a la manipulación de explosivos, y no pasó mucho tiempo antes de que le diera el vamos a las primeras acciones comandadas por Sacha.

Una de las más sonadas ocurrió una noche de agosto en calle Campo de Deportes, a pasos del Estadio Nacional. Acompañado por dos subalternos, instaló una bomba a base de amoníaco y nitrato de amonio en el portón del Casino de Suboficiales de Carabineros. Como era una bomba de tiempo, diseñada para permitir la huida, no supo hasta el día siguiente que la acción había resultado exitosa.

En esta corta etapa que trabajó bajo el mando de Felipe, las operaciones emprendidas por el grupo de Sacha estuvieron enfocadas preferentemente a la instalación de explosivos en retenes, bancos, locales comerciales y torres de alta tensión. Fue una práctica intensiva, de un constante ir y venir por la ciudad, en que pudo poner en práctica lo aprendido en la isla. Felipe estaba orgulloso de su pupilo y se lo hizo saber. Sin embargo, un par de meses después de haberlo conocido, también le hizo saber que ya no trabajarían juntos. Ahora Sacha trabajaría con una mujer, que entonces era esposa de Felipe. Esa mujer era Tamara.

Sacha llegó a ella del mismo modo en que llegó donde Felipe. A través de un papelito amarillo donde se indicaban punto y hora del vínculo. Nunca antes la había visto y se llevó una sorpresa. No sólo Sacha. Todos se llevaban una sorpresa cuando la conocían. Tamara era una mujer de pelo castaño, tez clara y figura esbelta; una mujer de poco más de treinta años, con más encanto que atractivo —aunque ese encanto la hacía sumamente atractiva—, y maneras propias de mujer de barrio alto. Esto último era lo sorprendente. Tamara hablaba y actuaba como mujer de barrio alto porque era de barrio alto. Había estudiado en el Grange School, uno de los colegios más exclusivos del país, y provenía de familia acomodada y de derecha que representaba el lugar opuesto en el que estaba ahora. El cambio había operado desde la segunda mitad de los setenta, cuando ingresó a estudiar Sociología a la Universidad

de Chile, y se hizo manifiesto a comienzos de la otra década. Ya titulada, mientras dictaba clases en la Universidad de Playa Ancha, en Valparaíso, Tamara, que era Cecilia Magni Camino, tomó contacto con Ramiro y Joaquín, socios del Club Social y Deportivo Orompello, que estudiaron en la misma universidad.

Podría decirse que había una sola cosa en común entre Tamara y Sacha, aparte de la militancia, por cierto. Tamara, como Sacha, había empezado desde lo más bajo en la organización. Ella también acarreó bultos antes de operar más en serio y asumir cargos de responsabilidad. Y en cierta forma, del mismo modo que Sacha, también provenía de un mundo completamente distinto antes de involucrarse en política. Era todo. No había más en común. El resto eran diferencias, pero igualmente, tal vez porque a cada uno le hubiera gustado estar en el lugar del otro, Sacha y Tamara simpatizaron de entrada.

Es cierto. No era sólo cosa de los dos. Todos simpatizaban con Tamara. Muchos también se enamoraban de ella. Había una ternura, una calidez que la distinguía de otros jefes y no sólo jefes, también de otros combatientes. En una lógica de guerra, dominada por hombres de maneras marciales y graves, no era común que un superior le preguntara a un subordinado cómo estaba, cómo se sentía. Tamara era de preguntar ese tipo de cosas. Y era además una mujer de acción, por eso estaba donde estaba, a cargo de un pelotón, conformado por tres o cuatro grupos operativos. Uno de ellos era el de Sacha, que en ese entonces respondía al nombre de Claudio y trabajaba con Marcos, Checho y Llanero. Tamara se entendía sólo con Sacha, como se entendía únicamente con los jefes de los otros grupos operativos, pero sólo al jefe del grupo de La Pincoya le dijo, a propósito de que él le había contado antes que iba a ser padre, que ella tenía una hija de tres años a la que veía muy poco por la vida que llevaba, que era una vida clandestina, al filo de la muerte. Le contó eso y también tuvo la deferencia de visitar la población donde vivía Sacha. Eso tampoco lo hizo con los otros jefes.



Las visitas tenían que ver con asuntos laborales, por cierto. En esos días había mucho de qué ocuparse. Pero las visitas también parecían estar inspiradas en una inquietud personal de Tamara por conocer la vida de una población como La Pincoya, más todavía considerando que la casa donde Sacha la llevó por primera vez, y que siguió siendo punto de reunión para otros encuentros, era de una pobreza agravante. Nunca le comentó al respecto nada a Sacha, pero en cada ocasión en que Tamara volvió a esa casa lo hizo con una bolsa de yogures para los niños, todo un lujo para la época en La Pincoya.

Hubo también otros gestos de Tamara que llamaron la atención de Sacha. Como se acostumbraba inmediatamente después de una operación, el jefe del grupo debía reportarse ante su superior para informarle del resultado. En esos casos, como es natural en alguien que recién ha detonado una carga explosiva o disparado un arma, Sacha aparecía ante Tamara hecho un atado de nervios, tembloroso, jadeante, y ella, antes de preguntarle cualquier cosa, lo acogía como lo haría una madre con su hijo. Tamara lo abrazaba, le decía que se calmara, que estaba todo bien, y sólo una vez que el otro había recobrado el temple le pedía un informe de lo ocurrido.

Con Tamara como jefa Sacha vivió el momento de mayor esplendor de su carrera subversiva. El sentía que se hacía necesario incrementar las acciones y ella, que le tomó confianza y cariño, le fue asignando tareas de mayor complejidad. Una de las más relevantes ocurrió a fines de año en la estación de Metro Ciudad del Niño.

El grupo de La Pincoya tuvo la misión de asaltar la boletería e instalar dos kilos de explosivos en los andenes, previo desalojo del público. Fue una operación de suma complejidad, que requirió la acción de dos grupos operativos a cargo de Sacha y que incluso sorteó la intervención de un carabinero, que fue neutralizado con un balazo en la pierna. El hecho fue consignado en la prensa del día siguiente, uno de los objetivos del plan, y destacado en *Manuel cabalga de nuevo*, libro con que la organización conmemoró su tercer aniversario.

Sacha estaba en las ligas mayores de la guerra subversiva, y para fines de año ya tenía dos grupos operativos a cargo y estaba próximo a encabezar un tercero. Fue una etapa intensa, de dos y hasta tres operaciones por semana, que ayudó a temprar un carácter y liderazgo que hasta entonces habían permanecido dormidos. Tal como se escuchó en una proclama lanzada por radio Santiago en octubre de ese año, Sacha sentía que había llegado “la hora de tareas más duras”, de “entregar y exigir lo mejor de cada combatiente”. Sentía también, como lo sintieron los pocos que se enteraron del trasfondo de un hecho ocurrido a fines de ese mismo mes, que la dictadura estaba en vilo, que era cosa de tiempo, y de algo de suerte: la tarde del 30 de octubre de 1985, cerca de las catorce y treinta horas, un Daihatsu Max Cuore que circulaba por el camino Lo Sierra, en la comuna de Cerrillos, fue alcanzado por una poderosa carga explosiva instalada en la berma. El automóvil voló varios metros y se estrelló contra un poste de alumbrado público, hiriendo gravemente a su conductora.

“El atentado explosivo es el segundo en tres días con personas gravemente heridas”, consignó la prensa del día siguiente, pero pasó por alto el vínculo con otra noticia aparecida el mismo día: un par de horas después de la explosión, Augusto Pinochet llegaba a la comuna de Cerrillos para inaugurar la vigésimo tercera versión de la Feria Internacional de Santiago, FISA. Llegó tal como lo hacía en los últimos años, aunque variando la ruta.

No será el primero ni el último intento de ajusticiar a Pinochet. Sí el más decidido hasta entonces.

Estaba advertido. El Año Decisivo se venía en serio.

—Psss, primo —susurró Tarzán, sin dejar de levantar pesas.

—¡Primo! —insistió, alzando levemente la voz.

—¿Qué pasa? —atendió Daniel, que estaba concentrado en lo suyo.

—Mira quién está ahí.

Daniel no la reconoció a primera vista. Ni a primera ni a segunda. Tarzán tuvo que explicarle que esa muchacha que había

llegado al gimnasio de Enzo Ramírez era la Miss Chile 1985. Su nombre era Claudia Van Sint Jan.

—¿Y? —escrutó Tarzán, espiándola de reojo.

—¿Y qué? —respondió Daniel.

—¿Qué te parece poh?

Daniel giró hacia donde estaba ella, y tras un rápido vistazo comentó sin demasiado entusiasmo:

—Sí, está rica.

—Está rica, sí —concedió Tarzán—, pero para uno, no para Miss Chile, ¿no te parece?

—Sí, puede ser.

Daniel alzó los hombros y retomó sus ejercicios. El asunto de la Miss Chile lo tenía francamente sin cuidado. No así a Tarzán, que aunque siguió ejercitándose en las máquinas, en realidad permanecía atento, como muchos en el gimnasio, a lo que hacía la muchacha.

Pasó un rato antes de que Tarzán volviera a hablar:

—Psss, primo.

—¿Qué pasa? —respondió Daniel, contrariado por la nueva interrupción.

—Oye, ¿y si la secuestramos?

—¿Qué?

—Claro, imagínate la media cagadita. La tomamos justo antes de que tenga que ir al programa, un par de horas nomás, pa' qué tanto, después la soltamos. Imagínate al otro día el titular: "El Frente Secuestra a la Miss Chile". ¿Dime si no es genial?

—¿En serio? —Daniel frunció el ceño.

—¿Pero dime si no es genial? "El Frente Secuestra a la Miss Chile". Genial.

Probablemente no hablaba en serio. A Daniel le quedó la duda. Lo que es claro es que a ninguno de los dos le pareció gran cosa la Miss Chile 1985. Por lo demás, en ese entonces Tarzán había conocido a una mujer tanto o más agraciada que Claudia Van Sint Jan. Esa mujer era la suiza Isabelle Mayoraz, una rubia de veinticinco años que había sido integrada al grupo de exploradores con el apodo de Julia.

Julia era pareja de Antonio. Pero en ese entonces Antonio, que era hijo de exiliado y había retornado un par de años atrás a Chile con la hermosa muchacha que conoció en Suiza, permanecía en La Habana, siguiendo un curso de instrucción militar. Pensando que no tardaría mucho en volver, Antonio dejó a Julia encargada con unos amigos en Santiago. Lo que no previó Antonio fue que al poco de su partida, Julia comenzaría a trabajar con Tamara, a quien conoció por intermedio de Felipe, que era amigo de Antonio, y que al volver, en marzo de 1986, la encontraría formando parte del grupo de exploradores.

Julia era pareja de Antonio, pero desde que comenzó a colaborar en el grupo de exploradores, nunca volvió a ser la misma que conoció Antonio. Julia se había enamorado de Tarzán.

El lío amoroso pudo haber quedado en el anecdotario de la guerra subversiva. Un capítulo sabroso para animar la sobremesa. Pero ese lío sentimental, que estalló al promediar el Año Decisivo, traerá consecuencias políticas importantes.

De momento, sin embargo, Antonio permanecerá en La Habana siguiendo un curso de instrucción militar, y Julia y Daniel y otros exploradores estarán destinados a la zona del Cajón del Maipo, en la precordillera cercana a Santiago, donde Pinochet tenía una casa de descanso a la que acudía preferentemente en primavera y otoño. En esa zona, tras descartar varias posibilidades, Tarzán propuso montar un plan dinamitero similar al de Cerrillos, que a la vez estaba inspirado en el atentado explosivo de 1973 ejecutado contra el general Luis Carrero Blanco, ex primer ministro de Francisco Franco. La idea quedó aprobada por la jefatura y sería, junto con el desembarco de toneladas de arsenales procedentes de Cuba, la más importante de las operaciones para terminar con la dictadura.

Eran las horas previas al Año Decisivo y la *Empresa*, a dos años de su formación, estaba en plena capacidad operativa. Varios de los oficiales chilenos formados en la isla había entrada al país o estaban próximos a hacerlo. José Miguel, el jefe máximo, que a la vez reportaba a Sebastián, representante de la Comisión Militar

de *Ajedrez*, dispuso los ascensos antes de partir a un congreso en la Unión Soviética.

Bigote, que estaba a cargo de la V Región, pasó a ocupar la jefatura de Santiago. Joaquín asumió mayores responsabilidades en el Destacamento Especial, que estaba a cargo del comandante Benito. Y Tamara, que era jefa de pelotón, ascendió a comandante, lo que también supuso un cambio para Sacha. Ya no dependería de ella. Ahora dependería de un nuevo jefe, a quien conoció del mismo modo en que había conocido a Salomón y también a Felipe y a Tamara. A través de un papelito amarillo. Ese papelito, que indicaba un punto en Irarrázaval esquina avenida Italia, lo condujo a Ramiro, ex lateral volante del club Orompello, recién ascendido a jefe de pelotón.

En adelante, esa esquina de la comuna de Ñuñoa sería el punto regular de reunión entre ambos. *La oficina* de Sacha y Ramiro.

## SEIS

A rostro descubierto, vistiendo un traje que los testigos juzgaron elegante, Tamara cruzó la puerta de la casa de cambio Steinsapir con un revólver en sus manos.

—¡Esto es un asalto! —gritó como se debe gritar en esos casos: con voz firme y decidida, seguido del mandato de rigor—: ¡Todos al suelo, mierda!

Era la una y cuarto de la tarde del jueves 27 de febrero y la agencia Steinsapir, en General Holley con avenida Suecia, comuna de Providencia, estaba repleta de público. Confundido entre los clientes había un hombre bajo y de terno, de aspecto inofensivo, que al ver entrar a la mujer sacó un arma de sus ropas y repitió la orden desde el fondo del local.

—¡Al suelo!, ¡al suelo!

Era Jorge Mario Angulo González, plomero de profesión, quien venía llegando de un curso de instrucción militar en Cuba y recién se integraba al grupo de Sacha con el nombre político de Pedro. Su debut en ligas mayores presentó una leve complicación.

Cuando Tamara entró a la agencia blandiendo su arma, el público se desplazó instintivamente hacia el fondo del local, donde estaba Pedro, y al escuchar la orden de éste, se abalanzó de vuelta hacia la entrada. El desconcierto fue aprovechado por Otilia Pulgar, jefa de la agencia, para intentar activar la alarma. No llegó muy lejos. Tamara la neutralizó con un balazo disparado al aire.

—¡Al suelo, mierda! —volvió a gritar Pedro, y ahora sí todos se lanzaron al suelo.

El asalto no duró más de cinco minutos. Flanqueada por otros dos hombres que entraron tras ella, uno de los cuales era Marcos, Tamara retiró el dinero de las cajas y abandonó el lugar con una

advertencia. Al interior de la agencia había una bomba que explotaría si alguien intentaba seguirlos. Afuera aguardaban dos autos y una moto, a bordo de la cual huyó Tamara.

En rigor, por su nuevo cargo, la comandante Tamara no debió haber estado ahí. Ese lugar le correspondía a Sacha, cuyo grupo operativo había sido encomendado por Ramiro para ejecutar el asalto. Sacha y sus subalternos trabajaron durante semanas en la elaboración del plan. Estudiaron el lugar, anotaron rutinas y trazaron un diseño que consideraba la actuación de cuatro hombres al interior de la agencia y otros seis de apoyo para la retaguardia. A última hora, sin embargo, Tamara pidió al jefe de La Pincoya ocupar su lugar. Quería volver a operar en terreno, sentir la adrenalina. Lo suyo no era el trabajo de cuartel.

El problema fue que al emprender la huida en motocicleta reparó en la presencia de Daniel Huerta, comandante y miembro de la Dirección Nacional, quien observaba la acción desde la terraza de una cafetería vecina a la casa de cambio. Al cruzar la mirada con él, Tamara lanzó un grito ensordecedor y agudo que la prensa del día siguiente interpretó como un acto intimidante de la mujer que comandó el atraco. En la organización, en cambio, quedó en claro que había sido una reacción espontánea que Tamara soltó al verse sorprendida en falta por uno de los jefes.

En esta vuelta, la misión de Sacha se limitó a recibir un bolso cargado con dinero en la Plaza Pedro Valdivia, Francisco Bilbao esquina Pedro Valdivia, y entregárselo de inmediato a Ramiro, su nuevo jefe a contar de ese año. Ya tendría oportunidad de desquitarse.

El Año Decisivo estaba en curso y, por primera vez, la oposición en su conjunto, casi sin distinción, coincidía en que sólo las movilizaciones sociales podían desestabilizar al régimen. Había voluntad y ánimo de volcar el descontento en las calles, y frente al advenimiento de una gran protesta nacional anunciada para mediados de 1986, la *Empresa* preparaba una fuerte ofensiva. Todo estaba dado para que el grupo de La Pincoya cobrara protagonismo en este escenario. Sin embargo, aparte del asalto a la casa de cambio, no fue mucho más lo que hizo el grupo en esos primeros

meses. Salvo el asalto del mes siguiente a un camión repartidor de la empresa Soprole, cuyos productos fueron entregados en la población Lo Hermida, Sacha y sus hombres estuvieron prácticamente desocupados.

En teoría, Sacha tenía un estatus superior al del año pasado, con tres grupos a cargo, pero en la práctica su carrera estaba estancada. Varios de los planes subversivos que le presentó en esos meses a Ramiro, cuidadosamente elaborados en hojas de cuadernos, como obligaba el protocolo, fueron rechazados por éste, que aducía falta de prolijidad del jefe de La Pincoya. La frustración se hizo mayor al constatar que algunos de los planes que habían sido rechazados por Ramiro, al tiempo eran ejecutados por otros grupos a cargo del mismo jefe de pelotón.

Sacha comenzó a pensar que el asunto con Ramiro era personal. De piel. Y empezó a echar de menos a Tamara. Si el trato con ella era afectivo, cuando no dulce y maternal, Ramiro representaba la figura opuesta, la del padre severo y castigador, con quien no había lugar a la discusión. Las cosas se hacían como él decía y punto.

Por eso no le quedó otra que acatar cuando a principios de mayo, tras una reunión en *la oficina*, Ramiro le ordenó asistir a un curso de guerrilla urbana en una casa de las afueras de Santiago. Sacha consideraba que no necesitaba reforzar materias elementales, de primer grado. Era el Año Decisivo y él quería operar en terreno, contribuir al fin de la dictadura, no encerrarse a hablar de marxismo y de armas y explosivos dibujados en una pizarra. Sacha pensaba que no lo merecía. Pero qué iba hacer. Era una orden y en la *Empresa*, que era una empresa militar, las órdenes se acataban sin chistar.

El curso, para colmo, comenzó el 8 de mayo, el mismo día que nació su hija Tatiana. Sacha apenas tuvo tiempo de dejar a Cristina en el hospital antes de acuartelarse por dos semanas en una casa de las afueras de Santiago. Dos semanas que juzgó las más inútiles de su carrera subversiva, subordinado a un instructor que sabía muchísimo menos que él, un instructor que ni siquiera había cumplido instrucción en Cuba. Un novato, en buenas



cuentas. Esas dos semanas de mayo, en vísperas de la paralización nacional, Sacha no hizo más que lamentarse y pensar cómo sería su hija o hijo, todavía no lo sabía, y en un país que reclamaba sus servicios con urgencia.

Los primeros días de junio, poco después de participar en el Segundo Campeonato Nacional de Fisicoculturismo, Daniel llegó donde Tarzán con la noticia:

—Lo tengo, primo, lo tengo —anunció.

El día anterior, recorriendo el Cajón del Maipo, había visto un puesto de empanadas, pan amasado y abarrotos, ubicado frente al Autódromo de Las Vizcachas, que exhibía un letrero de venta. Una modesta amasandería, ubicada al pie de la carretera G-25, era la fachada ideal para operar. Aunque había una complicación.

Sólo las instalaciones —un horno de barro, el local y un dormitorio trasero— estaban a la venta y eran propiedad de Elba Muñoz. El sitio pertenecía a la familia González, que vivía en una casa al costado de la amasandería y nada tenía que ver con el negocio; su papel se limitaba a cobrar un arriendo mensual por el uso del suelo. Ni modo. Tarzán y su primo tendrían que trabajar cerca de las narices de los González.

Las tratativas corrieron por parte de Daniel y su madre, que sólo intervino en esta fase. Daniel formalizó el contrato de venta, usando su verdadera identidad, y pasó a ocupar la casa.

A mediados de junio la amasandería de Camino El Volcán 06210, emplazada a pocos metros del retén carretero que marca el límite entre Santiago y el Cajón del Maipo, reabría con nuevos dueños.

En principio sólo tres personas trabajaron el negocio. Tarzán, Daniel y Carol. La muchacha atendía público y amasaba el pan y las empanadas. Los hombres se ocuparon de las nuevas obras: una ampliación del dormitorio, un segundo horno y una bodega de madera. Dentro de esta última nacería la boca del túnel que llegaría hasta el centro de la carretera y respiraría a través de la chimenea del horno. La ampliación servía para alojar a los nuevos inquilinos y mantener las apariencias. Había que tener una obra en constante construcción para disimular el enorme volumen de

tierra que diariamente salía del forado donde se instalarían los explosivos que se activarían al paso de la comitiva de Pinochet.

Pese a que ninguno de los dos tenía mayor experiencia en este tipo de obras, en dos semanas ya habían concluido la bóveda del túnel, de dos metros y medio de profundidad. A la siguiente avanzaron los primeros metros hacia la carretera. Hasta ahí todo iba perfecto. El negocio marchaba sin novedad y los vecinos no hacían preguntas. Pero dos inconvenientes surgieron casi a la par a comienzos de julio. El primero fue Carol, la muchacha que amasaba, quien comenzó a manifestar una inseguridad inaceptable en una operación como la que estaba en marcha.

—¿Y si nos pillan? —decía Carol a Daniel por las noches, en ausencia de Tarzán, sin saber que ambos eran primos y confidentes—. ¿Qué nos puede pasar?

Alertado por Daniel, Tarzán decidió reemplazar a la muchacha por otra recomendada por Tamara. La nueva era Fabiola, la Negra Fabiola, antigua subordinada de Salomón en el Destacamento Especial. Tenía experiencia en combate y formación militar en Cuba, y a diferencia de Carol, Fabiola no titubeaba.

El segundo problema fue una roca que apareció en el camino del túnel. Era maciza y gruesa, infranqueable a las punzadas del cincel con que Daniel intentaba hacerle frente. Tarzán bromeaba con que su primo estaba labrando una escultura, “La escultura de la papa” la bautizó, pero el buen humor se fue agotando con los nulos avances de los siguientes días. Necesitaban ayuda profesional, un maestro de verdad, y el que consiguieron no tenía grandes convicciones políticas. Era un maestro cualquiera, recomendado, de confianza, y había llegado ahí a trabajar en una obra de construcción, no a derrocar una dictadura. Se llamaba Juan, y atendiendo a su edad, los primos se referían a él como don Juan.

Desde que se integró a la obra —y en un par de días solucionó el problema de la roca, desplazándola hacia una cuenca lateral—, don Juan nunca hizo preguntas. Y los primos, que agradecían la discreción, tampoco juzgaron necesario entrar a dar explicaciones. Estaban haciendo un túnel que llegaba justo al centro de la carre-

tera y punto. Sólo había que seguir cavando y trasladando tierra. En la amasandería estaban contra el tiempo.

De no ser por una llamada telefónica de última hora, La Pincoya pudo haber sido un sangriento campo de batalla. La verdad es que igual lo fue, porque la protesta nacional del 2 y 3 de julio, la primera que congregó a todas las fuerzas de oposición, dejó pobladores muertos y heridos por efecto de balas locas percutidas desde autos en movimiento. Dejó también uniformados lesionados y cuarteles y vehículos policiales con serios daños. Y dejó, no en La Pincoya pero sí en Estación Central, a dos jóvenes quemados vivos por una patrulla militar.

Fue entonces un sangriento campo de batalla, pero pudo haber sido todavía peor, sobre todo para las fuerzas policiales. Para esas dos jornadas de protesta nacional, probablemente las más intensas contra la dictadura, La Pincoya —como la mayoría de las poblaciones de Santiago— dispuso una fuerte ofensiva armada que respondía a lo que se denominó el Ensayo de la Sublevación Nacional. Sería el ejercicio para el plan con que el Frente apoyaría el alzamiento definitivo de las masas.

Días antes, Ramiro había citado a los principales jefes de grupo bajo su mando para coordinar las acciones. Uno de ellos era Sacha, que recién había sido padre de una niña y ya casi había olvidado el asunto del curso al que lo había enviado Ramiro un par de meses atrás. Ahora estaba preocupado del Ensayo de la Sublevación Nacional, que requería la acción de la totalidad de los grupos de la zona norte de Santiago. El de Sacha contaba con armamento pesado y varios kilos de explosivos. Contaba también con la libertad para decidir las acciones que estimara convenientes. Y contaba por último con un nuevo combatiente, que en realidad no era tan nuevo, porque tenía trayectoria partidaria pero nunca antes había operado en acciones militares. Su apodo era Óscar, muchacho menudo y bajo, de piel morena y pelo chuzo, que provenía, como Marcos y Pedro, del sector este de la población, de la Pablo Neruda.

Todo estuvo dispuesto entonces para el Ensayo de la Sublevación Nacional. En las horas previas, Sacha iba de un lado a otro, coordinando a los diferentes grupos a su cargo. El asunto iba en serio. Sólo restaba hacer esa llamada telefónica en la que Ramiro le informaría de alguna novedad de última hora.

Hasta la tarde no hubo novedades. Pero ya cerca del anochecer, cuando los grupos estaban en sus puestos, Sacha escuchó el recado que Ramiro le había dejado a través de un buzón telefónico:

—No vamos al teatro —escuchó decir al otro lado de la línea.

No ir al teatro significaba que el Ensayo de la Sublevación Nacional quedaba suspendido hasta nuevo aviso.

Ese mismo mensaje se escuchó en otras poblaciones de Santiago. Y se escuchó también en una casa de seguridad de la comuna de La Reina, donde permanecía acuartelado el Destacamento Especial a cargo de Joaquín, quien a la vez reportaba al comandante Aurelio y a Benito. Ese destacamento, que debía comunicarse cada dos horas con un buzón telefónico para saber si iban o no al teatro, estaba preparado para ir a volar los puentes del canal San Carlos, de modo de aislar a los regimientos de la zona oriente.

De todas formas, pese a la contraorden, las protestas del 2 y 3 de julio fueron unas de las más violentas y contundentes expresiones de repudio a la dictadura. Sacha y sus hombres tuvieron la orden de no ir al teatro, pero según reconoció a fines de esa misma semana, cuando Ramiro reunió a los jefes de grupo en el Parque O'Higgins para analizar las acciones, igualmente se tomó la libertad de hacer "algunas cositas". En esos términos se lo confesó a Ramiro cuando éste le pidió una rendición de cuentas de lo ocurrido en La Pincoya. Sacha no fue el teatro pero de todas formas se permitió hacer "algunas cositas".

El itinerario del Año Decisivo seguía inalterable y la fecha elegida para que decantara era a fines de agosto, en vísperas de las protestas de principios del mes siguiente. La apuesta buscaba que el 11 de septiembre no fuese como los últimos doce años. Para entonces Pinochet debía ser historia y la historia todavía se estaba escribiendo, simultáneamente, al interior de un túnel del camino al Cajón del Maipo y en las costas de la III Región.

Para mediados de año, el último de los dos cargamentos con cerca de ochenta toneladas de armamentos y explosivos había sido desembarcado exitosamente en la zona de Carrizal Bajo, al norte de Huasco. En esa carga iban los explosivos que se depositarían al interior del túnel. Ambos factores, la obra subterránea y la distribución del explosivo, debían operar coordinadamente para asegurar el éxito de la misión. Y hasta esa fecha, aunque sólo unos pocos en la *Empresa* lo sabían, todo estaba resultando según lo planeado.

Cuando las obras anotaban los primeros avances significativos, Ernesto se apareció por la amasandería. Su presencia era asunto de vital incumbencia. Ernesto, que era comandante y había llegado hace menos de un año al país, fue nombrado jefe de la operación para ajusticiar a Pinochet.

Ernesto era el mejor amigo de José Miguel. En parte por eso fue designado al frente de la operación. En parte también porque se lo tenía por uno de los hombres más calificados, especialista en táctica militar. Ernesto era oficial del Ejército Popular Búlgaro y pasó por Cuba y Nicaragua antes de retornar al país para hacerse cargo de las escuelas clandestinas. Como José Miguel, Ernesto provenía de una familia de padres profesionales y asistió a un colegio exclusivo, el Nido de Águilas; como José Miguel, salió exiliado junto a su familia cuando era un adolescente y más tarde optó por la carrera militar; y como José Miguel, Ernesto era tranquilo, estudioso y sano, tan sano que también, como a José Miguel, lo apodaban el Yogur.

Ése era José Joaquín Valenzuela Levi, el verdadero nombre de Ernesto, hombre delgado, crespo y de bigotes, que comenzó a frecuentar la amasandería a contar de julio. Ernesto supervisaba la marcha del túnel, que avanzaba con celeridad.

Desde su incorporación don Juan había significado un aporte decisivo para el progreso de la obra. Seguía trabajando con esmero y discreción. Fabiola, sin chistar, cumplía a cabalidad la labor encomendada. Atendía el negocio, aseaba el local y amasaba, aunque cada vez menos. A esas alturas, buena parte del pan y las empandas que vendían con sello de producción propio la compraban en una

panadería frente a la Plaza de Armas de Puente Alto. Y ahí estaban los primos, cada día más empeñosos, exhibiendo los primeros signos de prosperidad ante los vecinos: una camioneta Toyota color amarillo, de reciente adquisición, servía para sacar la tierra y depositarla en una cantera cercana al poblado de La Obra, en el kilómetro 32 de la carretera G-25, con vista parcial a la cuesta las Achupallas.

Fue en una de las tantas jornadas de descarga de tierra en La Obra que Daniel, pala en mano, escuchó a Tarzán hablar por primera vez del tema.

—Primo —comentó Tarzán—, ¿dime si no está bueno ese lugar para emboscar al viejo?

No fue más que esa frase, lanzada al aire, como por decir algo en un minuto de descanso. Tiempo después, al relacionar los hechos, Daniel concluirá que el plan para emboscar a la comitiva de Pinochet fue ejecutado sobre la marcha, con escaso margen de tiempo para su preparación, frente a una emergencia. La apuesta estaba jugada por entero al atentado explosivo.

A principios de agosto hubo reunión en *la oficina*. En esa reunión, Ramiro asignó a Sacha la que hasta entonces era la misión más importante de su carrera subversiva. Una tarea que cualquier combatiente se la hubiese querido. Ramiro le asignó a Sacha la misión de vengar a los dos jóvenes que resultaron quemados vivos en las protestas de principio de julio.

El caso dejó al descubierto la peor cara del régimen. Rodrigo Rojas Denegri y Carmen Gloria Quintana, de diecinueve y dieciocho años, respectivamente, fueron quemados por una patrulla militar a cargo del capitán Pedro Fernández Ditus.

El plan de respuesta consistía en detonar un auto cargado con explosivos frente al Regimiento Blindado Libertadores, en la céntrica calle Coquimbo, donde permanecía detenido el capitán Fernández Ditus. Sacha asumió la misión con orgullo, consciente de la responsabilidad asignada, y delegó parte de la tarea en Roberto, uno de sus subordinados más jóvenes, a quien encomendó el traslado del auto hasta el regimiento.

Roberto nunca estuvo muy convencido de la misión asignada. Tenía miedo y hasta última hora eludió la responsabilidad. Estaba recién casado y su mujer esperaba un hijo. Pero no tenía opción. De todos los combatientes de La Pincoya al mando de Sacha, Roberto era el único que sabía conducir vehículos.

Recién en vísperas de la operación, una vez que lo fueron a buscar a su casa para comprometerlo, se resignó a su deber de combatiente. Roberto manejaría el auto. Y Sacha, su jefe, esperaría a un par de cuadras del regimiento con una radio a pilas. Al ver aparecer a Roberto, Sacha encendería la radio que activaría el mecanismo eléctrico de la bomba. A esas alturas no era más que un procedimiento de rutina.

A las siete y treinta de la mañana del 4 de agosto, Roberto estacionó un Peugeot 504 cargado con explosivos en una de las calles laterales al regimiento. Se estaba bajando cuando un conscripto le salió al paso. No podía estacionar en ese lugar; estaba en zona militar, le advirtió, y atendiendo al plan alternativo, Roberto condujo el Peugeot hasta la otra esquina, en calle Emiliano Figueroa. Esta vez no alcanzó a bajarse. Cuando Sacha se aprestaba a encender la radio, con la antena en alto, el mecanismo eléctrico de la bomba se activó accidentalmente antes de tiempo, probablemente por efecto de alguna de las antenas del regimiento, con Roberto dentro del auto.

Al día siguiente el diario *La Tercera* tituló: "Terrorista voló en mil pedazos". En las páginas interiores se lee que John Patricio Malhue González, dieciocho años, con residencia en la población La Pincoya, fue identificado por el documento de conducir que portaba. Ahí también se lee que John Malhue vivía en la población Pablo Neruda y que su casa fue allanada por la CNI. Lo que no se lee es que la mañana del 4 de agosto, cuando la policía allanó esa casa, la esposa de John Malhue González ya estaba alertada de las novedades. Sacha tuvo que correr a darle la noticia.

Cuando don Juan y los primos terminaron la obra subterránea, o creyeron terminarla, afloraron las dudas. El túnel presentaba una leve inclinación, apenas perceptible, y sus obreros no tenían

la certeza de que hubiesen llegado exactamente al centro de la carretera. Un mínimo error de cálculo podía significar el fracaso de la operación.

El de la idea, otra vez, fue don Juan. Midió la longitud del túnel con una manguera, y una vez en la superficie, la extendió hasta el centro de la carretera. Las distancias coincidían. Salvo unos últimos detalles, el túnel de dieciocho metros de extensión y sesenta centímetros de diámetro estaba en condiciones para ser utilizado.

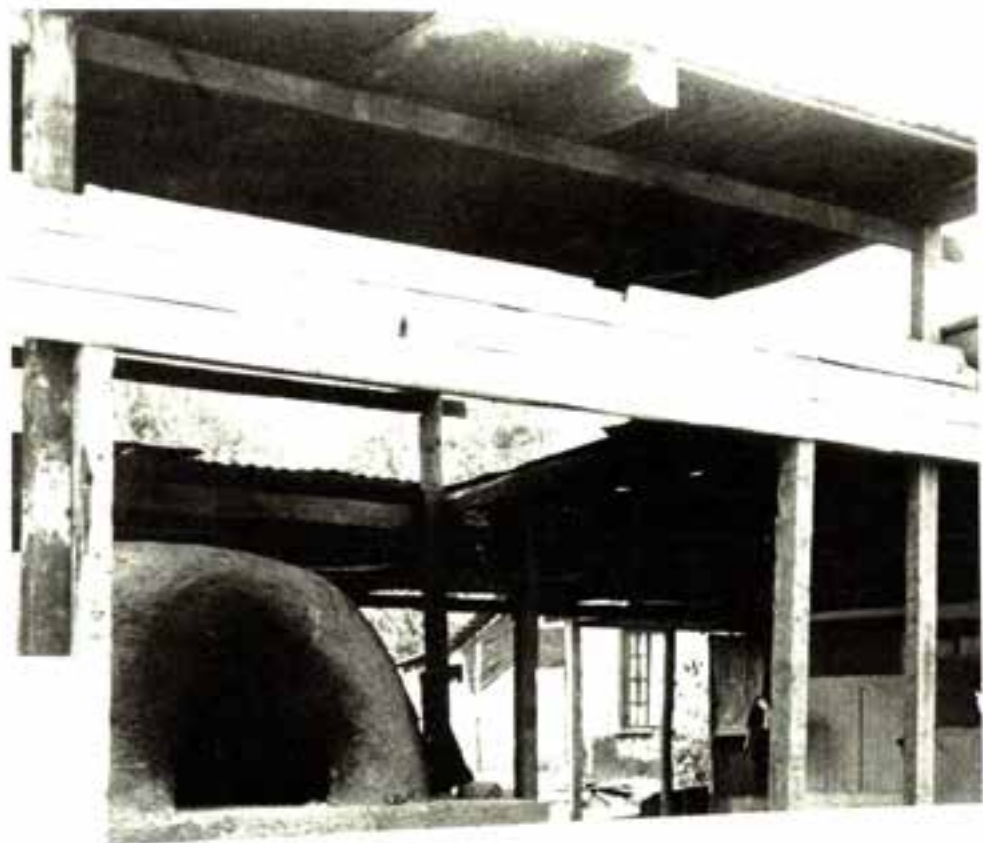
Sólo faltaban los explosivos, que debían llegar en los próximos días provenientes del norte. Antes, sin embargo, llegó Tamara con una noticia y dos relojes. Los relojes eran de regalo para Daniel y don Juan, en mérito al esfuerzo desplegado. La noticia estaba vinculada a otra conocida en esos días: el hallazgo de una importante partida de los arsenales de Carrizal Bajo obligaba a variar drásticamente los planes. Entre las cincuenta toneladas que habían caído en manos del enemigo estaba el explosivo destinado a la amasandería. Es cierto que no todo fue pérdida; una buena parte de los arsenales logró salvarse. Sin embargo, por la situación que se vivía en esos días, que era un completo desastre, con decenas de cuadros detenidos y armamento dando vuelta quién sabe dónde, el atentado explosivo corría serio riesgo de fracasar.

Había además otro factor asociado al mismo tema. De acuerdo con los últimos informes de los exploradores, inmediatamente después del hallazgo de los arsenales la comitiva de Pinochet varió rutinas y orden de vehículos.

La decisión estaba tomada. El túnel ya no se usaría con el objetivo con que fue diseñado. Ahora serviría como apoyo para un plan alternativo que estaba en marcha. En ese nuevo plan don Juan ya no tenía nada que hacer. Su parte estaba cumplida.

Lo despidieron como correspondía, con afecto y reconocimiento. Volvía a retomar su vida, que no tenía nada que ver con la de los que permanecieron en la amasandería.







Camino El Volcán 06210. La amasandería de Las Vizcachas en la que se preparó el atentado dinamitero que pretendía hacer volar por los aires al general Pinochet y su comitiva.  
ARCHIVO COPESA.

## SIETE

A mediados de agosto, una vez que el atentado explosivo de Las Vizcachas quedó descartado, hubo reunión en *la oficina*. El incidente de John Malhue ya estaba casi olvidado. Para qué decir el de la escuela de guerrilla. En el trajín de la guerra las cosas se olvidan rápido; no hay tiempo para detenerse a llorar. Por eso el encuentro en Irarrázaval esquina avenida Italia fue breve y muy puntual. Ramiro quería saber si Sacha estaba dispuesto a morir por la causa.

No le dijo de qué se trataba exactamente, pero algo le adelantó: se venía una misión importante, una misión que cambiaría la historia del país, y la posibilidad de salir con vida era de un uno por ciento.

—¿Vas? —preguntó Ramiro, sin rodeos, como acostumbraba.

—Voy —devolvió el otro sin siquiera darle una vuelta.

Debía elegir a tres combatientes de su grupo, plantearle lo mismo a cada uno por separado y comenzar a la brevedad, en lo posible al día siguiente, un entrenamiento físico intensivo en el Parque O'Higgins. Eran los últimos días del invierno de 1986 y Sacha se retiró con una sensación encontrada. Estaba honrado de haber sido considerado en la que intuía era la operación más importante de su trayectoria. Pero de seguro, como estaban planteadas las cosas, no vería crecer a su hija Tatiana, nacida un par de meses atrás. Resignado a su deber de combatiente, que primaba sobre cualquier otra consideración, enfiló hacia La Pincoya.

Por esos días Ramiro concertó otro punto. La cita esta vez fue en una casa de la comuna de Renca y Ramiro se reunió con Alejandro, jefe de un grupo surgido en la zona norte capitalina, para plantearle la misión en los mismos términos que a Sacha.

Había que estar dispuesto a morir, y Alejandro, tal vez más que cualquiera de sus compañeros, no tenía problemas con la muerte. Estaba para eso.

Proveniente de Quinta Normal, su ingreso a la organización estuvo precedido por una decepción vocacional y amorosa. Su carrera de seminarista de Schoenstatt concluyó abruptamente cuando se enamoró de una mujer, y cuando ésta lo abandonó, Alejandro se concentró de lleno en el trabajo político.

Alejandro estaba desencantado de la vida y, según le comentó a su primo Juan cuando éste lo vinculó con la *Empresa*, no le importaba morir, más aun si lo hacía por la causa.

Alejandro bordeaba los veinte años y era uno de los pocos jefes de grupo que no tenía instrucción militar en Cuba. Cuanto más, como gran parte de los combatientes sin rango, había seguido cursos en escuelas clandestinas, en las que había aprendido materias elementales de guerrilla urbana. Pero a cambio tenía una convicción y disciplina a toda prueba. Por eso, y por su pasado tormentoso, no titubeó en aceptar el desafío. Debía reunir a otros dos voluntarios, advertirles a lo que iban y comenzar la preparación física cuanto antes.

Del grupo de Alejandro el primero en enterarse fue Rodrigo, diecinueve años, proveniente de La Granja. Alejandro se lo dijo, no muy convencido, a la salida de la estación del Metro Ciudad del Niño, inmediatamente después de la reunión con Ramiro:

—¿Cómo estái pa' morirte? —lanzó Alejandro y Rodrigo, con igual displicencia, atinó a responder lo que se espera de un buen soldado:

—Bien poh, como siempre.

No fue más que eso, un diálogo absurdo, al pasar, al que Rodrigo no le prestó ninguna importancia. Ese día había sido convocado por un asunto puntual: Alejandro necesitaba ubicar con urgencia a Andrés y Vladimir, dos hermanos de La Granja que trabajaban con él y a quienes Rodrigo conocía sobradamente. Los Corazones, como fueron apodados unos días después, eran sus amigos del

barrio y había coincidido con ellos en dos grupos operativos. Los Corazones eran combatientes experimentados y Alejandro pensó en ellos, antes que en Rodrigo, para integrarlos a la misión suicida. Rodrigo estaba en el último lugar de la lista de candidatos de Alejandro, después de los Corazones y de su primo Juan. Incluso después de Nariz, lo que ya es mucho decir. No había duda de que Rodrigo era un cuadro valioso, avalado por una herida de guerra y acciones destacadas en la prensa, pero su jefe lo juzgaba inmaduro y centro de mesa, de éstos a los que les gusta hacerse notar, tal vez porque Rodrigo, que había estudiado un semestre de Historia en el Pedagógico, medía cerca de un metro y sesenta centímetros.

Cuando Alejandro se reunió con los Corazones y les planteó la misión, éstos dudaron. Eran los regalones de su madre, argumentaron, sus dos únicos hijos varones, y tal como estaban planteadas las cosas no podían exponerla a un dolor semejante. Desde entonces Andrés y Vladimir pasaron a ser los Corazones, y ante la negativa de éstos, a Alejandro no le quedó otra que convocar a Rodrigo. La lista quedó completa con la venia de Juan.

El primo de Alejandro tenía formación doctrinaria y estaba *templado*. Era un muchacho de proporciones gruesas, cuyo carácter y estatura contrastaban con los de Rodrigo: sí a éste le gustaba llamar la atención, Juan era de una timidez insufrible, hombre de pocas palabras y mirada evasiva, incapaz de hablar por teléfono sin sonrojarse.

Así fue reunido el grupo de Alejandro, por descarte, porque era lo que había más a mano en ese momento, porque pese a los tiempos que se vivían no era llegar y decir voy, cuando la probabilidad de morir era de un noventa y nueve por ciento. Ni un punto menos. Esa medida, que fue asumida como un dato científico, como si hubiese forma de calcular lo incalculable, en el fondo equivalía a decir que sólo un milagro podía hacer valer ese uno por ciento por sobre el noventa y nueve. Así las cosas, no había otra forma de reunir a los voluntarios de Alejandro y de otros grupos que quedaron citados para la tercera semana de agosto en el Parque O'Higgins.

Era una soleada mañana de día hábil, generoso anticipo primaveral, y Ramiro y Joaquín recibieron a los combatientes que tomarían parte de la acción. El que dirigía las cosas ahí era el primero, profesor de Educación Física.

Al entrenamiento llegó Alejandro con su primo Juan y con Rodrigo. También llegó Sacha, acompañado de Marcos, Pedro y Óscar, todos de La Pincoya. Llegó Axel y también Fabián, ambos de El Salto, a quienes Ramiro había reclutado unos días atrás.

Ninguno de los dos últimos superaba los veinte años, y en el caso de Axel, que en esta operación actuó con la chapa de Patricio, todavía vestía uniforme escolar.

Sumaban once, y aunque cada uno de ellos operaba en forma compartimentada, de un modo u otro varios ya se conocían las caras.

Por la cercanía geográfica entre El Salto y La Pincoya, Axel y Fabián habían operado al mando de Sacha. También Alejandro, que había trabajado a sus órdenes y unos meses atrás había tratado a Pedro, uno de los hombres de Sacha. Como Pedro venía de cumplir instrucción militar en Cuba, Ramiro le encomendó que transmitiera parte de los conocimientos al grupo de Alejandro. Podría llamarse un curso intensivo, express, pero no dio ni para eso. La historia ocurrió el verano de 1986.

Juan y Nariz se trasladaron en bus hasta el Santuario de la Virgen de Lo Vásquez. En ese lugar, como inocentes mochileros de guitarra al hombro —en cuyo estuche iba disimulado un fusil M-16—, fueron recogidos por el furgón utilitario en que viajaban Pedro, Alejandro y Rodrigo. Hasta ahí todo iba bien, de acuerdo con el itinerario trazado, pero una vez que se internaron por un camino lateral a Lo Vásquez, rumbo a unos terrenos en las cercanías de Villa Alemana, el furgón quedó en panne. Sin siquiera alcanzar a desenfundar la falsa guitarra, abandonaron el furgón y cada uno regresó por su cuenta a Santiago. Días después rindieron cuentas a Ramiro.

—¿Por qué no lo hicieron igual donde quedaron botados?  
—preguntó el jefe de pelotón, sin ocultar su molestia.

—Es que no se nos ocurrió —atinó a decir Alejandro.

—Es que no se nos ocurrió —remedó Ramiro—. Es que tiene que ocurrírseles.

Fue la primera y última oportunidad que el grupo de Alejandro tuvo para aprender a disparar un M-16. Al menos en ese sentido estaban en igualdad de condiciones. Varios de los fusileros seleccionados para lo que se denominó Operación Siglo XX nunca antes habían disparado un fusil. Ya no había tiempo para remediar eso.

Desde la primera reunión en el Parque O'Higgins los once continuaron viéndose las caras a diario, cumpliendo con un estricto régimen de preparación física al mando de Ramiro. La jornada comenzaba a las nueve de la mañana y concluía poco después del mediodía con un partido de fútbol. Ninguno de ellos, con excepción de Ramiro y Joaquín, sabía todavía para qué se preparaba, pero contaban con un valioso estímulo para superarse. Ramiro no se cansaba de repetir que el escaso margen que tenían de salir con vida, que a la primera semana se había elevado al cinco por ciento, dependía del estado físico con que llegaran a la operación. El resto ya era cosa de suerte.

Atendiendo al cambio de planes, Ernesto, el jefe de la operación, debió trabajar sobre la marcha, con lo que había más a mano, para cumplir con los plazos establecidos. El atentado estaba programado para el domingo 31 de agosto, en vísperas de la protesta del 4 de septiembre, lo que en la práctica implicó que hubo sólo dos semanas para su preparación. La premura fue un factor decisivo en todas las fases de la operación.

Recién la tercera semana de agosto, cuando el comando de fusileros quedó constituido, un actor relevante de la trama entró en operaciones. César Bunster Ariztía, hijo del embajador de Allende en Inglaterra, representó el papel de esposo de Tamara para arrendar, con su verdadera identidad, los vehículos necesarios y una casa del poblado de La Obra donde se acuartelaría el comando.

Aunque ambos simulaban una pareja ideal, de familia acomodada y una cierta arrogancia propia de su clase, tuvieron múltiples inconvenientes para realizar la tarea. Bunster, sociólogo de profesión, veintiocho años, había regresado legalmente al país en marzo de 1986 tras trece años de exilio, una vez que el Ministerio del Interior levantó la prohibición de entrada, y recién desde el 11 de agosto había conseguido un puesto menor en la embajada de Canadá en Chile. No tenía cuenta corriente ni antecedentes laborales sólidos, por lo que tuvo que operar con dólares frescos y artimañas que lo obligaron a trabajar al límite de la seguridad.

De todas las operaciones realizadas en esas dos semanas, la más compleja fue el arriendo de la casa en el poblado de La Obra, emplazada a menos de un kilómetro de la cuesta las Achupallas. El procedimiento de la pareja, que se presentó como un matrimonio que requería arrendar la casa a la brevedad, argumentando que los padres de ella llegarían desde el extranjero a pasar una temporada en Chile, despertó las sospechas del corredor a cargo de la propiedad.

En el proceso judicial, al recordar la primera reunión con la pareja, el corredor Fuenzalida relata que “una vez que se retiraron empecé a pensar que algo no andaba bien por la urgencia de la entrega de la propiedad, por no regatear el canon del arrendamiento, por cierta nerviosidad en él que contrastaba con la frialdad de ella”.

Fuenzalida no se guardó sus dudas. Inmediatamente después de la reunión contactó a su sobrino, capitán de Ejército Sergio Sierra Silva, “indicándole mis temores y pidiéndole que informara a quien correspondiera de estos antecedentes”.

El capitán Sierra, según parece, no le prestó atención a su tío, y éste, forzado por los dueños de la propiedad, quienes se llevaron una muy buena impresión del matrimonio, terminó arrendando la casa. El pago en efectivo de casi medio millón de pesos de la época selló el trato.

Ubicada a menos de un kilómetro del teatro de operaciones, la casa del poblado de La Obra tenía siete habitaciones, piscina, cancha de tenis y un amplio jardín. Era ideal para los propósitos, salvo por un detalle: Marcelino Farfán, cuidador de la propiedad,



que además oficiaba de jardinero, habitaba al interior de la misma en una vivienda aledaña. El grupo tendría que operar con un testigo rondando demasiado cerca.

El traslado de armamentos significó otra aventura contra el tiempo. Matías, que en realidad era Vasily Carrillo Nova, hijo de ejecutado político, estaba a la cabeza de una pequeña estructura encargada de la recepción y distribución de una parte de los arsenales de Carrizal Bajo que llegaron a la capital. Junto a otros tres hombres, entre los que se contaba Antonio, para entonces ex pareja de Julia, la joven suiza que se enamoró de Tarzán, el grupo de Matías alcanzó a realizar varias entregas de armas y explosivos que fueron a dar a diferentes orgánicas del Frente.

Recién a mediados de agosto, cuando el atentado explosivo quedó descartado, se hizo urgente proveer el armamento que demandaba el nuevo plan.

Algunas entregas se hicieron en días posteriores, a través de vehículos cargados con armas que recogieron Tamara y Ramiro en diferentes puntos de la capital, siguiendo un patrón común: los autos eran estacionados en la vía pública, preferentemente en comunas del barrio alto, sin seguro y con sus llaves ocultas bajo un diario doblado sobre el asiento del piloto. Así llegaron las primeras armas hasta la amasandería de Las Vizcachas, pero esa primera partida era insuficiente para la envergadura de la operación.

El grueso del arsenal llegó a fin de mes, una vez que otro de los hombres de Carillo, un empresario microbusero apodado Enrique, logró arrendar un garaje en el Paradero 17 de Vicuña Mackenna. Hasta ese lugar llegó, no sin dificultad, una camioneta Chevrolet C-30 con un poderoso arsenal simulado en su carrocería.

La historia de esa camioneta, con cilindrada de camión, entrega otra muestra de las condiciones en que se preparó la operación.

Durante varios días estuvo en un estacionamiento de calle Manuel Rodríguez, en el centro de Santiago, a la espera de que se habilitara el garaje en que las armas serían ocultadas y trasladadas con un método más seguro. Pero como el trámite del arriendo demoraba más de la cuenta, Antonio fue encomendado por Matías

a que la trasladara a otro sitio, de modo de no despertar sospechas. Antonio ya había comenzado a moverla cuando reparó en que no tenía documentos para conducir ese vehículo. Entonces la dejó estacionada en calle San Martín, a un par de cuadras donde la recogió, y le pidió a Enrique, quien sí contaba con la documentación reglamentaria, que la trasladara hasta un estacionamiento de Providencia esquina Bustamante.

El plazo fatal para su entrega era el jueves 28 de agosto, y ese día, cuando por fin el garaje estuvo disponible, la camioneta seguía estacionada en Providencia y, para colmo, tenía restricción vehicular. No podían arriesgarse a ser controlados por una falta tan elemental. El de la ocurrencia fue Enrique, apremiado por Antonio, que a la vez tenía la presión de Matías: la llevarían al garaje arrastrada por una grúa.

Cuando por fin la camioneta estuvo a resguardo, al interior de su carrocería quedó al descubierto un arsenal que, según detalló más tarde Enrique a la policía, contaba con cincuenta fusiles M-16, diez lanzacohetes LAW, quince granadas y veinte kilos de explosivo plástico. Esa misma tarde, asistidos por Sebastián, de profesión taxista, las armas fueron introducidas al interior de tambores de grasa, protegidas por bolsas plásticas, y trasladadas en camioneta hasta un punto de Puente Alto en que fueron recogidas por uno de los hombres de Ernesto.

La tarde del 28 de agosto, a tres días del atentado, el último y más importante cargamento de armas llegó a la amasandería. Y esa misma tarde, con la ayuda de Milton, el hermano mayor de Joaquín, Daniel se abocó a la limpieza de las mismas.

En rigor, el trabajo de ambos al interior del túnel había comenzado unos días atrás con la llegada de los primeros explosivos. La tarea consistió en fabricar bombas caseras a base de amongelatina y esquirlas, introducidas dentro de tarros de duraznos en conserva, que serían usadas en la emboscada. Milton y Daniel pasaron días enteros encerrados en el túnel, en un ambiente toxiquísimo, irrespirable, mientras Fabiola permanecía arriba, con su mejor

sonrisa, atendiendo público. Los tres ya conocían la suerte que les esperaba, que no era igual para todos.

Milton y Fabiola habían sido considerados en el comando de fusileros, no así Daniel. Por recomendación de Tarzán, quien juzgó que a su primo le faltaba experiencia para entrar en combate, Daniel había quedado fuera. Su misión concluiría el fin de semana con el cierre de la amasandería.

Debía estar aliviado, en cierto modo feliz, pero no lo estaba. Daniel estaba triste, más triste que Milton y Fabiola, y también que Tarzán, quienes, de no mediar un milagro, morirían el fin de semana. No es que Daniel quisiera morir, pero no quería ser el único en sobrevivir. En ese caso, prefería entrar en combate y aferrarse a ese miserable uno por ciento, que podía llegar a cinco y hasta siete, siempre y cuando la suerte estuviera de su lado.

Tarzán se apareció cada vez menos por la amasandería. En esos días estuvo ocupadísimo con el grupo que planificó el atentado. Había mucho por hacer, no sólo en términos de logística y preparación de personal. Había que terminar de definir el modo más efectivo y seguro de eliminar a Pinochet.

Es cierto que el jefe de la Operación Siglo XX fue Ernesto. En sus manos estuvo el diseño estratégico de lo que técnicamente se conoce como emboscada de aniquilamiento, que a diferencia de la emboscada de hostigamiento persigue la destrucción total de una columna o unidad enemiga. Ernesto era oficial del Ejército Popular Búlgaro y había pasado por la escuela de cuadros Wilhelm Pieck, un prestigioso centro de instrucción intelectual y político de la ex República Democrática Alemana. Tenía preparación, eso no estaba en duda, pero había llegado a fines del año pasado al país y no contaba con mayor experiencia en la guerra subversiva. Por eso, y porque estaban contra el tiempo, y sobre todo porque era una operación compleja en la que intervenían diferentes estructuras, Ernesto compartió responsabilidades con Tamara, Ramiro, Joaquín y Tarzán. Mal que mal, además de dotar de los medios y personal requeridos para la operación, ellos también estaban considerados para entrar en combate.

Atendiendo a las condiciones del terreno y la fuerza del enemigo —que según los informes de los exploradores de Tarzán se estimaba en cuatro a cinco autos con escoltas fuertemente armados, dos motoristas y dos Mercedes Benz blindados—, Ernesto diseñó un plan en el que actuarían cuatro grupos o unidades compuestos por un promedio de cinco combatientes cada uno. Contándolo a él, que también entraría en combate, sumaban veintiuno. El plan quedó dibujado en una hoja de cuaderno, y antes de que ésta fuese reducida a cenizas, como dictaban las pautas conspirativas, ahí podía leerse lo que sigue:

**GRUPO DE CONTENCIÓN Y CHOQUE / UNIDAD 501**

Seis combatientes al mando de Tarzán. Actúa desde la carretera, frente al mirador de la cuesta las Achupallas. Su misión es frenar la marcha de la comitiva, mediante una casa rodante con sistema de remolque cruzada en la carretera, además de neutralizar al primer auto escolta y a los dos motoristas de Carabineros que encabezan la comitiva.

**GRUPO DE ASALTO N° 1 / UNIDAD 502**

Cinco combatientes al mando de Ernesto, con Tamara como segundo jefe. Actúa desde ladera del cerro. Su misión es aniquilar un auto escolta y uno de los dos Mercedes Benz.

**GRUPO DE ASALTO N° 2 / UNIDAD 503**

Cinco combatientes al mando de Ramiro. Actúa desde la ladera del cerro. Su misión es neutralizar dos vehículos de la escolta y aniquilar el segundo de los Mercedes Benz.

**GRUPO DE RETAGUARDIA / UNIDAD 504**

Cinco combatientes al mando de Joaquín. Actúa desde la carretera. Su misión es aniquilar al último auto escolta, anulando cualquier intento de huida.

Se trataba de una operación de altísimo riesgo, por no decir suicida, en la que los agresores contaban con la ventaja del factor sorpresa, lo que no es poco, y un poderío militar relativamente mayor en relación al que portaría el enemigo. La diferencia estaría dada por los lanzacohetes antiblindaje, que debían ser decisivos

en la aniquilación de los autos de la comitiva y en especial de los Mercedes Benz a prueba de todo, excepto de esas armas.

Había al respecto una sola limitante. Por disposición del partido, que quería contener la fuerte represión que se vendría, no podía haber ningún elemento, por muy sutil que éste fuese, que lo vinculara con la operación. De ahí que se descartara el uso de armamento de procedencia soviética, como el lanzacohetes RPG-7, que había sido probado y estuvo disponible en el garaje de La Florida. La opción por los estadounidenses LAW, que a diferencia de los otros no son recargables, pudo alterar la suerte de la operación.

De cualquier modo, el fracaso estaba fuera de todo pronóstico. La única duda apuntaba a lo que podía ocurrir a continuación, inmediatamente después de cumplido el objetivo, con aquellos combatientes que sobrevivieran a la resistencia de los escoltas, que se adivinaba feroz.

Considerando que la zona presentaba condiciones particularmente complejas para la huida, se barajaron todos los escenarios posibles. Que los combatientes que sobrevivieran arrancaran por los cerros, que se desplazaran al interior del Cajón, confundándose entre los pobladores, o en último término, que se dividieran en dos grupos e intentaran salir por San Juan de Pirque y Las Vizcachas, las dos únicas vías de acceso a Santiago.

Tras largas horas de debate, se optó por lo último, agregando una variante aportada por Ramiro:

—Le ponemos balizas a los autos y listo, nos vamos, como *los chanchos* —propuso el jefe de pelotón, aludiendo a los agentes de la CNI, que también eran apodados con un nombre más amable: *las letras*.

La idea quedó a firme. Se irían como *los chanchos*, simulando ser agentes de seguridad, en tres autos que tomarían caminos distintos rumbo a Santiago. Lo que ocurriera después ya era cosa de suerte.

Al menos con la variante de Ramiro, incorporada a última hora, las probabilidades de sobrevivir aumentaban considerablemente en relación al primer pronóstico. El techo había partido en un uno

por ciento. Ahora los más optimistas se atrevían a hablar de un nueve y hasta diez. Los más prudentes, entre los que se contaba Ramiro, daban cinco. Ni un punto más.

## OCHO

Ese fin de semana, Rodrigo García Pinochet insistió en acompañar a sus abuelos a la parcela de El Melocotón. Ya había estado allá el fin de semana anterior y no quería perder la oportunidad de volver a estar solo con su Tata y su Mami, como llamaba a sus abuelos. Para un niño de diez años como él, nacido en los privilegios del poder dictatorial, en El Melocotón no faltaba en qué entretenerse. Estaban los escoltas, manchados o de civil, siempre dispuestos a jugar con el que asomaba como nieto predilecto del general, más incluso que Augustito, lo que ya es mucho decir. Estaba también esa tricimoto Honda que los abuelos habían comprado para entretenimiento de los nietos. Y claro, estaban los abuelos, con los que solía caminar por los jardines de la casa y ver televisión. En eso se divertía el primogénito de la mayor de las hijas Pinochet Hiriart. Aunque una de las cosas con que más gozaba el pequeño era ese ruidoso y veloz paseo a bordo de la comitiva presidencial, que solía iniciarse con un reverencial saludo del oficial de turno:

—¡Sin novedad, mi general! —gritaba el oficial, aunque su general estuviera a centímetros, al tiempo que taconeaba sus botas y se llevaba la mano extendida a la sien.

Entonces el general acusaba recibo de la reverencia y daba orden de iniciar la marcha de la caravana.

Mucho después, en un libro testimonial, el nieto traerá a la memoria una imagen captada desde el interior de uno de los vehículos de la comitiva: “Gente apostada en las orillas saludaba el pasar de los autos mientras otros se limitaban a la indiferencia o (a) hacer algún gesto de rechazo. Me gustaba mirar por el vidrio y ver la cara de asombro de las personas que, al tratar de encontrar algún rostro a través de esos gruesos vidrios, se sorprendían al hallar la mirada de un niño”.

Ese fin de semana, el niño contaba con un estímulo adicional para acompañar a sus abuelos. Un mes atrás, coincidiendo con el hallazgo de los arsenales de Carrizal Bajo, los Mercedes Benz de la comitiva presidencial habían sido reemplazados por nuevos modelos que contaban con lujos adicionales, como la ventana automática que aislaba los asientos delanteros de los traseros, de modo de garantizar privacidad. Sin embargo, la gran diferencia con los antiguos modelos no estaba a la vista: el blindaje de los nuevos Mercedes Benz era de mayor grosor y los neumáticos, a diferencia de los antiguos, resistían el impacto de las balas pero no el de los rockets. Nada resiste el impacto de los rockets.

—¡Sin novedad, mi general! —gritó ese viernes el oficial de turno, al tiempo que taconeaba sus botas y se llevaba la mano extendida a la sien, y una vez que el general atendió a la reverencia y dio el orden de partida, la caravana se puso en marcha rumbo al Cajón del Maipo, siguiendo la ruta acostumbrada, a la hora de siempre.

Rodrigo García Pinochet volvía a la parcela de El Melocotón junto a su Tata y su Mami. Pero además, en esta oportunidad, viajaba la Masmami, como llamaban los bisnietos a su bisabuela materna, Lucía Rodríguez, suegra del general.

Como acostumbraba a hacerlo preferentemente en otoño y primavera, la familia pasaría el fin de semana en la parcela de El Melocotón, distante treinta y dos kilómetros de Santiago, y cerca de las seis de la tarde del domingo emprendería viaje de regreso, siguiendo la misma ruta de la ida: a través de la carretera G-25, que transcurre en línea recta entre Las Vizcachas y el poblado de La Obra. El resto es un trazado serpenteante.

Las Achupallas, el sector de la cuesta del mismo nombre donde hay un mirador que domina el valle, está a casi un kilómetro del poblado de La Obra. Ese sector, caracterizado por curvas sinuosas y empinadas, que obliga a disminuir la velocidad, marca la entrada o salida del valle propiamente tal. Si se viene desde El Melocotón a Santiago, hay una sola forma de evitar la cuesta las Achupallas: casi a los pies de esa cuesta está el puente San Juan de Pirque que conduce al poblado del mismo nombre y después a Puente Alto.



Sin embargo, esta ruta es más enrevesada y extensa que la otra, y para cualquier auto, aunque sea un Mercedes Benz blindado que no se detiene ni en semáforos en rojo ni en discos pare, demanda más tiempo en recorrerla.

Principalmente por esa razón la comitiva de Pinochet pasaba siempre, con muy contadas excepciones, por la cuesta las Achupallas, tanto de ida como de vuelta. La rutina había sido estudiada minuciosamente por los exploradores apostados a la orilla del camino. Seguramente no eran de los que saludaban ni tampoco de los que expresaban algún gesto de rechazo, como quedó grabado en la memoria de Rodrigo García Pinochet. Los exploradores del grupo de nuevos objetivos eran de los que, a decir del nieto de Pinochet, “se limitaban a la indiferencia”.

Ese tipo de gente, que no despertaba sospechas, fue la que alertó del paso de la comitiva hacia El Melocotón. Desde la orilla del camino no había cómo saber quién iba exactamente al interior de los dos Mercedes Benz. Lo seguro, porque se infería partir de los autos escoltas, era que en esa comitiva viajaba el general. Eso era lo importante. Lo otro era accesorio. Y así las cosas, esa noche de viernes 29 de agosto, cuando la caravana presidencial pasó ruidosamente rumbo a El Melocotón, un silencioso operativo se puso en marcha para esperar su regreso.

Ramiro lo anunció sin anestesia, sin darse vueltas ni irse por las ramas. Ramiro era hombre de acción, no de discursos:

—Vamos a matar al chancho.

Los que escucharon la noticia abrieron los ojos y quedaron boquiabiertos. Hasta entonces ni siquiera sospechaban de qué iba la cosa. Como los otros combatientes que esa noche de viernes permanecían acuartelados en diferentes piezas de la casa de La Obra, distribuidos de acuerdo con los grupos asignados, Pedro, Marcos, Rodrigo y Fabián habían fantaseado con diferentes variables, desde un asalto a La Moneda hasta una operación de hostigamiento a un cuartel, quizás un regimiento. Pero jamás se les pasó por la cabeza que el objetivo podía ser ése. Jamás tampoco

tuvieron dudas acerca de quién era el chanco al que se refirió Ramiro; estaba clarísimo.

De todas formas, al escuchar la noticia, a Rodrigo se le escapó un comentario al respecto:

—¿A Pinochet? Conchatumadre...

—Cállate, déjame terminar —lo frenó Ramiro, reprimiéndolo con la mirada.

—Vamos a matar al chanco —repitió, contrariado por la interrupción, y pasó a explicar que los cinco reunidos en esa pieza, que era la primera, formaban parte del segundo grupo de asalto. Actuarían desde el terraplén del cerro, donde antiguamente transitaba un tren, y la misión consistía en neutralizar dos vehículos de la escolta y aniquilar el segundo de los Mercedes Benz. Al igual que los otros grupos, contaban con granadas caseras, cinco fusiles M-16 y dos lanzacohetes LAW.

Ramiro detalló algunos aspectos de la operación, como el lugar que tomaría cada uno en el cerro y la más probable conformación de la caravana, porque tendía a variar en número y orden de los vehículos. Dijo que debían permanecer tranquilos y en silencio, sobre todo en silencio, porque había un cuidador que rondaba la casa, y que no podían salir de esa pieza sin su permiso. La orden de alistamiento, que podía ocurrir en cualquier momento, estaría dada por un llamado telefónico.

Dijo por último que iría a buscar las armas, para que se familiarizaran con ellas, y que pronto servirían la comida. Había una cocinera encargada de eso.

—Silencio, recuerden —dijo al dejar la pieza.

Ramiro cerró la puerta por fuera y los cuatro cruzaron miradas de asombro, que también eran de emoción, de nervios. Entonces Rodrigo, que había permanecido mordiéndose la lengua, tan tenso como los otros, soltó el segundo comentario de la noche:

—Uuuy, conchatumadre, vamos a matar al viejo.

Esa noche de viernes, el secreto fue revelado casi simultáneamente, aunque de modo compartimentado, por los cuatro jefes de gru-

po. El grueso de los combatientes había sido recogido esa misma noche en dos puntos de Santiago, una vez que la comitiva subió a El Melocotón, y trasladado hasta la casa del poblado de La Obra, a menos de un kilómetro del teatro de operaciones.

Estaban los grupos de Sacha y de Alejandro que habían entrenado en el Parque O'Higgins. Estaban los tres choferes, Enzo, Víctor y Javier. También Milton, el hermano de Joaquín, y dos jóvenes de Puente Alto, Ismael y David, que habían sido reclutados a última hora por Tamara. Y estaba Fabiola, la mujer de la amasandería, que era morena y delgada, de estatura baja y modos marciales. Fabiola, de veintisiete años, tenía más experiencia en combate que los dos hombres con los que compartía pieza: Óscar y Juan formaban parte del primer grupo de asalto y nunca antes habían disparado un M-16.

Las cosas en la pieza de Sacha no eran muy distintas. En ese grupo, que actuaría desde la retaguardia, impidiendo la salida de la caravana, sólo él había tenido instrucción militar en La Habana. Muy probablemente por eso le asignaron uno de los dos lanzacohetes LAW. El otro estaría a cargo de Joaquín, jefe de grupo. El resto —Alejandro, Ismael y Javier— era inexperto en el uso de fusiles automáticos, más todavía en condiciones de combate, aunque en el caso del último daba un poco igual: Javier conduciría al Grupo de Retaguardia en una camioneta Toyota doble cabina y su orden era permanecer en todo momento a bordo, sin entrar en combate.

De los cuatro grupos, el más experimentado era el de Tarzán, el de Contención y Choque. Cinco de los seis hombres de esa unidad habían pasado por campos de instrucción militar. Ellos cerrarían el paso de la comitiva con una casa rodante con sistema de arrastre en medio de la carretera. Y también, por su ubicación, serían los primeros en rematar a los heridos.

Así eran las fuerzas con que contaba Ernesto. Todavía no les conocía las caras. Ya las conocería. Por el rango que ostentaba, el comandante permanecía en el segundo piso, asistido por los cuatro jefes de grupo que esa noche iban y venían por la casa del poblado de La Obra.

Ernesto todavía tendrá mucho de qué ocuparse. Detalles de última hora, ajustes que se acomodan a los más recientes informes de los exploradores. En esas horas finales, al repasar una y otra vez las acciones frente a un plano, o tal vez poco más tarde, al momento de intentar conciliar el sueño, Ernesto sentirá el peso histórico que cae sobre sus hombros. Y junto con eso, a dos días de esa batalla que cambiaría la historia, imaginará a un general Pinochet asustado y cobarde, que huye de un auto en llamas y de un destino que su antecesor asumió con dignidad y coraje.

Seguramente ésta será la última oportunidad en que pueda dirigirme a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de radio Portales y radio Corporación. Mis palabras no tienen amargura sino decepción. Que sean ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron...

Había comenzado a sonar una versión musicalizada de “El último discurso de Salvador Allende”, grabada en vivo por el conjunto Napalé, cuando los cuatro grupos fueron llamados fuera de las piezas. Era la mañana del sábado 30 de agosto y los veinte combatientes, formados en el pasillo con el fusil terciado, asistieron al capítulo más emotivo de su carrera subversiva. Ernesto los había reunido para explicarles el sentido de la misión.

Trabajadores de mi Patria: quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empeñó su palabra en que respetaría la Constitución y la ley.

Con la voz de Allende sonando por parlantes, Ernesto partió por explicar que la misión llevaba el nombre de Operación Siglo XX y que se trataba de una emboscada de aniquilamiento a la comitiva del tirano. Lo llamó así, el tirano. Ernesto situó la operación en una perspectiva histórica, comparándola con la resistencia

presentada por Salvador Allende en el asalto a La Moneda, con la diferencia de que ahora, trece años después, los presentes tendrían la oportunidad de vengar la traición.

Trabajadores de mi patria, tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo en el que la traición pretende imponerse.

Ernesto habló con tono solemne y firme, aprovechando las pausas para que también hablara Allende, y después de recalcar el sentido histórico de la misión, recordó que era muy probable que varios de los presentes cayeran combatiendo; pero eso, morir combatiendo para poner fin a la tiranía, era un honor, el más grande al que podía aspirar un combatiente revolucionario. Su ejemplo quedaría grabado en la memoria del país.

Sigan ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes Alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor.  
¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo!  
¡Vivan los trabajadores!

Las palabras de Allende seguían resonando en el ambiente cuando Ernesto concluyó la arenga. Con las gargantas apretadas, al borde de las lágrimas, permanecieron inmóviles, saboreando el momento: todavía no habían hecho nada, pero ya eran parte del panteón revolucionario.

Éstas son mis últimas palabras, y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano, tengo la certeza de que, por lo menos, será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.

Allende calló y Tamara llamó a los combatientes a la realidad, ordenándoles regresar a los cuartos. Pronto servirían una merien-

da, seguida de una comida abundante. Recién nada más habían desayunado.

Alguien de la primera pieza, Rodrigo probablemente, no dejó pasar el detalle:

—Nos tienen en engorda para llevarnos al matadero.

El teléfono sonó cerca de las cinco de la tarde y en un minuto, tal vez menos, lo que demoró Tamara en golpear las puertas y decir listo, vamos, ya vienen, el comando quedó formado en el pasillo, esperando la orden para subir a los autos. Tamara pasó revista con una rápida mirada y ordenó volver a los cuartos.

Había sido un simulacro para medir los nervios.

Los nervios respondían, aunque cada vez que sonaba el teléfono, cosa que esa tarde ocurrió otras dos veces, volvían a crisparse. Cuando comenzó a caer la noche y se hizo evidente que la operación sería al día siguiente, el tiempo transcurrió con más distensión. Hasta chistes se escucharon en la primera pieza.

—¿Se saben el del huaso y la huasita? —empezó Rodrigo—. Bueno, éstos eran dos huasos ¿ah?, un huaso y una huasa, estaban pololeando hace poco y se habían arrancado a un potrero a pegarse su primera cachita. La huasa era bien huasa, no cachaba na', así que cuando llegó al potrero le preguntó al huaso *Y ahora, ¿qué hago? Mire*, le dijo el huaso, *usted échese de espaldas nomás en el pasto. No le va a pasar na'*. Ya poh, la huasa se echó en el pasto y preguntó *¿Y ahora? Ahora*, le dijo el huaso, *déme un besito*. Ya poh, le dio un besito *¿Y ahora? Ahora, mijita, súbase la blusa y se saca los sostenes*. Ella, toda obediente, se subió la blusa y se sacó los sostenes. *¿Y ahora?*, preguntó la huasa, *¿qué hago? Ahora se levanta la falda y se baja los calzones*. Ya poh, la huasa se levantó la falda y se bajó los calzones. *¿Y ahora?*, preguntó la huasa. *Ahora*, le dijo el huaso, levantando la cabeza a ver si venía alguien, *ahora levántese bien rápido, bájese la blusa y haga como que está meando, mire que ahí viene su papá*.

En la tercera pieza el ambiente era solemne, más bien triste. Ahí no se contaban chistes. Óscar recordará una charla entre Tamara y Fabiola: “Conversaban de por qué Fabiola había abandonado el

lugar donde ella vivía anteriormente y en el cual había abandonado un colchón. Se lamentaba porque decía que a lo mejor no volvería a su casa. Nunca las escuché hablar de familia ni de hijos, tampoco las escuché hablar de romances o pololos de ellas”.

En esa pieza también estaba Juan, que como Óscar era de pocas palabras. Juan no respondía al modelo de guerrillero latinoamericano. Juan era un caso aparte, de cuerpo voluminoso y una sensibilidad atípica en el oficio, el único al que esa misma noche, luego de ser trasladado junto a los otros para que reconociera el terreno, pudo ocurrírsele que al día siguiente, cuando tuviera que combatir, volvería con una manta. El terreno presentaba brotes de espinos que parecían crecer en abundancia en el lugar en que debía tomar posición.

Esa segunda noche, tras reconocer terreno, Marcos y Rodrigo montaron guardia. Era una noche fría y estrellada, una noche que podía ser la última de sus vidas. O no. También podía ser la última del general. Apostaron por lo segundo.

Estaban confiados, ansiosos por entrar en combate. Algo les decía que la suerte —y las fuerzas— estaban de su lado. Con dos horas y una cajetilla de cigarrillos por delante, Marcos y Rodrigo especularon sobre lo que ocurriría poco más tarde, cuando por primera vez estuviesen en igualdad de condiciones frente al enemigo.

No importaba morir, siempre y cuando cumplieran el objetivo y, ojalá, se dieran el gusto de sus vidas. Tendrían la caravana a merced del fuego graneado, a muy pocos metros, especialmente ellos, que actuarían desde el terraplén del cerro. En ese caso no era improbable imaginar que en pleno combate la puerta de uno de los dos Mercedes se abre repentinamente y de ella emerge el mismísimo capitán general, desesperado, sin saber dónde buscar refugio, un capitán general que cubre su mollera con las manos como si se tratara de una llovizna pasajera.

Estaban en eso cuando Marcos avistó esa luz roja que se desplazaba por la carretera. Fue un movimiento fugaz, silencioso, al que no le prestó demasiada atención hasta el día siguiente, cuando esa luz vino a confirmar las sospechas de que el objetivo había

regresado antes de tiempo a Santiago, a una hora muy inusual, de madrugada, alertado por la hospitalización del ex Presidente Jorge Alessandri Rodríguez, quien moriría la madrugada de ese domingo, en circunstancias de que el que debía morir ese domingo no era él.

Apostando a que el general volvería a El Melocotón el próximo fin de semana, siguiendo la rutina del último tiempo, la operación quedó postergada hasta el domingo siguiente.



## NUEVE

De regreso a Santiago, el lunes por la mañana, Ismael no pasó por la casa de sus padres en Puente Alto. Fue directo donde la mayor de sus hermanas, en la misma comuna, y dijo lo que no debía decir:

—Vamos a matar a Pinochet.

Ismael había sido uno de los últimos fusileros reclutados junto a David. Ambos eran de Puente Alto y habían llegado a la operación por intermedio de Tamara, quien les planteó las cosas en los mismos términos que a los otros. Había un uno por ciento de posibilidad de salir con vida e Ismael, según dirá después, aceptó “encantado”.

Hijo de inspector de liceo, Ismael, además de insurgente, era guitarrista y compositor a medio camino entre la afición y el profesionalismo. Había animado actos culturales de su comuna y alguna vez pasó por el escenario del Café del Cerro, enclave musical del Canto Nuevo y de otras expresiones de contracultura de la época, en el que se presentó con su verdadera identidad: Juan Andrés Órdenes Narvárez tenía veinte años y una incipiente carrera de cantautor que seguirá cultivando en el tiempo, sin renunciar a su vocación de guerrillero. En lo más inmediato, esa incipiente carrera musical será de utilidad táctica para la causa.

El domingo, una vez que se confirmó la partida anticipada del objetivo, los jefes de la operación evaluaron opciones. De seguro el general volvería el otro fin de semana a El Melocotón, siguiendo la rutina de los últimos meses, pero no podían mantener al grupo completo reunido por una semana en la casa de La Obra. Corrían riesgo de ser detectados. Tampoco resultaba recomendable que los fusileros quedaran diseminados por tantos días, entregados a su

suerte. Ya estaban enterados del plan y cualquiera de ellos, como lo hizo Ismael, podía filtrarlo. Había que mantenerlos unidos en algún lugar cercano, sin que despertaran sospechas.

La idea fue de Alejandro, el ex seminarista de Schoenstatt, quien propuso hacerse pasar por seminaristas en plan de retiro espiritual. Para eso debían portar biblias y crucifijos, y para hacerlo más realista todavía, no estaría mal que Ismael tocara alguna que otra canción religiosa.

En eso andaba Ismael esa mañana, y de paso, como pensó que sería la última vez que vería a su hermana, y como ella también apoyaba la causa, creyó importante compartir el secreto.

Ella no recordará haber notado triste a su hermano. Muy por el contrario. Lo vio seguro y decidido. Algo ansioso, pero “encantado”. Ismael le pidió que guardara el secreto, que estuviera tranquila, que cuidara a la familia.

Cuando llegó la hora de partir, ella lo abrazó largamente y lo despidió con un beso.

—Cuídate, Juanito —le dijo—. Y suerte.

Al otro extremo de la ciudad, en La Pincoya, se vivió una escena similar con otro Juanito.

La semana pasada, cuando se despidió de ella, Sacha ya le había contado a Cristina que tomaría parte de una operación importante que implicaba riesgos. Pero ahora que conocía de qué iba la cosa, después de escuchar a Ernesto, Sacha realmente estaba convencido de que no saldría con vida. Y así se lo hizo saber a Cristina.

—Al menos esta huevá por fin se va terminar, de una vez por todas —comentó Sacha, sin soltar a Tatiana, su hija de cuatro meses.

La escena ocurrió en la mediagua que ambos compartían en La Pincoya, en el patio trasero de la casa de la madre de Sacha, y una vez que llegó la hora de partir, ella lo acompañó al Metro. Se despidieron por última vez en el andén, entre lágrimas. Ella le pidió que se cuidara. Él le pidió cuidara a su hija.

Unas horas después, ya entrada la noche, Sacha y otros quince fusileros estaban instalados en la hostería Carrió del poblado

de San Alfonso, al interior del Cajón del Maipo, cumpliendo a cabalidad con el papel asignado por Alejandro. La mayoría portaba biblias y hacía su mejor esfuerzo por parecer lo que no era: seminaristas de la congregación de Schoenstatt en plan de retiro espiritual. Todo marchó en orden hasta que Rodrigo, coludido con Ismael, consiguió una guitarra con el dueño de la hostería.

Como obligaban las apariencias, empezaron cantando temas religiosos que les enseñó Alejandro. “Alabaré” y “El Señor es mi pastor”, entre otros clásicos del cancionero católico, sonaron en la pieza de Ismael. Pero al rato, en ausencia de Alejandro, ya estaban interpretando canciones de Patricio Manns, Víctor Jara y Silvio Rodríguez. Y así hubiesen seguido, dándole cuerda al cancionero de protesta, si no los sorprende Joaquín, quien dormía con Ramiro en una pieza cercana a la de Ismael.

—¿Ustedes son huevones o se hacen? —protestó Joaquín, obligándolos a guardar silencio.

Ésa fue la primera. La segunda oportunidad en que los sorprendió en lo mismo, aunque a un volumen más moderado, fue todavía más drástico:

—A la próxima se van cagando los dos huevones —arremetió Joaquín, cargando la mano contra Rodrigo, el que contaba chistes—. Si esto no resulta va a ser tu culpa, que te quede claro, tu culpa.

Después de la última reprimenda no se volvió a escuchar ese tipo de música en la hostería Carrió. A cambio, con el consentimiento de los jefes, los quince mataron el tiempo con juegos de inocente apariencia. Uno de los más recordados fue el de adivinar películas con señas de mímica.

Pedro hizo reír de buena gana al resto cuando intentó explicar a su grupo que la película que le había asignado en secreto Enzo, integrante del equipo rival y ex estudiante de Cine en La Habana, era *Serpico*, de Sidney Lumet. Después de rascarse la cabeza y darle vueltas al asunto, Pedro, que sabía mucho de gasfitería pero poco de cine, tuvo la ocurrencia de llevarse sus dos manos a los genitales.

—¿Bolas? —sugirió uno de su grupo y Pedro negó con la cabeza, sin abandonar el gesto.

—Huevas.

—...

—Paquete

—...

—¿Conchatumadre?

—...

—¿Pico?

Eso era. Pico. Pedro asintió aliviado y pasó a explicar la otra parte, más compleja que la primera, señalándose a sí mismo.

—¿Yo?

—...

—¿Chico Pedro?

—...

—¿Mío?

—...

—Mi pico.

—...

—¿Pedro Picapiedra?

—...

No hubo caso. Pedro se rindió. Nunca pudo hacerse entender que lo segundo significaba “ser” y complementaba lo primero: Ser-Pico. Esa partida la ganó el grupo de Enzo.

Con la salvedad del incidente de la guitarra, los días en San Alfonso transcurrieron en un ambiente de relajo y camaradería. Y a juzgar por el testimonio de Luis González, uno de los hijos del dueño de la hostería Carrió, “durante todos los días que estuvieron en la hostería se comportaron realmente como un grupo de religiosos. Un par de horas antes de las comidas se reclinaban en sus habitaciones y mantenían silencio. Creíamos que estaban rezando. Uno de ellos salía cada mañana y volvía al anochecer. Y otro que nos llamó la atención fue el único que se quedaba escuchando noticias en la televisión”.

El de la televisión era Joaquín. El que salía y volvía de noche, Ramiro. El jueves 4 de septiembre, sin embargo, día de protesta nacional, Ramiro regresó antes de lo previsto y anunció que regresaban de inmediato a la casa de La Obra. Era la hora del segundo acuartelamiento.

Con la postergación del plan, Daniel también postergó sus planes. Daniel, que pensaba abandonar el país en los próximos días, tuvo que volver a abrir la amasandería para fingir normalidad. Y de paso, por orden de su primo, tuvo que cumplir una misión que juzgó —y cualquiera hubiera juzgado— privilegiada.

Tarzán expuso el asunto en los siguientes términos:

—Escúchame bien, primo. Te voy a presentar a una mina que te va a dejar con la boca abierta, pero tú, concentrado, atento, siempre atento a la misión, no a ella. Trabajo es trabajo, ¿está claro?

Daniel asintió, pero no terminó de dimensionar lo que le dijo su primo hasta que la vio. Una muchacha de veinte años, casi la misma edad de Daniel, de piel clara, pelo oscuro, labios gruesos y ojos enormes y chispeantes. Una muchacha preciosa, alta y de maneras elegantes, sin los defectos de la clase alta. Una muchacha como nunca antes había visto Daniel. La misión de ambos era compartir una pieza de la pensión Inesita, en el pueblo de San José de Maipo, donde debían instalar una antena de radiotransmisor. Esa antena serviría para tener comunicación directa con la casa de La Obra, de modo de alertar el paso de la comitiva cuando ésta bajara rumbo a Santiago.

Así fue como Daniel conoció a Nadia.

Nadia provenía de La Granja y trabajaba con Ernesto. El último verano, a comienzos del Año Decisivo, había tenido la misión de servir de pantalla en una casa de Ñuñoa donde funcionó una escuela clandestina de guerrillas. La leyenda de Nadia era ser la sobrina del dueño de casa.

Hacia el exterior la leyenda funcionaba perfecto; el problema era al interior: alumnos e instructores tendían a distraerse con la sobrina del dueño de casa, quien aprovechaba la piscina para tomar sol en bikini.

Tarzán temía que pasara lo mismo con su primo Daniel. Por eso insistió en el punto antes de que partiera a cumplir su misión:

—Primo, por favor, muy atento —volvió a decir Tarzán, dándole una suave y cariñosa cachetada a Daniel—: trabajo es trabajo.

Nadia y Daniel trabajaron una noche completa intentando hacer contacto con el radiotransmisor. El esfuerzo, sin embargo,

resultó en vano. Las condiciones geográficas de la zona dificultaban una comunicación fluida.

Ernesto decidió entonces volver al plan original. Desde la misma pensión, que está a la entrada de San José de Maipo, Nadia alertaría el paso de la comitiva mediante un llamado telefónico. Julia, la joven suiza que más tarde fue sindicada por el fiscal Torres Silva como autora del llamado, se limitaría a acompañar a Nadia, de modo de resguardar las apariencias de turistas de paso por la zona. Una chilena y una suiza que, a decir del nieto de Pinochet, “se limitaban a la indiferencia”.

Esa semana, el general había tomado un resfrío que se fue complicando con el correr de los días y que pudo haberlo dejado en cama, sin su visita del fin de semana a la parcela de El Melocotón. Probablemente evaluó esa posibilidad, pero las cosas no estaban para echarse a la cama.

La mañana del viernes, al día siguiente de una protesta nacional, partió a Calera de Tango para inaugurar una escuela y un consultorio bautizados con el nombre de Señora Avelina Ugarte de Pinochet, en honor a su madre. La visita sirvió para promocionar el acto público del martes próximo en la Alameda, adelanto de las celebraciones oficialistas del 11 de septiembre, que el general definió como una manifestación espontánea.

“Ustedes saben que no ha sido política de este gobierno promover actos públicos o concentraciones de apoyo”, pronunció ante la prensa. “Pero tampoco puede el gobierno negar el derecho de la ciudadanía a celebrar una efeméride que el propio pueblo de Chile ayudó a forjar. A sus hombres y mujeres de trabajo, a su juventud, a todos los que lucharon por poner fin al intento totalitario de someter nuestra patria a una tiranía comunista (...) Una vez más el terrorismo y sus compañeros deberán quedar al margen de la historia.”

Dicho esto, y tras ser declarado Hijo Ilustre de Calera de Tango, se dirigió a su casa de Presidente Errázuriz, donde lo esperaban su esposa, su suegra y su nieto. Estaban listos para emprender viaje a El Melocotón.

—¡Sin novedad, mi general! —gritó ese viernes el oficial de turno, al tiempo que taconeaba sus botas y se llevaba la mano extendida a la sien.

Entonces, a la orden del general, la caravana se puso en movimiento.

La mañana del domingo Ernesto volvió a pasar revista a la tropa. La escena fue similar a la de la semana anterior, con una excepción: esta vez no hubo arenga, sino instrucciones generales. Además, el lugar de Tamara había sido ocupado por Guido, uno de los jefes de la V Región. Su reemplazo en el primer grupo de asalto obedecía a una orden de José Miguel, quien juzgó que Tamara debía reservarse para el escenario que se abriría una vez cumplido el objetivo. De todas formas, Tamara permanecía colaborando en la casa de La Obra.

Las instrucciones fueron muy precisas. Dijo Ernesto que el primero en iniciar la batalla sería Tarzán, y que ante cualquier cosa que ocurriera, Ramiro quedaría a cargo de todo el grupo. La orden de ataque y retirada sería dada por un silbato. Tres toques de silbato significaban bajar a rematar al enemigo; dos, la retirada. Deseó suerte y confianza, y antes de que regresaran a las piezas, Tamara hizo sonar un casete con el himno del FPMR.

No había más que decir. La comida, para los que tenían apetito, fue liviana, tal como el domingo último, y después de almuerzo ya nadie pudo relajarse.

Rodrigo, el de los chistes, figuraba apoyado en el dintel de la primera pieza, tembloroso y con el estómago apretado, como varios otros, que acudían con frecuencia al baño. Un par de meses después, con el resultado sobre los hombros, Ernesto recordará que en esas horas finales “primaba una preocupación personal a no combatir, que nos descubrieran antes. Ése era el mayor temor y no tanto a entregar la vida en el momento mismo, sino a tener que entregar la vida sin haber hecho nada”.

En este cuadro de nervios Ramiro masticaba chicle con displancia y miraba su reloj con la preocupación de quien no quiere llegar tarde a una cita con el dentista.

A esa hora, cerca de las cinco de la tarde, tres autos de la CNI

al mando del capitán de Ejército Héctor Gaete, encargado de la agrupación de Seguridad Adelantada, recorrían la zona en busca de bombas o sujetos sospechosos. Y en la casa de El Melocotón, catorce escoltas propiamente tales, distribuidos en cinco autos al mando del capitán Juan Mac-Lean Vergara, aguardaban la salida de Pinochet.

La orden ocurrió cerca de las seis y cinco minutos.

La caravana que salió de El Melocotón estaba conformada por los dos motoristas; un Opala con cuatro carabineros al mando del teniente Yordan Tavra Checura; el primer Mercedes Benz donde viajaban Pinochet, su nieto y el edecán; un Ford LTD con Mac-Lean y tres cabos de Ejército; el segundo Mercedes Benz con dos militares y el médico del general, Domingo Vidal; otro Ford LTD en el que iban cuatro uniformados en tenida de combate; y más atrás, custodiando la retaguardia, un Volvo con dos CNI a bordo. A estos seis se sumaban los dos vehículos de avanzada de la CNI, con seis hombres en total, que transitaban algunos kilómetros adelante.

El llamado telefónico a la casa de La Obra sonó cerca de las seis y veinte de la tarde, al paso de la comitiva por el pueblo de San José de Maipo.

—Aló, ¿Ernesto? —preguntó una voz de mujer.

—Sí, con él.

—Hola, habla Nadia —se presentó la muchacha con la voz aquilatada, en contraste con la de Ernesto, que era jadeante, levemente temblorosa. Ernesto ya sabía de lo que se trataba: de fondo, al otro lado de la línea, se escuchaba ulular las sirenas—. Te llamo para avisarte que la factura está lista para que la pases a retirar. Te doy los números de la factura: 4, 1, 3, 6, 2 y 5. ¿Lo tienes?

—Lo tengo, gracias.

No había más que decir. *Factura* era la clave con que se había designado a la comitiva; los números apuntaban al orden en que se desplazaban los vehículos. Los Mercedes Benz, de acuerdo con la información entregada por Nadia, se ubicaban en el segundo y cuarto puesto.

Entonces Tamara hizo sonar la versión musicalizada de “El último discurso de Salvador Allende”, la misma que se escuchó el fin de semana anterior, y Ernesto fue despidiendo a sus combatientes



con un golpe en la espalda. Las unidades de la Operación Siglo XX salieron en cuatro vehículos rumbo al oriente. El último en cruzar el portón fue la camioneta amarilla, con Tamara y la cocinera a bordo, quienes enfilaron directo hacia Santiago. Su parte en la operación había concluido.

Menos de un kilómetro separa el poblado de La Obra de la cuesta las Achupallas, y de acuerdo con los cálculos trazados, considerando la velocidad con que se desplazaba la comitiva del general, los fusileros contaban con diez minutos para llegar a la zona operativa y tomar posiciones. El tiempo fue más que suficiente para que las cuatro unidades alcanzaran los puestos acordados.

Poco antes del comienzo de la cuesta, con la camioneta Toyota azul doble cabina estacionada frente al empalme a Pirque, a la entrada de un camino interior, estaban Joaquín, Sacha, Ismael, Alejandro y Javier. Sólo el primero bajó del auto y pudo observar la presencia de una patrulla de Carabineros con cuatro uniformados que controlaban el tránsito. Fue el primero de una seguidilla de imprevistos que debió sortear el Grupo de Retaguardia.

Al final de la cuesta, frente al mirador, se había distribuido el grupo de la casa rodante. Sus dos ocupantes, Milton y Axel —que estaba caracterizado de mujer, con falda negra, chaleco angora rosado y botas rojas—, simulaban estar estudiando un mapa que habían extendido sobre el capó del Peugeot station. Cerca de ellos estaba David, y un poco más atrás, en la berma opuesta, Enzo y Víctor tomaban posiciones en la ladera del cerro, cerca del jeep Toyota Land Cruiser y el Nissan Blue Bird que cada uno tenía a cargo y que habían estacionado. Quedaba Tarzán, el jefe de esa unidad.

Tarzán vestía enteramente de negro, con ropa ceñida al cuerpo, y figuraba haciendo dedo al costado de la carretera, con un bolso a los pies y una pelota de fútbol bajo el brazo.

Las dos unidades de asalto, ya apostadas en el cerro, no tenían que simular ninguna función. Su misión era permanecer atentos, parapetados en un barranco, a la espera de que Tarzán o Ernesto, los únicos autorizados a abrir fuego, comenzaran la batalla. Su

distribución, de derecha a izquierda, era con Juan, Óscar, Guido, Ernesto y Fabiola en el primer grupo de asalto; Ramiro, Pedro, Fabián, Rodrigo y Marcos completaban el segundo.

Ya estaban en sus puestos cuando el penúltimo, Rodrigo, levantó la cabeza y alertó a su jefe de la presencia de una patrulla policial apostada en el cruce a San Juan de Pirque, la misma que había visto Joaquín.

—Ramiro, mira, hay unos pacos allá —apuntó Rodrigo, temiendo lo peor.

Tras un rápido análisis de la situación, Ramiro, que seguía masticando chicle, comentó con displicencia, sin quitar la vista a la patrulla de tránsito:

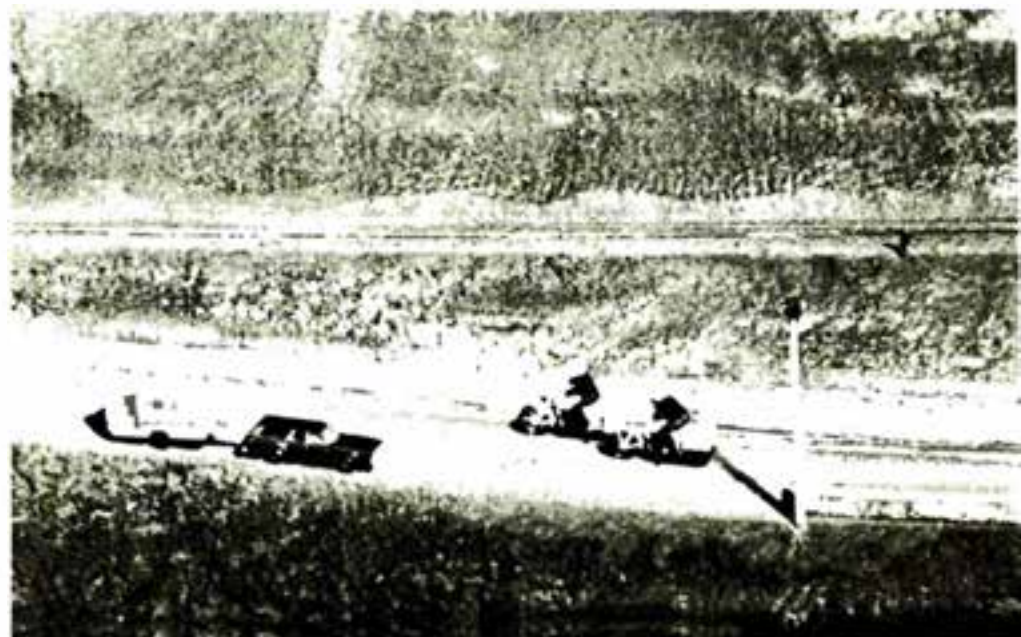
—Bah, déjalos. Peor pa' ellos.

Unos kilómetros al interior, a la altura de El Manzano, la comitiva atravesó un puente mecano custodiado por soldados del Regimiento de Ingenieros N° 2 de Puente Alto. En su informe al juzgado, el capitán Mac-Lean reportó que frente a la agresiva actitud de uno de los uniformados que custodiaban el puente, que figuraba “con el fusil terciado alto y las piernas abiertas, en actitud de combate”, el edecán de Pinochet le ordenó por radio que enviara al último de los vehículos, el Volvo de la CNI, a reconvénir al soldado raso.

Esa orden, dictada a poco de alcanzar el poblado de Las Vertientes, le restó a la comitiva un auto con dos hombres a bordo. Y para entonces, los otros dos vehículos de avanzada de la CNI, con tres funcionarios en cada uno, ya se habían adelantado lo suficiente como para quedar fuera de combate. Eran dieciséis contra veintiuno, y los agresores, que eran mayoría, además contaban con mejor armamento y el factor sorpresa a su favor.

Sin embargo, contra todos los pronósticos, esa tarde de domingo la suerte estaba del lado del abuelo que viajaba en compañía de su nieto de diez años y una pistola automática calibre nueve milímetros que dejó acostada en el asiento, por si acaso.

Augusto Pinochet Ugarte, general de Ejército emergido al poder desde la traición, era tremendamente desconfiado.





Maqueta del momento en que la comitiva del general Pinochet fue emboscada en la cuesta las Achupallas del Cajón del Maipo. Cuando los dos motoristas alcancen la cima, la casa rodante se cruzará en la carretera, cerrando el paso del auto que encabeza la caravana. ARCHIVO COPESA.

## DIEZ

Ernesto fue el primero en avistar la comitiva. La vio cuando ésta bajaba desde Las Vertientes, último poblado antes de La Obra, y de inmediato dio la señal para que los grupos de asalto avanzaran a tomar posiciones. Tarzán, desde su ubicación en la carretera, se guió por el oído. Al escuchar las balizas, alertó a Milton para que se sentara al volante del Peugeot station y esperara el paso de los dos motoristas.

El primero, por instrucción del jefe de la comitiva, apareció varios metros delante del resto de la caravana. Se detuvo en el mirador de la cuesta, cruzó su vista con la mujer de la casa rodante, que ocultaba un fusil M-16 bajo sus faldas, y al notar que todo estaba en regla dio la normalidad por radio y siguió su marcha.

La segunda moto no tardó en aparecer, muy cerca de los autos que escoltaba. Milton tuvo que actuar rápido, en cosa de segundos, para dejar pasar al motorista —quien alcanzó a alertar por radio de la aparición de un conductor imprudente— y cerrar el paso a los autos de la comitiva.

Fue entonces, o en medio de eso, que Tarzán soltó la pelota, estiró el lanzacohetes LAW y apretó el gatillo con la mira fija en el primer auto. Clic. El misil no se movió de su lugar. Volvió a percutir y lo mismo. Clic, clic. La pelota rodaba cuesta abajo y los cuatro carabineros a bordo del Opala atinaron a agachar la cabeza.

Detrás del Opala frenó el resto de los autos. El segundo, donde viajaba Pinochet, por un instante quedó en la mira del lanzacohetes del comandante Ernesto. El jefe de la Operación Siglo XX no dudó en percutir el gatillo. Clic. El cohete siguió donde mismo. Clic, clic. Recién cuando lo estaba bajando para volver a estirarlo, el cohete LAW salió disparado hacia la carretera y explotó en un

punto intermedio entre el primer y el segundo vehículo. La batalla había empezado.

Del primer motorista, cabo José Carrasco, nunca más se supo en esta contienda. Pasó de largo frente a Víctor y Enzo, quienes tenían orden de no disparar hasta que la casa rodante quedara cruzada en la carretera. El segundo, cabo Carlos Sepúlveda, quedó en la mira del fusil de Enzo. Pero éste, según relató después, al percatarse de que una familia que había bajado de un Simca se interponía en la línea de tiro, dejó seguir al uniformado. Cuando por fin la familia se refugió bajo el auto y Enzo pudo disparar, el motorista ya había ingresado a un restaurante vecino.

Un poco más atrás, el mirador de la cuesta estaba hecho un polvorín.

En su declaración judicial, el teniente Tavra Checura, que viajaba en el asiento del copiloto del Opala, testificó haber sido advertido de la situación por el segundo motorista. “Inmediatamente y en forma instintiva accioné el interruptor de la sirena de aire. De igual forma preparé la mini UZI, que llevo siempre sobre mis piernas, y al ver al costado norte y a la altura del station a un individuo de pie apoyado contra el talud del cerro que nos disparaba en ráfaga con una subametralladora, disparé en ráfaga el cargador de treinta y dos tiros contra este individuo hasta agotar la munición.”

El individuo al que aludió el teniente Tavra probablemente era Tarzán, quien tomó su fusil tras convencerse de que no tenía sentido insistir con el lanzacohetes LAW. De cualquier modo, para el caso, el fuego contra el Opala fue severo. Una de las tantas balas provenientes de las unidades 501 y 502, situadas entre la carretera y el cerro, alcanzaron el cuello del sargento Luis Córdoba, que quedó desmayado con las manos al volante. Ese auto no se movería por un buen rato de ahí.

La orden dada por el capitán Mac-Lean, que estaba sentado en el asiento del copiloto del tercer vehículo, sonó en las cabinas de los otros cuatro vehículos de la comitiva.

—¡Atrás, atrás! —gritó el jefe de seguridad, y mientras su chofer intentaba maniobrar en reversa, sus hombres respondían a

ciegas hacia el cerro: ninguno de los que estaban arriba sintió silbar balas cerca. Era tal la confianza que los dos jefes de grupo, Ernesto y Ramiro, combatían de pie, lo que dio ánimo a otros para arrodillarse.

La batalla era desigual, y en un momento, por segundos, los autos de la comitiva permanecieron inmovilizados, taponados unos con otros, a merced de los grupos de asalto.

Cuesta abajo, en el Grupo de Retaguardia, la acción también estaba desatada.

Al pasar el último vehículo de la comitiva, el Ford LTD con los comandos manchados, Joaquín dio la orden de partida a Javier. El jefe y Sacha subieron al pick up de la camioneta y, al pasar frente al empalme a San Juan de Pirque, donde estaban los cuatro carabineros de tránsito, Joaquín disparó en ráfaga. Los cabos Lara y Muñoz, que estaba a un costado de la carretera dirigiendo el tránsito, cayeron desplomados en el pavimento; los otros dos, Quevedo y Castillo, buscaron refugio en la patrulla y dieron la alerta por radio.

—¡Central, central, atacan la comitiva, atacan la comitiva!

La voz del cabo Quevedo sonó confusa en el receptor de su unidad.

—¡Que atacan la comitiva! —repitió—. ¡Fuego graneado sobre la comitiva!

Javier frenó la camioneta casi encima del Ford LTD, a no más de cinco metros, y los cuatro manchados bajaron simultáneamente, armados hasta los dientes, dispuestos a cumplir la tarea para la que estaban entrenados. El cabo Roberto Rosales, de veinticuatro años, no llegó muy lejos. Cuando cruzaba la carretera, buscando parapetarse en el cerro, el cohete LAW disparado por Joaquín le explotó a centímetros contra el pavimento. El cuerpo de Rosales quedó diseminado en el asfalto.

Inmediatamente después de ese disparo, cubierto por las ráfagas de fusil de Alejandro e Ismael, Sacha activó el suyo. Ese rocket fue el primero que dio en el blanco y penetró de lleno en la maleta del Ford, desplazándolo varios metros adelante, antes de prender

en llamas. Dos de los comandos, los cabos Pinilla y Guerrero, buscaron el talud del cerro; el tercero que quedaba con vida, llamado Juan Fernández, hizo algo impropio para su función, aunque muy recomendable para el caso. Asediado por el fuego enemigo, Fernández se lanzó al barranco de cuarenta metros.

Cuesta arriba, en el Grupo de Contención, no se daban respiro. El conductor del primer Ford seguía desmayado en el volante, botando sangre por el cuello, y en el asiento trasero, al costado izquierdo, otro ocupante quedaba fuera de combate. Sangrando por oídos, nariz y boca, el cabo segundo Pablo Silva yacía apoyado en la puerta con una bala en la cabeza y dos en el cuerpo. Los otros dos ocupantes, el teniente Tavra y el cabo Del Río, repelían el fuego desde la cabina con los pocos medios que quedaban a bordo.

—¡Ríndanse, mierda!

El que gritó en medio de las balas y explosiones fue Tarzán, pero, inesperadamente, de vuelta escuchó la respuesta de uno de sus compañeros, que estaba cerca:

—¡Oye, pero si estamos ganando! ¡¿Por qué nos vamos a rendir?!  
—gritó Juan, echado sobre la manta.

—No, hueón, les digo a ellos —precisó Tarzán, sin dejar de amedrentar al enemigo—. ¡Ríndanse de una vez, conchasdesu-madre!

En su testimonio judicial, Yordan Tavra aseguró haber impactado con una escopeta Spas a un individuo que lo apuntaba con un lanzacohetes. “El atacante fue impulsado por el impacto hacia atrás”, declaró el teniente a pocos días de la emboscada, sin saber todavía que ninguno de los atacantes saldría herido de bala. Lo cierto, según el relato de los fusileros que se enfrentaron a él, es que el teniente Tavra fue uno de los pocos escoltas que esa tarde libró real resistencia.

Una vez que Tavra y Del Río lograron salir del auto, fueron atacados por Milton y Axel, que estaban parapetados alrededor de la casa rodante.

—¡Mi teniente, tiro a tiro!

—¡¿Qué?!



—¡Tiro a tiro! ¡Tiro a tiro, quedan pocas balas! —gritó Del Río, intentando hacerse oír entre las ráfagas y la sirena del auto, que seguía ululando. La recomendación fue desoída por su superior.

—¡Hay que rafaguear!, ¡rafaguear! ¡Se acercan al auto! —alcanzó a decir Tavra antes de retorcerse de dolor. Una bala le dio de lleno en los testículos. Ya tenía otras dos en el hombro y el muslo, pero lo último no pudo soportarlo.

—¡Mátame, por favor, mátame! —clamó el teniente, y Del Río, que estaba a su lado, desoyó la orden.

“Yo no le hice caso y traté de cubrirlo con mi cuerpo”, testificó después el cabo Del Río. “En ese momento, como él estaba boca abajo, dio una mirada hacia la casa rodante y me pidió mi pistola. Se la pasé y él comenzó a disparar casi a ras del suelo, gritando que veía a alguien debajo de la casa rodante. Ahí se nos acabó la munición y nos quedamos tendidos en el suelo. Nos hicimos los muertos.”

A esas alturas no les quedaba otra. Un cohete LAW, uno de los pocos que funcionaron esa tarde, disparado por David, rajó el techo del Opala y fue a dar a un poste, que quedó a medio caer. La sirena del auto por fin se detuvo y el auto comenzó a incendiarse con el cabo Silva dentro.

Luis Córdoba, el chofer herido en el cuello, había alcanzado a ser sacado parcialmente por Tavra, aunque el impacto le destrozó las extremidades. Al día siguiente, Córdoba despertaría con sus piernas amputadas.

Un poco más abajo de la cuesta, donde realmente importaba, la batalla estaba decidida.

Cuando el Ford del capitán Mac-Lean retrocedía en medio de las balas y explosiones, recibió un fuerte impacto por delante. Era el Mercedes Benz de Pinochet, que intentaba abrirse paso en reversa a gran velocidad.

—¡Dale paso!, ¡dale paso! —ordenó Mac-Lean a su chofer, el cabo Cardenio Hernández, al tiempo que intentaba responder al fuego proveniente desde el cerro.

Fue en ese instante, con el primer Mercedes Benz taponado, que Marcos lo tuvo en la mira del lanzacohetes LAW. Clic. El misil

no se movió del cartucho. Marcos, que conocía esas armas porque había estado en Cuba, cerró el cargador y volvió a estirarlo. Esta vez el cohete salió disparado directo al Mercedes Benz, impactó en la ventana posterior derecha, exactamente donde estaba Pinochet junto a su nieto, y rebotó en el vidrio. El misil quedó acostado en el pavimento cuando el Mercedes volvió a ponerse en marcha.

El Ford conducido por el cabo Hernández había logrado desplazarse hasta la otra acera y darle paso al auto de Pinochet. La idea del conductor era seguir a su jefe, pero el Ford no se movió mucho más lejos de ahí.

Un cohete LAW, disparado desde el cerro por Ramiro, dio en el costado posterior izquierdo del Ford. El cabo Barrera, que iba sentado en el lugar del impacto, más tarde describió ese momento como algo parecido a un infierno. "Sentí la explosión en mi cabeza. Sentí una fuerte presión y un calor intenso como si la cabeza me estallara."

Por milagro, tres de los ocupantes del Ford alcanzaron a salir a tiempo. El cuarto, Gerardo Rebolledo, cabo de Ejército, no pudo reaccionar. El auto comenzó a arder con él sentado en el asiento posterior izquierdo.

Una vez fuera, Barrera, que estaba sentado al lado de Rebolledo antes de arrancar, tuvo la misma ocurrencia que Juan Fernández, el comando manchado del último auto: se lanzó de cabeza al barranco. Mac-Lean, que había estado sentado en el asiento del copiloto, buscó refugio en el talud del cerro, acercándose a los dos manchados que resistían al fuego del Grupo de Retaguardia. Y Cardenio Hernández, el chofer del Ford, no tuvo tiempo para decidir. Apenas bajó del auto recibió un impacto en el pecho que lo dejó malherido.

Moriría unos minutos después, al ser trasladado de urgencia al hospital.

El primero de los Mercedes Benz en tener la pista libre fue el de Pinochet. El segundo, que estaba más atrás, se había desplazado a la pista contraria para dejar pasar al otro.

Resulta difícil saber con certeza qué ocurrió al interior del pri-

mer Mercedes en esos cinco o seis minutos que duró la emboscada. En su declaración por oficio, el general aseguró que “mi primera intención fue bajarme para hacer frente al ataque”, pero que una vez que el chofer comenzó a retroceder “opté por proteger con mi cuerpo a mi nieto”.

El chofer, cabo de Ejército Óscar Carvajal, agregó en el juzgado un antecedente que no desmiente la versión de su jefe, pero al menos la disminuye, entregándole crédito a Rodrigo García, el nieto de Pinochet:

“Inicié la marcha atrás a gran velocidad, guiándome sólo por los vidrios retrovisores exteriores porque el Mercedes tenía corrida la cortina en el vidrio trasero. Pero al pasar al lado de un vehículo de seguridad, saltó sangre a uno de los espejos, lo que me impidió ver el costado izquierdo. Recuperé visibilidad por el vidrio trasero ya que Rodrigo corrió las cortinas, al percatarse de que el espejo de mi lado estaba manchado con sangre”.

—¡Auto, auto! —gritó alguien del Grupo de Retaguardia al avistar el Mercedes de Pinochet. El anuncio fue inesperado. En los planes, ninguno de los dos autos blindados debía quedar activo, menos aparecer por ahí.

Sacha alcanzó a subir al pick up de la camioneta y cambiar el cargador del M-16 para hacerle frente. Joaquín, Ismael y Alejandro, distribuidos alrededor de la camioneta, a bordo de la cual permanecía Javier con una escopeta en el regazo, por si las moscas, lo esperaron con sus fusiles cargados. No tenían armas de mayor calibre. Los dos lanzacohetes de ese grupo se habían agotado inútilmente.

Al enfrentarse al Grupo de Retaguardia, maniobrando en el estrecho espacio que quedaba entre la camioneta y el cerro, el Mercedes de Pinochet recibió la mayor cantidad de impactos. Y probablemente ahí, en medio de esa balacera, se formó la imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro que los adeptos al régimen vieron aparecer en el vidrio posterior izquierdo del auto blindado del general, exhibido posteriormente en los patios de La Moneda.

El otro Mercedes Benz pasó inmediatamente después, y como ninguno de los frentistas sabía en cuál viajaba el objetivo, volvie-

ron a descargar sus armas. El último de los Mercedes ya se había perdido de vista e Ismael, el cantautor, seguía disparando al aire.

—¡Ismael, basta! —lo frenó Joaquín.

Ismael estaba enceguecido de furia. Sabía que habían fracasado, y al dar media vuelta y encontrarse con una pierna mutilada en el asfalto, la del cabo Rosales, la repasó con una ráfaga.

A esas alturas la resistencia estaba anulada. De los tres últimos escoltas que seguían de pie en la carretera, Miguel Guerrero, cabo de Ejército, se llevó la peor parte. Murió víctima del fuego proveniente del Grupo de Retaguardia. Y los otros dos, Mac-Lean y Pinilla, al verse atacados desde el cerro y la camioneta, cruzaron la carretera y se lanzaron al barranco, cuarenta metros abajo, siguiendo el ejemplo de Fernández y Barrera.

Entonces, cuando se agotó la respuesta, se escucharon los dos toques de silbato que indicaban la retirada.

Originalmente, la huida del Grupo de Retaguardia estaba planificada por San Juan de Pirque, pero en vista de que en el puente se habían encontrado con la patrulla de Carabineros, al escuchar el silbato de Ernesto, Joaquín optó por variar los planes. Se irían por Las Vizcachas junto a los otros.

Escotados por la camioneta, los cuatro avanzaron cuesta arriba, con sus fusiles en ristre, expuestos al fuego de ambos bandos. El escenario que encontraron a su paso era dantesco. Ahí estaban, tendidos en el suelo, Guerrero, Hernández y lo que quedaba de Rosales. Rebolledo y Pizarro, calcinados en sus respectivos autos. Y los cuerpos inmóviles de Tavra y Del Río, que fingían estar en el otro mundo. Ya no escuchaban tiros. En ese paseo sólo se oía el crujir de los tres autos de escoltas, que ardían en llamas, y las radios policiales que seguían dando la alerta:

—¡Atacan la comitiva, atacan la comitiva!

En el mirador de la cuesta, donde se reagruparon los combatientes, el ambiente era de euforia.

—¡Lo matamos, lo matamos! —gritaba Tarzán, que nunca tuvo a la vista los dos Mercedes—. ¡Somos libres! ¡Viva Chile mierda!

Tarzán no era el único que gritaba. Algunos otros de ese mismo grupo también cantaban victoria.

Fue en ese momento, al cruzarse con uno de sus compañeros, que Sacha se atrevió a volverlo a la realidad antes de subir a la camioneta:

—No, compadre, se nos fue. Cagamos.

## ONCE

Un informe reservado del Departamento OS-4 de Carabineros, fechado el 29 de septiembre de 1986, detalla la serie de errores y negligencias cometidos por la policía uniformada en el transcurso de la Operación Siglo XX. Aunque no lo expresa en esos términos, el *Análisis y evaluación del atentado realizado en contra de Su Excelencia el Presidente de la República*, que quedó anexado al proceso judicial, concluye que la reacción de la policía uniformada fue un completo desastre. Empezando por las comunicaciones radiales, que “se congestionaron y fueron interferidas constantemente por otras unidades con procedimientos de rutina y sin ninguna atinencia a los hechos que ocurrían”.

Cuando por fin quedó en claro que la emboscada había ocurrido en la cuesta las Achupallas, y no en Las Vertientes, como informó preliminarmente la Central de Comunicaciones, se detectó “un exceso de personal de Carabineros” que llegó hasta el lugar de los hechos “sin una misión específica” ni “un mando que coordinara las acciones a seguir (...) Nadie sabía qué misión cumplir”.

En buenas cuentas, el personal “se dedicó a mirar y verificar las consecuencias de los hechos, para posteriormente reunirse a comentar entre ellos lo sucedido”.

Pero lo más grave de todo, y que motivó el citado informe, está contenido en el punto once, de un total de diecinueve que cayeron en la categoría de *Aspectos negativos*. “Los refuerzos dispuestos por la Central de Comunicaciones fueron concentrados en su mayoría en el mismo lugar de los hechos, lo que impidió establecer un cerco policial para evitar la fuga de los extremistas.”

Los refuerzos, en rigor, no llegaron a tiempo de ningún lado. Ni los que estaban más cercanos.

Los carabineros que estaban en el empalme a San Juan de Pirque no se movieron del lugar, esperando ayuda y refuerzos. Dos de ellos permanecieron tendidos en la carretera, aunque sólo uno estaba realmente herido. “Seguí en esa posición, tendido, por mucho rato, haciéndome el muerto, ya que temía que la camioneta regresara”, declaró el cabo Muñoz. Los tres autos de la CNI que formaban parte de la comitiva —dispersos entre El Manzano, Las Vizcachas y La Florida al momento de ocurrir la emboscada— concurren al lugar cuando únicamente restaba socorrer a los heridos. Y el primer motorista de Carabineros, cabo Carrasco, el único que logró sortear el cerco tendido por los fusileros, libró una dura lucha consigo mismo.

Una vez fuera del alcance del fuego enemigo, ya enterado de lo que estaba ocurriendo, Carrasco detuvo su moto al costado de la carretera. Intentó comunicarse con el jefe de seguridad, con el otro motorista, con la Central de Comunicaciones de Carabineros. A esa altura, ya se sabe, las comunicaciones internas eran un desastre. Entonces, tras meditar una decisión, con el estruendo de las explosiones al fondo, optó por seguir camino al retén de Las Vizcachas, distante a cinco kilómetros, para alertar de lo que estaba ocurriendo. Carrasco recién había comenzado a avanzar a su destino cuando los fusileros emprendieron la huida por el mismo camino, distribuidos en tres autos con balizas encendidas, pisándole los talones.

En el Toyota Land Cruiser, conducido por Enzo, el ambiente era de fiesta. Ahí, donde pensaban que Pinochet estaba muerto, iban Ernesto, Ramiro, Guido, Fabiola, Pedro, Óscar, Marcos, Juan, Fabián y Rodrigo. Once en total, la suma de los dos grupos de asalto, con excepción del chofer. El comentario obligado eran los escoltas que habían saltado al barranco. Pedro no lo dijo pero se le cruzó por la cabeza que en la desesperación Pinochet también podría haberse lanzado al vacío. Era cosa de locos. Fabiola, que recién venía conociendo a Pedro, le pidió matrimonio a viva voz. Rodrigo, agazapado en el piso, con una bolsa de balas a mano, llenaba cargadores de fusiles. Y Enzo, que conducía el vehículo, tuvo ánimo para bromear.

—Cabros, ¿les hago un perrito? —preguntó el chofer, y sin esperar respuesta, cambió la frecuencia de la sirena. Auuuuuuuuu.

La columna estaba encabezada por el Nissan Blue Bird, con Víctor al volante, seguido de la camioneta Toyota doble cabina al mando de Javier, en la que viajaba el grueso de la Unidad de Retaguardia. En esos dos autos el ambiente era dispar. En el primero, que transportaba a la Unidad de Contención, Tarzán seguía gritando victoria. Y en el segundo, donde la mayoría había presenciado la huida de los dos Mercedes Benz, casi no se cruzaron palabras. Estaban seguros de que habían fracasado. Y dos de sus ocupantes, Sacha y Joaquín, habían recibido heridas de esquirlas en las piernas.

En rigor, motivos para celebrar no faltaban. Todos estaban con vida. Hasta entonces. Ya estaban llegando al retén de Las Vizcachas, donde estaba instalado el motorista, cabo Carrasco, y un contingente de carabineros fuertemente armados, dispuestos a la batalla, impidiendo el paso de vehículos con la barrera cruzada en la carretera.

Hay varios factores que explican la reacción de los carabineros del retén de Las Vizcachas. La declaración judicial de uno de éstos, cabo Ramón Vera, responsabiliza a uno de los jefes de la Seguridad Adelantada de Pinochet, el CNI Héctor Gaete, quien al llegar al retén desde La Florida “gritó a los funcionarios que dieran preferencia a los vehículos que transportaban heridos”. Otros uniformados cargaron contra su colega Carrasco, el primer motorista, a quien responsabilizaron de ordenar dar paso libre a los tres vehículos que se desplazaban a gran velocidad, con las balizas encendidas, simulando ser agentes de la CNI.

Pudo ser lo anterior, sumado al pánico y desconcierto que reinaba entre los uniformados, lo que evitó otra batalla de consecuencias muy desventajosas para los frentistas. A esa hora subía por La Florida, procedente de diversos puntos de la capital, un ejército de militares y policías. Ese mismo contingente que, según el informe del OS-4 de Carabineros, una vez en la cuesta las Achupallas “se dedicó a mirar y verificar las consecuencias de los hechos, para posteriormente reunirse a comentar entre ellos lo sucedido”.



Con el retén de Las Vizcachas a la vista, al constatar que la barrera estaba cruzada en la carretera, los conductores de los tres autos desaceleraron la marcha. Fue cosa de segundos. Sacha, que iba en la ventana del asiento posterior de la camioneta Toyota, con su fusil en ristre, pasó bala. Rodrigo, apoyado en la puerta posterior izquierda del Land Cruiser, sin visión al exterior, se hizo más pequeño de lo que era. Estaba expuesto a la línea de tiro. Y Ramiro, que iba en ese mismo vehículo, estudió la situación en silencio y dio la alerta.

—Prepárense —anunció, y cuando ya estaban bajando las armas, dispuestos a abrirse paso a como diera lugar, la barrera comenzó a subir. El paso estaba libre.

Los tres autos no se detuvieron hasta La Florida, y en el trayecto, de ida y vuelta, se encontraron con policías que les abrían paso y se cuadraban ante ellos. Las balizas propuestas por Ramiro los mantenían con vida.

A la altura del Paradero 24 de Vicuña Mackenna, en una calle lateral, el Toyota Land Cruiser detuvo su marcha. Los once combatientes bajaron de prisa y, de acuerdo con las instrucciones, partieron en distintas direcciones a tomar locomoción colectiva.

Rodrigo había comenzado a dar los primeros pasos rumbo al paradero cuando sintió que alguien le tomaba la mano por detrás.

—Vámonos juntos, chico, como pololos —escuchó decir.

Rodrigo y Fabiola se fueron caminando de la mano hasta el paradero de Vicuña Mackenna. Abordaron la primera micro que pasó rumbo al centro y al interior, entre los pocos pasajeros a bordo, se encontraron con Enzo, el chofer del Land Cruiser. Estaba transpirado y en sus faldas llevaba una Biblia con una estampita del Papa Juan Pablo II. Cruzaron una mirada cómplice y un par de cuadras más allá, sin soltarle la mano a Rodrigo, Fabiola propuso a su acompañante que bajaran.

La pareja se encontró en la esquina de Trinidad con Vicuña Mackenna, frente a la fuente de soda La Casa Lila, y tuvo la ocurrencia de cruzar la calle para apurar dos piscolas antes de continuar la huida.

La Toyota doble cabina, que transportaba al Grupo de Retaguardia, se había detenido unas cuadras atrás, en calle San José de la Estrella. El procedimiento fue similar al de la otra unidad. Los cinco fusileros abandonaron sus armas y tomaron caminos distintos.

Sacha e Ismael partieron juntos y una vez arriba de la micro se encontraron con Pedro, el gáster de La Pincoya, sentado muy tranquilo en uno de los últimos asientos, haciéndose el desentendido, sin prestar atención siquiera a los vehículos policiales que pasaban estruendosamente rumbo al Cajón del Maipo. Tras cambiar dos veces de micro y eludir caminando un control policial, Sacha e Ismael tuvieron la misma ocurrencia que Fabiola y Rodrigo.

Sentados en un local de Santa Rosa esquina Victoria, con un par de piscolas enfrente, respiraron más tranquilos. Dos semanas atrás, cuando se conocieron en la casa de La Obra, Sacha e Ismael sellaron un pacto. Si uno de los dos resultaba herido en la operación, el otro debía rematarlo.

Tras apurar las piscolas, Fabiola y Rodrigo salieron de la mano a tomar micro. El trayecto al centro fue relativamente tranquilo hasta Vicuña Mackenna con avenida Matta. En esa esquina, al reparar en un control de tránsito, bajaron de la mano y, como dos pololos ensimismados en sus asuntos, pasaron caminando al lado de los policías. Un par de cuadras más abajo, en Vicuña Mackenna esquina Irrarázaval, Fabiola hizo la llamada.

—Aló, ¿señora Lucy? Habla Fabiola. Quiero dejarle un recado a don Ignacio. Dígale por favor que yo y Rodrigo vamos a la fiesta. Pero que no se le olvide, ¿ya?

A Rebeca Lucía Hidalgo Figueroa, sesenta y cuatro años, natural de Santiago, le decían señora Lucy. Aunque se declaraba de izquierda, no sabía que estaba trabajando para el Frente. Según declaró más tarde, había sido contactada unos meses atrás por un desconocido, identificado como Ignacio Leiva, quien la abordó a la salida de la Compañía de Teléfonos con una extraña propuesta. El hombre se ofrecía a pagarle la cuenta de teléfono a cambio de que recibiera recados de su oficina. La señora Lucy se había tomado tan en serio su trabajo que esa tarde de domingo, en medio del

desastre, recibía recados desde diferentes puntos de Santiago con el mismo mensaje.

*Voy a la fiesta* era la clave de los fusileros para indicar que estaban a salvo.

Después de dejar el recado en un teléfono público del centro de Santiago, Pedro abordó un taxi rumbo a su casa en La Pincoya. Viajaba por avenida Recoleta, echado en el asiento posterior, cuando el taxi fue detenido frente al Regimiento Buin por un control de tránsito. Pedro tenía sus documentos en regla y unos minutos antes, tras hacer la llamada, se había preocupado de limpiar sus dedos tiznados con un algodón bañado en alcohol. Pensaba que estaba limpio, pero en ese momento, cuando un militar controlaba los documentos del taxista, reparó en que en uno de sus bolsillos traseros guardaba balas de fusil. La noche había caído sobre Santiago y un militar iluminó el rostro del pasajero con una linterna. Pedro tenía cara de plomero, no de terrorista, y el uniformado le dio paso libre para que se fuera derecho para su casa. La noche se venía agitada.

Tras el llamado telefónico, Rodrigo y Fabiola siguieron dando vueltas de la mano por la ciudad. En Irrarrázaval esquina Vicuña Mackenna abordaron una micro hacia el oriente, bajaron en Pedro de Valdivia y combinaron hacia Providencia, donde abordaron el Metro rumbo a San Pablo. Rodrigo hizo trasbordo en la Línea Dos; Fabiola siguió hasta Pajaritos, donde la esperaba Milton, el hermano de Joaquín, junto a una mujer que los trasladó a una casa de seguridad sin hacer preguntas.

Rodrigo, que no tenía programado un lugar dónde ir, cayó de sorpresa en casa de un amigo en La Cisterna.

—Chico, ¿qué hací acá? —le comentó de entrada su amigo, que nada tenía que ver con el Frente—. Quedó la media cagá, parece que se echaron al viejo.

—¿No hueví? ¿En serio?

—Sí, hueón, en el Cajón del Maipo, lo agarraron a balazos. Hay muertos, heridos, no se sabe ná'... Oye, pasa, pasa, qué hací ahí afuera, que esto merece un brindis.

Una semana después del atentado, la jefatura se reunió en una casa de la comuna de La Reina. Pese a que para entonces tenían la seguridad de que la totalidad de los fusileros estaba a salvo, no fue un encuentro feliz. Con los resultados a la vista, Ernesto rindió cuentas del fracaso de la operación, adjudicado principalmente al desperfecto de los lanzacohetes LAW y a la pericia del chofer del general, que logró sacarlo con vida de la línea de fuego.

En una entrevista póstuma, publicada por el diario *La Nación* en septiembre de 1991, el comandante Ernesto recordó los días posteriores al atentado en los siguientes términos: “Yo pasé soñando toda una semana después sobre todas las miles de variantes, infinitos detalles, no sólo con el disparo que me falló”.

El fracaso también fue materia de análisis por esos días en el Ejército.

Un informe reservado del 27 de septiembre de 1986, despachado por el Estado Mayor del Ejército, reconoce que “la planificación estratégica del atentado fue concebida por personal con un alto grado de entrenamiento sobre la materia” y que el lugar escogido tenía “un alto porcentaje de posibilidades de éxito”. No obstante lo anterior, consigna que “bajo el punto de vista estrictamente militar y técnico, existía otro lugar más idóneo para los fines perseguidos”, sin identificarlo.

El documento, anexo al proceso judicial del caso Atentado, adjudica el fracaso a varios factores. Uno de ellos es “el exceso de medidas de seguridad por parte de los extremistas, (que) debió reducir las posibilidades de efectuar un adecuado reconocimiento del sector (...) y, lo más importante, los ensayos previos a la acción. Lo anterior determinó que finalmente la emboscada mantuviera su centro de gravedad sobre la escolta y no sobre Su Excelencia. Adicionalmente, el auto de Su Excelencia fue detenido en el único lugar que permitía que diera vuelta y se desprendiera, y ese lugar no estaba cubierto por fuego aniquilador”.

Aunque no se pronuncia sobre la calidad de los lanzacohetes LAW usados en la emboscada, el análisis del Ejército precisa que éstos fueron disparados a una distancia de veinte metros, en cir-

cunstances de que su activación o desarme seguro ocurre entre los cincuenta y los setenta y cinco metros.

A juzgar por el informe del Ejército, la suerte de la operación estuvo determinada principalmente por la elección de los combatientes. “El personal que participó en la emboscada no poseía un adecuado grado de conocimientos, instrucción y empleo de las armas utilizadas”, indica el mismo, y propone un ejemplo que sorprende por su crudeza, considerando de quien viene: “No existieron personas con un misticismo o fanatismo necesario para que, aún a riesgo de su vida o en forma suicida, accionaran directamente sobre Su Excelencia para eliminarlo por todos los medios posibles (...) Deberían haber considerado a lo menos un equipo especial, que se hubiera concentrado sobre el auto presidencial para destruirlo con explosivos, ya sea colocando cargas tipo vietnamita en su techo o debajo del piso o haber concentrado gran cantidad de explosivos bajo el auto, por lo menos para volcarlo”.

En la casa de La Reina no gastaron mucho tiempo en analizar el fracaso. El objetivo no se había cumplido y era necesario evitar otro descalabro como el de Carrizal Bajo. La orden de *Ajedrez*, comunicada a la jefatura de la *Empresa* través del encargado de la Comisión Militar, fue clara: todos los fusileros del atentado, con excepción de los jefes, debían salir de Chile a la brevedad. El mismo partido se había ocupado de buscarles un destino privilegiado.

Poco después de la reunión en la casa de La Reina, Tamara buscó a Sacha para darle la buena noticia. La Dirección Nacional había decidido enviar a los fusileros del atentado a un curso de instrucción militar en Hanoi y se hacía urgente preparar la partida.

—Hay veinte cupos y uno es para ti —le dijo Tamara, comunicándole además que asumirla la jefatura de ese grupo.

La noticia tomó por sorpresa a Sacha. Si bien significaba un reconocimiento por esa acción, él no quería salir del país. No sólo estaba el tema de su hija, de quien no quería separarse. Sacha sentía que aún tenía mucho que aportar a la causa. Lo explicó en esos términos y ella quedó de plantear su situación a la jefatura.

Mientras el resto de los fusileros preparaba su partida, Sacha y Tamara volvieron a hacer vínculo. Había una respuesta a su solicitud. La jefatura había aceptado las razones de Sacha. Permanecería en Chile y estaría a cargo de un nuevo grupo destinado a operaciones especiales.

Sacha quedó más que conforme. Dentro de los códigos de la organización significaba un ascenso, uno nuevo en su acelerada carrera subversiva, iniciada apenas un par de años atrás, cuando se vinculó a través de su tío Ernesto y comenzó a trasladar armas. No había transcurrido mucho tiempo desde entonces y Sacha ya era un hombre distinto, más consciente, experimentado, con una razón poderosa para vivir o morir, según se presentaran las cosas.

Un último asunto fue tratado en ese vínculo con Tamara. Por motivos de seguridad, todos los combatientes del Cajón del Maipo que permanecieran en Chile debían cambiar de chapa.

Sacha, que hasta entonces era Claudio, meditó por varios días su nuevo nombre. Quería algo especial, significativo, una chapa que atendiera a la importancia que el Frente estaba teniendo en su vida. Raúl, Alberto, Rubén, Claudio o Arturo eran nombres comunes, vulgares, muy fáciles de olvidar. Él quería uno que quedara en la historia.

La inspiración fue obra de su tío Ernesto, cuya familia tenía la costumbre de apodar a sus hijos con un nombre alternativo al legal. La costumbre conllevaba una suerte de rito de protección para el recién nacido, y precisamente en esos días, uno de los nietos de Ernesto, llamado Camilo, había sido apodado Sacha. El nombre provenía del protagonista de *La novia*, uno de los cuentos de Antón Chéjov.

Juan Moreno entonces sería Sacha, variante de Alejandro en eslavó, que significa “defensor de los hombres”.

Una semana después del último encuentro con Tamara, mientras gran parte del resto de los fusileros iniciaba un largo periplo que tenía como destino final Hanoi, Sacha volvió a reunirse con sus jefes.

—¿Sacha? ¿Y de adónde sacaste ese nombre? —inquirió Ramiro.

—De un libro ruso —explicó Moreno, sin entrar en detalles.

—A mí me gusta —terció Tamara.

—¿Y no podíais buscarte algo más sencillo? —ironizó el primero, contrariado por la excentricidad de su subalterno.

—¿Sabís por qué lo elegí? Porque cuando caiga preso y salga en los diarios, no quiero llamarme como cualquiera —bromeó, atendiendo a que en el Frente caer preso estaba fuera de cualquier pronóstico.

Ramiro no le prestó mayor atención a la broma. Lo importante era que supiera que seguiría bajo su mando y que estaría a cargo de un grupo operativo especial de cinco combatientes, todos fusileros, con quienes había compartido en el Cajón del Maipo. A dos de ellos, Óscar y Pedro, ya los conocía de sobra: eran vecinos de La Pincoya y parte de su anterior grupo operativo. A los otros dos, Enzo y Milton, recién los venía tratando.

Ramiro entregó nuevos puntos, un buzón telefónico y dinero, que no era mucho, apenas para un almuerzo diario y la micro de ida y vuelta.

El grupo de Sacha trabajaría directa y exclusivamente bajo el mando de Ramiro, destinado a tareas de mayor complejidad. Sería un grupo aparte, paralelo a las fuerzas del Destacamento Especial, y desde ya debía comenzar un régimen de preparación física, tal como lo hicieran un mes atrás en el Parque O'Higgins, para volver a operar en cualquier momento.

Antes de que cada uno partiera por su lado, Ramiro dio a entender, sin entrar en detalles, que las cosas no estaban fáciles; se vivían horas cruciales y había que estar atento, trabajando con disciplina y compromiso, más que nunca.

Sin terminar de entender eso de las horas cruciales, Sacha asintió y se despidió.

Ya había dado media vuelta cuando lo escuchó:

—¡Sacha!

Era primera vez que alguien lo llamaba así y le gustó, más aún viniendo de su jefe, que por un momento no pareció su jefe: Ramiro seguía parado donde mismo y sonreía. No es claro si Ramiro

le sonreía a quien tenía al frente o sonreía para sí mismo, pero sonreía, eso al menos le pareció a Sacha. Fue un leve gesto en el rictus, una inclinación del labio superior que hizo asomar los dientes de Ramiro y que Sacha interpretó como una señal de confianza, podría decirse hasta de cariño, la primera de esa naturaleza desde que lo conocía hace casi un año. Si fue así no duró mucho. Ramiro borró el gesto para decir lo que había olvidado:

—Oye, mucha atención, que se viene algo importante.



## DOCE

Rodrigo llega a la cita con su maletín de trabajo y ocupa la última mesa de un café de calle Londres, en el centro de Santiago, dando la espalda a la pared del fondo. La posición es estratégica: desde ahí, por si las moscas, tiene vista panorámica de todo lo que ocurre al interior del café, aunque lo cierto es que nadie lo sigue ni lo busca, y hasta donde sabe, ni siquiera fue identificado por la policía.

Rodrigo, el que contaba chistes en el acuartelamiento del poblado de La Obra, dice que ese tipo de medidas de seguridad permanece involuntariamente, que siguen siendo parte del oficio aunque éste no se ejerza hace muchos años, que son secuelas que quedan grabadas de por vida, lo mismo que las cicatrices, en los actores de una guerra.

Rodrigo tiene cerca de cuarenta años y un trabajo de jornada libre y mal remunerado (y que dejará en pocas semanas para vender tumbas en jornada libre y mal remunerada) en una caja de compensación. Su labor en esos días, mediados de 2006, es captar pensionados de la tercera edad.

Por cierto que en ese trabajo, como en varios otros que ha ejercido sin mayor entusiasmo ni continuidad desde que colgó el fusil, desconocen su pasado subversivo, que además incluye instrucción militar en Vietnam y experiencia de combate en Nicaragua. Lo desconocen y es muy probable que si por alguna razón llegara a contar lo que vivió hasta comienzos de los noventa, no lo tomarían en serio.

Rodrigo no responde a la mítica imagen del insurgente latinoamericano que, pese a la derrota casi generalizada, ha permanecido en el tiempo. Menos, visto desde el punto de vista opuesto, encaja con la caricatura del peligroso terrorista, frío y calculador,

dispuesto a cualquier cosa. Rodrigo mide cerca de un metro y sesenta centímetros de estatura, tiene la voz aflautada y, más en confianza, sigue siendo bueno para contar chistes y anécdotas de su otra vida, que nada tiene que ver con la de ahora, aunque es consecuencia directa de la misma.

No tenía una gran trayectoria subversiva cuando formó parte del comando que atentó contra Pinochet. La elección de su persona, como ocurrió con muchos otros, fue más un asunto de azar que de acuciosa selección de personal. En la organización había gente muchísimo más preparada, con formación militar y experiencia en combate internacional, pero en vista de que la mayoría de los voluntarios, si no todos, estaban destinados al sacrificio, Rodrigo cree que lo más importante en este caso, aparte de una mínima experiencia combativa, era la convicción. Había que estar dispuesto a morir por la causa. Los otros, los más preparados, serían necesarios una vez cumplido el objetivo.

Pero como las cosas no se dieron como se planearon, de una semana a otra, después de hacerse a la idea de que moriría y que de paso su nombre quedaría grabado en la historia, resulta que seguía con vida y estaba pronto a abandonar el país, a un destino que desconocía, por un plazo indefinido.

Tenía diecinueve años recién cumplidos, estudios incompletos de Historia en el ex Pedagógico y ganas de perseverar en la organización, que tenía campo pero no necesariamente futuro: a partir de entonces, tras el fracaso del atentado, comenzaron a manifestarse los síntomas más consistentes de división entre *Ajedrez* y la *Empresa*. Se venía un cisma profundo, irreconciliable, pero Rodrigo y sus compañeros serían los últimos en enterarse.

Veinte años atrás, desde la perspectiva de Rodrigo, las cosas parecían marchar a la perfección. Tamara le había entregado dinero para gastos personales y él se había comprado un par de zapatillas Ocean Pacific color verde, pantalones amasados amarillos, jeans Wranglers y una chaqueta de lino blanca. Axel, su compañero de viaje que en el atentado actuó disfrazado de mujer, también lucía

tenida nueva y a la moda. Y en unas pocas horas, en vísperas de la partida, Tamara había prometido entregarles documentos de identidad en que se acreditaba que ambos eran mayores de edad.

Recuerda Rodrigo que hasta ahí todo iba bien, demasiado bien. Ya se había despedido de su familia, y como era su última noche en Santiago y no tenía dónde parar, aceptó la invitación de Axel, que conocía a un amigo que podía alojarlos.

Camino a esa casa, que está en calle Pedro Donoso, comuna de Recoleta, Axel le dijo que no se preocupara, que su amigo era de confianza, vecino suyo. Pero unas cuadras antes de llegar, removido por la conciencia, Axel creyó necesario confidenciarle un secreto.

“Fue todo bien absurdo”, comienza Rodrigo. “Íbamos caminando y de repente el chico Axel me dice *Oye, tengo que decirte algo: el dueño de la casa donde vamos es maricón. ¿Cómo maricón?, le digo. Maricón poh hueón, cómo no vai a saber lo que es eso. No, si sé, le digo, pero ¿maricón maricón? Si poh hueón, si te estoy diciendo, pero no te preocupí, que no pasa na', es de confianza.* Y yo ahí le pregunté al Axel si se iba a quedar a dormir él también, porque ni cagando me quedaba solo, y me dijo *Sí, hueón, no te preocupí.* Ya poh, llegamos donde el compadre y claro, era maricón, un mino bonito, era actor de teatro y cantante, y cuando estábamos hablando cualquier cosa, como para entrar en confianza, el Axel de repente dice *Permiso, yo tengo que hacer, voy y vuelvo,* pero el hueón nunca volvió, y me dejó ahí solo con ese compadre... Mientras el tipo cocinaba unas lechuguitas yo miraba la casa y veía que tenía una sola pieza, gigante, con una pura cama, y yo urgido, porque ya era tarde, y de repente se me ocurre preguntarle cuál iba a ser mi leyenda en caso de que llegaran los pacos, por qué estoy yo aquí, ¿no?, y el tipo se da vuelta y me dice *Mira, medio Santiago sabe que yo soy maricón, no es ningún secreto, así que, por cualquier cosa, decimos que te pagué pa' que culiarai conmigo.* Y yo ahí, ya, el doble de urgido, le pregunto que dónde iba a dormir yo, porque ya se estaba haciendo tarde, y me dice *Ahí, poh, conmigo. Uuuuuu, conchetumadre,* pensaba yo, *aquí cagué.* Y parece que me vio tan

urgido que me dijo *Mira, no te preocupí que no te va a pasar nada, si yo tengo mi compañero, aunque él está en Argentina*, y de ahí empecé a contar su historia y ya me relajé un poco, cantó unas canciones y me mostró unos recortes de diario donde aparecía haciendo un personaje infantil, el Conejo Mañungo, nunca se me va a olvidar, y el tipo antes de acostarse —porque me acosté yo primero, por si acaso— se comportó como una mina, que máscaras faciales, masajes para el cutis, unas mallas bien apretadas, y pum, a la cama mierda... Al otro día me desperté y lo primero que veo es una bandeja con desayuno. ¡El hueón me hizo el desayuno y me lo llevó a la cama! Y ahí recién llegó el chico Axel. Lo miré nomás, y cuando salimos a la calle, porque esa mañana teníamos que ir a juntarnos con la Tamara, le dije: *Soy maricón, chico culiao.*”

Esa mañana, Axel y Rodrigo hicieron vínculo con Tamara en la estación del Metro Los Héroes. Al verlos llegar vestidos con ropa nueva y vistosa, Tamara celebró las tenidas, que juzgó muy “a la onda”, antes de entregarles dinero, vínculos y nuevos documentos de identidad para la salida del país de ambos.

—Los carnés están nuevitos —comentó Tamara—, recién hechos, así que mejor échenselos dentro de los zapatos para que se añejen un poco.

Saldrían esa misma noche hacia Buenos Aires, a través del Paso Puyehue, a la altura de Osorno, y en la capital argentina se reunirían con el resto de sus compañeros antes de continuar viaje a su siguiente destino.

En la despedida Tamara les deseó suerte y, como lo haría una madre con sus hijos, pidió que se cuidaran, que estuvieran atentos, que no hicieran huevadas. También lanzó un comentario que más tarde cobrará sentido para Axel y Rodrigo.

—Es importante que sepan que las cosas están difíciles, pero no van a conseguir separarnos —dijo ella, sin más explicaciones, aludiendo a los conflictos que ya comenzaban a evidenciar con el partido.

Axel y Rodrigo asintieron, sin terminar de entender a lo que se refería Tamara con eso de los intentos de separación. ¿Quién

intentaba separarlos? ¿Ramiro? ¿La dictadura? ¿Otras organizaciones revolucionarias? Lo cierto es que en ese momento tampoco le prestaron demasiada atención al comentario. Tenían otras cosas de qué preocuparse en lo inmediato.

Con dinero, horas muertas por delante y documentos que acreditaban la mayoría de edad, Axel y Rodrigo tuvieron una ocurrencia propia de su edad. Ahora que tenían más de veintiún años, podían ir a uno de esos tantos cines del centro que ofrecían programas dobles de películas triple equis.

“Pero no fue pura calentura”, previene Rodrigo: “había que probar si los carnés servían, porque igual teníamos cara de cabros chicos, así que nos fuimos a meter a un cine porno y, claro, sirvieron. Los carnés estaban muy bien hechos”.

La salida del país de Axel y Rodrigo quedó registrada el 27 de septiembre y, como evidencia de ese viaje, queda una fotografía en que ambos aparecen retratados en la aduana chilena junto a un carabinero.

Un par de días después llegaban a Buenos Aires y se unían al resto del grupo.

Daniel y Fabián habían salido del país por el mismo lugar unos días atrás; Alejandro, Juan, Marcos y David, divididos en parejas, por el Paso Los Libertadores. Sumaban nueve —contando a un combatiente apodado Diego, que en la Operación Siglo XX había cumplido labores de aseguramiento— y se distribuyeron en dos hoteles del centro de la capital argentina.

Buenos Aires era la primera escala de un largo periplo que tenía como destino final Vietnam. Pero hasta entonces, con excepción del Negro Alejandro, que oficiaba de jefe de grupo, ninguno de ellos lo sabía. Tampoco se les ocurrió preguntar. Estaban ahí con la chapa de turistas chilenos y había que aprovechar el viaje, más aun considerando que no tenían mayores obligaciones, salvo atender a medidas de seguridad básicas, y que contaban con un viático de diez australes diarios, que no era poco dinero para la época.

Cuando no se tiene nada concreto que hacer, más que matar el rato, a la espera de que la estructura de la organización en Ar-

gentina arregle asuntos logísticos para el viaje de nueve personas, tres semanas es mucho tiempo. En esas tres semanas —a decir de Rodrigo— el grupo se dedicó “a puro huevear y dar vueltas por la ciudad”.

En los primeros días, que fueron los más intensos, uno de sus vínculos en Buenos Aires se preocupó de programarles actividades culturales. Les recomendó librerías, salas de cine arte y galerías, y por intermedio del mismo contacto, asistieron a una función de *La noche de los lápices*, de Héctor Olivera, y a un ciclo de cine cubano en el que vieron *El brigadista*, de Octavio Cortázar, más otras películas del mismo corte.

Fueron días excepcionales para los fusileros, de relajo y camaradería, como nunca antes habían experimentado. Pero una vez agotado el programa cultural, y con varias horas muertas por delante, surgieron inquietudes propias de la edad promedio de los fusileros, aunque supuestamente impropias de su compromiso político.

Ocurrió una de esas tardes de ocio. El grupo, al mando del Negro Alejandro, llegó a una plaza para discutir la siguiente actividad del día. El jefe era de la idea de ir, por enésima vez, a un centro cultural donde pasaban películas revolucionarias. La mayoría no se mostraba muy entusiasmada con la moción, aunque tampoco tenía una propuesta alternativa. En medio del desconcierto, uno de ellos, Fabián probablemente, tuvo la ocurrencia:

—Negro, ¿y si vamos a un toples?

El Negro Alejandro quedó descolocado. El ex seminarista de Schoenstatt, que se caracterizaba por ser uno de los más dogmáticos en materia política, juzgó que no era el panorama más adecuado para un grupo de insurgentes, protagonista de la más osada acción contra la tiranía.

—¿Pero cómo se te ocurre que vamos a ir un toples? —dijo Alejandro, a modo de reproche. Pero inmediatamente, de manera sorpresiva, otro de los fusileros salió en defensa del primero.

—¿Y qué tiene?

—Cómo que qué tiene —retruco Alejandro, molesto—. ¿Acaso alguien más quiere ir a un toples?

Los chilenos, que seguían parados en la plaza, intercambiaron miradas cómplices. De ahí a las primeras sonrisas pícaras, que terminaron siendo unánimes, hubo un paso. Definitivamente todos, con excepción del jefe, querían ir a un toples, según recuerda Rodrigo:

“Lo hueveamos tanto que al Negro no le quedó otra que llevarnos a un toples, a uno bien bacán de la calle Corrientes. Me acuerdo que era re bonito, con mesas y sillones de felpa y colores chillones. Había minas que bailaban y copetineras que recorrían las mesas para sacarle tragos a los clientes. Bueno, no sé por qué nos sentamos separados, pero así estábamos, en la primera fila, pero separados, cuando de repente veo que el Guatón Juan, que eran bien tímido —después se avispo, pero en ese tiempo era tímido—, de repente se paró donde estaba el Fabián y empezó a hablar con él al oído; después se acercó a otro, al Axel, creo, y le dijo otra cosa en secreto, y así recorrió todas las mesas hasta que llegó donde estaba yo, que a esa altura me tenía bien intrigado. *En qué andará este hueón*, me preguntaba yo, y bueno, se sentó a mi lado y me dijo: *Oye, chico, préstame plata porfa para ir al privado con una de las minas, te juro que después te la pago...* Yo estaba cerca del Alejandro y él como que cachó y se anduvo enojando con el Guatón Juan, le dijo que cómo se le ocurría, que si se agarraba una gonorrea lo tenía que mandar de vuelta. Ahí quedó el Guatón Juan. Pero al rato salió una mina grandota al escenario, me acuerdo que se llamaba Gladys, y la empezó a agarrar con el Negro Alejandro; al principio ella lo miraba nomás, como insinuándose de lejos, pero después ya se acercó, lo empezó a tocar y se le tiró al dulce, y como el Negro tenía su pinta, con su buen porte y barba, le decía que le gustaban los barbones como él... Lo volvió loco, y el Negro haciéndose el hueón. Fue tanto que los últimos días, como estábamos en la misma pieza del hotel, después de la ducha yo me tapaba con la cortina de baño y le decía *Negrito, yuju, soy la Gladys, venga para acá mijito que me lo quiero comer.*”

Precisamente en esos días, después de la lujuriosa tarde porteña, fueron contactados por una hermosa muchacha de acento chileno.

Su nombre operativo era Nadia, la misma que realizó el llamado telefónico desde una pensión de San José de Maipo alertando el paso de la comitiva del general. Ahora estaba encargada de distribuir pasaportes falsos, dinero y rutas para que los fusileros prosiguieran viaje.

La mayoría aún no sabía que terminaría en Vietnam, pero al menos, por intermedio de Nadia, se enteraron de que Moscú sería su próximo destino. Saldrían en parejas —con excepción de Axel y Rodrigo, que viajarían solos—, haciendo escala por países de Europa occidental. Nadia se preocupó de que las escalas fueran distintas entre sí y que ninguno, por razones de seguridad, conociera la ruta del otro. También les pidió que una vez en Unión Soviética, cuando fuesen recibidos por funcionarios chilenos del partido, no se les ocurriera decir que eran del Frente; bastaba con identificarse como militantes de las Juventudes Comunistas.

Nadia insistió en este último punto, y cuando a uno se le ocurrió preguntar la razón, ella sugirió que eran cosas de los viejos de allá, que eran más mañosos, a la antigua, típicos viejos del partido que se mostraban quisquillosos con el asunto de la lucha armada.

Qué se le iba a hacer. Había que darles en el gusto, aunque no por mucho tiempo más.

Atendiendo a las instrucciones de Ramiro, que a fines de septiembre había advertido que algo importante se venía, que había que estar preparado, el grupo de cinco fusileros que quedó en Santiago hizo del cerro San Cristóbal su nuevo campo de entrenamiento. Quién iba a sospechar de esos jóvenes deportistas, modelos de la juventud de la época: el himno de la Dirección General de Deportes, que sonaba insistentemente en los estadios del país, instaba a aprovechar los espacios naturales para practicar ejercicio físico. Era la fachada perfecta, el último lugar donde los buscaría la policía. Después de la experiencia del Cajón del Maipo, el grupo al mando Sacha se sentía lleno de confianza, intocable, capaz de cualquier cosa.

En un principio, sin embargo, la sensación fue muy distinta.



Aunque Ramiro intentó convencerlos de que en cierto sentido la operación había sido exitosa, ya que no reportó bajas y demostró la vulnerabilidad del régimen, entre la gran mayoría —Ramiro incluido— cundió una fuerte sensación de fracaso. Habían perdido la gran oportunidad de aniquilar al tirano después de tenerlo a merced del fuego, sin resistencia, a escasos metros. Ahora debían replegarse y empezar todo de nuevo. Otra vez desde cero, vuelta a subir y bajar cerros.

Fue el mismo Ramiro, sustrayéndose al desánimo inicial, quien se ocupó de infundir confianza a sus subalternos. Analizó la situación con cada uno de los que quedaron en Chile, los acompañó en algunas jornadas de trote matinal, les recordó que los hombres realmente imprescindibles son aquellos que luchan toda la vida y, ya por último, aprovechando que el 8 de octubre se cumplía un nuevo aniversario de la captura del Che Guevara, organizó un homenaje clandestino en nombre del guerrillero argentino en el que se leyeron documentos y poemas.

Hubo también un factor adicional que terminó de levantar la moral del grupo. Los primeros días de octubre, Ramiro comunicó que el siguiente objetivo sería el ministro secretario general de Gobierno, Francisco Javier Cuadra.

El ahijado predilecto del general, que en 1984 llegó a cambiarle el rostro a un régimen desgastado, se transformó en el símbolo de la dictadura de esos años. De impecable traje oscuro, lentes de marco grueso y pelo engominado al estilo Clark Kent, Cuadra, de gestos inmaculados y la corrección aséptica de un catedrático, era encargado de transmitir las versiones oficiales sobre falsos enfrentamientos, además de fustigar a la oposición por las muertes y la violencia generada en las jornadas de protesta. También se le adjudicó, sin que hasta ahora haya podido ser comprobado, haber orquestado un tongo mediático con los avistamientos de la virgen de Villa Alemana y el cometa Halley, aunque lo que determinó su condena a muerte por parte del FPMR fueron dos de sus últimas intervenciones públicas. De esas sí que existe respaldo.

En julio, luego de que una patrulla militar prendiera fuego a dos jóvenes, el vocero de gobierno salió a decir que “la muerte

del señor Rojas Denegri es objeto de una campaña sistemática de distorsión de la imagen externa de Chile”, en la que se intenta “responsabilizar a las instituciones de la defensa nacional de este país”. Tres meses después, cuando la CNI asesinó al periodista José Carrasco y a otros tres profesionales de izquierda como represalia por lo ocurrido el domingo 7 en el Cajón del Maipo, Cuadra habló de “una purga interna entre sectores marxistas, relacionada con el fracaso del atentado contra el general Pinochet”.

Sacha y sus hombres colaboraron en labores de exploración, estudiando las rutinas del ministro, quien se movilizaba en un auto blindado junto a sus escoltas. Además, en las reuniones diarias que se celebraban en las cocinerías de la Vega Chica, tras los entrenamientos en el Parque Metropolitano, establecieron dos planes de acción para lo que se llamó Operación Pintor.

El primero, defendido por Sacha, proponía atacar el auto del ministro con un lanzacohetes LAW. Actuarían desde una moto en movimiento, aprovechando el momento en que el ministro saliera de su casa de Providencia rumbo a La Moneda. Sin embargo, después de la experiencia del Cajón del Maipo, Ramiro no terminaba de convencerse de la confiabilidad de los rockets. Forzado a elegir, se inclinaba por el plan alternativo, más espectacular que el otro: minutos antes del cambio de guardia de la mañana, los dos carabineros de punto fijo que custodiaban el frontis de la casa del ministro serían suplantados a la fuerza por frentistas disfrazados de carabineros. Así, una vez neutralizada la guardia, los dos falsos carabineros ingresarían al interior de la casa del ministro, que estaría preparándose para ir al trabajo, y se lo llevarían consigo.

En caso de que las cosas resultaran tal como lo planeaban, los autores del plan calculaban que tener a Cuadra de rehén, obligándolo a emitir comunicados del Frente antes de decidir su destino, sería un magistral golpe de efecto, además de una bofetada al régimen.

El plan iba bien encaminado, ayudando a mantener en alza la moral del grupo. Sólo era cosa de tiempo, y en una de esas, quién sabe, en caso de que la operación resultara exitosa, quizás hasta ayudaría a enmendar los últimos desaciertos que, como se irá viendo, serán decisivos para el desenlace de esta historia.

Ansioso y de malas maneras, uno de los policías probó los nervios de los dos sospechosos que tenía al frente.

—¿Y la droga? ¿Dónde es que traéis la droga?

Alejandro y Daniel se miraron desconcertados. Recién habían llegado al aeropuerto de Madrid, en un vuelo proveniente de Buenos Aires, y permanecían aislados en una oficina de la Guardia Nacional. Por cierto, Alejandro y Daniel no andaban con drogas. Pero los cinco mil dólares con que viajaba cada uno y que debían entregar a un representante del partido en Moscú, además de la escasísima ropa que portaban en sus bolsos, despertó las sospechas de la policía española.

—Hombre, ¿que no me habéis oído? ¿Dónde es que traéis la droga?

—¿Qué droga? —se defendió Alejandro, que estaba tan asustado como Daniel—. Si no tenemos droga.

—¿Entonces adónde es que vais con todo ese dinero? —contraatacó otro policía.

—Para mí que éstos se lo han robado —opinó un tercero.

—¿Queréis que os diga una cosa? —volvió a hablar el primero—. Yo sé adónde vais, pero quiero que me lo digáis vosotros.

—No vamos a ningún lado —habló Daniel—. O sea, andamos de paso, somos turistas chilenos.

—¿Chilenos? —repitió el tercer policía, revisando de manera displicente los pasaportes de ambos—. Acaso no habéis sido vosotros los que trataron de matar a Pinochet, ¿o sí?

A esa hora en Europa, Alejandro y Daniel no eran los únicos chilenos en problemas. Rodrigo, que había llegado a Roma, también estaba retenido en aduana. Su problema no tenía que ver con dinero ni con droga. Debido a un inconveniente con la emisión de sus pasajes, la policía de inmigración italiana sospechaba que Rodrigo pretendía radicarse de manera ilegal en el país.

Pero Rodrigo, a diferencia de los otros, no tuvo oportunidad de entrar en diálogo. Permaneció toda la noche encerrado en una oficina, y al día siguiente, sin mediar explicaciones, se le comunicó que sería deportado a Buenos Aires.

Por poco Alejandro y Daniel corren igual o peor suerte. Tras ser desnudados y sometidos a pruebas de rayos equis, finalmente fueron liberados. Nunca les creyeron que eran jóvenes en plan turístico, pero como la droga no apareció por ningún lado, pudieron seguir viaje a Bruselas, su siguiente destino.

Rodrigo todavía tuvo que regresar a Madrid, procedente de Roma, antes de embarcarse de vuelta a Buenos Aires. Estaba preocupadísimo. Le habían advertido que una vez en Argentina sería deportado a Chile, y ahí sí que estaría en problemas. Pensó en pedir asilo político. En burlar los controles policiales. En suicidarse. Barajaba sus posibilidades en el aeropuerto de la capital española cuando se encontró a boca de jarro con Juan y Fabián. Una huelga de operadores aéreos en París había retrasado su viaje.

Rodrigo contó su drama y ellos se comprometieron a transmitir las novedades una vez que llegasen a Roma, su siguiente destino.

Juan y Fabián cumplieron con lo prometido. Su contacto en Roma quedó de comunicar el caso de Rodrigo a las instancias correspondientes. Más no podían hacer. De momento, mientras tramitaban sus visas de entrada a Moscú, Juan y Fabián tendrían que permanecer algunos días en la ciudad.

La mujer que los recibió, una exiliada chilena, les dijo que podían pasear tranquilamente por Roma, pero que antes necesitaba una foto actualizada de cada uno para las visas. La tarea era sencilla. Su contacto incluso les indicó el lugar donde podían ir a fotografiarse. Juan y Fabián, sin embargo, tuvieron dificultades para cumplir la misión encomendada.

Al acercarse a la cabina, Fabián corrió la cortina, introdujo su cabeza y no vio a nadie. Entonces giró donde Juan, que estaba a su lado, para comentar la situación.

—Parece que no está el compadre de las fotos. Debe haber ido a algún lado.

—¿Y si jugamos unas fichitas por mientras? —propuso Juan, atento a un local de videojuegos cercano.

Esa tarde, Juan y Fabián mataron el rato jugando flippers. Sin

embargo, cada tanto, entre ficha y ficha, se turnaban para verificar si el fotógrafo había regresado, y siempre era lo mismo. Se había esfumado.

Al final del día, cuando volvieron a hacer contacto con su vínculo, dieron cuenta del contratiempo.

—Tuvimos un problema —reportó Fabián—. Estuvimos todo el día haciéndole guardia al fotógrafo pero nunca apareció.

—Parece que dejó botado el negocio —agregó Juan.

—¿Qué negocio? —preguntó la mujer, seriamente extrañada, creyendo que se trataba de una broma.

—El de las fotos, poh —precisó Juan.

—¡Pero si es una máquina! —soltó la mujer, sin salir de su asombro—. ¿Que todavía no llegan a Chile?

Ambos guardaron silencio, sin terminar de entender a lo que se refería su vínculo.

—A ver, ¿no me están leseando? ¿O sí? —inquirió la mujer, y al notar que Juan y Fabián seguían en silencio, muy serios, pasó a explicar—. Es una máquina, ¿ya? No necesita fotógrafo. Ésa es la gracia: las fotos salen solas. O sea, ustedes primero entran, de a uno, no juntos, echan una moneda, se ponen para la foto y listo. Sale la foto. ¿Está claro?

Juan y Fabián asintieron sin demasiada convicción.

—Ustedes lo único que tienen que hacer es entrar a la cabina y echar las monedas —repitió la mujer—. Nada más, entran y echan las monedas.

—¿Cómo en los flippers? —preguntó Fabián, tímidamente.

—Eso —confirmó la mujer—, como en los flippers.

Enzo se lo tomó a la broma, y no era para menos: había sido uno de los dos elegidos para suplantar a los carabineros que hacían guardia en casa del ministro. El segundo era Pedro, plomero de profesión, tan bajo como el otro. Tampoco había mucho más donde elegir. Con excepción de Milton, que sería destinado a una tarea de apoyo en la misma operación, los combatientes del grupo de Sacha eran todos de baja estatura.

Lo del porte, como comentó Ramiro, ya era un detalle. El secuestro del ministro, que se había impuesto al plan de ajusticiamiento, iba bien encaminado hacia mediados de agosto. Hasta habían encargado la confección de los uniformes de Carabineros a la medida de Enzo y Pedro. Sólo faltaba definir algunas variables de orden logístico, además de la aprobación definitiva de la jefatura, que en esos días ya actuaba al margen del partido.

Tal como estaban las cosas, en la *Empresa* consideraban inconveniente entrar a discutir los planes con *Ajedrez*. De seguro, por lo ocurrido en los últimos meses, se opondrían de todas formas a cualquier acción que significara profundizar la lucha armada.

La orden inmediata, transmitida por Ramiro, era que el grupo se mantuviera alerta, sin desatender las labores de exploración, y sobre todo que reforzara las medidas de seguridad. Ninguno de los fusileros podía caer detenido, menos después de que el partido había ordenado que todos los que habían participado en el atentado salieran del país como medida precautoria.

Por lo mismo, Ramiro insistió en que cada uno de sus subordinados debía llevar efectivamente una vida clandestina, al margen de familiares y amigos, de modo que si por alguna razón llegaban a ser identificados por la policía, no pudiesen dar con su paradero. Esta norma elemental, la primera que se enseñaba en un curso de guerrilla urbana, indicaba que nadie podía saber dónde estaban viviendo, ni siquiera sus propios compañeros. “La compartimentación” —se lee en una cartilla de la organización que aparecerá ese mismo mes— “es el arte de conocer lo que corresponde y no tratar de conocer o dar a conocer lo que no corresponde”.

Lo que correspondía, en el caso de Sacha, era que sólo él conociera la dirección de la casa de la comuna de Maipú donde se trasladó a vivir con su mujer y su hija. Sin embargo, esa casa había sido arrendada unos días atrás por su madre, Sonia Ávila, quien estuvo antes ahí y tenía planes de mudarse con ellos. El arte de la compartimentación también falló al momento en que Óscar y Pedro, que habían arrendado una pieza en el barrio de Recoleta,

haciéndose pasar por estudiantes de Educación Física, no llegaron a un vínculo programado con Sacha.

En realidad, según explicaron al día siguiente, cuando volvieron a vincularse, llegaron, pero con algunos minutos de retraso, lo que para el caso daba igual. En estas materias, la puntualidad es asunto de vida o muerte: si un combatiente no acude a la hora programada en un punto regular, significa que ha sido detenido, y en ese caso la seguridad del resto queda expuesta. Todo lo que se sepa de los otros es factible de ser sonsacado, con las técnicas conocidas, por la policía. Por eso, como se lee en la cartilla, es importante “conocer lo que corresponde y no tratar de conocer o dar a conocer lo que no corresponde”.

Es posible incluso, como había ocurrido antes y seguirá ocurriendo después, que al día siguiente, o a los pocos días, el mismo combatiente que se ausentó sin previo aviso aparezca como si nada, con una excusa atendible —como la que dieron Óscar y Pedro—, simulando normalidad, sin que nada indique que ha sido detenido y esté siendo forzado, bajo los más horribles tormentos, a colaborar con el enemigo.

Óscar y Pedro habían sido rigurosos con el asunto de la clandestinidad, sin embargo, al faltar a un vínculo, comenzaron a sellar su suerte.

—¿Qué chucha pasó? ¿Por qué no llegaron? —preguntó Sacha al verlos aparecer. Estaba profundamente molesto.

—No, si llegamos, pero llegamos tarde —explicó Pedro.

—Nos agarró un taco —mintió Óscar.

—¿Y cómo sé yo que no cayeron detenidos? —dijo Sacha, con una fingida desconfianza.

—¿Cómo íbamos a caer detenidos si estamos acá? —se defendió Pedro, ofendido por la sugerencia.

—¿Y qué hago yo si vuelve a pasar, ah? —volvió a arremeter Sacha.

—Si no va a volver a pasar —prometió Óscar.

—¿Y si pasa, qué hago? ¿Cómo sé que no cayeron detenidos? —insistió antes de sentirse obligado a pedir lo que no debía pedir—. Quiero la dirección donde están viviendo. Ahora mismo.

Óscar y Pedro se negaron. Iba contra la reglas. Sin embargo, al escuchar que eran órdenes de Ramiro, quien estaba tanto o más molesto que Sacha, no pudieron resistirse. Pedro tomó papel y lápiz y anotó: Rengifo 714.

Sacha tomó el papel, memorizó la dirección y de inmediato, como buen conspirador, lo destruyó.

Unos días después, como medida precautoria, acordarán cambiar los entrenamientos al Parque O'Higgins.

—¿Y éste, qué hace acá? —preguntó un oficial de la Policía Federal Argentina a otro que leía el diario en una salita del aeropuerto de Ezeiza.

—¿Éste? —respondió el otro, sin prestarle demasiada atención al asunto ni menos a Rodrigo, que permanecía a su lado, esposado, a la espera de ser embarcado en un vuelo—. No, éste va a Chile. Deportado.

—¿Deportado? —repitió el primero, que traía los documentos de Rodrigo en la mano—. ¿Y por qué?

—¿Qué sé yo? —dijo el otro, levantando los hombros—. De Italia lo mandan. A mí sólo me dijeron eso, que va deportado.

El policía volvió a clavar la vista en el diario. El otro echó un nuevo vistazo al pasaporte al tiempo que examinaba de reojo a Rodrigo con una mezcla de compasión y desconfianza. Rodrigo permanecía en silencio, esquivando las miradas del primer policía. Sabía que estaba en serios problemas.

No bien aterrizó en Buenos Aires, dos policías argentinos lo esperaban para conducirlo a una sala del aeropuerto, donde quedó detenido. Le dijeron que sería deportado en un vuelo de regreso a Chile y allá tendría que dar las explicaciones correspondientes. Lo que no sabían los policías argentinos era que su pasaporte era falsificado, lo que sería detectado apenas ingresara a su país. Las cosas ahí sí que se pondrían mucho peores.

Su margen de maniobra era escasísimo, por no decir nulo. Estaba la opción de pedir asilo, alegando persecución política, pero en ese caso tendría que entrar a contar el fondo de su verdadero problema, cómo y por qué estaba escapando, y en ese caso



su situación, y la del resto de sus compañeros, podía empeorar severamente. Estaba esa opción y también una más extrema aún, planeada para el vuelo de regreso a su país, que consistía en quitarse la vida de algún modo.

Una sola cosa tenía clara Rodrigo: no caería en manos de la policía chilena.

—Soltalo.

—¿Qué? —se sorprendió el otro policía, que volvió a bajar el diario, contrariado por la nueva interrupción.

—Soltalo, boludo —insistió el primero—. ¿Por qué lo vamos a deportar a Chile? ¿Qué tenemos que ver nosotros? Este pibe salió de acá hace tres días y su pasaporte está en regla, ¿cómo lo vamos a deportar si ni siquiera tiene su pasaje a Chile?

Recién entonces, mirando a Rodrigo, porque hasta entonces fue como si nunca hubiera estado ahí, el policía que examinó su caso le explicó, a modo de disculpa, mientras el otro le quitaba las esposas de mala gana, que se trataba de un malentendido. Estaba libre. Podía entrar tranquilamente a Argentina y volver a su país cuando quisiera.

Sin salir de su asombro, Rodrigo no supo qué decir, si protestar o mostrarse agradecido. Finalmente, ante la duda, prefirió seguir guardando silencio, fingiendo una cierta molestia, aunque sin sobrereactuar.

Tomó sus cosas y se dispuso a salir lo antes posible de esa salita del aeropuerto.

—Che, pibe —Rodrigo escuchó que lo llamaban a sus espaldas. Era el primer policía, que abanicaba el pasaporte adulterado—. ¿No se te olvida algo?

Rodrigo volvió sobre sus pasos, estiró la mano para recibir el documento pero el policía lo retuvo en su mano.

—Escuchame una cosa —dijo en voz baja el policía, acercándose a Rodrigo. ¿Andas arrancando de tu país, no? Asilate entonces, no seas boludo. Asilate.

—Si no ando arrancando —habló por fin Rodrigo—, ¿por qué me voy a asilar?

—Che, yo a ustedes los conozco —insistió el policía.

—No, na' que ver —mintió Rodrigo.

—Bueno, allá vos —respondió el policía, acercándole el pasaporte.

Rodrigo partió sin despedirse, y una vez fuera del aeropuerto, atento a cualquier seguimiento, tomó un taxi en procura de Nadia o de cualquier otro chileno vinculado a la organización que pudiese solucionar su problema.

Sus compañeros ya estaban Moscú, instalados en el Hotel Octubre. Eran huéspedes oficiales del Partido Comunista soviético y contaban con un anfitrión y traductor que los guiaba a los lugares más típicos de la ciudad. Estaban a sus anchas, por fin a salvo, aunque no olvidaban a Rodrigo, cuyo rastro habían perdido en Madrid. La situación había llegado a oídos de los dirigentes chilenos en la capital soviética, que decían estar atentos a lo que llamaban “el caso del compañero Rodrigo”.

Más tarde se sabrá que el compañero Rodrigo, después de sortear algunas otras peripecias, había conseguido vincularse nuevamente a la estructura de la organización en Argentina, que después voló a Panamá y de ahí a La Habana, donde permaneció algunas semanas a la espera de la revisión de su caso; y por fin, cuando el resto de los fusileros ya había emprendido viaje a Vietnam, Rodrigo dejó la isla para dirigirse a Moscú, siguiendo los pasos de sus compañeros. Ya estaba enterado de las últimas noticias en Chile. Todos estaban enterados en Chile y esas no eran buenas noticias.

## TRECE

Muy disimuladamente, reprimiendo cualquier expresión de asombro, el inspector Palma volvió a atenazar la ficha por el borde derecho, y asomándola apenas ante su vista, sin sacarla del gabinete donde permanecía archivada, la examinó con detención. No tenía dudas. Era ésa, una entre millones, y ahí estaba, una identidad archivada en el gabinete que el cuartel Borgoño de la CNI reservaba para los detenidos en protestas callejeras.

Era el último lugar que le faltaba por revisar. Ya había trajinado el archivo de la policía civil de arriba abajo, una y otra vez, sin terminar de convencerse del fracaso, y a sabiendas de las escasísimas probabilidades que tenía de conseguir un resultado positivo, porque eso sí que era buscar una aguja en un pajar, las últimas semanas estuvo probando suerte en el Subdepartamento de Dactiloscopía del Servicio de Registro Civil e Identificación. A diferencia de lo que ocurrirá años más tarde, diez para ser exactos, en ese entonces el rastreo de una identidad mediante una huella dactilar obligatoriamente debía hacerse de forma manual, caso a caso, y si la persona a la que se buscaba no tenía antecedentes penales, como ocurría en este caso, las probabilidades de encontrarla eran de una entre millones.

A la diligencia en el cuartel Borgoño, la última que le quedaba por agotar, Palma acudió sin la impresión que le permitiera cotejar la huella. No la necesitaba. Mes y medio atrás, cuando la reveló desde una botella familiar de Coca Cola hallada en la cocina de la casa de La Obra, esa huella de pulgar derecho, correspondiente al tipo ovoidal —aun cuando también podía tomarse por verticilo, de un solo centro y líneas redondeadas en torbellino—, se había grabado en su mente de tal manera que desde entonces lo acom-

pañaba persistentemente, día y noche, como una pegajosa canción de verano que se repite contra la voluntad.

El fenómeno, que podría interpretarse como propio de una personalidad obsesiva, no tenía nada de excepcional en su profesión, perito dactilar, más todavía cuando se trataba de casos emblemáticos, y él, Jorge Alfonso Palma Franjola, hombre de rostro severo y estatura baja, con quince años de servicio, había participado en varios.

El más famoso había sido el de Patricia del Carmen Pérez Pinochet, la modelo que en 1984 apareció descuartizada en un pozo de El Monte. Después, por las fotos, se supo que tenía veintitrés años y había sido una mujer hermosa, pero cuando llegó a la morgue, en ocho trozos que no calzaban, porque faltaban piezas, reconocerla era tan difícil como volver a armarla. A través del estudio de sus huellas, o lo que quedaba de ellas, porque además el cuerpo se había descompuesto en el agua, Palma y su equipo lograron identificar a la mujer, víctima de un médico con estudios pero sin título que le había practicado un aborto clandestino en el mismo edificio ocupado por la comandancia de Carabineros.

Casos como éstos, de naturaleza estrictamente delictiva, pero también políticos, como el de Tucapel Jiménez y el de los tres militantes comunistas degollados, eran asignados al equipo del inspector Palma, aunque el último al que estaba abocado a tiempo completo, por su connotación, tenía encargo especial de la jefatura, que había volcado a la totalidad del Departamento de Asesoría Técnica, del cual dependía, en procura de alguna pista que permitiera dar con los involucrados en los sucesos de septiembre.

Ese domingo, por encontrarse de turno, Palma concurreó oportunamente al sitio del suceso junto a su equipo de cinco investigadores. Y fue ahí, en medio del desconcierto de un contingente de civiles y uniformados que “se dedicó a mirar y observar las consecuencias de los hechos, para posteriormente reunirse a comentar entre ellos lo sucedido” —de acuerdo con el informe del OS-4 de Carabineros—, que el inspector, que creía haberlo visto todo, vio por primera vez un cuerpo calcinado. A eso, que ya no es cuerpo, apenas cenizas, los forenses le llaman sombra, y en este caso permanecía sentada al interior de uno de los vehículos escolta.

No había nada que hacer más que mirar; el desorden, del que fue testigo Palma, hacía imposible el trabajo de los peritos, quienes recomendaron ciertos resguardos básicos, en su mayoría desatendidos, antes de regresar a sus casas. El trabajo pericial comenzó al día siguiente y tuvo, desde el primer momento, las dificultades propias de un caso en que intervienen demasiados agentes, en su mayoría calificados para proceder únicamente con fuerza bruta; funcionarios que provienen de servicios rivales y compiten por congraciarse ante los jefes y expiar sus propios errores.

En esas circunstancias, peleando a gritos con carabineros de San José de Maipo para que devolvieran botellas requisadas desde la amasandería de Las Vizcachas, entre otros capítulos bochornosos, Palma trabajó el sitio del suceso. Y finalmente, tras descartar cientos de huellas dactilares, en su mayoría pertenecientes a policías, militares y agentes, con o sin uniformes, Palma —a diferencia de otros peritos de su mismo departamento liderados por el inspector Ilabaca, jefe de la Sección de Huellografía y Dactiloscopía— decidió concentrarse en un conjunto de trozos de huellas, correspondientes a distintos dedos, tres para ser exactos, que suponía pertenecían a una misma persona. Con esos tres trozos de huellas dactilares, tomando el pulgar como referencia, estuvo trabajando hasta ese martes por la tarde.

Con el mismo disimulo de antes, sin desprenderse de la ficha, Palma hizo un gesto a su ayudante para que se acercara. Cuando estuvo a su lado, frente al gabinete de metal, no tuvo más que inclinar levemente la ficha para que el otro, inspector Raúl Moraga, también perito dactiloscópico, cayera en la cuenta de que habían dado con la clave para resolver el caso.

Era un hallazgo sorprendente, para celebrar a gritos, pero no cruzaron palabra; apenas, cuanto más, compartieron un gesto de triunfo, tal vez una sonrisa cómplice, que en realidad tenía mucho de preocupación por lo que se venía. Era la tarde del martes 21 de octubre, a pocas horas del anochecer, y estaban acompañados por otros dos colegas de Investigaciones que oficiaban de anfitriones. Éstos habían sido destinados a comisión de servicio en la CNI y,

más por un asunto de fidelidad a su institución madre que a un espíritu de colaboración desinteresada entre ambas policías, habían accedido a que Palma y su ayudante revisaran el archivo del cuartel Borgoño. Entonces, como había una situación de competencia compleja, Palma volvió a guardar la ficha en el mismo lugar en que la encontró, no sin antes memorizar su contenido. Tras revisar otras, procurando esta vez mostrar interés en algunas escogidas al azar que nada tenían que ver con el caso, se decidió a hablar.

Jorge Palma, que era y sigue siendo formal y de pocas palabras, de una corrección inusual en el oficio, dijo, sin entrar en detalles, que había encontrado el dato que andaba buscando, que era un dato importante. Pero en vista del problema de competencia que se podría generar entre ambos servicios, lo más prudente era que llamaran a sus jefes respectivos para dar cuenta de las novedades. Compartirían créditos en el hallazgo, pero las diligencias que siguieran, precisó el inspector, quedarían a cargo de Investigaciones.

En pocos minutos ya sumaban seis en el archivo del cuartel Borgoño.

Por la CNI compareció el mayor Manuel Provis, comandante de la División Política Metropolitana, quien aceptó las condiciones del inspector Palma; por Investigaciones, el prefecto Fernando Castro, jefe del Departamento de Asesoría Técnica. Los seis se trasladaron al cuartel central de Investigaciones, un antiguo edificio de calle General Mackenna, a muy pocas cuadras del cuartel Borgoño, para entrevistarse con el general Paredes, director general de la Policía de Investigaciones.

Paredes, que ya estaba alertado de las novedades, los esperaba ansioso en su oficina del segundo piso. Sin embargo, a través de su secretaria, instruyó que primero recibiría a los dos peritos. Los otros debían aguardar abajo.

Jorge Palma no había terminado de entregar su informe cuando Fernando Paredes, general de Ejército asignado a la dirección de Investigaciones, lo interrumpió con disgusto:

—Y la ficha, ¿por qué no se robó la ficha?

—Porque no corresponde.

—Lo que corresponde acá lo determino yo, ¿está claro?

A Fernando Paredes no le gustó el tono seco, desafiante, del perito dactilar. Pero eso, para el caso, daba lo mismo. Lo que no le gustaba de Palma, que estaba frente a su escritorio, de pie, acompañado de Moraga, es que no se hubiera traído, a como diera lugar, la ficha desde el cuartel Borgoño. Temía que el dato ya se hubiese filtrado a la CNI, considerando que tres de sus agentes, que permanecían afuera, acompañados por el prefecto Castro, ya estaban alertados del hallazgo.

De nada sirvió que Palma insistiera en que había tomado los resguardos necesarios, que no podía robarse una ficha así como así, que había actuado como correspondía —volvió a usar esa expresión. Paredes, ya lo sabía el inspector Palma, era desconfiado y acostumbraba a restarle méritos a sus subalternos, cuando no a denigrarlos frente a otros funcionarios.

De rostro ovalado, orejas prominentes y expresión severa, había llegado a Investigaciones seis años antes, en 1980, tras la salida del general Ernesto Baeza, quien cayó en desgracia ese mismo año como consecuencia del secuestro y asesinato del estudiante de Periodismo Eduardo Jara. En su caso no fue exactamente un ascenso.

Paredes, que había coincidido con Pinochet en la Academia de Guerra del Ejército, estuvo destinado a la Escuela de Caballería de Quillota antes de emprender una carrera al interior de la Cancillería que lo llevó, entre otros destinos, a dirigir la embajada chilena en Panamá. Estaba cómodo en ese puesto y bien podría haber seguido ascendiendo, como era su ambición, de no ser porque algunos policías, pertenecientes a Homicidios, aparecieron vinculados a la muerte del joven estudiante de la Universidad Católica. Así fue como Fernando Paredes Pizarro, de garantizada adhesión al régimen, interrumpió su carrera diplomática para asumir la jefatura de Investigaciones.

Su ingreso coincidió con la llegada del general Humberto Gordon a la CNI, en reemplazo de Odlanier Mena, y desde entonces la relación entre ambas policías, que ya estaba resentida por celos y rivalidades propios del oficio, fue de mal en peor. Gordon, ex

edecán de Eduardo Frei Montalva, contaba con recursos holgados y llegada directa a Pinochet, a quien reportaba directamente. Paredes, en cambio, tenía que lidiar con presupuestos restrictivos, en especial tras la recesión económica, lo que lo llevó, entre otras medidas, a reemplazar la tradicional placa de plata por una vulgar aleación de bronce. El director general, como le gustaba que lo llamaran, solía comentar en reuniones de alto mando que la institución era lo mismo que una empresa cualquiera, obligada a demostrar resultados óptimos con bajos costos, a sabiendas tal vez de que estaba a cargo del pariente no reconocido de las Fuerzas Armadas y de Orden. Él, por lo demás, era militar, no policía, y hacía sentir esa distinción entre sus subalternos.

Una de las expresiones de autoridad más significativas y brutales tenía lugar en su oficina del segundo piso. Al término de una reunión, cuando los funcionarios intentaban dejar el despacho, comúnmente encontraban la puerta cerrada por dentro. Entonces, y sólo una vez que los funcionarios giraban la manilla y comprobaban que estaba bloqueada, en una escena que se repitió por años, sin que se haya tenido noticia de que algún policía se atreviera a protestar, el director general activaba la apertura de la puerta con un botón rojo que había mandado a instalar en su escritorio.

Paredes, ya lo sabía Palma, tenía ese tipo de gestos hacia el personal, cualquiera fuera su grado, y esa tarde de martes, con los dos peritos de testigos, que seguían de pie tras el escritorio, tomó el teléfono y pidió hablar con el comisario Oviedo, el Chueco Oviedo. Le dijo que se viniera de inmediato a su oficina, que era algo urgente, y no bien colgó, con un rápido movimiento de su mano derecha, como quien espanta una mosca, indicó a los peritos que se retiraran.

Palma, sin embargo, no se movió de su lugar. Quería insistir en que Paredes recibiera a los funcionarios de Investigaciones agregados a la CNI, que seguían afuera, acompañados por el prefecto Castro.

—Yo creo que corresponde que les dé las gracias personalmente, por lo menos —se atrevió a decir Palma.



—Déselas usted nomás, de mi parte —indicó Paredes, al tiempo que apretaba el botón rojo.

Sergio Oviedo Torres, el Chueco Oviedo, era uno de los pocos amigos, si no el único, que Fernando Paredes tenía en la policía. Aunque sólo era comisario, Oviedo tenía a cargo la Brigada Investigadora de Asaltos, poderosa unidad de sesenta funcionarios que ocupaba dos pisos del cuartel de General Mackenna. Su antecesor, Nelson Lillo, había sido encomendado a la creación de una brigada especializada en el combate a los asaltos bancarios que desde esa época, comienzos de los ochenta, protagonizaron combatientes del Movimiento de Izquierda Revolucionario que volvían del exilio. Lillo pintaba para algo grande. Seleccionó a los mejores policías de las diversas unidades para conformar la que en algún momento, ante el orgullo de unos y el celo de otros, fue identificada como la selección nacional de Investigaciones. Estaba encargada de todo tipo de asaltos bancarios, simples, dobles o triples, de naturaleza subversiva o estrictamente delictuosa, aunque también, atendiendo a su capacidad operativa, de manera excepcional asumió otro tipo de casos. Uno de éstos fue el de los sicópatas de Viña del Mar, que dejó doce muertos, considerando los dos carabineros condenados a muerte por los crímenes, y no pocas dudas.

Las diligencias de la Brigada Investigadora de Asaltos, todavía a cargo de Nelson Lillo, derivaron en la detención del empresario Luis Gubler Díaz, cuya arma había sido usada en los asesinatos. El gran acierto policial, que llevó al general Paredes a anunciar de manera pública y pomposa que el caso estaba resuelto “en un noventa y nueve por ciento”, derivó en bochorno una semana después, cuando el empresario viñamarino, hijo del presidente de la Compañía Sudamericana de Vapores, fue liberado por la jueza a cargo del proceso por falta de méritos. Como consecuencia directa de ese hecho Lillo dejó el cargo y al poco tiempo su lugar fue ocupado por Oviedo, el Chueco Oviedo.

Oviedo, según recuerdan policías de la época, era el único que se tuteaba con el general Paredes. Era su brazo derecho y, en la práctica, el segundo de a bordo en Investigaciones. La confianza trascendía las fronteras de la institución.

El hermano del general, Julio Paredes, era alcalde designado de Papudo, y el comisario y su familia, que también eran de la zona, tenían una pastelería en la principal plaza del balneario. El nombre de esa pastelería era Su Majestad. No es extraño entonces que ambos compartieran en vacaciones y días de descanso, que por cierto ocurrían en Papudo, y que por esa misma época funcionarios de Investigaciones dispusieran de una casa de huéspedes en el mismo balneario y de un cuartel que estuvo a cargo de Arturo Herrera Verdugo, ayudante de Paredes y director de la institución desde 2003. Paredes y Oviedo departían en el Club de Yates de Papudo, al que también acudía, en calidad de socio, el mayor de Ejército y funcionario de la CNI Álvaro Corbalán Castilla. Tampoco es extraño que al poco de su ascenso, cuando Oviedo fue vinculado por el OS-7 de Carabineros al tráfico de drogas, y poco más tarde se sumaran acusaciones de la Administración para el Control de Drogas de Estados Unidos, DEA, que realizó una extensa investigación secreta y a comienzos de los noventa solicitó formalmente la extradición de Oviedo a ese país por tráfico de cocaína, el general Paredes lo haya defendido como a un hijo, al punto de prohibir a sus funcionarios cualquier vínculo con el OS-7 y la DEA.

Ése era Oviedo, el Chueco Oviedo, policía de estatura mediana, bigotes finos y ojos rasgados, ya entrado en canas y con un pasado de futbolista profesional en el Colo Colo de los años cincuenta, donde destacó como mediocampista y se ganó el apodo de Chueco por sus piernas arqueadas, a quien Paredes mandó a llamar esa tarde de martes, cerca del anochecer, para que se hiciera cargo del dato que había hallado el inspector Palma, perito dactilográfico, a partir de un trozo de huella de pulgar derecho revelada desde una botella familiar de Coca Cola.

Cualquier policía con algo de experiencia y dos dedos de frente sabe que por regla general, cuando se quiere detener a alguien en su domicilio, el operativo debe realizarse de madrugada, a esas horas en que la persona buscada estará de seguro en casa, muy

probablemente durmiendo, indefensa, con escasas posibilidades de reaccionar. Pero en este caso, de acuerdo con el rápido análisis que hizo la jefatura, no había tiempo que perder. Ni qué decir de iniciar un paciente seguimiento, como habría dictado la prudencia, en procura de mejores resultados. A esas alturas, cuando la noche caía sobre Santiago, Paredes y Oviedo temían que la CNI ya podía estar tras la misma pista.

Por eso, en cosa de minutos, una vez que el inspector Palma regresó del gabinete general de identificación con los datos de Juan Moreno Ávila, que registraba domicilio en el pasaje Los Avellanos de La Pincoya, al norte de la capital, el Chueco Oviedo puso en marcha el operativo de captura.

Lo primero, atendiendo a que podía tratarse de un nido de terroristas fuertemente armados, fue enviar a dos de sus mejores hombres con la misión de *porotear*. Eso, que en jerga policial equivale a una operación de reconocimiento encubierta, es una forma alternativa, aunque igualmente informal, de nombrar lo que comúnmente se conoce como *sapear*. *Porotear* o *sapear*, para el caso daba igual: ninguno mejor que Zúñiga y Navarro para dicha misión.

Ambos inspectores habían crecido en los alrededores del lugar donde Moreno Ávila, el sujeto de la ficha, registraba domicilio legal. Uno más cerca que el otro. Zúñiga era de El Salto; Navarro, de La Pincoya. Provenían de la Brigada de Homicidios, donde iniciaron tareas profesionales, y poco antes de ser trasladados a Asaltos, a comienzo de los ochenta, fueron dos de los diez policías seleccionados para realizar un curso básico de comando en el Regimiento Peldehue. Eran jóvenes, con poco más de treinta años, y ya tenían historias que contar.

En sus comienzos, prestando servicios en Homicidios, habían participado en las pesquisas que condujeron a la detención del verdadero Enano Degollador, resuelto recién a fines de los setenta, diez años después de ocurrido el crimen del hotel Princesa, en que murió una prostituta de provincia a manos del sujeto que inspiraría el personaje de el Enano Maldito, del diario *Puro Chile*; y

ya en Asaltos, forzados a endurecer el cuero, se habían batido a tiros con hampones del antiguo sindicato del crimen. Navarro hasta había recibido un balazo, resultado del enfrentamiento callejero en el que murió Luis Aravena Aravena, el Primo, y Zúñiga, varios años después, en un operativo en La Legua, recibirá también una herida de guerra al ser baleado por la espalda por un traficante de drogas. Iban casi a la par. Navarro y Zúñiga, que eran amigos y con el tiempo llegarían a ser compadres, estaban unidos por el destino y pensaban casi igual: a Zúñiga no le gustaba Pinochet; Navarro tenía sus dudas.

A la fecha en que fueron enviados a *porotear* a La Pincoya pertenecían a la misma subcomisaría de Asaltos, la Quinta, que estaba a cargo de Luis González Cuevas, experto en materia subversiva y futuro jefe de Inteligencia Policial bajo régimen democrático. La unidad del entonces subcomisario González, que era hombre de confianza de Oviedo, estuvo trabajando hasta el 7 de septiembre, por encargo especial del fiscal Torres Silva, en el caso de Carrizal Bajo. Pero desde esa tarde de domingo, como ocurrió con gran parte de los funcionarios, la prioridad se trasladó al caso Atentado.

Zúñiga y Navarro habían trabajado mes y medio en el asunto sin resultados positivos, y de pronto, un martes por la noche, cuando ya se disponían a finalizar la jornada, tal vez en procura de unos tragos, eran asignados a una tarea de vanguardia que podía alzarlos como héroes o mártires, según como se presentaran las cosas.

Las cosas, sin embargo, resultaron bastante más sencillas de lo presupuestado.

En la casa de Moreno, que fue allanada una vez que Zúñiga y Navarro recorrieron el sector y dieron la seña de normalidad, se encontraba únicamente Mónica, de doce años, quien contó que su hermano ya no vivía ahí. Su madre, de cuarenta y tres, no tardó en aparecer por el barrio junto su esposo y su hija más pequeña, de cuatro. Todos fueron conducidos al cuartel.

Sonia del Carmen Ávila, la madre de Juan Moreno, no supo hasta mucho más tarde por qué a su hijo lo buscaban con tanta desesperación. Si era asunto de rutina, algo con la política, como le

dieron a entender con maneras nada buenas, no se entendía por qué habían llegado tantos policías a su casa, con un despliegue violento y aparatoso que alertó a los vecinos del barrio. En rigor Sonia vino a pensar eso después, porque en su momento, rodeada de policías, entre los que había unos que oficiaban de buenos y otros de malos, unos que le decían que estuviese tranquila, que todo iba a estar bien, que no le iba a pasar nada a nadie pero que tenía que colaborar por su propio bien y por el de su hijo, mientras otros la amenazaban derechamente, le decían que iba a ser peor si no hablaba, que no se imagina las cosas de las que eran capaces, que no estaban pal hueveo, en ese momento la madre de Juan no sabía qué hacer; únicamente, guiada más por la intuición que por una opción meditada, atinaba a negar que conociera el lugar donde estaba viviendo su hijo. Sin embargo, no pasó mucho rato antes de que admitiera, rendida por el trabajo de los policías buenos, apoyados por los malos, que en realidad no conocía exactamente la dirección donde estaba viviendo Juanito junto a su mujer y su guagua, pero sabía llegar.

Esta vez, como ya era de madrugada, no hubo necesidad de *porotear*. Guiados por Sonia del Carmen Ávila, varios equipos se trasladaron hasta la comuna de Maipú, y como la casa estaba en un pasaje y los perros comenzaron a ladrar, nerviosos por el inusual movimiento, los policías tuvieron que actuar con premura y decisión, dispuestos a lo peor. Ahora sí que podían encontrarse con un nido de terroristas fuertemente armados.

Otra vez, sin embargo, las cosas se presentaron bastante menos espectaculares de lo presupuestado en la captura de un peligroso terrorista. Al ser sorprendido durmiendo en la cama con su esposa y su hija, Juan Moreno, que despertó cuando echaron abajo la puerta, apenas tuvo tiempo de ponerse los pantalones. No estaba armado ni tuvo oportunidad de ofrecer resistencia.

Lo espectacular vino poco después, en el subterráneo del cuartel, cuando la familia Moreno Ávila volvió a reunirse.

La madrugada del miércoles fue intensa en el cuartel. Abajo, en el subterráneo, donde estaban los calabozos, Moreno fue sometido

a lo que eufemísticamente, para efectos judiciales y periodísticos, se denomina interrogatorio. Arriba, entre el primer y el segundo piso, permanecía gran parte de los hombres de Asaltos, algunos de ellos ajenos a las tareas de abajo, como Zúñiga y Navarro, que esperaban instrucciones; otros, más atentos y colaboradores, paseaban nerviosos, sin una función definida, dispuestos a asistir en lo que fuese necesario.

Daba igual, arriba o abajo, esa madrugada nadie pudo dormir en el cuartel.

La música, que apagaba los gritos del detenido, era estruendosa, y en más de una ocasión, ante lo que parecía ser una confesión, un equipo era enviado a verificar la veracidad del dato entregado por el detenido. Si la negativa ya era motivo de castigo severo, la entrega de una pista falsa, como es de suponer, repercutía en una represalia todavía más brutal.

Juan Moreno Ávila, de veinticinco años, permanecía colgado de cabeza, desnudo y con la vista vendada, sometido a golpes de corriente en las zonas más sensibles del cuerpo. Esa técnica, desarrollada en Brasil, es conocida como *pau de arara*, que literalmente significa “palo volador”: por medio de una vara que sujeta las junturas de codos y rodillas, la víctima permanece suspendida en el aire, en posición horizontal, a merced de sus captores.

En ese estado, a muy mal traer, Moreno Ávila resistió algunas horas. Y bien pudo haber resistido algunas otras, negando cualquier vínculo con la organización, y más todavía con el atentado, del que decía no tener ni idea, de no ser porque en un momento de la madrugada uno de los policías tuvo la ocurrencia de exponer al detenido frente a su familia. Moreno, según recordará después, resistió los gritos de horror de su madre. También los de su hermana y su mujer, que desfilaron ante él, una tras otra y en conjunto. Pero lo que ya no pudo sobrellevar fue el llanto y las quejas de su hija Tatiana, de cuatro meses. Y entonces, a pocas horas de que amaneciera, un rendido Juan Moreno, que no calculaba las consecuencias de su actos, terminó por reconocer que era parte de la organización, que su nombre político era Sacha, que había

formado parte del comando que atentó contra el general en el Cajón del Maipo.

Con eso, que era bastante, Sacha creyó que por fin lo bajarían de la barra, que le darían un descanso. Ya tenían lo que querían. Para qué seguir. Lo habían quebrado.

Pero el asunto no era tan sencillo. El asunto estaba recién comenzando.

Mucho después, con la experiencia a cuestas, Sacha comentará que a veces es mucho peor hablar que irse de negativa hasta las últimas. Cuando consiguen el primer dulce, dirá, no se conforman hasta quedarse con toda la bolsa.



Mediante esta impresión de huella de pulgar derecho, el perito dactilar Jorge Palma Franjola logró identificar a Juan Moreno Ávila.

POLICÍA DE INVESTIGACIONES DE CHILE.



Sergio Oviedo Torres, el Chueco Oviedo, comisario jefe de la Policía de Investigaciones. En octubre de 1986 se llevó los aplausos por las diligencias del caso Atentado. Cinco años después, la DEA pidió su extradición por tráfico de cocaína. ARCHIVO COPESA.



## CATORCE

Por un momento, cuando recién llegó al cuartel y le dieron a elegir si quería que procedieran por la buena o por la mala, Lenin Fidel Peralta Véliz, uno de los detenidos en el barrio de Recoleta que respondía a la chapa de Óscar, pensó que la sacaría barata. Obvio, razonó, por la buena. Pero cuando le dijeron que entonces hablara, Óscar, haciéndose el desentendido, respondió con una pregunta:

—¿Hablar de qué?

De vuelta recibió un golpe en las costillas.

Era el primer golpe que le daban en el cuartel, porque antes, camino hacia allá, le habían dado varios, para ablandarlo, para que se fuera haciendo una idea de lo que se venía.

—¿Por la buena o por la mala?

Otra vez, como es natural, optó por lo primero.

—Ya pues —lo apuraron—, cuenta todo.

—¿Que cuente qué? —alcanzó a decir antes de recibir otro golpe, más fuerte que el otro.

Enseguida, retorciéndose de dolor y con la vista vendada, Óscar pudo escuchar que otro policía, que por el tono de voz parecía de mayor edad y rango, tomó la palabra. Ese otro se mostró más impaciente.

—Ya, me aburraste: última oportunidad. ¿Por la buena o por la mala?

—Por la buena.

—Habla de una vez entonces, qué te hacís el hueón.

—¿Pero qué quiere que le diga? —volvió a decir Óscar, encogiéndose para aguantar el golpe. Pero esta vez no hubo golpe. Ni siquiera se molestaron en contestarle. El policía de mayor rango ordenó que lo llevaran “con los leones”, a ver si le quedaban ganas de seguir haciéndose el huevón.

Mientras Óscar y Pedro eran trabajados por equipos distintos, los otros dos detenidos esa mañana, los del Parque O'Higgins, se enfrentaban por separado a sus captores, que tenían sus propios métodos.

Enzo, que en realidad era Víctor Díaz, hijo del ex subsecretario del Partido Comunista del mismo nombre, detenido y hecho desaparecer diez años antes por la DINA, ya calculaba que terminaría como su padre. No sabía en manos de quién había caído ni dónde estaba. Tenía la vista vendada, las manos esposadas y su cuerpo, maltratado por golpes recibidos camino al cuartel, descansaba en una silla de palo. Dondequiera que se encontrase parecía un lugar céntrico, considerando que en esos minutos de reflexión, cuando recién llegó al cuartel y lo dejaron solo, escuchó bocinas de micros y el voceo de un vendedor de helados que entraban muy nítidos por una ventana.

El ruido de la calle, que lo devolvía al mundo visible, del que todavía se sentía parte, porque lo habían arrancado de ahí hacía cosa de minutos, se cortó abruptamente con la voz de un hombre que lo trajo de vuelta al otro mundo, el de las voces sin rostro.

—¿Qué pasa, Alonso? ¿Quieres comer?

Enzo quedó de una pieza. Alonso era su otra chapa, adoptada para el atentado a Pinochet y, por razones elementales, muy pocos conocían. Esa voz, de maneras intrigantes, le puso un plato de comida caliente enfrente, sobre una mesa, y en vista de que el detenido no acusó recibo del gesto, siguió adelante con la representación, sin perder la compostura inicial.

—¿Querís comer o no?

—No, gracias.

—Come, hueón, son porotos, están ricos, si no tienen veneno.

Lo último, sobre el veneno, no era broma. Enzo sabía que el veneno era uno de los métodos de la dictadura —excepcional y sofisticado, pero igualmente probable— para deshacerse de sus opositores. Cinco años atrás, recién llegados a la Cárcel Pública, cuatro miristas habían sido envenenados con una bacteria introducida en alimentos. Pero en este caso Enzo entendió que la voz

hablaba en serio, que no bromeaba con el asunto del veneno. Por lo demás, si el objetivo inmediato era matarlo, ya lo habrían hecho, simulando un enfrentamiento armado; y si lo iban a matar de todas formas, lo harían después, una vez que intentaran sonsacarle todo lo que sabía de la organización, que no era poco.

Para entonces, cerca del mediodía, sus captores ya estaban al tanto, porque el mismo detenido se los había dicho camino al cuartel, temiendo una segura ejecución, que Enzo o Alonso o Luis Felipe o como quisiera llamarse para afectos de clandestinidad en realidad era quien era, Víctor Leodoro Díaz Caro. Dos antecedentes suyos obraban en el Departamento de Informaciones de la policía civil.

El primero consignaba que en marzo de 1977 “hizo una dramática conferencia de prensa en Ginebra, en donde revela que agentes de la DINA visitaron a su madre para tratar de obligarla a que pusiera fin a las gestiones por la libertad de su esposo Víctor Díaz López”. Al mes siguiente, de acuerdo con la segunda anotación, “hace uso de la palabra en la reunión de la Comisión de los Derechos Humanos, realizada en Ginebra, Suiza, en donde criticó al gobierno de Chile”.

Hay otro antecedente, vinculado al mismo tema, que no reportaron los archivos policiales y que Enzo recordará con orgullo. Por esa misma fecha, aprovechando la visita a Ginebra del delegado chileno ante la Asamblea de las Naciones Unidas, quien dos años antes había negado la existencia de detenidos desaparecidos en Chile, el hijo del dirigente comunista detenido desaparecido, entonces de diecisiete años, se acercó al representante chileno, Sergio Diez Urzúa, para lanzarle un escupo y acusarlo de “mentiroso hijo de puta”.

Enzo, que guarda un gran parecido físico con su padre, apodado el Chino Díaz —bajo, mofletudo y de ojos rasgados—, tenía diferencias de carácter y apreciación con sus dos hermanas, Victoria y Viviana, quienes optaron por un activismo pacífico, a través de un rol activo en la Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos. Enzo era de armas tomar, más todavía después de

su regreso a Chile, ocurrido en octubre de 1980, tras permanecer refugiado entre Ginebra, Moscú y La Habana.

Al año siguiente de su detención, en un artículo publicado en el diario *El País* de España, su madre Selenisa contaba que Enzo regresó a Chile “con ideas bien definidas. Venía dispuesto a hacer algo por su padre, por todos los desaparecidos. Sus hermanas le decían: ‘Tú no tienes las cosas muy claras, nosotras luchamos de forma pacífica’. Él contestaba: ‘Ya no es tiempo de luchar así’. Pienso que mi hijo es una víctima inocente de este régimen”.

Enzo fue uno de los precursores del Frente Cero, antecedente inmediato del FPMR, y en su currículum subversivo se contaba el asalto al Batallón de Inteligencia del Ejército, ocurrido en junio de 1984, que terminó con dos de sus atacantes baleados. Enzo recibió un proyectil en el tobillo; Marcelo, uno de sus grandes amigos, en la espalda. Ambos sobrevivieron a las heridas pero a la semana siguiente, en una operación de la CNI que cobró cuatro víctimas, Marcelo fue acibillado al interior de un auto mientras esperaba a un compañero que corrió la misma suerte. Su verdadero nombre era Enzo Muñoz Arévalo, ingeniero eléctrico de treinta años, y desde entonces, a modo de homenaje, el hijo del Chino Díaz adoptó el verdadero nombre de su amigo muerto en falso enfrentamiento.

—Bueno, Alonso, ¿vas a comer o empezamos de una vez?

La voz, que permanecía a su lado, escrutándolo, volvía con el asunto de la comida. Y él, por segunda vez, se negó. El veneno estaba descartado. Y en una de esas, por qué no, habría aceptado la invitación. Ya iba siendo hora de almuerzo. Sin embargo, pese a la extraña amabilidad del momento, Enzo sabía que esa situación era pasajera, en cierto modo irreal, y que de un momento a otro las cosas cambiarían para mal, y en ese caso, un plato de porotos era lo menos recomendable.

Enzo, que había conocido testimonios al respecto, sabía que la reacción natural de un cuerpo sometido a golpes de corriente es a orinar y defecar involuntariamente, más todavía cuando recién se ha tragado alimento. Y los que han pasado por eso, torturados y torturadores, saben que la flagelación no sólo persigue quebrar a

la víctima mediante el dolor físico, sino también a través del menoscabo moral. Por eso no comió. Y entonces Enzo y la voz, que en adelante se hizo acompañar de otras voces, fueron al grano.

Le dijeron que sabían todo sobre el atentado, que confesara de una vez. Le dijeron que lo habían entregado.

Eso último era muy probable, pero como Enzo no sabía cuánto sabían ellos, si es que realmente sabían, se hizo el desentendido. Una, dos veces; a la tercera, cuando quedó en claro que no iba a hablar por la buena, lo llevaron abajo, junto a otra voces, y de ahí en adelante el trato dejó de ser amable.

Sacha despertó de golpe con los gritos de Enzo. No estaba durmiendo exactamente; en las condiciones en que se encontraba —aturdido, contuso y acalambrado como consecuencia de la exposición continua a la corriente—, nadie podría haber conciliado el sueño. Pero cerca del mediodía, en ese corto rato en que lo arrojaron a una celda para que descansara, atendiendo a que ya había dicho lo necesario y debía recobrar fuerzas para lo que venía, su confesión por escrito, por primera vez solo y en paz después de doce horas de tormentos, Sacha se vio transportado a una imagen de infancia, cuando todavía vivía con su papá en Cerrillos.

En esos años, junto a un grupo de amigos, Sacha tenía la costumbre de deslizarse por un cerro de arenales arriba de una tabla de cholguán. El surf de los pobres, como alguien lo bautizó un día, aunque en ese entonces ni Sacha ni ninguno de sus amigos tenía la más remota idea de lo que podía ser el surf. En una oportunidad, balanceándose sobre la tabla, Sacha perdió el equilibrio y terminó enterrado en la arena. Fue cosa de segundos, pero como estaba solo y la arena se desplazó sobre su cuerpo, cubriéndolo por entero, vivió un momento de asfixia que se hizo eterno y traumático.

Esa sensación, que creía olvidada, revivió al mediodía del miércoles en el subconsciente de Sacha. Fue cosa de segundos, como hace veinte años, y al volver en sí y recobrar el aliento, cayó en la cuenta de que el que gritaba era Enzo. Ya no estaba bajo las arenas de Cerrillos sino en un lugar mucho peor. Echado en un calabozo,

seguiría escuchando los gritos hasta que volvieran a buscarlo y lo sentaran frente a una máquina de escribir para que confesara todo, desde el principio, cuando llegó a vivir a La Pincoya, dejando atrás a su papá y una infancia que no era precisamente feliz, pero se le acercaba.

Cuando Sacha empezó a relatar su vida, que ocupó veintitrés carillas tipeadas a máquina a espacio simple, Óscar había dicho lo que los policías ya sabían pero querían escuchar de boca del detenido, a modo de confesión. El problema, en su caso, fue que una vez que reconoció su participación en el atentado a Pinochet, no tuvo mucho más que decir. El resto de su currículum subversivo se reducía a la exploración de algún objetivo menor, una acción de propaganda inadvertida y, cuanto más, la voladura de un poste de alumbrado público, entre otros actos que ni siquiera eran dignos de mención pero que él igual sacó a relucir —como distribución de panfletos y rayado de paredes— para salir del paso: sus interrogadores se negaban a creer que uno de los fusileros capturados esa mañana, responsable de cinco escoltas muertos y nueve heridos, tuviera tan poco roce subversivo. Las cuentas simplemente no cuadraban, y como la mayoría de los otros había tenido instrucción militar en Cuba, los policías se esforzaron en que Óscar al menos admitiera lo propio. Él insistía en que no y los otros que sí, y mientras más lo negaba, más le daban. Así pasó la tarde Lenin Fidel Peralta Véliz, el verdadero nombre de Óscar.

Con Pedro, que era gáster y tenía el nombre de Jorge Mario Angulo, las cosas fueron distintas desde el comienzo. Sus huellas dactilares, correspondientes a los dedos medio y anular, fueron reveladas desde una botella familiar de Orange Crush encontrada en uno de los dormitorios de la casa de La Obra. La evidencia era irrefutable y Pedro no se gastó en desmerecerla. Qué iba a hacer. Cuando lo llevaron abajo, a la máquina, ya sabían casi todo lo relacionado con su participación en el atentado. No había más que entregar algunos detalles anecdóticos del caso —como que escucharon canciones de Silvio Rodríguez en el primer acuar-

lamiento y que en la casa de La Obra comieron sándwiches en panes frescos— antes de pasar a narrar su trayectoria subversiva, que se componía de la recuperación de un taxi, la voladura de una torre de alta tensión, un viaje a La Habana que no fue de placer, el asalto a una casa de cambio de calle General Holley, la repartición de productos de un camión de Soprole en una población, el seguimiento a un bus de Carabineros que no pasó a mayores y pare de contar. Pedro, a diferencia de Óscar, no dio mucho trabajo.

Óscar sí que resultó complicado, un enigma que nunca terminó de resolverse, partiendo por el nombre con que fue identificado en un comienzo: Renín Fidel Peralta Véliz.

La leyenda, que alguna vez alguien escuchó de Óscar, dice que en el Registro Civil de Antofagasta donde lo inscribió su padre, militante comunista, se negaron a registrarlo como Lenin Fidel. Por eso, a modo de consenso, finalmente quedó como Renín Fidel. En otra ocasión Óscar también sugirió la posibilidad de un mero error de transcripción, lo que resulta más plausible, pero el caso es que ese primer día en el cuartel, en medio de la agitación, tampoco le creían que su verdadero primer nombre era Lenin, en circunstancias que en el Registro Civil aparecía como Renín.

A Óscar, la verdad, en un primer momento no le creían nada, y mirándolo en términos objetivos, su caso daba para dudar.

De partida Óscar —que era bajo y delgado, de tez morena y cara de niño travieso, con una sonrisa de nacimiento— parecía más jinete de la hípica que insurgente formado en la isla. Con ese porte, que se condecía con un timbre de voz apagado, apenas audible, podría haber ido a entregarse a la guardia del cuartel y no le habrían creído. Pero su problema, como ya está dicho, era que los policías ya sabían quién era, y en ese caso, siendo que era un terrorista de elite como los otros, aquéllos insistían en que Óscar tenía que haber estado en Cuba y él dele con que no, y vuelta a golpearlo.

Pero lo que terminó de sacar de quicio a sus captores no fue eso.

Después de negar hasta el cansancio que había estado en Cuba, lo que era completamente cierto, le preguntaron dónde entonces

había aprendido a disparar. Y ahí fue que Óscar, que seguía colgado de una barra, admitió que hasta el Cajón del Maipo nunca había empuñado un fusil, lo que también era cierto, que ésa fue su primera vez; antes, a lo más —se le ocurrió decir a continuación— había disparado a los patitos de los juegos Diana.

Furioso, al escuchar esto último, un policía le preguntó si era broma.

Otro quiso saber si los estaba hueveando.

Y un tercero, al que tampoco le causó gracia el asunto, llegó y lo golpeó. Por insolente, le hizo saber, sobándose la mano.

El mundo para Enzo seguía de cabeza. La música estaba a un volumen exageradamente alto y su boca, como era de rutina en esas prácticas, permanecía taponada con un trapo para evitar que se mordiera la lengua. Ya sabía, porque fue lo primero que le dijeron cuando lo suspendieron en la barra, que si quería decir algo, nada más levantara el dedo. Esa tarde lo levantó varias veces, pero ninguna para decir lo que los otros querían escuchar.

Llegó el momento, sin embargo, cuando el asunto estaba demorando más de la cuenta, en que uno de los policías a cargo de dirigir el interrogatorio propuso una pausa. Quería sincerarse, hablar con el corazón, como habían intentado hacerlo al comienzo, cuando recién llegó al cuartel y le ofrecieron un plato de comida caliente.

—Mira, escúchame bien lo que te voy a decir —dijo esa voz—. Mejor suelta todo de una vez, pa' qué te hacís el héroe, si nosotros ya sabemos todo.

Y en seguida, cuando Enzo preguntó a qué se referían con todo, en orden y con paciencia, le contaron que ya sabían que su nombre político era Alonso, que disparó en el Grupo de Contención, encargado de interceptar el paso de la comitiva, que manejó el jeep Toyota Land Cruiser en el que escapó gran parte de los fusileros, que en la huida se metió a una zanja y terminó en un sitio eriazo. Y para hacerlo más claro aún, si es que ya no estaba suficientemente claro, le recordaron que en esos días en que había permanecido acuartelado junto al resto del grupo, él había sido quien amasó



esas empanadas que todos celebraron por su sabor y peculiaridad. Las famosas empanadas con dos aceitunas de Enzo.

En ese preciso momento, cuando escuchó lo de las empanadas con dos aceitunas, Enzo terminó de convencerse. Lo sabían todo con lujo de detalles. No valía la pena seguir resistiéndose.

Entonces Enzo, que volvió a tener los pies sobre la tierra, como debe ser, inició el relato de su vida, una suerte de confesión forzada que parte desde el comienzo y explica el resto de los hechos, a partir de esa madrugada de 1976 en que su padre, Víctor Manuel Díaz López, obrero gráfico de cincuenta y seis años, fue detenido por la DINA en una casa de Las Condes. Con excepción de un par de llamados telefónicos y una carta en que Díaz López pide que no lo sigan buscando, la familia nunca más volvió a tener noticias de su paradero.

Ese último dato, que quedó incorporado a la declaración extrajudicial que Enzo firmó en el cuartel de Investigaciones, fue pasado por alto al anunciarse la detención de los cinco fusileros. Al leer el comunicado oficial, Francisco Javier Cuadra, ministro secretario general de Gobierno, únicamente identificó a Enzo como hijo de un alto dirigente comunista.

Frente a esta omisión, no resultó extraño que unos días después, cuando el fiscal Fernando Torres Silva organizó una reconstitución de escena en la cuesta las Achupallas del Cajón del Maipo, un periodista le preguntara a Enzo por qué lo había hecho.

Para Milton, el otro detenido en el Parque O'Higgins, lo más difícil fue explicar qué significaba el mensaje escrito en ese papel amarillo fosforescente que se encontró en uno de sus bolsillos. El mensaje decía MONTT 19 y según los cálculos de la policía, que estaba al tanto de las técnicas de sabotaje y ansiosa por sumar detenidos, no podía ser otra cosa que un vínculo para esa tarde de miércoles.

A esas alturas, estaba claro que Milton no era un camionero de Valparaíso, de paso por Santiago por una visita al médico, como explicó en un comienzo. Efectivamente era de Valparaíso, y en

esa ciudad, desde fines de los setenta, había oficiado de taxista, chofer repartidor de una panadería y conductor de un camión de la Compañía de Teléfonos. Pero lo que importaba era que Milton, que en realidad se llamaba Arnaldo Hernán Arenas Bejas, de treinta y dos años, había conducido el auto de arrastre con la casa rodante que cerró el paso a la comitiva del general.

En su confesión por escrito, anotada por el inspector Navarro, contó que sus primeros contactos con la organización ocurrieron en el Club Social y Deportivo Orompello, cercano a su casa de cerró Esperanza, y que si realizó varias entradas y salidas del país, algunas que ni siquiera quedaron registradas, fue por motivos laborales. Negó expresamente haber tenido “instrucciones de guerrillas en el extranjero”, precisando que aprendió a manejar armamento en el Servicio Militar Obligatorio, cumplido a mediados de los setenta en la Armada de Talcahuano. Y forzado a explicar cómo fue que llegó a formar parte del comando que atentó contra el general, se remontó a mediados de 1986, cuando realizó su primer vínculo en Santiago.

Contó entonces que en esa oportunidad debió llevar un cigarro apagado entre los labios y un Súper 8 en la mano izquierda a modo de seña visual de normalidad, y que el contacto se realizó en un punto móvil, caminando por avenida Manuel Montt, de Providencia hacia el sur. Fue ahí —aseguró Milton a la policía— que recién vino a conocer a Ramiro, ya identificado como uno de los jefes de la operación, a quien describió de “contextura atlética, cabello castaño claro, bigote castaño mal cuidado, con una barba de varios días”.

Este último dato, relativo al punto del primer encuentro sostenido entre Milton y Ramiro, terminó de convencer a los policías de que el mensaje del papel amarillo aludía a la avenida Manuel Montt. El punto en cuestión, lo mismo que ese tal Ramiro, había sido mencionado por otros detenidos.

Milton estaba en problemas. Podía decir que nunca había estado en Cuba y que carecía de un gran currículum subversivo. Pero una vez que reconoció su participación en el atentado, lo urgente para

los policías fue resolver a tiempo la clave del papelito amarillo. Intuían que ahí podía haber algo todavía más grande, el pasaje a un merecido ascenso, y en ese caso, aprovechando la buena racha de las últimas horas, literalmente estaba en sus manos que Milton sacara afuera lo que suponían sabía y se negaba a decir. Él juró que no tenía idea de qué se trataba el contenido de ese papelito, después dijo que no era nada; al rato, que debía entregarlo a un compañero que nunca llegó. Por cierto, atendiendo a sus contradicciones y evasivas, tal como intuían los policías, Milton sabía.

De hecho, de no ser por el papelito, es probable que esa mañana no se hubiera aparecido por el Parque O'Higgins. Milton sentía una molestia muscular y acudió para cumplir con el encargo de su hermano Joaquín, quien la noche anterior le había entregado un mensaje de Ramiro para que a la vez se lo transmitiera al grupo de Sacha. En eso andaba Milton esa mañana en el Parque O'Higgins cuando llegó poco después de las nueve y se sentó en las graderías a esperar. Sabía que MONTT aludía a la estación del Metro del mismo nombre, y el número, 19, a la hora de la reunión de la tarde convocada por Ramiro en el Burger Inn de Providencia esquina Manuel Montt.

El encuentro, al que también estaban citados Ernesto, Joaquín y Tamara, serviría para afinar detalles de la operación en curso.

Todavía faltaban algunas horas para la reunión en el Burger Inn y Milton seguía con problemas. Su resistencia no hacía más que incrementar la ansiedad de sus captores, que no le daban crédito ni respiro. Milton no estaba colaborando, y en un momento crítico, sin saber cuánto más podía resistir, alguien le dijo que más le valía hablar de una vez, echarlo fuera, porque ellos no se iban a detener hasta que se decidiera a contar lo que sabía. Entonces Milton, ya rendido por la presión, admitió que, según tenía entendido, porque aseguró no estar del todo claro, el mensaje aludía a un vínculo similar al que tuvo a su llegada a Santiago, caminando por Manuel Montt, de Providencia hacia el sur.

Ya se venía la hora del punto, y mientras se dispuso de un fuerte operativo en el sector, Milton gozó de un pequeño descan-

so. Antes, eso sí, fue advertido de que si estaba mintiendo, se la vería a la vuelta.

Ramiro, que llegó puntual al vínculo del Burger Inn, no reparó hasta unos pocos minutos después, cuando volvió a la calle temiendo lo peor, en la presencia de policías que rondaban el sector. Ernesto, Joaquín y Tamara, como dictaban las normas de seguridad, también llegaron a la hora convenida, pero apenas se sentaron junto a Ramiro, éste, mirando su reloj, compartió sus sospechas de que algo no andaba bien. Rara vez los hombres a su cargo llegaban tarde a un vínculo, y en ese caso, considerando los riesgos que corrían, recomendó que salieran del local a la brevedad y por separado, alertas a cualquier movimiento extraño.

Fue entonces, a la salida del local, que Ramiro vio a los civiles de bigotes que merodeaban por Manuel Montt. No se quedó a ver el espectáculo, que se extendió hasta más tarde. Estaba seguro de que su grupo había caído detenido.

Ya de noche, resignados al fracaso de la diligencia, los policías retornaron al cuartel, cansados y hambrientos, dispuestos a cobrarle la cuenta a Milton.

La jornada del jueves, comparada con la del miércoles, comenzó distendida en el cuartel de General Mackenna. Ya confesos, los cinco fusileros recibieron alimentos y un trato más digno, lo que en algunos casos se tradujo en un sincero intercambio de opiniones. Los policías, que habían descansado y estaban de buen humor por el éxito de las diligencias, argumentaban que ellos cumplían una labor profesional, que perseguían delitos, no causas políticas, y si había cinco muertos ellos estaban obligados a investigar. Los fusileros, en cambio, retrucaban que tenían el legítimo derecho de combatir a un régimen ilegal, que luchaban en nombre de un pueblo oprimido, que si tuvieran otra oportunidad de atentar contra el tirano, volverían a hacerlo.

Así fue el ambiente en las primeras horas. Algunos policías, ya más en confianza, aprovechando que el director general estaba fuera, ocupado en una reunión en La Moneda, hasta se permitieron

bromear con el asunto de los patitos de los juegos Diana. Ahora sí que tenía gracia. Otros, previendo la importancia de las diligencias, apostaban a un buen ascenso; al menos a un reconocimiento de algún otro tipo para la brigada. Algo de eso hubo al poco tiempo: aparte de una nueva flota de autos, el alto mando de Investigaciones premió con cinco relojes de oro a los funcionarios más destacados en las diligencias. Fue a todas luces una premiación arbitraria: ninguno de esos relojes fue para el perito Palma y su ayudante Moraga.

Había buen ambiente en el cuartel, pero ese jueves, pasado el mediodía, las cosas volvieron a tensionarse con el regreso del director general.

Una información aparecida ese día en el diario *La Tercera*, que hablaba de importantes diligencias en “el caso del cobarde atentado a Su Excelencia el Presidente de la República”, obligó a adelantar el anuncio oficial, que quedó fijado para esa tarde en La Moneda y estaría a cargo del ministro secretario general de Gobierno, Francisco Javier Cuadra.

El director general venía molesto por el trascendido a la prensa, adjudicado a fuentes de la Policía de Investigaciones. Las declaraciones extrajudiciales y la elaboración de las fichas, entre otros trámites administrativos, debían apurarse. Y en vista de que tendrían que entregar a los detenidos a custodia de Gendarmería, Investigaciones ya no podría seguir interrogándolos, como era la intención de los jefes policiales, que apostaban por nuevas diligencias para los próximos días.

Hubo también otro problema anexo, derivado del mismo tema, que pudo complicar seriamente las cosas.

El trascendido también llegó a oídos de los funcionarios de la CNI, que ya estaban al tanto de las circunstancias en que fue identificado el primer detenido. Estaban muy molestos, y en la tarde del jueves esa molestia se hizo sentir cuando el capitán de Ejército Joaquín Molina Fuenzalida, acompañado de varios otros funcionarios de la CNI armados con fusiles, cayó de sorpresa en el cuartel de General Mackenna. Molina, que se hacía llamar “el capitán más malo de Chile”, estaba decidido a llevarse a los cinco fusileros hasta el cuartel Borgoño.

La escena fue presenciada por Enzo, que alcanzó a esconderse tras una puerta por recomendación del Chueco Oviedo. Previendo lo que se venía, el comisario jefe de la Brigada Investigadora de Asaltos llamó a sus hombres que estaban más cerca para que lo escoltaran, a la vez que dio orden de que encerraran a los otros detenidos en los calabozos.

Oviedo ya estaba en antecedentes de que el capitán Molina —quien dos años después fue muerto a balazos por su yerno, Manuel Contreras Valdebenito, hijo del ex director de la DINA— tenía fama de loco.

—¡Comisario —se cuadró Molina—, traigo orden de mi general!

—Lo siento —se excusó Oviedo—, no se los puedo entregar.

—Mire, hagamos las cosas por las buenas...

—No me insista —interrumpió Oviedo—, los detenidos no se mueven de acá.

—Parece que no me ha entendido, comisario —insistió Molina, remarcando el grado de este último—. Mi general Pinochet ordena que me los pase a la brevedad.

—Y yo le digo que no se los voy a pasar.

—Entonces —devolvió Molina, palpando su revólver—, voy a tener que llevármelos a la fuerza nomás.

Una sola mirada de Molina bastó para que los agentes que lo acompañaban pasaran bala. Lo propio hicieron los hombres de Oviedo.

—¡Comisario, por última vez! —bramó Molina, mirando fijamente a Oviedo— ¡Mi general ordena que...!

—¡A mí no me importa ni una huevá tu general! —gritó Oviedo—. ¡Los detenidos se me quedan acá y punto!

Nadie se movió de su lugar. Y en ese instante, cuando a Enzo se le ocurrió asomarse por detrás de la puerta, Molina lo vio. Los ojos le brillaron, como un depredador que saborea a la presa que tiene en vista antes de devorarla, y sin desviar la vista donde Enzo había vuelto a refugiarse, temiendo lo peor, Molina volvió a dirigirse a Oviedo con un tono de voz que sonó suplicante:

—¿Qué te cuesta? Por lo menos pásame al chinito chico ése, ¿ya?

—Te dije que no —lo frenó Oviedo y Molina volvió a perder la compostura.

—¡Vai a ver nomás hueón!, ¡vai a cagar! —gritó el capitán, al tiempo que emprendía la retirada—. ¡Te dije que traigo órdenes de mi general!

Oviedo no respondió. Pero una vez que se cercioró de que los agentes de la CNI se habían retirado, el comisario, que al poco tiempo, por decreto presidencial, ascendería a subprefecto, se asomó tras la puerta donde Enzo seguía escondido, sin atreverse a volver asomar las narices.

—Te salvaste hueón —le dijo Oviedo, alzando el dedo índice—. Me debís una.

Ese día, Augusto Pinochet andaba de gira por Antofagasta y no perdió oportunidad de comentar las novedades policiales, que también eran políticas.

Luego de fustigar a los países “que están tratando de darnos enseñanzas de lo que es democracia y nosotros sabemos perfectamente lo que es democracia”, y quejarse de que “cuando en Chile se toca a un comunista por alguna razón, de inmediato comienza a tocar la orquesta mundial”, el general —aludiendo directamente a los fusileros que actuaron contra él y sus escoltas—, dijo que “esos canallas que han permanecido ocultos durante todo este tiempo han aflorado y hoy puedo decirles a ustedes que tenemos detenidos a cinco de éstos”.

Uno de ellos era Enzo, y aunque esa tarde había salvado el pellejo, con justa razón no sabía lo que se le venía en los próximos días.



Fernando Torres Silva, juez y fiscal militar ad hoc, practicando diligencias por el caso Arsenales. 10 de octubre de 1986.

ARCHIVO COPESA.



Fernando Torres Silva, teniente coronel de Ejército, luciendo tenida sport. ARCHIVO COPESA.



## QUINCE

Esa tarde de domingo, al comenzar la ronda de interrogatorios en el edificio de calle Zenteno, Fernando Torres Silva no andaba del mejor ánimo. Debía andar feliz, con buena cara, atendiendo a las últimas novedades del caso que más lo ocupaba en el último tiempo, pero las cosas con ese tema en particular no se habían desarrollado de la mejor manera para él, teniente coronel de Ejército, de fluida comunicación con los altos mandos. Torres Silva sentía que su investidura de juez y fiscal militar ad hoc había quedado disminuida.

La noticia lo había sorprendido a mitad de semana en el norte chico, realizando diligencias vinculadas al caso de la internación ilegal de armas —diligencias que por cierto, como ya era costumbre, fueron seguidas atentamente por la prensa incondicional al régimen—, y al arribar de urgencia a Santiago, ansioso por coordinar los siguientes pasos, se enteró de que el sábado por la mañana, después de permanecer sólo tres días en el cuartel general de Investigaciones, los detenidos serían entregados a custodia de Gendarmería.

Por regla general, él era el encargado de tramitar dicho procedimiento. Sólo una vez que se agotaban las diligencias policiales, que en el caso de Investigaciones solían extenderse por una semana, y en el de la CNI, por dos, los detenidos eran exhibidos a la prensa y puestos a su disposición.

En este caso, la filtración periodística alteró los procedimientos. Y como consecuencia de lo anterior, el fiscal temía haber perdido una inmejorable oportunidad de extender las pesquisas para obtener mayores ganancias, como ocurrió con el caso de la internación ilegal de armas, que fue seguido principalmente por la CNI. En una de esas, quién sabe, si las cosas hubiesen resultado de otro modo, podría

haber capturado a la cúpula de la organización, que aún permanecía intocable, pese a los últimos golpes.

Pero no fue eso lo que más molestó al fiscal militar ad hoc. En último término, considerando los nulos avances que presentaba el caso, se hacía urgente exhibir resultados que justificaran su nombramiento, ocurrido un mes atrás, en reemplazo del también fiscal militar Joaquín Erlbaum. La molestia más profunda radicaba en que sin siquiera ser advertido, como al menos habría esperado, la madrugada del viernes, un día antes de que los cinco fusileros fueran conducidos a la Cárcel Pública, Investigaciones organizó una espectacular reconstitución de escena que contó con una destacadísima cobertura de prensa. En esas imágenes, de innegable impacto mediático, los cinco frentistas volvieron a empuñar los fusiles en la cuesta las Achupallas del Cajón del Maipo.

Había en esto último, según hizo ver en privado el fiscal a las autoridades políticas, un problema serio de competencia. Era él quien solía ordenar y dirigir ese tipo de procedimientos, de asegurada cobertura en todos los medios periodísticos, incondicionales o no al régimen.

Su papel en esta pasada había quedado reducido a un lugar secundario, casi decorativo, en circunstancias de que él, juez y fiscal militar ad hoc con poderes excepcionales y característicos lentes Rayban, que había comenzado como simple mayor de justicia y ahora, en calidad de teniente coronel, tenía a cargo los casos Vicaría, Arsenales y Atentado, apostaba a cosas grandes.

Por todo eso, que a fin de cuentas se reducía a un problema de protagonismo, la semana no terminaba del todo feliz para el fiscal ad hoc.

Al menos el día antes, en las horas previas a que los detenidos atravesaran General Mackenna en medio de un espectacular operativo periodístico y policial, había conseguido un cierto grado de atención en su comparecencia al cuartel policial. Llegó acompañado por su secretario ad hoc y cinco actuarios para cumplir con el procedimiento judicial que dictaba tomar declaración a los detenidos, ratificar lo dicho y firmado por ellos ante Investigacio-

nes, para finalmente determinar su ingreso a la cárcel en calidad de “estrictamente comunicados”.

Tras la diligencia de rigor, que contó con la presencia del general Paredes y el comisario Oviedo, las verdaderas estrellas de la jornada, salió a la calle para atender a los periodistas presentes, tal como acostumbraba a hacerlo con éste y otros casos que tenía a cargo, independiente de si estaban sujetos a secreto de sumario o no, daba igual.

Torres Silva podía ser un duro entre los duros, de una sonrisa de piedra, pero enfrentado a la prensa oficialista se mostraba particularmente atento, a veces dócil, como un gato de departamento.

Esa relación, que fue estrechándose con el transcurso de los meses, era correspondida con un trato amistoso por parte de periodistas asignados al sector, que veían en él a una fuente inagotable de información. Cuando no declaraba tras alguna de las tantas diligencias que copaban su día, lo que ocurría muy rara vez, el fiscal solía arreglárselas para figurar mediante filtraciones y trascendidos.

Tras tomar las primeras declaraciones y determinar la incomunicación de los detenidos, perfectamente pudo haber esperado hasta el lunes, tomarse un día de descanso. No había mayor apuro, los detenidos estaban a su disposición desde ayer y seguirían en esa condición hasta que él determinara otra cosa. Además, según reconoció el propio fiscal, los informes entregados por Investigaciones sobre cada detenido eran completísimos, no quedaba más que atar cabos, profundizar en detalles.

Sin embargo, como las cosas se habían dado del modo descrito, y sobre todo porque los métodos de trabajo del fiscal eran muy atípicos, sin consideración alguna por días de descanso ni horarios de oficina, esa tarde de domingo apareció por la fiscalía en tenuta informal, casi sport, disculpándose ante los periodistas que le hacían guardia desde tempranas horas, advertidos de que la acción se había trasladado ahora al edificio de calle Zenteno.

Hablaría más tarde, una vez cumplidas las diligencias programadas para esa tarde de domingo que arrancaban con Cristina, la

mujer de Sacha, quien permanecía esposada de pies y manos, bajo fuerte custodia policial. Ya había tratado brevemente con ella en el cuartel de Investigaciones. Ahora que estaba a su disposición y en sus dominios, Fernando Torres Silva quería tratarla en profundidad.

Desde un comienzo Cristina negó cualquier vínculo con el Frente, lo que no era del todo cierto. Cristina tenía un antiguo compromiso político que se vio interrumpido por su embarazo. Pero muy distinto es que haya sido “ayudista” del comando que atentó contra Pinochet y su comitiva. El cargo había sido imputado por el fiscal Torres, quien estaba decidido a darse la razón.

No había pruebas en su contra, no había confesión. Pero el fiscal, que en estas materias era sagaz, le hizo ver que su situación era delicada, para qué decir la de su conviviente. Estaba en problemas serios y de ella dependía que volviera a ver pronto a su hija, que había quedado a cargo de familiares.

Entonces Cristina pasó a relatar su historia, que esencialmente, para sorpresa del fiscal, era una historia de amor entre ella y Sacha, a quien se refiere en todo momento como Juanito.

“Yo lo conocí en el año 1979, no recuerdo mes, en una cancha de baby fútbol”, se lee al comienzo de la extensa declaración que Cristina prestó esa tarde de domingo ante el fiscal Torres. Recuerda que fueron presentados por una amiga en común, compañera suya en el Club Deportivo Central Oriente, donde ella jugaba básquetbol, y que tras un corto pololeo, cosa de chiquillos que no duró más que un par de días, él regresó al regimiento de Arica donde cumplía con el Servicio Militar Obligatorio.

Juanito volvió a aparecer en la vida de Cristina a comienzos de los ochenta. “Lo veía en la población La Pincoya pero en forma esporádica, ya no pololeábamos, cosa que habíamos empezado en la primera oportunidad en que nos vimos”, precisa.

El pololeo en serio, que en la práctica sería matrimonio, comenzó cuando Juanito volvió de su viaje al extranjero.

Cuenta Cristina que Juanito “era muy conocido en la población La Pincoya, todos lo querían”, y que en esos trece meses que vivió

con él, en una mediagua levantada en el patio trasero de la casa de su suegra, “el trato que me daba era bueno”. Prueba de ello es que “siempre que (él) salía, me decía que si tenía problemas de dinero durante sus ausencias laborales, le pidiera dinero a su madre, y al salir, se despedía de su hija y le daba bastantes besos. La última vez estaba triste en la despedida”.

Recuerda Cristina que Juanito “leía bastante y escuchaba las noticias de la radio Cooperativa. No profesaba ninguna religión y jamás iba a misa”. Pese a ello, y a que Juanito leía folletos sobre Economía y deuda externa, sobre el Che Guevara y sobre el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, pese a que cuando Juanito salía por la mañana decía que “iba a la oficina”, sin precisar jamás qué hacía en esa oficina ni dónde quedaba, y a que “la ropa que llevaba a casa era casi siempre manchada con grasa y con olor a bencina”, pese a todo eso Cristina sostiene que nunca sospechó de las verdaderas actividades de su pareja.

Eso sí, tenía más que claro que no comulgaba con el régimen: “Cuando se producía algún atentado terrorista, Juanito decía que esto debía hacerse para desestabilizar al gobierno y para que se vaya pronto Pinochet, a quien también llamaba el tirano”.

Esa tarde de domingo, ya cerca del atardecer, mientras Óscar y Pedro aguardaban su turno en la antesala de la fiscalía, celosamente custodiados por militares y gendarmes, Torres Silva no consiguió más que una tibia confesión de Cristina, que en ningún caso, incluso para las circunstancias de la época, constituía delito alguno: “Efectivamente soy simpatizante del Partido Comunista, pero no militante”.

Al dar por finalizado el interrogatorio, que se extendió más de lo presupuestado, el fiscal ad hoc devolvió a Cristina a la cárcel de San Miguel en las mismas condiciones en que había llegado: esposada de pies y manos, estrictamente incomunicada.

Al caer la noche, después de despachar a Óscar y Pedro, el fiscal estuvo en los noticieros de televisión y anunció que al día siguiente, a primera hora, continuaría con importantes diligencias del caso que más importa al país.

Apenas llegaron a la galería 6, aislados del resto de la población penal, el sargento Carrasco lo reconoció. Era él, sin duda, pero no le dijo nada. No debía. Los presos más célebres del momento, que entraban y salían encadenados de pies y manos, citados una y otra vez por el famoso fiscal Torres Silva, permanecían detenidos en calidad de estrictamente incomunicados.

Primero lo observó de reojo durante algunos días, sin que el otro se diera por enterado. Pero al poco tiempo, una vez que las normas experimentaron un leve relajó, Carrasco se asomó a la celda de Enzo, que era la 25, y se presentó:

—Hola, ¿se acuerda de mí?

Enzo, que se encontraba echado en su camastro de cemento, mirando el techo, no se acordaba. Sabía por cierto que era el sargento a cargo de la galería, lo había visto desde el primer día, caballero bajo, barrigudo y de bigotes, pero no recordaba haberlo visto antes, si es que era eso a lo que se refería.

—¿No se acuerda? —sonrió Carrasco—. ¿De la San Joaquín Poniente?

En ese momento, cuando escuchó lo de la San Joaquín Poniente, la población de San Miguel en la que había pasado su adolescencia y en la que todavía vivía su madre, Enzo cayó en la cuenta. Claro, se sorprendió al recordarlo, después de tanto tiempo, después de tenerlo a la vista en cada momento desde que había llegado a esa cárcel: era él, Carrasco, vecino de su población, y por esas cosas de la vida ahora se encontraban en roles opuestos, aunque ni tanto. Los gendarmes vivían tan aislados y presos como los presos.

A diferencia del teniente Balbontín, el otro custodio a quien los fusileros suponían agente de la CNI y apodaron Tinbonbal, desde un comienzo Carrasco se mostró amable, respetuoso. Incluso, ya más en confianza, porque tiempo tuvieron para cultivar la confianza, una vez que servían la única comida del día, que consistía en un menú de porotos con tres marraquetas y té, Carrasco solía convidar pebre, privilegio exclusivo de los gendarmes, y a veces hasta permitía que los reos *bucearan* en la olla. La técnica consistía en raspar el fondo de la olla en procura de los trozos de grasa que

hubieran quedado de la comida de los gendarmes, que era poco mejor, aunque tampoco tanto, que la de los otros. Los presos no tenían derecho a grasa.

—¿Y? —preguntó Carrasco una vez que Enzo lo reconoció—. ¿Cómo ha estado?

—Aquí poh, como ve —dijo el otro, incorporándose desde el camastro—, pasándola.

—Así lo veo —dijo Carrasco, que lo miraba detenidamente, con algo de compasión—. Oiga, la media cagadita que se mandaron, ¿ah?

—Así nomás es poh.

—¿Y la familia? ¿Cómo estará su mamita?

—Ahí debe estar la vieja, preocupá... Usted sabe, después de lo del otro día...

Lo del otro día ocurrió el mismo día que llegaron a la cárcel, un sábado por la noche: Enzo se cortó las venas con un clavo que encontró en su celda, la misma donde estaba ahora, seguido de Sacha, Pedro, Óscar y Milton, exactamente en ese orden, aunque separados celda por medio de modo de que no pudiesen entrar en diálogo.

El incidente no pasó a mayores y días después, ya recuperado, Enzo emitió una declaración en la que agradecía la "oportuna intervención de Gendarmería" y prometía que "no volverá a ocurrir nunca más". El fiscal también le bajó el perfil al incidente, diciendo que "Díaz Caro se pegó unos rasguños". La familia de Enzo, sin embargo, seguía preocupadísima, sobre todo —según señaló su abogado tras la presentación de un recurso de amparo— ante las diversas publicaciones de prensa que "van encaminadas a influir en la opinión pública de un eventual atentado contra la vida y seguridad personal del amparado".

Enzo seguía temiendo por su vida. Pero estaba más preocupado por descubrir cómo es que había sido detenido. No encontraba otra explicación que la delación, probablemente proveniente de alguno de sus propios compañeros que ahora estaban presos con él.

Por el momento, sin embargo, no tenía cómo corroborarlo. Permanecía aislado de los otros, y aunque ya habían cruzado algunas palabras al pasar, no convenía entrar en detalles hasta que se reuniesen en privado.

—¿Se encuentra bien entonces? —volvió a hablar el sargento Carrasco, sin quitarle la vista de encima.

—Podría estar mejor sí —sonrió Enzo.

—Ya poh. Se me porta bien entonces.

—Sí, no se preocupe sargento.

—Nos estamos viendo —dijo Carrasco a modo de despedida.

—Nos estamos viendo —repitió Enzo y volvió a echarse en su camastro de cemento. A seguir mirando el techo. A darle vueltas al asunto de su detención. A esperar que lo volviera a llamar el fiscal ad hoc para preguntarle lo mismo de la última vez y volver a dejarlo detenido y estrictamente incomunicado, como ya se iba haciendo demasiado habitual.

A fines de octubre, como consecuencia de los últimos hechos, la Dirección Nacional distribuyó un documento tendiente a reforzar la seguridad de la organización. En esas tres carillas, tipeadas a máquina e interceptadas por la CNI, se reconoce que “la dictadura nos ha dado algunos golpes”, adjudicados “fundamentalmente por el aprovechamiento del enemigo de nuestras deficiencias”, lo que obliga a dictar una serie de medidas de aseguramiento y resguardo “a fin de cerrarles todas las posibilidades y brechas a que pueda llegar el enemigo”.

La primera y más urgente disposición ordena a cada uno de los combatientes, cualquiera sea su escalafón, adoptar nuevas chapas o seudónimos antes del 5 de noviembre. La segunda apunta a las comunicaciones al interior de cada estructura, que deben ser renovadas los días cinco de cada mes. La tercera refiere al resguardo de la compartimentación, que el informe define como “el arte de conocer lo que corresponde y no tratar de conocer o dar a conocer lo que no corresponde”. En este sentido, llama a “dejar de lado los sentimientos de amistad y de excesiva confianza”, a practicar



“semanalmente un autoallanamiento”, a trasladar medios y documentos “correctamente embutidos” y a “usar la memoria” a fin de evitar la posesión de papeles comprometedores.

Hay también disposiciones referidas al cuidado de las armas, que entran en la categoría genérica de medios, y a la necesidad de verificar y trabajar, “al menos una vez a la semana”, en el manto y leyenda de cada combatiente, vale decir, actividades de fachada que sirven para cubrir las conspirativas.

Varios son los temas que se abordan ahí, pero ese informe de fines de octubre, emitido como resorte de los últimos acontecimientos, se reserva un último punto para tratar el asunto de las detenciones, el más sensible de todos, que no por azar ocupa el último puesto de la cartilla: la detención supone la gran mayoría de las veces la trasgresión de al menos uno de los puntos tratados anteriormente, y en ese caso, atendiendo a que “se actúa en situaciones de terror imperantes en una dictadura”, más vale atenerse a las consecuencias y pasar ese trance de la manera más digna posible.

Si bien “los combatientes del FPMR no deben caer detenidos”, en caso contrario, el instructivo advierte que la “entrega de medios, información, estructura y personas al enemigo es un problema de moral revolucionaria y de moral rodriguista, pero lo más grave es que lo anterior significa una alta traición”.

La jefatura aún no estaba al tanto de las circunstancias exactas en que habían caído los cinco fusileros. Todavía era asunto de una investigación interna a cargo de Ramiro. Sin embargo, por los antecedentes aparecidos en la prensa, las sospechas apuntaban a Sacha, cuyo caso motiva la advertencia final. No hay lugar a dobles lecturas: entregar compañeros como lo hizo Sacha, independiente de las circunstancias, es considerado una “alta traición”, lo que en una organización militar constituye la falta de mayor gravedad y se paga con la vida.

Aun sin conocer esa cartilla, Sacha, que permanecía en la celda 29 de la galería 6, entre Pedro y Óscar, sabía que el asunto se le venía duro. De cualquier modo, desde que llegó ahí, en condiciones más deplorables que la de los otros cuatro, golpeado física y

moralmente, había tomado la decisión de admitir su culpabilidad, esgrimiendo las atenuantes ya conocidas.

Lo que pasara después estaba fuera de su alcance. Todo era posible, incluso lo peor, si acaso eso ya no había ocurrido.

Fernando Torres Silva albergaba una sospecha. Por su parentesco con la dirigencia del Partido Comunista, además de la actitud con que afrontaba los interrogatorios, que era fría y displicente, Enzo debía ser uno de los cabecillas del atentado. No se terminaba de convencer de que tuviera tan poco currículo subversivo y que esa tarde de domingo haya actuado como simple chofer. Enzo tenía que esconder algo y el fiscal ad hoc estaba decidido a descubrirlo.

Había una sensación extraña, ambivalente, que Enzo provocaba en el fiscal. De partida Enzo no le gustaba. No le gustaba ninguno de los cinco, eso está claro, pero con Enzo sentía una desconfianza particular. Aunque también es cierto que con él solían suscitarse diálogos curiosos, no necesariamente profundos ni productivos para el proceso judicial, pero que al menos conseguían sacarlo de la monotonía. Uno de ellos ocurrió al anochecer del domingo 9 de noviembre, a propósito de su relación con el ingeniero Juan Navarro Cox, cuyo número telefónico apareció en la billetera de Enzo cuando éste fue detenido.

Tras reconocer que “tuve cuatro o cinco conversaciones con él, las que fueron matizadas con unos juegos, especie de dominó con cartas, ping pong y cacho”, además de haber hecho “muy buenas migas” con el ingeniero y su familia, Torres Silva quiso profundizar en el tema:

—¿A qué atribuye la buena relación que mantuvo con Navarro, considerando las diferencias de edad y de formación que tenían?

—Creo que a mi forma de ser.

—¿Por qué?

—Porque soy bueno para la talla, me gusta tomar un trago, lo mismo que a él, y por tener tema en general.

—¿Cuál era este tema en general?

—Hablabamos sobre cine, televisión y otros.

Diálogos como ése, incorporados a fojas 1523, intrigaban al fiscal, aunque no pocas veces también lo sacaban de quicio. Dependía de su estado anímico, y eso ya era impredecible.

Los detenidos que desfilaron por su despacho, que se cuentan por montones, coinciden en que Torres Silva acostumbraba expeler un persistente aliento a whisky. No sólo era una percepción olfativa. A puertas cerradas, en esas horas insólitas en que le gustaba trabajar, el fiscal no se hacía problemas en exhibir una botella de whisky. Era, aparte de un hábito, una demostración de poder en sus territorios, donde gobernaba con total soberanía. Quién iba a atreverse a llamarle la atención a él, juez y fiscal militar, que además de experimentar un sorprendente ascenso en la administración pública, motivo de admiración, respeto y también celo, había logrado, de la nada, cultivar amistad con la familia del capitán general.

Eran pocos, contados con los dedos de las manos, los que podían jactarse de lo anterior. De ahí que el fiscal no se hiciera problema en dominar su genio cuando se encontraba en sus dominios.

De hecho, esa misma noche de domingo 9 de noviembre, tras despachar a Enzo y prorrogar su incomunicación por otros cinco días, Torres Silva tuvo una ocurrencia.

A Óscar, el siguiente detenido que aguardaba a ser interrogado, lo devolvió en libre plática.

La excepcional medida, que favoreció únicamente a Óscar, fue interpretada como un intento por introducir una cuña de discordia y desconfianza en el grupo de fusileros. ¿Por qué él y no los otros? Ni Óscar se lo explicaba. Comentaba que había sido otra salida del “loco Torres”.

Una maniobra similar había intentado unos días atrás con el mismo Óscar, que para efectos legales seguía llamándose Renán y no Lenin. Creyendo que era el más débil del grupo, el fiscal lo mandó a llamar un día cualquiera. Lo hizo esperar un rato

prudente en las escaleras, esposado de pies y manos, fuertemente custodiado, y finalmente ordenó que se lo trajeran al frente.

Óscar recordará que al entrar al despacho del fiscal, éste estaba sentado en su escritorio y fingió no reparar en su presencia. Conversaba distraídamente con su ayudante, mayor Baghetti, sobre el estado del tiempo, que era típicamente primaveral, perfecto para dar un paseo por la calle. Era evidente que la conversación era fingida y que Óscar estaba parado al frente y presenciaba el diálogo, pero el fiscal seguía simulando no haberlo visto.

Por fin, cuando lo escena ya se estaba tornando demasiado forzada, si no patética, el fiscal giró hacia donde estaba Óscar, que no le llegaba ni a los hombros, y soltó una expresión de asombro:

—Bah —dijo Torres Silva—, estabas acá, no te había visto. Es que estábamos conversando con el mayor sobre el hermoso día que hay allá afuera... Oye, y a propósito, ¿no te gustaría ir a dar un paseo?

Óscar, que observaba la escena con detención, sin terminar de entender adónde iba todo eso, respondió con un desganado bueno, por qué no, pero a continuación, cuando el fiscal le dijo que para eso debía testificar que Enzo era uno de los cabecillas del atentado, Óscar terminó de entender. Y habló:

—Noooo, así no.

—Ah, ¿no querí salir entonces?

—Sí, sí quiero.

—De ti depende...

—Es que no puedo decir eso.

—¿Y por qué no, si se puede saber?

—Porque no es el cabecilla poh.

—¿Y quién es el cabecilla entonces? —se entusiasmó el fiscal.

—Y qué sé yo —respondió Óscar, levantando los hombros.

—Qué sé yo —repitió el fiscal, clavándole una mirada fulminante.

El fiscal se mantuvo sentado tras su escritorio, flanqueado por su asistente Baghetti, sin despegarle la mirada. Pero repentinamente, como impulsado por un resorte, se alzó de la silla y Óscar pensó que se le iba encima y cerró los ojos. Era lo menos

que podía hacer. En el cuerpo de Torres cabían dos Óscar. Pero ya sea porque se contuvo o resultó un impulso natural, Torres Silva terminó golpeando los puños contra su escritorio. Mientras sus manos caían había comenzado a gritar:

—¡Llévense a este conchadesumadre de aquí!

Óscar recordará que el vozarrón del fiscal siguió retumbando en sus oídos mientras lo llevaban fuera. Pero antes de cruzar la puerta, Baghetti, secretario ad hoc, que a diferencia del fiscal era tímido y de maneras afectadas, se atrevió a preguntar:

—¿Incomunicado, señor?

—¡Estrictamente incomunicado!

La escena había ocurrido unos pocos días atrás y seguía viva en Óscar. Pero esa noche de domingo, sorprendentemente, como si hubiera olvidado el último episodio, el fiscal lo dejó en libre plática.

Óscar por fin pudo reunirse con su familia, tomar sol y consumir alimentos traídos del exterior, lo que significó interrumpir la dieta de porotos burros.

Después de lo vivido en las últimas semanas, estar en libre plática, en condiciones similares a las del resto de los presos políticos, era un lujo. Pero el lujo duró menos de una semana.

El 15 de noviembre, que era sábado, Óscar fue llevado nuevamente ante el fiscal.

El preámbulo fue similar a los otros. Una tediosa espera de varias horas, encadenado y bajo fuerte custodia, antes de que el fiscal ordenara su ingreso.

Cuando lo tuvo enfrente, Torres Silva esta vez fue al grano:

—¿Así que te querellaste contra Investigaciones?

El fiscal estaba en lo correcto. Un par de días antes, a través de su abogado, Óscar había presentado ante el Tercer Juzgado del Crimen de Santiago una querrela por torturas dirigida contra funcionarios de la Policía de Investigaciones que resultaran responsables.

En la querrela, entablada por el abogado Salvador Zegers en representación de Lenin Fidel Peralta Véliz, el verdadero nombre de Óscar, éste testificó haber sido sometido a brutales tormentos en el cuartel de General Mackenna.

“Ante mi negativa de responder a las preguntas de los funcionarios” —narró Óscar, de acuerdo con la transcripción del abogado—, “éstos me amenazaron: ‘Habla por la buena o si no te mandaremos a la parrilla’... yo les reiteré que no sabía nada de lo que me preguntaban (...) Ante mi reiterada negativa de aportar antecedentes sobre los hechos por los que pertinazmente se me recababa, me empezaron a dar golpes de puños y manos en la cara y en diferentes partes del cuerpo. Imprevistamente, si es que pudiera ser ésta la expresión, uno de los agentes señaló: ‘Ya, éste no quiere hablar, llévenselo’ (...) La aplicación de corriente en los testículos, tenue en un comienzo, aumentaba gradual y deliberadamente en su intensidad después, cuando la negativa a las preguntas de los torturadores no satisfacía a éstos (...) El tono y tenor de mis respuestas, no les gustaba: me queda la impresión, ahora, con la perspectiva que da el tiempo, que ellos querían construir o diseñar una versión determinada (...) Se me forzó a firmar unos escritos, que constituirían las declaraciones ‘extrajudiciales’ que, ilegalmente, han servido al tribunal para fundar sus cargos en mi contra”.

Torres Silva, que había sido alertado de la querrela por torturas de manera casi instantánea, no bien fue presentada en el tribunal civil, no esperó a que Óscar le confirmara lo que recién le había preguntado y cuya respuesta conocía. Alzando la voz de manera desmesurada, para que quedara constancia de que se trataba de un castigo y no de una medida precautoria, como correspondía a derecho, el fiscal ordenó que Óscar retornara al régimen de incomunicación.

Era el mediodía de un sábado y Óscar volvía a caer en la galería 6, que no era la misma de antes. Cuatro nuevos detenidos, vinculados al mismo caso, la habitaban desde ayer.

La puesta en escena fue similar a la presenciada tres semanas atrás en el mismo lugar. General Mackenna, la calle que separaba el cuartel general de Investigaciones de la Cárcel Pública, quedó cerrada al tránsito de vehículos para que cuatro nuevos detenidos por el caso Atentado cruzaran de un lado a otro en medio de un cerco de

policías, militares y representantes de medios de comunicación. A estos últimos, por cierto, estaba dirigido el operativo, pese a que la noticia ya era conocida hace un par de horas.

En La Moneda, apoyado por un panel de fotografías y gráficos, tal como había hecho tres semanas atrás con los cinco fusileros, el ministro Cuadra anunció la detención de los hombres que participaron en la distribución del armamento utilizado en la emboscada del Cajón del Maipo.

Varió el currículo de los detenidos, sus rostros y apodos, pero en definitiva fue todo muy parecido a lo acontecido hacía tres semanas. Con otra simbólica coincidencia: en esta oportunidad, antes de que los cuatro detenidos cruzaran hasta la Cárcel Pública de Santiago, el fiscal militar ad hoc volvió a hacer notar su llegada al cuartel general de Investigaciones. Llegó a tomarles las primeras declaraciones, que no aportaban nada nuevo, porque otra vez los informes de la brigada a cargo del Chueco Oviedo, responsable de las últimas diligencias, eran completísimos.

De todas formas, según comunicó el fiscal a la salida del cuartel, el fin de semana comenzaría con los interrogatorios en profundidad. Y por cierto, eso no había ni que preguntarlo, los cuatro nuevos detenidos quedaban estrictamente incomunicados.

Aunque cruzaron la calle con cierta dignidad, los cuatro hombres ingresaron a sus respectivas celdas de la galería 6 en condiciones deplorables. Habían sido tan duramente golpeados —en especial Matías, alias de Vasily Carrillo Nova— que hasta el teniente Balbontín, por sugerencia del sargento Carrasco, consintió en que Enzo saliera de su celda para llevarles alimentos sobrantes del día.

Apenas podían sostenerse en pie por sí mismos, y a contar del día siguiente comenzarían a desfilar ante el fiscal Torres.

No fue casualidad que Antonio, alias de Marcial Crisóstomo Moraga, haya sido el primero en ser llamado a declarar por el fiscal. Antonio también había sido el primero en caer, arrastrando la detención del resto, de una manera similar a lo ocurrido con Sacha.

De acuerdo con la declaración que prestó a Investigaciones, con las técnicas ya consabidas, Antonio manejaba importantes antecedentes de la organización.

Su primera comparecencia en la fiscalía militar, ocurrida el sábado 15 de noviembre, inmediatamente después de que Óscar fuera devuelto al régimen de incomunicación, es otra historia de amor con trasfondo político que llegó a oídos del fiscal ad hoc.

Antonio es hijo de un dirigente sindical de la división El Teniente de Codelco. Su padre fue detenido a los pocos días del golpe de Estado y en marzo de 1975, tras pasar dos años en prisión, salió al exilio junto a su familia rumbo a Suiza. Fue en Laussane, mientras estudiaba Lengua Francesa, que conoció a Isabelle Mayoraz. El noviazgo comenzó en 1977 y tuvo visos de ensueño para un joven nacido y criado en Rancagua.

“Estábamos muy enamorados”, confidenció Antonio frente al fiscal. “Entre 1977 y 1984 llevo una vida a la europea, con vacaciones en la Costa Azul española, en Grecia, Italia, Holanda, Francia, Inglaterra, etc., siempre acompañado por mi conviviente Isabelle.”

El panorama comenzó a declinar abruptamente desde abril de 1984. En esa fecha Antonio volvió a Rancagua y trajo consigo a Isabelle. Ofició de profesor de francés en el campamento de Sewell y no tardó en involucrarse con la causa y ser enviado a cumplir instrucción militar a Cuba. Se embarcó en noviembre de 1985 y, de acuerdo con su declaración a la policía, a su partida Isabelle “quedó trabajando como secretaria de Tamara”.

El curso se extendió hasta marzo del año siguiente, “y a mi regreso ya la encuentro trabajando de lleno en un grupo operativo, específicamente en la exploración de nuevos objetivos”.

Aunque no lo explicita en su declaración, Marcial entrega señales claras que apuntan a que su relación con Isabelle ya nunca fue la misma desde entonces. Isabelle, que respondía al apodo de Julia, estaba enamorada de Tarzán, su jefe del grupo de exploradores de nuevos objetivos.

Es posible que la historia no interesara particularmente al fiscal, de no ser porque creía que Isabelle había sido quien realizó el llamado telefónico desde San José de Maipo, alertando el paso de



la comitiva. Nunca le prestó importancia al papel que desempeñó Nadia.

Antonio admitió también que “en los días previos y posteriores al atentado al Presidente yo busqué a Isabelle por razones sentimentales”. Una vez que logró ubicarla en casa de una amiga en común, que poco después será detenida y revelará la identidad de la pareja, acordaron juntarse en una fuente de soda cercana a Plaza Italia.

En ese encuentro, celebrado a fines de septiembre, ella le contó que su participación en el atentado había sido “modesta comparada con el resto del grupo”. Él, para no ser menos, le contó a ella que su participación en el atentado no había sido tan modesta, que estuvo a cargo del acopio y traslado de armas que se usaron en la operación. Entonces ella, a propósito de lo mismo, le habló de César Bunster, a quien Isabelle —según el testimonio de Antonio— caracteriza como “antipático”, un “hijito de su papá” que usaba su verdadera identidad “sólo por figurar, por aparecer como héroe”.

Poco después de ese encuentro, mientras veían la forma de salir del país y en una de esas, quién sabe, hasta recomponer la relación, la policía dio con Antonio. Fue detenido la noche del 7 de noviembre, diecisiete días después que Sacha, y tal como ocurrió en ese caso, en unas pocas horas la policía consiguió que dijera todo lo que sabía, que era bastante y trascendía a su estructura.

El parte policial que consigna su captura y confesión, anexo al proceso del caso Atentado, señala que Antonio “proporcionó los antecedentes que permitieron ubicar y detener a los otros dos”, identificados como Osvaldo Melitón Quezada Quezada y Lautaro Cruz Sandoval, empresario microbusero y taxista, respectivamente, quienes operaban con los nombres de Enrique y Sebastián. Ambos trabajaron en el taller mecánico que sirvió como fachada para la distribución de armamentos.

Matías, el jefe y último integrante de esa orgánica, cayó tres días después en un espectacular operativo montado por Investigaciones, muy similar al de un mes atrás en el Parque O’Higgins, con

una distinción: Enrique, el empresario microbusero que arrendó el taller de La Florida, se prestó para tenderle una trampa a Matías.

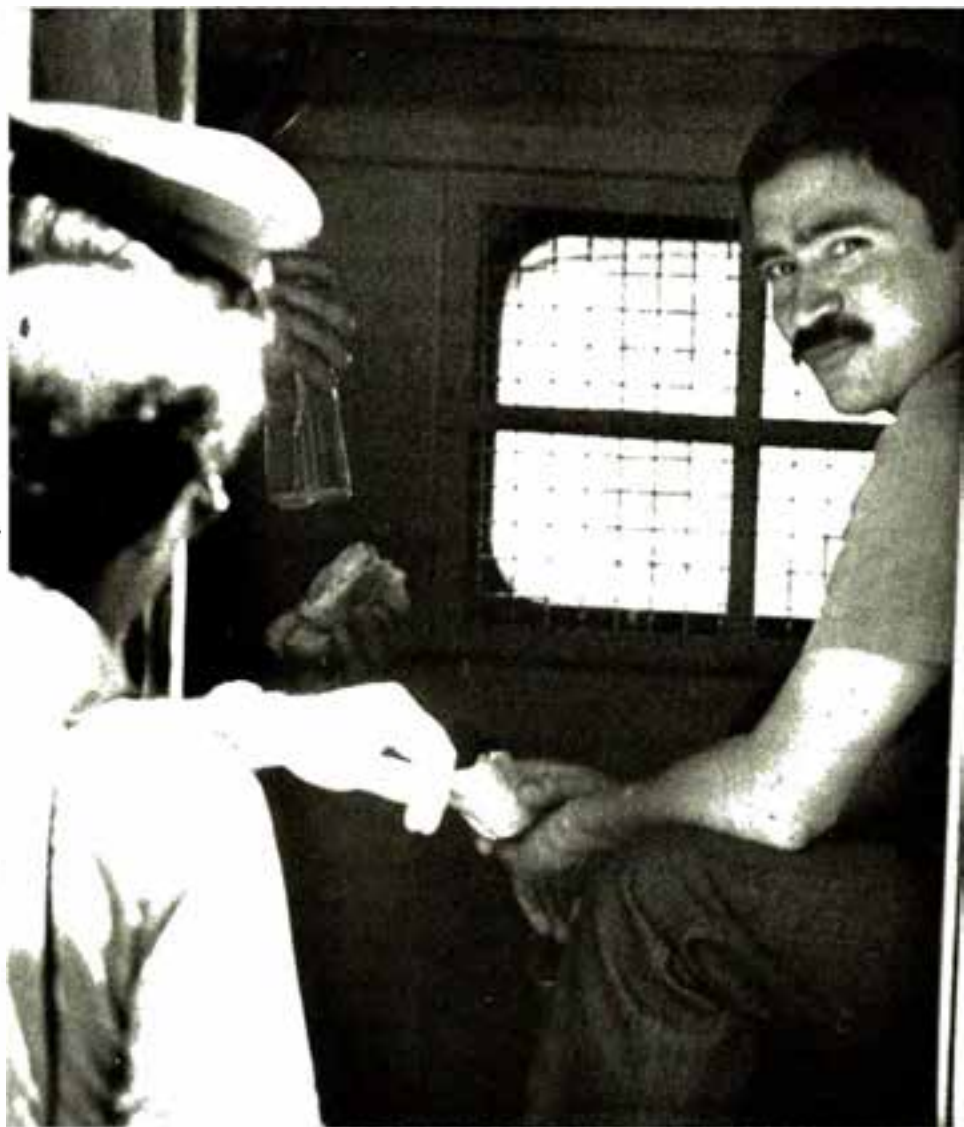
Torres Silva no tenía de qué quejarse. Andaba feliz, con buena cara. Tenía a cinco fusileros y a la estructura completa encargada de la distribución de armas tras las rejas. Y gracias a Antonio, que andaba con la moral por el suelo y se sentía abandonado por la organización, también obtuvo el verdadero nombre de Tarzán, identificado como el ciudadano chileno Rodrigo Orlando Ariel Rodríguez Otero, nacido en Santiago en 1960, y de Tamara, que era la socióloga Cecilia Magni Camino, nacida en Santiago en 1956. Las alarmas volvieron a encenderse en la *Empresa*.

Una semana después de que se hiciera pública la detención del grupo de Matías, el Chueco Oviedo visitó al fiscal Torres en su oficina de calle Zenteno. Fue una reunión de camaradería, según anticipó a periodistas del sector, con el objeto de “saludar y felicitar” al fiscal por su reciente ascenso a coronel de Ejército.

Era hora de aplausos.

Humberto Gordon Rubio, director de la CNI, se integraba a la comisión legislativa del régimen, paso previo a su integración a la Junta de Gobierno, en reemplazo de Pinochet. También los escoltas que murieron en el Cajón del Maipo fueron ascendidos de manera póstuma en un grado, de modo de que sus familiares pudiesen recibir mejores pensiones. Y poco después sería el turno del Chueco Oviedo, quien gracias a un decreto presidencial ascendería a subprefecto de Investigaciones, el máximo cargo al que podía aspirar mediante ese expediente. El propio fiscal militar ad hoc se encargó de recomendar su ascenso mediante un oficio, incorporado a la hoja profesional de Oviedo, en el que expresaba sus felicitaciones por el éxito de las diligencias policiales.

Hasta los fusileros recibieron lo suyo. Junto con declararlos reos, Torres Silva, por recomendación de la Corte Marcial, determinó dejarlos en libre plática. Se despidieron afectuosamente del sargento Carrasco, no así de Balbontín, el teniente de Gendarmería al que suponían infiltrado de la CNI y llamaban Tinbonbal.



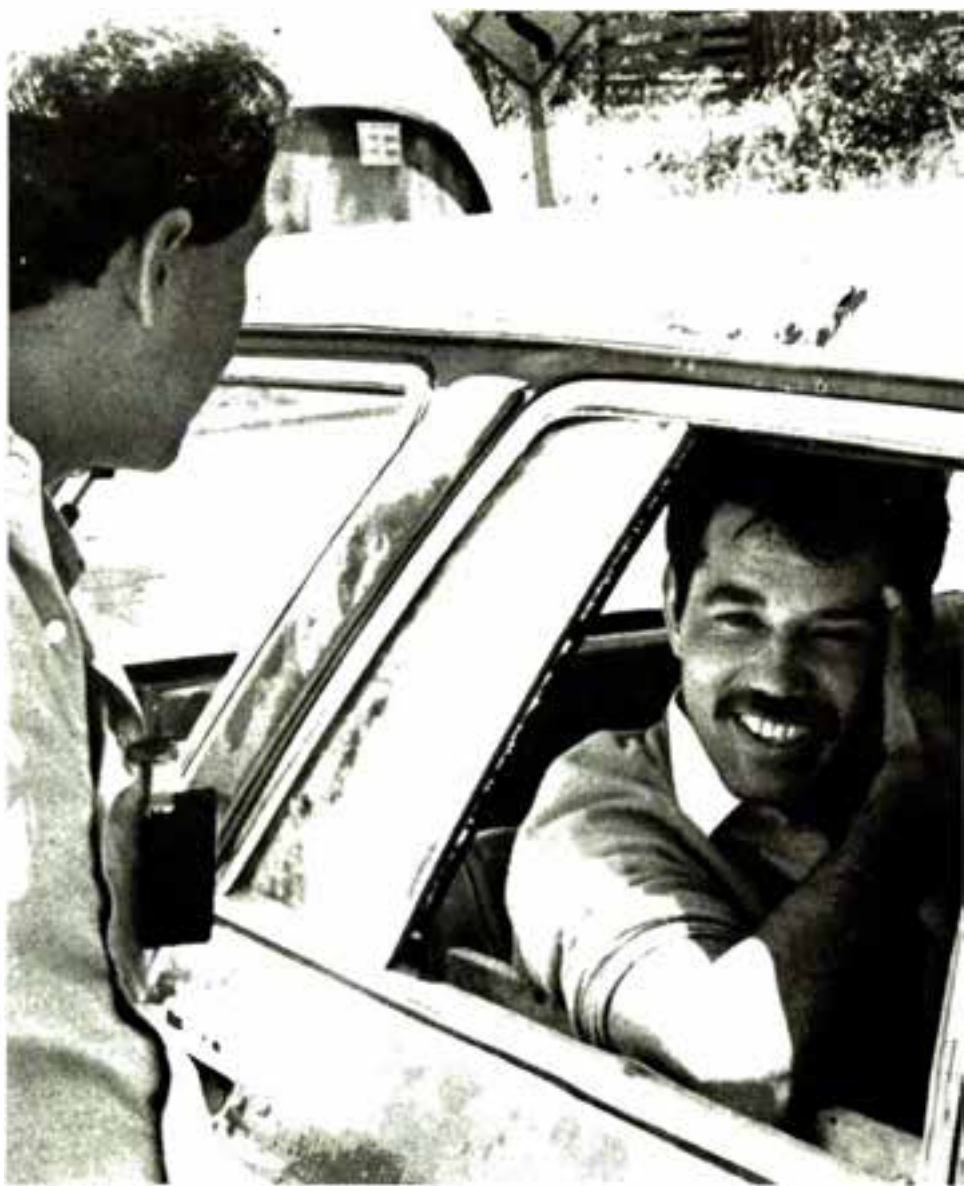
Enzo es Víctor Leodoro Díaz Caro, nacido en Santiago en 1958 y proveniente de la población San Joaquín Poniente. Reconstitución de escena efectuada el 15 de diciembre de 1986. ARCHIVO COPESA.



Sacha es Juan Moreno Ávila, nacido en Santiago en 1960 y proveniente de la población La Pincoya. Reconstitución de escena efectuada el 10 de diciembre de 1986. ARCHIVO COPESA.



Pedro es Jorge Mario Angulo González, nacido en Santiago en 1959 y proveniente de la población La Pincoya. 12 de noviembre de 1986, de regreso a la Cárcel Pública de Santiago.  
ARCHIVO COPESA.



Milton es Arnaldo Hernán Arenas Bejas, nacido en Valparaíso en 1954 y proveniente de cerro Esperanza. Reconstitución de escena efectuada el 15 de diciembre de 1986. ARCHIVO COPESA.



Óscar es Lenin Fidel Peralta Véliz, nacido en Antofagasta en 1962 y proveniente de la población La Pincoya. Reconstitución de escena efectuada el 13 de diciembre de 1986. ARCHIVO COPESA.

## DIECISÉIS

—¿Supiste?

—No, ¿qué?

—Ramiro mandó a decir que está emputecido.

El comentario se echó a correr por la Cárcel Pública de Santiago y no tardó en llegar a oídos de Sacha, el principal destinatario.

—¿Supiste?

—Sí, ya supe.

Ramiro estaba emputecido y mandaba a decir —aunque no tenía que mandar a decirlo, porque eso formaba parte del manual no impreso del guerrillero— que quería a la brevedad un informe completo de cada uno de los cinco. Ese informe, que se escribía en letra chica y se sacaba al exterior a través de algún familiar, era tarea obligada e inmediata de los combatientes que caían presos. Ahí debían detallar las circunstancias en que habían sido detenidos, no obstante que en este caso Ramiro ya las conocía —de ahí su reacción—, además de dar cuenta exacta y urgente de lo que habían hablado en su tránsito por la tortura. De ese informe podía depender la suerte de más de algún combatiente que había sido aludido por otro en un interrogatorio, si es que ya no era demasiado tarde.

En su primer informe, elaborado poco antes de acusar recibo del recado, Sacha contó todo. Tal como ocurrió. Dijo que habían ido a buscarlo de madrugada a la casa donde estaba viviendo con su mujer y su hija, que probablemente su madre había conducido a la policía hasta esa dirección y que todavía no se podía explicar cómo es que habían dado con su identidad.

Sacha albergaba sospechas de todo tipo, desde una traición hasta un soplo proveniente del hampa de la población, aunque todavía, antes de recoger más antecedentes, no quería arriesgar un juicio.



Lo que definitivamente no creía, y no terminará de creer hasta muchísimo después, era la versión de la huella digital. Hasta donde recordaba, en todas las fases de la operación, especialmente mientras estuvo en la casa del poblado de La Obra, había seguido con rigurosidad la recomendación de ocultar las huellas dactilares con pegamento.

El tema no dejaba de darle vueltas, sobre todo después de que en esos días Cristina, ya en libertad, le contó que un delincuente común de la población, a quien Sacha ubicaba de vista, había sido muerto a balazos por la policía. Se lo contó porque ese mismo tipo había llegado no mucho tiempo atrás hasta la casa de Sacha en La Pincoya, conducido por Llanero, uno de sus subalternos, con la intención de sumarse a las filas de la organización. En la oportunidad Sacha se hizo el desentendido, pero inmediatamente después, a solas con Llanero, lo reconvino duramente por llevar a un extraño hasta la puerta de su casa, sobre todo tratándose de un bandido —ésa fue la expresión que usó, un bandido.

Esa posibilidad, que lo que haya entregado un pato malo cualquiera, quizás a cambio de qué transa barata, resultaba mucho más plausible que la explicación oficial, filtrada a la prensa por “altas fuentes” de Investigaciones. Recordaba perfectamente que a comienzos de los ochenta, en una protesta callejera del centro de Santiago, había sido detenido y fichado por carabineros de la Primera Comisaría. Pero no se explicaba que sus huellas, y *sólo sus huellas* hayan sido rastreadas por la policía, con métodos propios del FBI, en circunstancias de que por la casa del Cajón del Maipo pasaron cerca de veinticinco personas y él, uno entre veinticinco —insistía en ese punto—, había sido riguroso en el uso de pegamento en los dedos.

Las piezas no calzaban, y no terminarán de calzar hasta mucho después, pero lo más importante del informe que Sacha evacuó al exterior a principios de diciembre, una vez que le fue levantada la incomunicación, tenía que ver con lo otro que, como ya se sabe, se vinculaba directamente con la detención de los restantes fusileros.

En eso otro, sobre lo que no había ninguna duda, Sacha asumió toda la responsabilidad.

Escribió que había sido golpeado y expuesto a corriente, que su familia casi en pleno, incluida su hija de meses, también había sido presionada delante suyo y expuesta a sus torturas, y que en esas circunstancias, que de cualquier modo no justificaban su conducta, aunque la atenuaban, había terminado por entregar los datos que condujeron a la detención de sus compañeros.

Todo eso mandó a decir Sacha a Ramiro, aunque a esas alturas, detalles aparte, su caso no era ningún misterio.

Apenas ingresaron al régimen de libre plática, Sacha confesó lo mismo ante sus cuatro compañeros, que habían sido convocados por Enzo, al caer la tarde, en una celda de la prisión. Su informe verbal fue todavía más breve, al grano, y cuando terminó de hablar, transcurridos unos segundos de incredulidad, Enzo, que desde entonces ofició de jefe de grupo, tomó la palabra.

Dijo Enzo, mirando a Sacha, que éste había incurrido en una falta gravísima pero que igual, en parte, sólo en parte, lo entendía: enfrentado a la tortura de su familia, si es que era como él decía, y le creía, probablemente también habría hecho lo mismo.

Los otros tres, Milton, Óscar y Pedro, guardaron silencio. Ninguno se caracterizaba por su elocuencia, pero en este caso sintieron que ya estaba todo dicho. Ese silencio significaba que compartían en términos generales lo dicho por Enzo.

Qué se le iba a hacer. Sacha estaba acongojado y dispuesto —como dijo al final de la reunión— a asumir la responsabilidad y lo que determinara la dirección con su caso.

Desde esa tarde, el tema de Sacha nunca más se tocó en la cárcel, al menos no delante suyo, lo que no significa que no siguiera estando presente a diario, de alguna u otra forma, aunque las formas en la prisión no se equiparan con las formas de la calle. Nadie, por ejemplo, le dijo a Sacha que estaba degradado, que tenía que comenzar otra vez desde abajo —esto siempre y cuando la dirección no resolviera después otra cosa peor, y eso, que era parte de un sumario interno, podía llevar su tiempo. Sin embargo, desde esa misma tarde se dio por hecho que había perdido toda autoridad ante sus pares. No hubo ni que mencionarlo, y Sacha,

que conocía las normas, se comportó de acuerdo con las circunstancias, procurando hacer méritos, colaborando con todo lo que estuviera a su alcance, que no era mucho.

Al menos a partir de su confesión, y la generosa respuesta de sus compañeros, se sintió bastante más aliviado, sin esa sensación de asfixia del último tiempo, al punto de que por unos días se olvidó del tema.

Sin embargo, el tema volvió a aparecer de golpe, tan pronto como se había ido.

—¿Supiste?

—No, ¿qué?

Ramiro mandaba a decir que quería otro informe de Sacha, más completo, detallado, porque el anterior, que era el primero, le había parecido insuficiente. Ramiro quería un informe en serio.

A poco de terminar el año la jefatura distribuyó otro boletín. Se tituló *Política de la Empresa para 1987* y, como casi todos los documentos clandestinos, más de alguna copia llegó a manos del enemigo.

El punto ahí son los desafíos para el año venidero, aunque también, de refilón, porque el asunto comenzaba a ponerse color de hormiga, se recuerda que “el comportamiento ante la detención y la tortura no es un problema de capacidad física, sino de convicción y conciencia política”.

A diferencia de las primeras víctimas de tortura, en su enorme mayoría militantes o simpatizantes de izquierda que se vieron sorprendidos con los métodos de la dictadura, los cuadros surgidos a partir de comienzos de los ochenta, especialmente aquéllos destinados a tareas militares, con o sin formación profesional, sabían —o creían saber— a lo que se exponían. Testimonios había de sobra a esas alturas; sin ir más lejos, formaban parte del sentido de la lucha armada.

Distinto, como parece sugerir el boletín de fines de 1986, es que los cuadros hayan estado entrenados para enfrentar la tortura. La experiencia indica que el tema se conocía sobradamente pero no se afrontaba como una posibilidad cierta. Un combatiente, ya se sabe,

jamás debe caer preso; antes es mejor morir, ojalá en combate, para asegurarse así un lugar entre los héroes.

Que todos o casi todos hablaron, que entregaron algo —nombres, medios, direcciones— es un hecho que se corrobora en las declaraciones extrajudiciales anexadas a los procesos que tramitó el fiscal Torres. Distinto es que por circunstancias diversas, ya sea por azar o medidas de resguardo, los datos hayan conducido a nuevas detenciones. La calidad de la información entregada, y sus consecuencias para la organización, agravan la falta.

Hay al respecto un caso sorprendente, único entre cientos, ocurrido precisamente a fines de 1986. En diciembre de ese año, cuando parecía que las cosas no podían empeorar para la organización, la CNI detuvo a Marcelo, comandante de la Dirección Nacional, identificado como el médico Manuel Jesús Ubilla Espinoza, treinta y tres años. Su caída ocurrió la mañana del jueves 18 de diciembre, cuatro días después del tercer aniversario de la organización, como consecuencia de la desarticulación de una clínica clandestina que operaba en Las Condes.

Aunque sus captores supieron desde un comienzo que habían dado con un miembro de la alta jerarquía, porque los otros cinco detenidos vinculados a la clínica lo reconocieron como tal, Marcelo lo negó hasta las últimas. Su declaración extrajudicial, que ocupa dos carillas pero bien podría reducirse a una, es decidora: ahí Marcelo se limita a narrar las circunstancias de su detención, producto de una delación bajo tortura, y a explicar cómo es que había llegado un año antes a Chile, procedente de Cuba, para sumarse a la lucha armada.

No ahondó en más detalles sobre su estancia en la isla, y en vista de que sólo había estudiado Medicina, sus interlocutores no parecieron mayormente interesados en profundizar en el tema. Su historia era digna de interés.

Once años atrás, Marcelo había sido uno de los pocos estudiantes de su generación que se negó a abandonar Medicina a cambio de una carrera militar, como era la voluntad del partido. Formaba parte del contingente de jóvenes comunistas que llegó

a Cuba durante la Unidad Popular y la decisión no fue sencilla. La tendencia iba hacia el uniforme verde oliva, no al blanco. Sin embargo, una vez egresado, Marcelo prestó servicios en Nicaragua y más tarde retornó de modo clandestino a Chile para hacerse cargo de la estructura sanitaria de la *Empresa*.

Marcelo era comandante, parte de la Dirección Nacional y hasta la fecha el miembro de mayor jerarquía que había sido detenido. Sabía mucho de la organización, tanto que si lograban que hablara, ésta corría serio riesgo de ser descabezada.

Sin embargo Marcelo no habló, y prueba de ello es que al final de su breve declaración extrajudicial, incorporada a fojas 2912 del caso Atentado, se lee: “Es mi voluntad la de no entregar las informaciones del Frente Manuel Rodríguez de que tengo conocimiento a los servicios de seguridad”.

Lo sorprendente aquí no es que haya dicho que no va a hablar; muchos pueden haber dicho eso de entrada, pero distinto es que finalmente, después de permanecer dos semanas en manos de la CNI, eso haya quedado impreso en el informe al fiscal Torres. Nadie nunca había salido vivo de un cuartel de la CNI negándose a hablar ni menos algún agente lo había escrito.

No existe testimonio público de lo que ocurrió con Marcelo en esas dos semanas que estuvo bajo custodia de la CNI. Marcelo, quien contrajo matrimonio con Karen Eitell, la estudiante universitaria que fue torturada salvajemente tras ser vinculada al caso Carreño, se ha negado a referirse al tema.

Se sabe que los agentes de la CNI eran todavía más duros que sus colegas de Investigaciones. Y sobre todo brutos, hasta en los detalles: llegado el momento de captar las fotos de prontuario, procedimiento que se reservaba para el final, ni siquiera se tomaron la molestia de arreglar la apariencia de los detenidos por el caso de la clínica clandestina. La imagen incorporada a la ficha policial de Marcelo y la de los otros cinco detenidos vinculados a la misma causa —entre ellos dos mujeres médicos, una de las cuales estaba embarazada de siete meses—, acusan los horrores a los que fueron sometidos.

“El comportamiento ante la detención y la tortura no es un problema de capacidad física, sino de convicción y conciencia política.” Se lee en la cartilla que la *Empresa* despachó a fines de año, muy poco antes de que Marcelo fuera detenido y demostrara que la máxima podía ser acatada, aunque se pague un alto costo: Manuel Ubilla, el verdadero nombre de Marcelo, ocupa el lugar 24.653 entre las personas reconocidas víctimas de prisión política y tortura por la Comisión Valech.

Un segundo antecedente se encuentra a fojas 2976 del caso Atentado.

En su primera comparecencia a la Segunda Fiscalía Militar, ocurrida el primer día hábil de 1987, Torres Silva parte por preguntar:

—¿Ratifica su declaración extrajudicial prestada en la Central Nacional de Informaciones?

—No, no la ratifico, no la leí, además debo decir que me torturaron y esto lo acredita el examen de la Cruz Roja.

Dicho esto —y tras asegurar que no es jefe de nada, que su anterior apellido clandestino era Torres, que su primer contacto fue “una niña morena nada de bonita”, que su último jefe era “un profesional muy educado” y que se movilizaba en “un utilitario blanco bien destartado”—, el fiscal ad hoc, que ya dominaba el tema y de seguro no le creyó ni una palabra a Marcelo, dictó que éste fuera enviado a la galería 6 de la Cárcel Pública, bajo régimen de estricta incomunicación.

“A la Dirección Nacional” —volvió a escribir Sacha en el encabezado de su siguiente y probablemente último informe, que a esas alturas ya era el tercero o cuarto que redactaba en la intimidad de su celda. Los otros, que prácticamente eran iguales al que escribía ahora, habían sido rechazados por Ramiro.

Sacha ya escribía por cumplir, porque era lo que correspondía en una organización jerárquica, para que no dijeran que más encima, después de lo que hizo, no había tenido una buena actitud.

Pese al empeño que invertía en cada nuevo informe —procurando depurar la redacción, incorporar detalles olvidados y buscar nuevas formas de decir lo mismo—, Sacha sabía que a fin de cuentas, dijera lo que dijera, su informe iba a ser rechazado por Ramiro.

“Fui detenido la noche del martes 21 de octubre...” —escribía Sacha y al tiempo que escribía, casi de memoria, imaginaba a Ramiro arrugando el informe con el puño y lanzándolo al piso, sin siquiera terminar de leerlo, en una actitud parecida a la que solía tener cuando Sacha le presentaba los planes por escrito para una operación. La escena todavía estaba fresca en su memoria.

—No, está mal —juzgaba Ramiro, delante de Sacha, sin terminar de leer lo que éste había pensado durante varias horas y luego, como dictaba el protocolo, expuesto por escrito en hojas de cuaderno. Sin siquiera entrar a explicar qué estaba mal, Ramiro soltaba las hojas, o las tiraba de manera displicente sobre una mesa, y pedía una planificación “en serio” antes de retirarse.

“Fui torturado en presencia de mi madre además de mi esposa y mi hija... también ellas fueron torturadas en mi presencia...” —volvía a escribir Sacha hacia el final de su informe, a sabiendas de que en ese pasaje, que actuaba como atenuante para lo que venía inmediatamente después, el reconocimiento de la delación a sus compañeros, se estaba jugando su suerte.

De cualquier modo, tal como lo había expresado en sus informes previos, terminaba diciendo que estaba dispuesto a asumir la sanción que la Dirección Nacional juzgara correcta, cualquier que fuese, hasta la más dura.

Entonces, igual que antes, puso su nombre y su firma y evacuó ese informe al exterior.

Nunca supo qué ocurrió con este último. Al menos, a contar de entonces, no volvió a tener noticias de Ramiro en mucho tiempo. Eso ya era algo.

En esos días, los primeros de 1987, la Dirección Nacional estuvo ocupada de asuntos mucho más urgentes que el caso de Sacha,

que por lo demás no era el único ni el más grave, aunque sí el más emblemático. En esos días se estaba definiendo el destino de la organización militar.

Las diferencias entre *Ajedrez* y la *Empresa*, que habían comenzado a manifestarse desde mediados de 1986, se agudizaron tras el fracaso de las dos principales operaciones —internación ilegal de armas y emboscada de aniquilamiento— del que sería el Año Decisivo para la derrota de la dictadura. Ya no sólo hubo desacuerdos en el modo de poner en práctica la sublevación nacional, que por lo demás había experimentado un fuerte descenso como consecuencia de los últimos sucesos, sino que las confianzas habían quedado seriamente resentidas.

En un informe de septiembre de 1987, elaborado por la Comisión Política del partido a propósito de su política militar, *Ajedrez* acusó a la *Empresa* de un progresivo desacato a la autoridad partidaria, manifiesto desde el atentado a Pinochet: “La dirección del FPMR no acató las indicaciones de la Dirección (del partido) de no hacer participar a cuadros que involucraran tan directamente al partido al menos en el primer momento para evitar la reacción de la tiranía y posteriormente no adoptó las medidas adecuadas y también indicadas por la Dirección para salvaguardar la seguridad de los combatientes”.

Entre los cuadros que involucraron directamente al partido y que, de acuerdo con este informe, habrían provocado la reacción de la tiranía, se contaba César Bunster Ariztía, hijo del embajador de Allende en Inglaterra. Las medidas para salvaguardar la seguridad de los combatientes aludían a una orden expresa del partido, comunicada poco después del atentado, en el sentido de que los fusileros debían salir al extranjero a la brevedad.

La caída de Sacha y los otros cuatro fusileros, entre ellos el hijo del ex subsecretario del partido, acusó el manifiesto desacato en el que venía incurriendo el Frente.

Esas detenciones, sumadas a las de Matías y sus hombres, ahondaron las desconfianzas de *Ajedrez* hacia la *Empresa*. La *Empresa*, a la vez, sentía que *Ajedrez* renegaba silenciosamente



de su política militar, sin admitirlo derechamente, con lo que se hacía parte de la desmovilización impulsada por el resto de los partidos opositores.

Pero lo que terminó por agudizar la discordia fue la negativa de Salvador, líder de los internacionalistas y comandante del FPMR, de abandonar la jefatura del Trabajo Militar de Masas.

Esta estructura, encargada de potenciar y coordinar la resistencia armada en las poblaciones, era considerada de vital importancia para la puesta en práctica del Plan de Sublevación Nacional. Salvador, alias de Galvarino Apablaza Guerra, había perdido la confianza de *Ajedrez*, y en vista de su intolerable rebeldía —apoyada por gran parte de la oficialidad— fue expulsado del Comité Central del partido y destinado, de manera simbólica, a militar en una célula comunal.

Así estaban las cosas entre *Ajedrez* y la *Empresa* a principios de 1987. Los oficiales, en su mayoría jóvenes formados en el exterior, desafiando a los viejos del partido, como los llamaban a sus espaldas. Los viejos del partido, en tanto, haciendo esfuerzos de todo tipo por intervenir el aparato que habían creado tres años atrás, ilusionados en ese entonces con que las condiciones estaban dadas para la derrota de la dictadura.

De momento, en esos primeros días de verano en que la crisis aún se manejaba en reserva, había que dar señales públicas de normalidad, llamando —como lo propone el documento de diciembre de 1986 elaborado por el Comité Central del partido— a “combatir cualquier asomo de pánico o desaliento y pertrechar, en cambio, a todo el Partido, a la izquierda, a la oposición, a todo el pueblo, del más resuelto espíritu de combate y de la fe en la victoria”.

Se trata de un periodo de excepción, próximo a las vacaciones, por lo que se insta a “una ofensiva a los lugares naturales de recreación popular, playas, camping, parques, ríos, cerros, piscinas”. También, a organizarse ante la próxima visita del Papa a Chile, programada para abril de 1987, “creando un clima de demandas y lucha por doquier a su venida”.

Desde ya, como para hacer ambiente, el documento recomienda ir aprendiéndose y difundiendo la canción de Violeta Parra “Qué dirá el Santo Padre”.

## DIECISIETE

De mascarilla y delantal blanco, flanqueado por su asistente y escoltas ad hoc, el fiscal Torres subió al cuarto piso del Hospital Sótero de Rfo, a la Unidad de Tratamientos Intensivos, decidido a arrancar una confesión de Joaquín. La tarea tenía ciertas dificultades técnicas. Joaquín, de veintiocho años, yacía con siete heridas de bala, una de ellas alojada en el cuello, y los médicos le habían recomendado guardar silencio y reposo absolutos. Ya no corría riesgo vital, pero todavía, a una semana de la balacera, su salud era de máximo cuidado.

Había llegado de urgencia una semana atrás, pasada la medianoche del jueves 19 de febrero, tras enfrentarse a balazos con funcionarios de Carabineros, Investigaciones y la CNI.

La feroz balacera, como la calificó la prensa, había sido un paréntesis en un mes de relativa calma, alterado por las presentaciones de Soda Stereo en el Festival de la Canción de Viña del Mar y los balazos que, según testificaba el maquillador Gonzalo Cáceres, se escucharon al interior de la casa que compartían Eliseo Salazar y Raquel Argandoña. Lo de Joaquín fue más estruendoso y apareció en las páginas de crónica, no de espectáculos.

Esa noche de jueves, cuando volvía a su casa tras una reunión política que se extendió más de la cuenta, Joaquín se percató de que *andaba con cola*. No tuvo dudas: esos civiles que no parecían ni eran civiles, de bigotes y tenida casual, lo seguían muy de cerca, espionando sus movimientos, arriba de un auto. Él viajaba en un colectivo y casi al llegar a la rotonda Vicuña Mackenna, Paradero 14, optó por bajarse y tratar de perderlos.

Primero caminó a tranco rápido, como quien lleva un apuro doméstico, no más que eso; después, cuando tuvo a los civiles a

sus espaldas, trotó; alguien gritó ¡alto! y ya corría desesperado, empuñando su Colt 45. En los bolsillos, como era su costumbre, llevaba dos cargadores.

Fue cosa de suerte, de mala suerte, que doblara en un pasaje y ese pasaje no tuviera salida. Quedó atrapado, y al escuchar los primeros balazos silbando en sus oídos, Joaquín, que tantas veces se jactó de que “ni cagando” lo atrapaban vivo, no tuvo otra opción que comportarse a la altura de las circunstancias, como correspondía a un combatiente como él, comandante y jefe de la zona sur del país.

Debajo de un antiguo Ford, que permanecía estacionado en el pasaje, Joaquín devolvió los primeros tiros. Y así las cosas, los civiles, que ya está dicho, de civiles tenían sólo el traje, buscaron refugio y dispararon a lo que se moviera. Que recordara Joaquín, nadie gritó ríndete, estás rodeado. Los argumentos ya eran otros.

Fue un diálogo franco pero disparejo, de ida y vuelta, aunque eran muchos más los tiros que iban que los que venían, más aún después de transcurridos algunos minutos, al sumarse otros actores que disparaban hacia el Ford.

Joaquín nunca tuvo instrucción militar formal. Tres años antes, cuando estaba próximo a viajar a La Habana, con las maletas hechas, la CNI lo detuvo a la salida de su casa de cerro Esperanza. Su preparación se limitaba a escuelas clandestinas y a alguna que otra experiencia en terreno: aparte de su sabido papel en la emboscada a Pinochet, asaltó armerías, bancos y cuarteles, y de acuerdo con el prontuario oficial elaborado más tarde por el FPMR, participó del “exitoso ajusticiamiento de Simón Yévenes, servidor e informante de la dictadura”. No era mucho para las circunstancias, y tal vez por eso, y porque la contienda era demasiado desigual, y sobre todo porque Joaquín no era Rambo, ningún funcionario, de uniforme o civil, resultó herido. En cambio Joaquín, al tercer o cuarto impacto, ya había perdido la cuenta de los tiros recibidos.

El que más dolió fue el primero, en el fémur derecho; después vino otro en el tórax, seguido de uno en el brazo. El que entró por el rostro y quedó alojado en el cuello, apenas lo sintió. Esta-

ba casi inconsciente y ya no disparaba. El silencio fue señal para que los policías se acercaran a él y lo repasaran en el suelo con una ráfaga de metralla. Joaquín no se movía. Al hombre le había llegado su hora.

Al rato, después de los cigarrillos, comentarios y pericias de rigor, una ambulancia llegó sin demasiado apuro. Y fue entonces, cuando levantaban al muerto, que alguien gritó ¡está vivo!, ¡este huevón está vivo!

El vivo llegó casi muerto al hospital y después de un fin de semana crítico, recibió visita del fiscal.

La primera del lunes al anochecer, el director del hospital impidió que se le tomara declaración a Joaquín “puesto que” —según quedó consignado en el proceso judicial— “no puede comunicarse verbalmente ni por escrito”. La segunda visita sucedió el miércoles, casi a la misma hora, y pese a que tampoco pudo tomarle declaración, la prensa del día siguiente reportó que el fiscal permaneció encerrado una hora con el paciente.

En esa segunda visita, que tampoco era de cortesía, Torres Silva ya sabía que Joaquín se apodaba así y que era hermano de Milton, detenido cuatro meses atrás en el Parque O’Higgins. Sabía también lo que Joaquín había hecho la tarde del 7 de Septiembre. Se lo dijo la CNI, que tomó el caso y también hizo visitas al hospital.

Ahora sólo faltaba la confesión. Que el paciente se allanara de una vez a firmar una declaración al respecto. Por lo demás, aparte de las sospechas naturales, de sus antecedentes policiales, del parentesco con Milton, había prueba consistente: el personal de la clínica clandestina que había caído en diciembre último reconoció a Joaquín como el hombre a quien atendieron por una herida por esquirlas en la pierna derecha tras el atentado.

La evidencia estaba, y ese sábado por la tarde, cuando regresó al hospital vestido de blanco, acompañado de su asistente y escoltas y periodistas ad hoc, el fiscal ya sabía que Joaquín hablaría. La CNI había cumplido su tarea.

—¿Tiene el nombre político de Joaquín?

—Sí, efectivamente lo tengo.

—¿Participó en los hechos ocurridos el día 7 de septiembre?

—Sí, efectivamente participé con el nombre político de Joaquín en el atentado al Presidente de la República.

Muy probablemente ni el fiscal trató de usted a Joaquín ni éste respondió con esa solemnidad que se lee a fojas 4007. Pero lo importante es que Joaquín confesó y, literalmente, porque apenas podía moverse, estampó una mosca al final de su breve declaración.

Era el último día de febrero de 1987 y la noticia ya pudo ser anunciada oficialmente. El momento no podía ser más oportuno.

Una semana atrás, Augusto José Ramón Pinochet Ugarte desempolvaba traje de civil para ser el primer ciudadano chileno en inscribirse en los nuevos registros electorales. Aún no había fecha ni candidato para el Plebiscito, al menos no oficialmente, pero el general ya estaba lanzado en campaña.

“Ustedes han de saber —pronunció el candidato virtual a los periodistas— que durante el periodo de la Unidad Popular, y desde antes, los registros electorales fueron adulterados y falseados, en consecuencia fue necesario que estos registros se hicieran de nuevo.”

Una nueva etapa empezaba en la política chilena.

Joaquín, de acuerdo con el comunicado de la División Nacional de Comunicación Social, DINACOS, emitido a primera hora del lunes 2 de marzo, no era cualquier fusilero.

Mauricio Fabio Arenas Bejas —se lee en el cuarto párrafo— “actuó armado con un fusil automático M-16 y un lanzacohetes LAW. Inicialmente disparó contra el personal de Carabineros que controlaba el tránsito en el puente Las Vertientes y posteriormente empleó su lanzacohetes impactando uno de los automóviles de la comitiva presidencial, asesinando a los cabos primero (E) Gerardo Rebolledo Cisterna, Miguel Ángel Guerrero Guzmán y Cardenio Hernández Cubillo; al cabo segundo (E) Roberto Segundo Rosales Martínez y al cabo segundo de Carabineros Pablo Silva Pizarro”.

Al día siguiente, recogiendo esa información al pie de la letra, *El Mercurio* tituló: “Fue Identificado Asesino de los Cinco Escoltas”. El epígrafe decía “Atentado al Presidente de la República” pero pudo decir “Robocop”: Joaquín, según se relata ahí, no sólo se había enfrentado a un pelotón mixto de civiles y uniformados, sobreviviendo a siete balazos, sino además, como si fuera poco, cinco meses atrás, él solo liquidó a los escoltas que murieron en el Cajón del Maipo.

Una apurada revisión al archivo de prensa existente hasta entonces habría permitido constatar que los cinco escoltas fallecidos viajaban en tres autos distintos y, por tanto, difícilmente podrían haber muerto simultáneamente, víctimas de un solo agresor, como lo sugirió el comunicado.

La versión difundida por DINACOS, que también reprodujeron otros medios, tuvo origen en los datos proporcionados por la CNI. Fueron sus agentes quienes capturaron a Joaquín, aparentemente por una situación fortuita (esa noche se encontraban siguiendo a otra persona que participó de la reunión clandestina dirigida minutos antes por Joaquín), aunque en el comunicado se dijo que Joaquín fue sorprendido en un patrullaje de rutina en el sector; como sea, frente al providencial acierto —el primero de envergadura que podía exhibir la agencia en un caso que le había resultado particularmente adverso desde un comienzo—, había que lucirlo ante la opinión pública como si fuese la diligencia del siglo.

En esa formidable versión, muy probablemente, también pudo estar involucrado un asunto de amor propio. A su modo, desprolijo y brutal, con la detención de Joaquín —sumada a la de Marcelo dos meses antes, vinculado lateralmente al mismo proceso— la CNI comenzaba a recuperar el terreno perdido frente a Investigaciones en el caso que más importaba al régimen y a la propia agencia.

El atentado al general había significado un golpe durísimo para la CNI, que no supo prever el hecho y en cierto modo también lo facilitó. La torpeza de los tres autos de la CNI que esa tarde de domingo, por circunstancias diversas, se alejaron del resto de la comitiva sin cumplir su tarea, que era limpiar y chequear la zona,

seguí presente como una mancha indecorosa que trajo consecuencias. En paralelo a las públicas condecoraciones a los escoltas heridos, que al día siguiente del hecho fueron visitados por Pinochet en el hospital, en la CNI, a puertas cerradas, hubo una purga que afectó a los hombres de la agrupación de Seguridad Adelanta, en especial su jefe, el capitán de Ejército Héctor Gaete Paredes.

Ese funcionario, a cargo de chequear la zona por donde transitaba Pinochet, y que al momento de producirse la emboscada había estacionado su auto en La Florida, fue el mismo que al enterarse de los hechos se detuvo en el retén de Carabineros de Las Vizcachas para ordenar que dieran prioridad a los heridos. Inmediatamente después, atendiendo a la orden del capitán Gaete, los carabineros del retén se cuadraron ante el paso de tres autos con balizas encendidas que bajaban a toda velocidad simulando ser agentes de seguridad.

En la policía política de Pinochet, que contaba con recursos generosos y hombres especializados y dedicados en exclusiva al combate a la subversión, habían hecho todo mal desde el comienzo. Al menos de cara a la opinión pública. Primero borrar y destruyeron evidencia en el sitio del suceso. Después, en las horas siguientes, la respuesta de la agencia se limitó a asesinar a cuatro opositores de izquierda que nada tenían que ver con el hecho. Al mes siguiente, por poco se enteran por la prensa de que la brigada del Chueco Oviedo había detenido a cinco fusileros sin disparar un solo tiro. Y unas semanas después, siempre desde la vereda del frente, presenciaron cómo la misma brigada capturaba a los encargados de trasladar las armas.

El bochorno redundó en la salida del general Gordon, quien de cualquier modo, pese a cargar con la responsabilidad del mando, no resultó degradado, todo lo contrario. Humberto Gordon Rubio, a quien sus más íntimos llamaban Beto, era uno de los pocos oficiales de alto rango en quien confiaba Pinochet. Mal que mal, había aplastado la resistencia emprendida desde principios de los ochenta por el Movimiento de Izquierda Revolucionario y, más recientemente, en octubre último, se había llevado los créditos del



hallazgo de arsenales en Carrizal Bajo. Su incondicionalidad quedó corroborada en las horas inmediatamente posteriores al atentado, al ordenar la venganza que costó la vida a cuatro opositores de izquierda escogidos al azar, entre lo que se encontrara más a mano, y que en los planes iniciales sumaban diez, dos por cada escolta muerto.

De figura rechoncha y calva avanzada, había asumido el mando de la CNI a mediados de 1980 tras una fuerte pugna entre los generales Contreras y Mena por el control de los organismos represivos. Beto cumplió a cabalidad con el papel encomendado, sin ponerse límites en los medios utilizados, pensando únicamente en los fines, y con el inicio de las protestas nacionales no trepidó en lanzar a sus hombres a la calle, en una práctica que poco y nada tenía que ver con labores propias de una agencia de inteligencia como se suponía era la CNI, para reprimir a los opositores a punta de golpes y balazos disparados desde autos en movimiento y sin identificación.

En retribución a sus servicios, pero especialmente a su lealtad, Beto quedó integrado a la comisión legislativa del gobierno, en calidad de asesor jurídico, como antesala a su posterior integración a la Junta de Gobierno en reemplazo del candidato Pinochet.

Para un militar surgido en la traición, que desconfiaba de su propia sombra, que hasta último momento sospechó de la mano de la CIA en el intento de asesinato de su persona, ceder su lugar en la Junta de Gobierno era una significativa muestra de confianza.

Beto no estaba ahí precisamente para dictar leyes, como se suponía, sino para cuidarle las espaldas a su jefe. Muy distinto era el caso de su reemplazante.

Hugo Salas Wenzel, brigadier general de Ejército, era el subalterno inmediato de Gordon al momento de su salida, y a diferencia de éste, gozaba de un limitado carisma y ascendencia al interior de los cuarteles de la agencia. Salas Wenzel era un general del montón, acomodaticio y serpenteante, cuyo nombramiento como director general de la CNI fue más bien un hecho consumado, legitimado tras meses de ejercicio en el cargo de director nacional subrogante. Salas Wenzel, que era ex director de la Escuela Militar y logró instalar a una hermana al frente de la gobernación del Maipo, había

llegado donde estaba ahora por circunstancias que escapaban a sus méritos, y si bien en los papeles terminó siendo director nacional, en la práctica el que gozaba de más respeto y poder al interior de la CNI no era él, sino el mayor Corbalán, hombre de antiguas batallas antsubversivas que tenía a cargo el cuartel Borgoño y una envidiable red de contactos de altísimo y muy amplio nivel que alcanzaban al círculo familiar del capitán general y se extendían, como un solo brazo, a los campos de la farándula televisiva, la inteligencia militar y la política propiamente tal.

Dueño de un alto concepto de sí mismo, de bigote espeso y trajes distinguidos, perfectamente pudo haberse hecho cargo de la CNI tras la salida de Gordon de no ser por un “detalle”: Álvaro Julio Federico Corbalán Castilla tenía todo menos el rango para asumir la jefatura.

De cualquier modo, quien fuera que mandara ahí, el servicio no varió en lo absoluto con el ascenso de Salas Wenzel.

El mismo día que cayó Joaquín, la Segunda Fiscalía Militar de Santiago despachaba a ambas policías un oficio pidiendo antecedentes acerca de Fabiola, la única mujer que disparó contra la comitiva del general.

La respuesta del coronel de Ejército Arturo Ureta, director subrogante de la CNI (el titular se encontraba de vacaciones), señala que “hasta la fecha no ha sido posible precisar la identidad de la integrante del Frente Manuel Rodríguez que responde al nombre político de Fabiola”. En Investigaciones, el prefecto inspector Francisco Manas recuerda que en un parte anterior de la institución, que también obraba en poder de la CNI, Fabiola había sido identificada como la ciudadana chilena Adriana del Carmen Mendoza Candia, de veintiocho años, quien había abandonado el país a fines de septiembre.

En este escenario de desaciertos, chascarros y desinformación, no es de extrañar que la CNI haya adjudicado a Joaquín la muerte de los cinco escoltas. La agencia estaba necesitada de éxitos y el caso de Joaquín le cayó del cielo. Por eso el comunicado de DINACOS, emitido el primer lunes de marzo, coincidiendo con el regreso de

vacaciones, parte por subrayar que el “terrorista del FMR” fue identificado “como resultado del desarrollo de un proceso de inteligencia efectuado por la Central Nacional de Informaciones”.

Ese verano, Torres Silva casi no tomó vacaciones. No era su estilo ni las cosas, a su entender, se prestaban para dejarse estar. Los presos políticos se habían botado a huelga de hambre en respuestas a las continuas in-comunicaciones que, a la vez, al menos en el último tiempo, obedecían a la decisión de aquéllos de negarse a declarar ante la fiscalía militar.

El primero en plantarse en rebeldía fue Enzo. Le siguieron Sacha, Milton y Pedro. El último en darse el gusto fue Óscar, quien protagonizó un diálogo de antología con Torres Silva.

Su declaración, incorporada a fojas 3864, ocurrió la noche del 24 de febrero:

—¿Qué hacía Ud. antes de ingresar al Frente Manuel Rodríguez?

—No quiero responder ninguna pregunta.

—¿Qué hacen sus padres?

—No deseo responder.

—¿Cuántos hermanos son? ¿Qué hace cada uno de ellos?

—No responderé ninguna pregunta.

—¿En qué colegio estudió?

—Tampoco deseo responder.

—¿Quiénes estuvieron en el acuartelamiento de la hostería Carrió, en San Alfonso?

—Tampoco voy a contestar.

—¿Quiénes estaban en la hostería Carrió?

—No voy a contestar.

—¿Cuántas personas estaban en la hostería Carrió?

—Tampoco voy a contestar.

—¿Estaba Joaquín en la hostería Carrió?

—No contesto.

Tras dejar constancia de que Óscar se negó a firmar, el fiscal ad hoc, “atendiendo al mérito de los autos”, lo devolvió incomunicado.

La dinámica se mantuvo en los siguientes días con los detenidos vinculados al caso Atentado. Éstos se negaban a declarar y el fiscal respondía con nuevas incomunicaciones, una tras otra, sin darse tregua, mientras preparaba una medida todavía más radical que venía meditando hace tiempo. Distribuiría a los presos políticos vinculados a los procesos a su cargo en diferentes cárceles, algunas de ellas fuera de Santiago, de modo de neutralizar acciones conjuntas. Era una medida arbitraria, que rozaba la ilegalidad, pero eso, para los tiempos que se vivían, daba un poco igual.

Torres Silva propasaba sus facultades con la soltura de quien sabe que el dictamen de las leyes y su administración están en la práctica, con muy contadas y tibias excepciones, bajo un mismo imperio.

En un escrito fechado a fines de febrero y dirigido al fiscal de la Corte Suprema, la totalidad de los abogados defensores del caso Atentado a la Comitiva Presidencial presentaron un recurso de queja contra Torres Silva. No fue el primero ni el último de esta naturaleza.

Desde un comienzo venían protestando por los reiterados “abusos de poder” y “situaciones que repugnan con el derecho”. El escrito de fines de febrero tampoco surtió el efecto esperado en las altas esferas judiciales, pero al menos fue la primera y más consistente acción concertada contra el fiscal militar ad hoc.

En lo esencial, el escrito pide vigilar el comportamiento de Torres Silva, a quien acusan de haber “prolongado indebidamente la incomunicación” de los detenidos; de “carecer de un horario de funcionamiento y de concesión de audiencias para los abogados”; de que “no ha permitido que nuestros defendidos puedan comparecer ante los tribunales ordinarios del crimen a ratificar las querellas criminales por los delitos de apremio ilegítimo”; y de mantener a los detenidos “en condiciones de semiincomunicación y aislamiento (...), víctimas de un trato discriminatorio y vejatorio”.

Para el fiscal Torres, que era militar antes que jurista, las acusaciones descritas muy probablemente lo enorgullecían ante sus superiores. El juez de hierro, como lo apodó la prensa, se sentía muy cómodo en su papel. No sólo había que ser duro, sino

también parecerlo, hasta en los detalles más gruesos: al tiempo que negaba el acceso del proceso a los abogados defensores, argumentando que éste se encontraba bajo secreto de sumario, lo ventilaba abiertamente por los medios de comunicación que le aseguraban una cobertura envidiable para cualquier funcionario público con ambiciones de ascenso.

Precisamente en ese periodo de mayor exposición, un nuevo grupo de rock saltó a la escena con el nombre de Fiskales Ad-Hok. No era un homenaje cariñoso: Torres Silva estaba convertido en la cara más visible de la dictadura después de Pinochet, en franca competencia con el ministro Cuadra. El nombre de ese grupo, se lee hoy en la página oficial de Fiskales Ad-Hok, “proviene del señor más repetido que había en pantalla en aquel entonces (...), juez y castigador de todo lo que se moviera peligrosamente”.

Aunque la última definición puede sonar excesiva, hay elementos excepcionales que le dan la razón.

En marzo de 1987 el proceso del caso Atentado sumaba la declaración de cuatro asaltantes de poca monta, vinculados tangencialmente al robo de un camión de transporte de valores, que fueron detenidos al intentar cruzar la frontera de manera ilegal hacia Argentina.

A fojas 4188, Jaime Enrique Henríquez, alias el Gato, reconoce que fue detenido a la altura de Mellipeuco mientras “me encontraba afuera tomando sol y los otros estaban cerca piteando”. Niega cualquier vínculo con el FPMR, al que dice conocer “sólo por lo que sale en los diarios”. En cambio reconoce participación “en unas *monras* en el sector de La Reina, en donde robamos un televisor y un equipo de radio”.

Su compañero de andanzas, Jerry Del Carmen Espinoza, también admite haber participado del robo en una casa del barrio alto, aunque “mi función fue sólo de *loro*, quedé fuera”. Ante una consulta específica del fiscal, cuenta que ese domingo 7 de septiembre se encontraba en casa de Laura, “con la cual pololeaba desde hacía dos meses a esa fecha, pero a la que no le sabía el apellido. No sé dónde vive exactamente, pero sé llegar. Es un pasaje siguiente al mío”.

Tras prestar declaración, quedaron detenidos y estrictamente incomunicados.

Junto con atender casos como éstos, y otros todavía más particulares —como el del psiquiatra Sergio Pesutic, que ese mismo mes fue sorprendido con un mapa que indicaba una dirección en el Cajón del Maipo donde se celebraría una fiesta de un pintor que le presentó la actriz Amparo Noguera—, el fiscal ad hoc siguió frecuentando el cuarto piso del Hospital Sótero del Río.

Joaquín seguía incomunicado, sometido a una fuerte vigilancia policial, y era el único de los seis fusileros que a esas alturas estaba dispuesto —o forzado, atendiendo a su delicada situación de salud— a declarar. Los otros cinco, que persistían en su huelga de hambre como medida de protesta ante las continuas incomunicaciones, entre otras arbitrariedades, seguían firmes en su rebeldía.

Se trataba de un desafío inédito entre los presos políticos, de insospechadas consecuencias: la huelga de hambre iba hasta las últimas. Sin embargo, más allá de las molestas presiones de organismos de Derechos Humanos, al fiscal ad hoc esas demostraciones de fuerza lo tenían sin cuidado. Por lo demás, en esos días se había anotado un triunfo personal.

Enterado de la detención de Joaquín, y probablemente en antecedentes de quién se trataba por los datos proporcionados por la CNI, mandó a llamar a los otros cinco fusileros. Como se lee en la declaración de Óscar, el fiscal empezó yéndose por las ramas, preguntando qué hacía Óscar antes de ingresar a la organización, qué hacen sus padres y sus hermanos y dónde estudió, cosas como ésas, para terminar preguntando por Joaquín, el tema que le interesaba.

—¿Estaba Joaquín en la hostería Carrió?

—No contesto.

Torres Silva buscaba que alguno de ellos reconociera a Joaquín. Pasó con Óscar. También con Pedro, Enzo, Sacha y Milton.

En caso de que alguno de ellos hubiera identificado a Joaquín, su declaración al respecto se encontraría anexada al proceso judicial, como ocurrió con muchísimos casos similares. Sin embargo, a pesar de que en el proceso ninguno de los fusileros aparece reconociendo

a Joaquín, cuando el fiscal Torres tuvo a Milton enfrente, antes de preguntarle cualquier cosa le exhibió una declaración en la que supuestamente Sacha reconocía al hermano de aquél. La jugada del fiscal tuvo efectos brutales.

De regreso en la Cárcel Pública, apenas lo tuvo al frente, Milton se fue encima de Sacha, acusándolo de haber delatado a su hermano. El asunto pudo haber pasado a mayores de no ser porque Enzo, que presencié la escena, intervino a tiempo.

Para Sacha, que nunca terminó de entender la reacción de Milton, las cosas volvían a tornarse críticas. Unos días después de ese incidente, Enzo elevaba un nuevo informe a la Dirección Nacional. Seguro de que Sacha había vuelto a delatar, pedía la pena máxima en su contra.

## DIECIOCHO

Después de varios meses de encierro, tras darle no pocas vueltas al asunto, Axel y Rodrigo llegaron a una conclusión atendible. De acuerdo, estaban dispuestos a sacrificarlo todo por la causa, incluso la vida si era necesario, pero de momento, mientras permanecieran en un lugar como ése, muy lejos de su tierra, sometidos a un estricto régimen de entrenamiento militar, podían permitirse una pequeña licencia. Una canita al aire, un desliz de juventud.

Considerando que no habían cumplido ni veinte años y ya habían prometido luchar hasta vencer o morir, qué era un paseo nocturno al centro de Hanoi, a pocos kilómetros del lugar donde se encontraban desde noviembre último por disposición de la Dirección Nacional. Lo importante era que lo hicieran bien, de modo discreto, sin dejar huellas que pudiesen delatarlos. Porque en caso contrario sí que podían verse envueltos en serios problemas.

No bien llegaron a ese campo de entrenamiento para comandos y tropas especiales del Ejército Popular de Liberación de Vietnam, su anfitrión, el mayor Luong, se los había dicho con su particular pronunciación del español, un español precario pero que a fin de cuentas resulta sumamente claro:

—Nadie salir en noche, nadie nunca salir en noche —pronunció dos veces Luong, como acostumbraba hacerlo cuando ejercitaba español.

Veterano de guerra e instructor de tropas especiales, el mayor Luong era un hombre estricto pero justo, resignado al papel que le tocaba cumplir en esos días. Promediaba los cincuenta años y había aprendido español con la delegación de salvadoreños que antecedió a la de los chilenos. Los chilenos sumaban veinte y menos de la mitad tenía experiencia en combate. El resto eran



militantes de las Juventudes Comunistas, en su gran mayoría hijos de dirigentes con vínculos en el Comité Central del partido en Chile. Estos últimos apenas sabían disparar un arma, algunos ni eso, y muy probablemente nunca tendrían necesidad de aplicar los conocimientos del curso al que habían sido enviados mientras el partido decidía qué hacer con su política militar.

Luong estaba consciente de las limitaciones del grupo y no se hacía problemas. Incluso, a poco de iniciar la instrucción, había pasado por alto que uno de los alumnos a quien los otros llamaban Checón, apodo burlesco derivado de “niño” en vietnamita, tuviera la ocurrencia de limpiar un fusil AK-47 con escobilla, agua y detergente. En rigor, la ocurrencia no fue suya, sino de Rodrigo, quien, ante una consulta de Checón, le aconsejó hacerlo de esa forma, en una tina llena de agua caliente, igual como se lava un calcetín.

Luong lo amonestó, y no era para menos, pero terminó por entender las razones de Checón, quien alegó haber sido víctima de una broma pesada, una de las tantas que tuvo que aguantar por su escaso talento en materias militares. Checón estaba ahí porque su madre, una antigua dirigente del partido, le había conseguido el cupo.

—No hacer más eso, nunca más eso —pronunció el mayor Luong, quien se comportaba con la indulgencia propia de un abuelo ante las travesuras de sus nietos: sin ningún asomo de prepotencia ni exceso de autoridad, aunque nunca nadie se había atrevido a contradecirlo ni menos, como estaban próximos a hacerlo Axel y Rodrigo, a transgredir las normas del regimiento.

Esa noche en que decidieron salir a la ciudad, ambos sabían que debían actuar con el máximo de sigilo, como profesionales que eran, siguiendo la técnica de penetración silenciosa al estilo vietnamita, referida al ataque de adentro hacia fuera, sin dejar rastro, que les había enseñado el propio mayor Luong. Tras salir a hurtadillas de la casa donde alojaban, debían arrastrarse en punta y codo hasta un muro altísimo, muy difícil de sortear, que daba a la calle. Esto último fue lo más complicado.

Como Axel y Rodrigo eran pequeños, el primero hizo de banquillo para que el otro subiera a sus hombros y trepara por la pared; una vez arriba, Axel extendió la mano a Rodrigo para que hiciera lo propio. De ahí a la ciudad había un salto.

Tenían algo de dinero, una larga noche por delante y se habían preocupado de aprender algunas pocas frases, las elementales para sobrevivir sin ayuda de traductores y guías.

Camino a la ciudad, fueron practicando la primera y más frecuente frase de esa primera noche en Hanoi:

— *Một cốc của rượu rum, vui lòng.*

Eso, en buen castellano, equivale a decir “un vaso de ron, por favor”.

Fue la última persona con la que esperaba encontrarse en ese lugar. En realidad Sacha no esperaba encontrarse con nadie pero ahí estaba, el Ñato, antiguo vecino de La Pincoya que había caído, quizás en qué circunstancias, aunque de seguro ninguna vinculada a la política, en el Centro de Cumplimiento Penitenciario de Los Andes.

No eran amigos ni mucho menos. El Ñato tenía su propio círculo de amistades en La Pincoya, ninguna muy santa, aunque igualmente respetaba a Sacha de mucho antes de saber que éste se apodaba así y se dedicaba a lo que ya todos sabían. Él lo había conocido como Juanito a secas, pelotero y líder de una pandilla que gastaba el día en La Pincoya esquina Recoleta. Unos años después, cuando Juanito fue noticia de primera plana y pasó a ser Sacha, el más famoso vecino de la población, el Ñato y sus amigos supieron que habían hecho bien en guardarle respeto. Con esos del Frente Rodríguez era mejor no meterse.

Probablemente, de no ser por la decisión del fiscal Torres Silva de reubicar a los presos políticos en diferentes cárceles del país, no hubieran vuelto a verse. Pero ahí estaban los dos, compartiendo prisión en Los Andes, y fue el Ñato quien se acercó a Sacha.

Según le dio a entender tras los saludos de rigor, porque en ese ambiente las cosas no se dicen de manera directa, el Ñato estaba solo y necesitaba a alguien que lo amparara al interior del penal. Se había acercado a la persona correcta.

No es que Sacha fuera líder carcelario ni mucho menos. Había llegado a fines de abril en las mismas condiciones que cualquier otro preso político, si no peores: en el penal de Los Andes no había presos políticos. Al menos no como los de Santiago. Sin embargo, gracias al cartel ganado tras su detención, desde el primer día la población penal de Los Andes le guardó respeto. Él no era cualquier preso. Sacha, a su modo, era una celebridad, *el* fusilero que había disparado contra Pinochet.

La leyenda se había originado en una portada del diario *La Tercera* aparecida a fines de octubre de 1986. “El Sacha disparó contra Pinochet” fue el titular que consagró a Juan Moreno Ávila, entronizando un nombre de combate que hizo fama dentro y fuera de la cárcel. Por eso era común que militantes del partido en Los Andes y San Felipe llegaran a saludarlo en días de visita, que los gendarmes le guardaran respeto y que los internos, liderados por el Indio Juan, le brindaran protección, atenciones y privilegios que ningún otro preso había gozado antes, ni el más bravo.

Los tres principales equipos de fútbol del penal, que eran las selecciones conformadas por reos provenientes de Santiago, Los Andes-San Felipe y Valparaíso, se peleaban por tener a Sacha en sus filas, y él, para no hacerse problema, se turnaba por temporadas.

En eso no había inconvenientes mayores. Lo difícil era responder a las múltiples invitaciones que tenía para almorzar o cebar mate. Como a veces se le juntaban hasta tres en un mismo día, y como en el ambiente carcelario negarse a una invitación equivale a un desaire, no le quedaba otra que repetirse el plato o el mate, según el caso, optimizando el tiempo dedicado a cada visita.

El trato dispensado por los internos era tan exageradamente excepcional, propio de una celebridad del espectáculo, que Sacha pudo si no expiar sus fantasmas, al menos relegarlos en algún lugar del inconsciente. Lejos de los compañeros a los que delató y de los que estaban al tanto de su historia indecorosa, Sacha ya casi no pensaba en el tema, como si nunca hubiera existido.

Estaba a sus anchas en Los Andes, mimado como nunca. Había vuelto a levantar la frente y así la llevó al dar un paseo por el patio del penal en compañía de el Ñato. Uno solo, de lado a lado. Con eso el Ñato ya podía volver a respirar tranquilo.

La idea era hacerlo una vez, dos cuanto más, pero al tiempo Axel y Rodrigo estaban convertidos en asiduos visitantes de la noche vietnamita.

La rutina era más o menos la misma del primer día, con leves variaciones tendientes a perfeccionar la técnica.

Cerca de la medianoche, cuando se aseguraban de que el resto de sus compañeros dormía, salían al patio a través de la ventana de su habitación. En punta y codo (aunque a veces bastaba con encorvarse para no ser sorprendidos por la guardia) llegaban al enorme muro, Axel subía a las espaldas de Rodrigo y una vez arriba aquél estiraba la mano a éste para que trepara. De ahí a la ciudad había un salto.

La rutina era más o menos la misma pero cada vez demoraban menos en salir del regimiento y más en volver. Estaban encantados, creyéndose los más listos de su grupo. La percepción cambió de golpe una de esas tantas noches de juerga en Hanoi.

Axel y Rodrigo, que ya habían experimentado casi todo, tuvieron la ocurrencia de abordar un *tuk tuk*. Paseaban sin destino fijo arriba de esos triciclos que hacen las veces de taxis humanos cuando de pronto se cruzaron con dos rostros conocidos que les sonreían desde otro *tuk tuk*. Eran Daniel y Fabián, que hasta entonces también creían ser los únicos que rompían las reglas del mayor Luong.

El secreto ya fue de cuatro, pero no tardaron en enterarse de que Marcos y Juan habían tenido la misma ocurrencia. La disciplina estaba desbordada y Alejandro se vio obligado a intervenir. Les recordó sus obligaciones, el sentido de la instrucción. Alejandro era el jefe y tenía autoridad para llamar al orden: él era uno de los pocos que no se habían entregado a la noche vietnamita. El otro era David. Alejandro era disciplinado y dogmático. David era caso aparte.

Cristián Acevedo Mardones —el verdadero nombre de David— nunca se convenció de su destino de combatiente internacionalista. David era bombero y había tomado las armas para derrocar una dictadura, no para hacer la revolución. En ese sentido era distinto al resto. Su vínculo con la política había ocurrido a comienzos

de los ochenta de una manera más bien fortuita, a partir de una experiencia desgarradora.

En noviembre de 1981, siendo estudiante de liceo y voluntario de la Tercera Compañía de Bomberos de Puente Alto, acudió a un llamado de emergencia en el camino a Las Vizcachas. Al llegar al lugar se encontró con una escena dantesca: tres hombres ardían al interior de un taxi Chevrolet Opala; un cuarto yacía en el asfalto, a unos pocos metros, con varios impactos de bala.

Aunque en su momento la policía presentó los hechos como un enfrentamiento, la Comisión de Verdad y Reconciliación los adjudicó a un montaje de la CNI para encubrir sus crímenes. Era un caso emblemático. Uno de esos cuerpos correspondía a Nelson Araneda Loaiza, un ex dirigente de la Empresa Nacional del Petróleo que había intentado liderar una guerrilla mirista en la cordillera de Nahuelbuta. La experiencia sucedía a una similar en la zona de Neltume, con resultados igualmente desastrosos, si no peores. A Nelson Araneda le faltaban la cabeza, los pies y las manos.

David no necesitó leer el informe de la Comisión de Verdad y Reconciliación para saber lo que había ocurrido esa madrugada en el camino a Las Vizcachas. De regreso en su casa, poco antes de partir al liceo, vio que los noticieros de televisión mostraban una escena intervenida con armas que no estaban ahí unas horas atrás. Entonces se informó que esos cuatro hombres habían sido sorprendidos cuando intentaban atentar contra el ministro de Relaciones Exteriores, René Rojas Galdames. El estallido del auto con tres de sus ocupantes a bordo fue adjudicado a la supuesta balacera desatada entre los “extremistas y las fuerzas de seguridad”.

Ese suceso marcó el despertar político de David. Comenzó a militar de manera activa en el Partido Comunista y, tres años después, sin abandonar el voluntariado en bomberos, asumió tareas militares que lo llevaron a un curso de instrucción en Cuba y más tarde al Cajón del Maipo en un rol protagónico. David tuvo a cargo un lanzacohetes LAW que dio en el blanco del primer auto escolta.

David no quería abandonar Chile, menos de la manera en que lo hizo, sin tiempo para arreglar sus asuntos personales y despedirse como se debe, siquiera para sacar las armas que había escondido en el cuartel de bomberos. David además tenía un hijo pequeño al que adoraba y una mujer que dependía de él. No se quería ir pero no tuvo opción. Había que partir y partió, sin caer en la cuenta de que ese viaje no tenía fecha de regreso.

Es por eso que para David, a diferencia de sus compañeros, Vietnam no era más que una accidentada rutina que había que aceptar con el mejor espíritu revolucionario. La jornada arrancaba a las seis de la madrugada con ejercicios físicos; media hora después estaban duchándose, a las siete desayunaban y a las siete y media en punto, con los veinte chilenos bien formados y en posición de firmes, el mayor Luong daba inicio a las clases prácticas. Por la tarde, después de haber realizado ejercicios de penetración, lucha cuerpo a cuerpo, prácticas de tiro y de una última serie de pruebas físicas, los alumnos se retiraban a sus habitaciones para instruirse en materias sobre marxismo-leninismo. La noche caía casi a la par con los combatientes chilenos.

Los domingos transcurrían con especial tristeza. Esos días, en que visitaban mausoleos y parques acompañados por un guía vietnamita, quien los obliga a permanecer juntos en todo momento, David añoraba con más intensidad que nunca a su hijo, a su familia, a sus compañeros de la Tercera Compañía de Bomberos de Puente Alto. Las reglas, por motivos de seguridad, impedían que se contactaran con cualquier persona de su país, pasara lo que pasara, y él, a diferencia de la mayoría de los otros, no tenía el ánimo para salir a evadirse a la ciudad. A decir verdad, David no tenía ánimo para nada. Había entrado en un profundo desencanto y no hacía más que lamentarse en silencio de su situación.

La entrevista que Enzo respondió por escrito al diario *El País* de España, poco antes de ser trasladado a la Penitenciaría de Santiago, se conoció a fines de marzo de 1987 en Chile. En esa entrevista, reproducida por el diario *La Época*, Enzo habló por primera vez de las circunstancias que condujeron a su detención:

“No es verdad que nos descubriesen después de una paciente investigación de huellas dactilares como se ha dicho”, escribió Enzo, desacreditando la versión oficial de Investigaciones. “Los organismos de seguridad llegaron a nosotros por un exceso de confianza, es decir, por errores nuestros cometidos en nuestra actividad diaria. Algunos combatientes no velaron por cumplir todas las normas de seguridad, y es así como llegaron la madrugada del día 22 de octubre a la casa de Juan Moreno Ávila, ‘Sacha’. Mediante torturas consiguieron saber dónde realizábamos nuestra preparación física. Esa misma mañana fuimos detenidos los demás en el Parque O’Higgins y trasladados a las oficinas de la Brigada Investigadora de Asaltos”.

Aunque lo dijo de un modo mesurado, diplomático, Enzo aprovechó de pasar una cuenta pendiente. El asunto no era con la policía. Mal que mal, la policía había hecho su trabajo, y aunque no creyera la historia de la huella digital y acusara haber sido torturado en el cuartel de General Mackenna, sabía que la suerte habría sido muy distinta si hubieran caído en manos de la CNI. El asunto de fondo era con Sacha.

Si en un comienzo se había mostrado comprensivo, considerando que él también tenía esposa e hijo, tras lo ocurrido con Joaquín, o lo que se supone que había ocurrido con él, Enzo comenzó a sacar otras cuentas.

De partida Sacha había vulnerado normas elementales de seguridad al no asumir una vida clandestina. Hasta su madre, que nada tenía que ver con la organización, sabía dónde estaba viviendo su hijo. Y una vez detenido y enfrentado a la tortura, sin desmerecer las presiones ya conocidas, Sacha demoró unas pocas horas en entregar a sus compañeros. Para juzgar eso estaba el caso del comandante Marcelo, encargado de la estructura sanitaria, que permaneció dos semanas en un cuartel de la CNI sin abrir la boca.

Pero lo que terminó por sellar su condena fue el incidente ocurrido a fines de febrero, cuando el fiscal Torres acusó a Sacha ante Milton. Eso último, sumado a lo otro, era imperdonable. La

Dirección Nacional ya estaba en antecedentes y de un momento a otro entregaría una resolución al respecto. Eso al menos creía Enzo, que desconocía por completo lo que estaba pasando afuera.

En noviembre de 1986, cuando se le pidió la renuncia a Salvador, en *Ajedrez* hablaron de un rediseño. No era más que eso, decían, una reestructuración del Trabajo Militar, una vuelta de tuerca inevitable y necesaria ante los últimos acontecimientos, y en la *Empresa*, como para aquietar las aguas, para que no los acusaran de divisionistas, terminaron por allanarse a la propuesta. Por lo demás —en eso sí estaban de acuerdo ambos— las cosas en 1986 no habían resultado como se planearon. El Año Decisivo había terminado desastroso y se hacía urgente trazar estrategias para el venidero.

Hasta ahí más o menos se entendían. Sin embargo, ya habían transcurrido cuatro o cinco meses y en la *Empresa* consideraban que las cosas no sólo no avanzaban hacia el sentido correcto, sino que a todas luces tendían a retroceder peligrosamente.

A la tregua propuesta por la visita de Karol Wojtyla a Chile, que en el partido fue celebrada con la consigna “Juan Pablo, hermano, llévate al tirano”, se sumó un prolongado alto al fuego, producto de lo que se estaba cocinado internamente en un ambiente cada vez más enrarecido, marcado por suspicacias y desconfianzas.

“Lo objetivo —se lee en un documento emitido por la *Empresa* inmediatamente después de que la división se hizo pública— es que en estos meses desapareció el accionar (del Trabajo Militar), se eliminaron fuerzas, pertrechos y planes. En pocas palabras, se reduce a su mínima expresión lo que con tanto sacrificio *Ajedrez* había logrado construir en años”.

Lo que es claro, y que no reflejan los documentos, es que en la dirección de *Ajedrez*, mientras resolvían sus contradicciones, estaban decididos a intervenir la *Empresa*. En eso no había discusión. Los jóvenes oficiales, en su gran mayoría hijos de antiguos militantes exiliados, habían transgredido con creces la autoridad del partido. Ya no sólo no acataban sus resoluciones, sino que además actuaban por cuenta propia. Había ahí un problema de modo y de fondo, y ese problema se volvió a hacer sentir una semana



después de que Juan Pablo II —quien finalmente no sólo no se llevó al tirano sino que además se retrató con él en los balcones de La Moneda— abandonara el país.

Mediante la toma simultánea de ocho radioemisoras y de una agencia de noticias en diversos puntos del país, el FPMR difundió una grabación en la que anunciaba el fin de la tregua decretada por la visita de Karol Wojtyła a Chile. Esa proclama también tenía implícito un mensaje interno y significaba el comienzo de la vida independiente al partido.

Era un asunto formal, porque en los hechos, las relaciones ya estaban quebradas.

Unos días atrás, en unas de las últimas reuniones celebradas entre las dos partes, José Miguel comunicó que a partir de ese momento se negaba a acatar cualquier resolución del partido. La paciencia estaba agotada, la lucha no podía seguir demorando.

Puede haber sido poco antes o inmediatamente después de esa reunión, con los ánimos caldeados y la sensibilidad a flor de piel, que Bigote, ante lo que interpretó como una provocación inaceptable, desenfundó su arma para amenazar a uno de los jefes del partido. Quién sabe qué hubiese ocurrido si el propio José Miguel, ayudado por el comandante Daniel, no hubiese contenido a Bigote, quien parecía dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias.

De ahí en adelante no hubo más que hablar. La división era un hecho insalvable. Sin embargo, antes de ser oficializada, un sangriento acontecimiento, ocurrido poco después del fin de la tregua, empeorará aún más las cosas.

## DIECINUEVE

Cae una fina nieve sobre la capital belga y Héctor Luis Figueroa Gómez, que en la clandestinidad fue Víctor, cruza la puerta de un café frente a la Place Flayet de Bruselas. Es la tarde del sábado 11 de marzo de 2006, a esa hora Michelle Bachelet asume la Presidencia en Chile y en una semana Víctor completará doce años de residencia en Bélgica. Salió del país el 17 de marzo de 1994, beneficiado por el indulto presidencial que conmutó la condena a prisión perpetua que pesaba sobre él por una pena de extrañamiento de veinte años. Le restan ocho. El 19 de marzo de 2014 podrá regresar a Chile y para entonces, si es que se anima retornar, tendrá cincuenta y cuatro años.

Veinte años es mucho tiempo para volver a empezar. Más todavía después de lo que él vivió, que no se cuenta dos veces.

Víctor fue uno de los veintiún fusileros que emboscaron a Pinochet y un año después sobrevivió a la Operación Albania. De no ser porque tuvo la fortuna de ser detenido por funcionarios de Investigaciones, que lo capturaron al intentar huir del allanamiento a una escuela de guerrilla en la que participaba como instructor, bien pudo haber terminado como dos de sus compañeros de la escuela que esa noche fueron abatidos por agentes de la CNI.

Estuvo condenado a pena de muerte, después a doble perpetua y, por último, tras permanecer siete años en prisión, a extrañamiento. Cuando fue expulsado del país junto a otros tres presos políticos, los últimos detenidos en dictadura, Víctor y sus compañeros emitieron una declaración pública en la que anunciaban “la lucha continúa”.

Así será, pero a doce años de esa declaración, al menos Víctor ya bajó la guardia. Tiene dos hijos, de quince y veinte años, que

se han criado en Europa y hablan francés mejor que castellano; una esposa que trabaja en una escuela, una casa en las afueras de Bruselas y un puesto ejecutivo en una firma multinacional.

A fines de los ochenta, mientras militaba en las JJCC de Viña del Mar, estudió Electrónica Industrial y siguió un curso de especialización en la Universidad Federico Santa María. Su carrera quedó postergada indefinidamente cuando ingresó al FPMR y más tarde fue enviado a un curso de guerrilla urbana en Cuba. En la cárcel se familiarizó con la computación y, al llegar a Bélgica, como no pudo convalidar su título, siguió un curso intensivo de administración de redes. Hoy es jefe de informática de su empresa y viaja constantemente por Europa para seguir diplomados en la materia. En su trabajo es el único chileno. Sus pares, en su mayoría, son belgas y franceses y ninguno de ellos, ni los más íntimos, tienen idea de su pasado.

Mejor así, sonrío Víctor, pasar inadvertido, como un exiliado más que se vino de Chile por problemas políticos. “Si no, te empiezan a hacer preguntas y siempre quieren saber más y más, como tú. Eso lo aprendí de un antiguo exiliado chileno que me decía que siempre es mejor que no sepan, que te vean como un trabajador más y no como un combatiente. Yo prefiero eso. No quiero tener que dar explicaciones ni andar de héroe por la vida, que es un poco como ven aquí a la gente que luchó contra la dictadura. No quiero que me vean como un guerrillero que tiene que andar contando anécdotas.”

—Y cuando te preguntan de política en Chile, ¿qué dices tú?

—Siempre preguntan, especialmente ahora que una mujer ganó la Presidencia. A los belgas eso les causa mucha curiosidad.

—¿Y qué les dices?

—Que en Chile se vive una situación política particular, que hay una alianza de partidos de centro e izquierda que antiguamente eran rivales y que está bien que ahora haya ganado una mujer, porque Chile es un país muy machista y eso puede ser bueno para las mujeres y la sociedad. Ese tipo de cosas, cosas generales. Hasta ahí nomás llevo.

—Y tus hijos, ¿saben todo lo que has vivido?

—Chuta... ¿me vas a creer que no sé? Yo al menos no les he contado, digo, no en detalle. Saben más o menos por qué estamos acá, que por problemas políticos estuve preso y no puedo volver a Chile por un buen tiempo. Pero creo que en el fondo no saben bien, porque yo nunca he hablado con ellos las cosas que estoy hablando ahora. Quizás ya es momento de que lo sepan.

Víctor comenzó a militar en el Partido Comunista en quinto básico. Era 1972 y tenía once años. Su padre, militante comunista y para entonces dirigente e interventor de fundos en la región, no tuvo reparos en que su hijo comenzara una temprana militancia. En esa época se nacía comunista y militar era la norma, casi un deber, dice Víctor, valorando una experiencia de cuadro que le ayudó a sobrevivir a las torturas y al encierro. “Si no tienes convicción y no estás preparado, es muy fácil que te quiebren y termines delatando a tus compañeros, como ocurrió con algunos.”

Su preparación fue puesta a prueba la madrugada del 16 de junio de 1987. Víctor era uno de los habitantes de la casa de Varas Mena 417, en San Miguel, que servía como escuela de guerrilla urbana. Sumaban cerca de quince personas, entre ellas una mujer joven que oficiaba de cocinera y que permanecía con su hijo, de dos años. No estaba acordado que ocurriera así, pero al escuchar la señal de evacuación, Víctor tuvo que hacerse cargo de la mujer y su hijo. Los tres huyeron por los techos de las casas vecinas en medio de una feroz balacera.

“Logramos salir del perímetro de la CNI y llegar al sector que estaba acordonado por Investigaciones”, recuerda Víctor. “Salí disparando hasta que no me quedaron tiros, lo que en cierta forma es un error. Uno sabe que cuando está rodeado y no hay posibilidad de escapatoria, queda una sola opción. No hay que caer preso nunca. Siempre la última bala es para uno.”

Víctor cayó preso y, camino al cuartel, supo lo que se le venía. Lo que estaba fuera de libreto era que lo interrogarían inmediatamente acerca del atentado a Pinochet. Las huellas de dos de sus

dedos habían sido encontradas en la casa del poblado de La Obra. Tampoco esperaba que un equipo de la Cruz Roja lo visitara en el cuartel. Un médico constató que no tenía lesiones y, a través del mismo, Víctor envió un mensaje a su familia. Estoy bien, quédense tranquilos, los quiero mucho, mandó a decir antes de que comenzaran a trabajar con él.

De la experiencia que vivió a continuación, Víctor destaca un fenómeno asociado a su profesión: “Cuando te ponen la maquinita y hay un tipo que le da vueltas a la manivela a gran velocidad, no sufres tanto. Igual es terrible, pero es una corriente constante que puedes soportar, tiene un ritmo, una secuencia continua que aminora el dolor. Lo más duro es ese golpe de corriente que se genera en la última vuelta, cuando los tipos van parando y le dan la última vuelta, como por acto reflejo. Ese último golpe, ese clac es terrible. ¿Sabes tú como funciona eso? Es lo primero que te enseñan en Electrónica. Es el mismo principio de los antiguos teléfonos a los que había que darle vuelta a una manivela para que sonara la campana al otro lado. Dentro de la caja hay un polo positivo y uno negativo, enfrentados, y la manivela hace que los opuestos se junten y generen un golpe eléctrico. Los tipos no saben, son ignorantes, sádicos, y le dan vueltas a toda velocidad creyendo que es peor, pero si supieran lo harían lento, despacito, que es como más duele”.

Como era costumbre en las sesiones de tortura practicadas en los cuarteles, la radio estaba encendida al máximo volumen. La idea era aplacar los gritos de las víctimas que eran sometidas a tormentos y, de paso, infundir terror. Esa noche la policía sintonizó la señal de Cooperativa, la principal radio de oposición, y por ella Víctor se enteró de que su nombre había trascendido a la prensa como uno de los detenidos de la casa de Varas Mena.

Era una buena noticia, razonó: al hacerse pública su detención, ya no lo matarían. La mala, sin embargo, llegó a continuación, inmediatamente después de la otra: Guido, su gran compañero de batallas en Viña del Mar, había muerto en lo que la policía denominó un enfrentamiento armado.

Julio Arturo Guerra Olivares —el verdadero nombre de Guido— intuía en esa fecha que en cualquier momento podía llegar su hora. Pocos días después del atentado a Pinochet, en el que participó como segundo jefe del primer Grupo de Asalto, la CNI llegó a buscarlo a la casa de su madre en Forestal donde vivía con su esposa Rosa y su hija Irene, entonces de cinco años, a quien apodaban Sirena.

Se salvó apenas en esa oportunidad. Estaba a pocas cuadras de llegar a su casa cuando reparó en la presencia de civiles de aspecto poco agraciado.

Su hermano Luis, dirigente sindical y militante comunista, recuerda que Guido estaba consciente de que podía perder la vida en esa operación. Tanto así, que poco antes de acuartelarse, una vez que fue convocado en reemplazo de Tamara, le pidió a él que sacara a crédito una máquina de coser para su esposa Rosa.

Guido y Rosa se habían conocido hacia mediados de los setenta en Viña del Mar. Guido, cinco años mayor que ella, tocaba guitarra en un conjunto folclórico y estaba a cargo de un grupo de las JJCC de Miraflores en el que participaba Rosa. No fue amor a primera vista ni mucho menos. Desde un comienzo ella se sintió atraída por el talante de Guido, alto y de ojos azules, pero sentía que su jefe, el Flaco, como lo llamaban sus compañeros y amigos por su extremada delgadez, exageraba su autoridad.

Cuenta ella que en una oportunidad, tras participar en una protesta, en vez de dar aviso de que estaba a salvo como dictaba la norma, partió a tomar café con compañeros del partido. Más tarde, cuando se reunió con Guido, éste la reconvino duramente. Le dijo que era irresponsable, que había transgredido una norma de seguridad elemental, que a la próxima estaba fuera del partido.

Bigote fue testigo del comienzo de esa relación. Era uno de los militantes más cercanos a Guido, “un hermano” para él, a decir de Rosa Alfaro, la viuda de Guido, que aún vive en Viña del Mar: “Bigote siempre llegaba a tomar once a la casa y se sentaba a conversar con nosotros, muy preocupado, cálido, afectuoso. Me acuerdo que nosotros fuimos a verlo a la cárcel cuando cayó preso

en una protesta a fines de los setenta. Y más tarde, cuando pasó lo de Fernando Larenas, se fue a vivir justo frente a nuestra casa, en Forestal, y estuvo muy cerca de nosotros”.

Guido y Rosa se casaron en septiembre de 1981, poco antes de que él partiera a cumplir un curso de instrucción militar en Cuba junto a Fernando Larenas. Ella ya estaba embarazada de Irene y desde entonces debió acostumbrarse a valérselas sola, ayudada por la madre de Guido, pero en el fondo sola, en un clima de creciente incertidumbre. La lucha armada se estaba articulando y Guido, uno de los primeros en la región en asumir responsabilidades militares y pasar a la clandestinidad, se vio obligado a ausentarse por periodos cada vez más prolongados.

Tras el allanamiento a la casa de Forestal donde vivía Rosa con su hija, Guido ya casi no se apareció por esa casa. Los encuentros con su esposa y su hija desde entonces fueron secretos, bajo estrictas medidas de seguridad, cuando no paranormales.

Cuenta Rosa que poco después del allanamiento, Irene padeció un fuerte cuadro febril que obligó a su madre a llevarla a la posta. Al otro día, al encontrarse con Guido, antes de que ella alcanzara a contarle lo de Irene, él le comentó que el día anterior había sentido los mismos síntomas de su hija. *“Sabes —me dijo— ayer me pasó una cosa súper extraña: repentinamente, como a las tres de la tarde, comencé a sentirme tan mal que tuve que acostarme, y como a las cinco empecé a transpirar y estuve con fiebre hasta como las ocho de la noche. Yo no le dije, para no preocuparlo, pero eran justo las horas en que la Irene había estado enferma. Ellos eran así, muy unidos, a pesar de la distancia; ellos tenían una conexión muy grande.”*

Rosa estuvo con Guido una semana antes de su muerte. Acordaron reunirse en Santiago y Rosa viajó de Viña del Mar junto a Irene, que ya tenía seis años y comenzaba a hacer preguntas y exigir afectos. Un año antes, una vez que Guido fue reclutado para la Operación Siglo XX, él le había prometido a su hija que si la dictadura terminaba sus padres le regalarían un hermanito. Es más. Poco antes de partir al Cajón del Maipo le explicó que se iba generar un cambio muy importante en el país y que probablemente, muy pronto, iniciarían una vida como se debe.

Había transcurrido un año y las cosas seguían igual: Guido, con su vida clandestina, y una esposa y una hija a las que no les quedaba otra que adaptarse a la ausencia, a los mensajes en clave, a los encuentros secretos y paranormales.

En esa última visita Guido esperó a su hija con un juego de lápices de cera y hojas de dibujo. Él era un gran dibujante y fotógrafo aficionado. De hecho, una de las pocas cosas que se trajo desde Viña del Mar a Santiago fue su estudio de fotografía. En su juventud había estudiado Arte y soñaba con que su hija hiciera lo que él no pudo hacer por circunstancias de la época. Un artista profesional. Forzado por la necesidad, Guido estudió Electrónica y se especializó en la reparación de equipos médicos, oficio que ejerció hasta poco después de ingresar a la milicia.

Irene estaba bien encaminada, mostraba facilidad y entusiasmo por el dibujo, y en ese último encuentro la niña se entretuvo con lápices de cera. Rosa recuerda que Irene dibujó una cancha de fútbol con jugadores y público a su alrededor. Todos los elementos estaban cuidadosamente coloreados, la pelota, el pasto, los jugadores, todo menos el público, que sumaba doce personas. Las doce sin colorear se repartían en la galería y estaban sentadas, de rodillas o derechamente tendidas en el piso. Pálidas, con un trazo recto en la boca y ojos de plato.

“Esas personas tenían una expresión triste, nunca me voy a olvidar de eso. Ninguna sonreía”, dice Rosa. “Me acuerdo que después nos regresamos a Viña del Mar y me traje el dibujo, y en el camino de vuelta le pregunté a la Sire que por qué no había pintado a esas personas y ella me dijo *No sé, mamá, no las quiero pintar, quiero dejarlas así nomás*. Poco después supe qué significaba ese dibujo.”

Guido fue una de las doce víctimas que se cobró la CNI entre el 15 y 16 de junio de 1987. La Operación Albania o Matanza de Corpus Christi fue un plan diseñado por la policía política del régimen para asestar un golpe de gracia al FPMR, que en esa época estaba en pleno proceso de ruptura con el Partido Comunista. La orden



en esos días fue eliminar en razia —*reventar*, en jerga policial— a todos los frentistas identificados hasta entonces, cuidando presentar los hechos como un conjunto de enfrentamientos casuales entre terroristas y fuerzas de seguridad.

Según consta en el proceso judicial que siguió desde 1998 el juez Hugo Dolmestch, el operativo tuvo su origen en un informe del entonces capitán de Ejército Krantz Johans Bauer Donoso, quien estaba a cargo de la Brigada Verde, dependiente de la Brigada Antisubversiva Bernardo O'Higgins de la CNI y especializada en el combate al FPMP y al Partido Comunista. Su sede estaba en el cuartel Borgoño, en el barrio Mapocho, y en los primeros meses de ese año había sido reforzada por funcionarios de la disuelta Brigada Azul, destinada al MIR, que por esos días estaba prácticamente neutralizado. Era una organización poderosa, de presupuesto holgado y trato preferencial.

En su declaración judicial Krantz Bauer reconoció que a comienzos de junio se reunió con su jefe, el mayor Corbalán, para informarle de las gestiones de los últimos meses: los agentes de la Brigada Verde habían detectado a varios frentistas a los que suponían de alta jerarquía. Sabían dónde vivían y cuáles eran sus puntos frecuentes de contacto. Estaban con seguimiento permanente y, para diferenciarlos unos de otros, porque desconocían sus chapas y nombres verdaderos, los identificaban con apodos como El Rey, Rapa Nui, M-16, Flamingo, Chaqueta de Cuero, Purén Indómito y Lota.

Bauer Donoso dijo haber tenido antecedentes de la presencia de “aproximadamente quinientos componentes profesionales del Frente Manuel Rodríguez en Santiago”, y en vista de ese diagnóstico, recomendó a su jefe “neutralizar” a los miembros identificados por su unidad. Lo que no dijo el capitán ni ningún otro funcionario fue que en esos días, más precisamente la noche del 11 de junio, la prensa dio cuenta de un extraño ataque contra una imprenta ubicada en avenida La Paz. Aunque los medios reportaron que cinco trabajadores de la imprenta habían resultado “gravemente heridos”, en el Frente estaban seguros de que también

hubo muertos y que esos muertos y heridos no eran precisamente obreros sino funcionarios de la CNI que operaban tras la fachada de la imprenta Bremen. Por eso el contundente ataque y la casi inmediata reacción.

Días después de ese hecho hubo reunión ampliada en la sala de conferencias de la sede República de la CNI.

Manuel Ramírez Montoya, sargento de Carabineros apodado Olafo, recuerda que esa reunión estuvo dirigida por Corbalán y secundada por Iván Belarmino Quiroz Ruiz, comandante de Carabineros y segundo de a bordo del cuartel Borgoño.

“Hoy vamos a reventar”, anunció Quiroz a los funcionarios reunidos la mañana del lunes 15 de junio, de acuerdo con el testimonio judicial de Olafo. El incentivo expresado por Quiroz, a decir del mismo ex agente, fue en los siguientes términos: “Siempre cuando muere algún colega nuestro todos reclaman pidiendo poder hacer justicia y ahora tienen la oportunidad, huevones. Ahora, todos los equipos a sus marcas”.

En su último testimonio ante el juez Dolmestch, fechado en octubre de 2001, el comandante Quiroz admitió los hechos y precisó que la orden fue dada por su superior directo, el mayor Corbalán, quien a la vez fue instruido por el director nacional de la CNI, brigadier general de Ejército Hugo Iván Salas Wenzel. Era asunto de altísimo nivel.

“Por alguna razón —contó Quiroz— Corbalán se relacionaba directamente con algunos ministros de Estado, (con) el director nacional (de la CNI) e incluso se relacionaba también con el general Pinochet, ya que (yo) tenía conocimiento de que era amigo de una de sus hijas y además, como tenía muy buenas relaciones con el general (Humberto) Gordon, que estuvo de director de la CNI, a veces mi general Pinochet con el general Gordon se reunían en un local de El Bosque Norte y creo que se llamaba el Oliver y el cual le tenía mucha consideración a Corbalán y por eso es que lo coloca a cargo del Cuartel Borgoño, siendo sólo un mayor de Ejército.”

Hay en esa declaración otro dato significativo que liga directamente a Pinochet con los crímenes. La mañana del lunes, cuando

Quiroz y Corbalán se reunieron a solas para coordinar la operación en curso, este último le comentó a su subalterno que “como el asunto era de mucha envergadura” y requería refuerzos de otras instituciones policiales, Corbalán “llama al general Salas (Wenzel) para que éste, a su vez, por intermedio del Presidente de la República, pida un apoyo de Investigaciones de Chile”.

Esa mañana, agrega Quiroz, mientras la Operación Albania estaba en curso, el general Salas Wenzel “se encontraba dando cuenta de las actividades de la CNI directamente al Presidente de la República, o sea, el general Pinochet, porque la CNI dependía y se relacionaba directamente con el presidente aludido”.

Sobre este punto, Corbalán, uno de los últimos incondicionales a Pinochet, en octubre de 2001 rectificó sus últimas declaraciones judiciales para señalar responsabilidades jerárquicas. Sus subalternos ya habían hablado ante el juez y él se limitó a confirmar que una vez que fue informado por Krantz Bauer de los seguimientos a frentistas “pongo en conocimiento de esta apreciación al general Salas (Wenzel), quien de inmediato me ordena que había que neutralizar a toda esa gente (...) Yo informaba de inmediato al general (Salas Wenzel) de cualquier asunto de importancia que pudiera estar en conocimiento de mi unidad, para ello tenía un teléfono que tenía en mi vehículo oficial sobre la base de una red privada telefónica de comunicación directa con el director de la CNI, el que a su vez tenía que informar al jefe directo de ese organismo, que era mi general Pinochet, Presidente de la República”.

La última confesión de Iván Quiroz, que terminará de componer el puzzle de lo que ocurrió entre lunes y martes, concluye con una frase de relieve histórico.

Tras reconocer que “en realidad no fui completamente veraz en mis declaraciones anteriores” y que “efectivamente también se produjo una especie de acuerdo en cuanto a las declaraciones que se iban a prestar y que fueron manejadas en una oficina de la Auditoría General del Ejército (a cargo de Fernando Torres Silva)”, el para entonces retirado comandante de Carabineros selló su confesión diciendo que la Operación Albania “no fue una cuestión que se nos

haya ocurrido a nosotros o al jefe del cuartel Borgoño, sino que fue una orden dada por el mando superior para que así se hiciera y he decidido en estas condiciones hablar, porque corresponde que sea el alto mando quien reconozca que se dio esa orden y que no había ninguna posibilidad de no cumplirla”.

## VEINTE

El primero de la lista fue Chaqueta de Cuero, apodo con que la CNI identificó al ingeniero comercial Recaredo Ignacio Valenzuela Pohorecky, de treinta años. El Loco Carlos, como lo llamaban sus compañeros más íntimos por su arrojo combativo, había participado en acciones de relieve, como el rescate de Fernando Larenas y el secuestro del coronel Haberle, antes de asumir la jefatura de Santiago y ascender a la Dirección Nacional con el nombre de comandante Benito.

Esa mañana de 15 de junio, poco antes de salir de su departamento de las Torres San Borja, en Portugal con Marín, Benito telefonó a su madre para anunciarle visita. Fue el último contacto con su familia. Al alcanzar la calle lo esperaban seis funcionarios de la CNI a cargo del teniente de Carabineros Emilio Neira Donoso.

Atendiendo a que Benito solía trotar por las mañanas en el Parque Bustamante, el teniente Neira consideró que “ése sería un buen momento para proceder a su detención”. Pero esa mañana Benito salió con ropa de calle y abordó una micro con destino a la comuna de Ñuñoa. Los seis funcionarios, a bordo de dos autos, se pusieron en marcha.

En uno de ellos viajaba el suboficial de Ejército René Valdovinos, apodado el Catanga, el agente César Acuña, conocido como el Paco Correa, y el conductor Manuel Morales, alias Baretta, también carabinero. Este último declaró haber seguido a Benito hasta la Plaza Ñuñoa, donde bajó a pagar una cuenta de luz, y continuó tras sus pasos hasta el sector de Colón Oriente, en Las Condes.

Cerca del mediodía, cuando caminaba por calle Alhué y estaba próximo a alcanzar la casa de su madre, Baretta —ante una orden del teniente Neira— le cerró el paso con el auto. Los agentes coincidieron en que Benito sacó un arma que escondía entre sus

ropas y se vieron obligados a dispararle, aunque Baretta admitió que una vez ultimado, “para darle mayor efectividad se le cargó, colocándole entre sus ropas una granada”.

El juez Dolmestch desacreditó la tesis del enfrentamiento, apoyada en su momento por testigos falsos, calificando el hecho de homicidio. También recogió la versión de Hernán Ávalos Narváez, periodista de *El Mercurio* que acudió a cubrir el acontecimiento de calle Alhué. Ávalos Narváez recuerda que en el lugar se encontraba presente el mayor Corbalán, portando gorra de mezclilla, quien se acercó amistosamente a los periodistas reunidos, entre los que tenía no pocos conocidos, para reafirmar la tesis del enfrentamiento. También lanzó un comentario peyorativo “acerca de la forma en que mueren los comunistas” y aprovechó de anticipar lo que se venía:

—Esta noche hay que dormir con las botas puestas.

Era el mediodía de un lunes y todavía había mucho trabajo por delante.

A esa hora, en Carlos Valdovinos esquina Vicuña Mackenna, seis agentes distribuidos en dos furgones utilitarios hacían guardia a la casa de una mujer que la CNI identificaba como M-16. Su nombre era Esther Patricia Cabrera Hinojosa, militante comunista de veintidós años. Los agentes la seguían hace días. Ella sabía que la seguían y ellos sabían que ella sabía, aunque actuaban como si no lo supieran.

La tarde del domingo, al visitar a un amigo, ella manifestó temores ante los indisimulados seguimientos de que era objeto hace días. También alertó a sus tres hermanos, Ruth, Elías y Daniel, quienes más tarde le contaron al juez Dolmestch que la Chichi —como apodaban a Esther— estaba próxima a emprender un viaje a Estados Unidos, donde vivía uno de sus tíos, para iniciar una nueva vida.

La vida le llegó hasta la madrugada del día siguiente.

Cerca de las tres de la tarde del lunes, al salir de su casa y abordar una micro rumbo al centro, los dos furgones se pusieron en marcha. El grupo de seis agentes estaba al mando del capitán

de Ejército Luis Arturo Sanhuesa Ros, funcionario de la Brigada Verde de la CNI, a quien sus compañeros apodaban el Huiro. Ya se va viendo que en la institución eran comunes los apodos de camaradería. Entre los agentes que esa tarde estaban al mando de el Huiro se encontraban Olafo (sargento de Ejército Manuel Rigoberto Ramírez Montoya), el Costilla (suboficial de Ejército Fernando Remigio Burgos Díaz) y el Viejo Horacio (sargento de Carabineros Carlos de la Cruz Pino Soto). Sumaban seis y le pisaban los talones a la mujer que bajó en Alameda esquina General Velásquez y se encaminó hacia Villa Portales.

Carlos Saravia, amigo de Esther, regresaba de comprar pan junto a su hermano menor cuando los vio. Tres sujetos de civil, de aspecto de pocos amigos, estaban apostados en la única escala del edificio para ingresar a su departamento de Villa Portales. Más tarde, al prestar testimonio ante la justicia, recordará haber tenido que hacerse un lugar para subir la escala y haberle comentado en voz baja a su hermano que esos tres sujetos tenían toda la cara de ser “chanchos”.

Al alcanzar su departamento y encontrarse con Esther, Carlos confirmó que esos tres tipos no sólo tenían cara de chanchos. Esther estaba asustada y no sabía qué hacer. Carlos le ofreció que se quedara ahí, que tomara once, que se quedara a dormir, pero Esther prefirió partir. No quería comprometer a la familia de su amigo.

Al bajar de ese departamento y alcanzar la calle, poco antes de abordar una micro en Alameda, el Huiro y el Viejo Horacio le cayeron encima.

En su confesión al juez, el Viejo Horacio comentó que sus compañeros lo llamaban así por una conjunción entre su cabellera cana, pese a no tener más de cuarenta años, y el nombre operativo que se le dio desde su ingreso en 1984 a la CNI: Horacio Olmedo. El Viejo Horacio recordó que fue uno de los funcionarios que aguardó en la escala del edificio al que subió Esther, que esperó junto a otros agentes a que la joven saliera y que la detuvo en la calle, identificándose como funcionario del OS-7 de Carabineros. Le dijo, probablemente en no muy buenos términos, que era buscada por un asunto de drogas.

Una vez dentro del furgón —contó el Viejo Horacio—, el Huiro ordenó “hacerle un allanamiento superficial por si llevaba armas o algo semejante, lo que no portaba”. Luego, como ordenaba el procedimiento de rutina, se la vendó y amordazó.

Olafo, otro de los captores, agregó que una vez que el furgón se puso en marcha con Esther Cabrera a bordo recibieron una alerta de la central. Eran cerca de las cinco de la tarde y en calle Varas Mena estaba en marcha un operativo paralelo que demandaba refuerzos. Olafo, quien oficiaba de chofer, recordó que se excusaron de atender al llamado.

Llevaban un *paquete* al cuartel.

Es probable que Esther Cabrera haya sido la primera detenida que llegó al cuartel Borgoño. Pronto, sin embargo, irían llegando los otros.

A Manuel Eduardo Valencia Calderón, de veinte años, lo interceptaron a pocas cuadras de su casa de la comuna de Pedro Aguirre Cerda. En marzo de ese año se había casado con Claudia Correa, con quien tenía una hija, y esa tarde se dirigía a un centro médico del barrio alto para practicarse un examen. Al Nacho, como llamaban a Manuel, le habían detectado un quiste en un testículo, aunque su mayor preocupación eran los hombres que lo venían siguiendo en el último tiempo y que esa tarde de lunes, cerca de las cinco, le cayeron encima.

Se sabe por las confesiones de los agentes a cargo del suboficial Jorquera, el Muerto, que Elizabeth Edelmira Escobar Poblete, veintinueve años, fue detenida alrededor de la misma hora en Carmen con Avenida Matta. En la Brigada Verde la apodaban Purén Indómito, en alusión a la calle en que vivía; sus amigos y familiares le decían Quena. La noche anterior había dormido en casa de sus padres, en San Miguel, y al día siguiente planeaba juntarse con Patricio Acosta, “mi Pato”, como le decía a su pololo de los últimos meses.

No es claro si ese día lograron verse. Poco después de la detención de Elizabeth, Patricio Acosta Castro fue emboscado a pocas cuadras de su casa de San Miguel.



Patricio —hombre alto, fornido y de bigotes poblados, a quien los agentes de la CNI apodaban Jirafales— había estado casado con Patricia Quiroz, a quien también le seguían los pasos ese día. Ambos tenían un hijo, Sebastián, de cinco años. En el último tiempo el padre estaba a cargo de su custodia.

Precisamente esa tarde, Patricio paseaba con él y lo dejó encargado en casa de una amiga, poco antes de dirigirse a su casa. Estuvo muy cerca de llegar a destino. Caminaba por calle Varas Mena cuando los hombres a cargo del capitán Krantz Bauer le salieron al camino.

Bauer, como la mayoría de los agentes que declararon ante el juez Dolmestch por este caso, inculparon del asesinato a Francisco Zúñiga, capitán de Carabineros a quien llamaban el Gurka. El hombre era de temer y tenía su fama: fue autor material del crimen del carpintero Juan Alegría Mundaca, ideado para encubrir otro crimen, el del dirigente sindical Tucapel Jiménez. El Gurka fue el primero en disparar contra Patricio Acosta. Y según el mismo Bauer y otros colegas, también lo remató en el piso.

Vecinos del barrio, sin embargo, coincidieron en que fueron varios los agentes que remataron a Acosta y que luego le pusieron un arma en la mano.

La versión oficial que entregó en ese entonces la CNI, en el sentido de que “al intentar aprehender al sospechoso éste disparó a los agentes con una pistola”, quedó desacreditada por el juez a cargo del caso. Patricio Acosta fue asesinado por seis tiros, uno de ellos en la cabeza, y nunca tuvo opción de defenderse. Una suerte similar le esperaban a su polola y a su ex esposa.

Esta última, Patricia Quiroz Nilo, tenía veintisiete años y esperaba otro hijo. La tarde del lunes fue detenida en Departamental con Américo Vespucio y conducida al cuartel Borgoño en las mismas condiciones que Esther, Manuel y Elizabeth.

Poco después de la captura de Patricia Quiroz, dos hombres a los que la CNI identificaba como Lota y Rapa Nui salieron de una casa del Paradero 21 de Vicuña Mackenna que era vigilada desde tempranas horas. Lota era la ciudad en que residía Ricardo

Hernán Rivera Silva, estudiante de veinticuatro años; Rapa Nui, el nombre de la calle donde vivía José Joaquín Valenzuela Levi, comandante Ernesto y jefe de la Operación Siglo XX. Ambos abandonaron la casa alrededor de las cuatro de la tarde y fueron interceptados a las pocas cuadras por los agentes a cargo del capitán Krantz Bauer, comandante de la Brigada Verde, quien poco después se trasladará a la comuna de San Miguel para supervisar la operación en que murió el hombre al que identificaban como Jirafales.

Con Rapa Nui y Lota ya eran seis los detenidos que llegaron hasta al cuartel Borgoño. El último de esa jornada fue Ricardo Silva Soto, estudiante de Química y Farmacéutica en la Universidad de Chile. Ricardo había salido temprano del departamento de la Villa Olímpica que compartía con su esposa y su hijo. Ella recordará que por esos días Ricardo notó que era objeto de seguimiento.

La noche recién había caído sobre Santiago cuando el estudiante fue interceptado en el barrio Mapocho por varios agentes. Sería un viaje corto. El cuartel Borgoño estaba a pocas cuadras.

Cerca de las nueve de la noche, la Brigada Investigadora de Asaltos de la Policía de Investigaciones, encabezada por el Chueco Oviedo, compareció en pleno en el cuartel Borgoño. En esa reunión, Corbalán explicó a la audiencia que la idea era “pegar una apretada” al Frente y que para ello se realizarían en las siguientes horas diversos allanamientos en la capital. A la Policía de Investigaciones se le asignó una función de apoyo a la CNI, que se reservaría la acción en primera línea. Hasta donde se logró establecer en el proceso, en esa cumbre policial no hubo mención a las siete personas, cuatro hombres y tres mujeres, que permanecían detenidas en el cuartel.

En su última comparecencia ante el juez Dolmestch, Corbalán confirmó que la asistencia prestada por la Policía de Investigaciones fue tramitada en altas esferas por el general Salas Wenzel y que a partir de esa gestión surgió el nombre de la operación con que se conoció institucionalmente la Matanza de Corpus Christi.

Albania era la clave con que la brigada a cargo del Chueco Oviedo denominaba al plan de enlace para convocar a funcionarios fuera de horario de oficina.

A esas alturas, con la segunda parte de la operación en marcha, varios funcionarios policiales hacían horas extras y juntaban fuerzas para la noche.

El capitán Sanhuesa, conocido como el Huiro, se encontraba junto a su grupo de trabajo “haciendo colación” en el restaurante El Pollo Caballo de Vivaceta, a pocas cuadras del cuartel Borgoño, cuando recibió el llamado de alerta. Era cerca de la medianoche del lunes y el Huiro, el Costilla y Olafo, quienes unas horas antes habían capturado a Esther Cabrera, partían a prestar servicios en un nuevo operativo que se preparaba en la comuna de Ñuñoa. Esta vez iban a la caza de un hombre alto y delgado al que la CNI identificaba como Flamingo. Su verdadero nombre era Julio Guerra Olivares, Guido.

Esa noche permaneció varias horas hablando por teléfono con su hermano Alfonso. Estaba muy preocupado por los acontecimientos del día y temía por la seguridad de sus compañeros. Guido, sin embargo, creía estar a salvo: la pieza del departamento que arrendaba en Villa Olímpica pertenecía a la hermana de un prefecto de Investigaciones. A la medianoche caería en la cuenta del error.

El primero en ingresar al departamento fue el Costilla, seguido por el Huiro. En su declaración judicial, el primero dijo haber encontrado a Guido parapetado tras la taza del baño con un arma en la mano. “De inmediato, sin pensarlo, le disparé alrededor de cuatro tiros con mi arma de servicio.” Detrás del Costilla apareció el Huiro, y no obstante que éste se percató de que la víctima no mostraba señales de vida, “en un estado de mucha presión y confusión le disparé en el pecho”.

Al ser consultado por el juez acerca de por qué le disparó a un muerto, el Huiro adjudicó su reacción a la necesidad de “controlar rápidamente la situación”.

Una vez cumplida la tarea, el Costilla, sindicado por el juez Dolmestch como homicida de Guido, se tomó la molestia de arrastrar

el cuerpo de la víctima hasta el pasillo del edificio. En ese lugar funcionarios de la CNI no identificados en el proceso volvieron a disparar contra el cuerpo de Guido, quien recibió nueve balazos, dos de ellos en los ojos.

Guido era la tercera víctima mortal de la jornada, y a esa misma hora, en San Miguel, un operativo de mayor envergadura estaba en curso.

En Varas Mena 417, a unas cuadras de donde había muerto hace pocas horas Patricio Acosta, ya estaban alertados del peligro. La casa era una escuela clandestina de guerrilla y estaba a cargo de Juan Waldemar Henríquez Araya, comandante Arturo, quien era seguido hace varios días por funcionarios de la Brigada Verde. Para ellos Henríquez Araya era el Rey —debido a que frecuentaba una casa de calle Lanceros del Rey, en Villa Francia—, uno de los blancos prioritarios de la operación: presumían que formaba parte de la jefatura y lo consideraban uno de los más hábiles en la técnica de detectar y eludir seguimientos.

Precisamente la mañana de ese lunes, cuando los agentes recibieron la orden de atraparlo, el Rey no apareció por ninguno de los puntos o domicilios que frecuentaba. Ya agotadas las pesquisas, cerca de la diez de la noche de ese día el Rey entró a la casa de Varas Mena 417, que era vigilada desde tempranas horas.

Cecilia Valdés Toro, quien tenía veintiún años y oficiaba de cocinera de la escuela de guerrilla, recordará que el comandante Arturo puso sobre aviso a los habitantes de esa casa, que sumaban una quincena —entre ellos un niño de dos años, hijo de Cecilia—, del inusual movimiento en el barrio. Las evidencias eran contundentes, pero el grupo a cargo de Arturo decidió que lo mejor era permanecer esa noche en el lugar. Se irían temprano por la mañana, por turnos, agazapados al interior de un furgón utilitario, tal como habían llegado.

A la medianoche del lunes, mientras la mayoría de sus compañeros dormía, Cecilia Valdés veía televisión cuando escuchó el timbre de la casa, seguido de un fuerte golpe en el portón. Era la policía, que tenía acordonado el sector y no esperó a que alguien

abriera la puerta: cuando los frentistas comenzaban la huida a través del techo de la vivienda, un auto de la CNI echó abajo el portón. La balacera se desató en Varas Mena.

Tal como estaba acordado, el comandante Arturo, secundado por el combatiente Wilson Henríquez, que esa noche estaba de guardia, cubrieron la huida de sus compañeros. Los estudiantes de la escuela arrancaron como pudieron, desarmados y a medio vestir. Cecilia y su hijo lograron subir al techo con ayuda de Víctor. La pareja, con un niño a cuestas, caminó por los techos en medio de una feroz balacera.

El primero en caer fue Arturo. Se encontraba agazapado en el techo, cubriendo la huida de sus compañeros, cuando recibió un disparo en el tórax que lo derrumbó hacia una casa vecina. El comandante Arturo —nieto del ex diputado comunista Bernardo Araya, desaparecido junto a su esposa desde abril 1976— murió casi instantáneamente. Wilson Daniel Henríquez Gallego tuvo peor suerte. Tras caer herido en otra casa vecina, fue encontrado vivo por agentes de civil que lo golpearon duramente antes de rematarlo en el piso.

Manuel Morales, el conductor de la CNI al que apodaban Baretta, testificó haber presenciado cómo el carabiniero Iván Quiroz, subcomandante del cuartel Borgoño, descargó su fusil contra Wilson Henríquez, quien terminó con diecinueve balazos en el cuerpo, algunos de ellos en el rostro.

Al poco de alcanzar la calle, Víctor y la cocinera, con su hijo a cuestas, se encontraron de frente con dos agentes de la CNI. La madre del pequeño testificó haber sido víctima de golpes y de un intento de fusilamiento que iba en serio: de no ser por la intervención de un detective, que se opuso a la acción y los llevó detenidos, bien podrían haber terminado como Wilson Henríquez.

En los cálculos de la CNI, el operativo de medianoche en Varas Mena 417 fue un fracaso. La mayoría de sus habitantes logró huir a través de los techos de las casas vecinas. Y aunque dos murieron y tres fueron detenidos, ninguno cayó en manos de los hombres a cargo del mayor Corbalán, quien concurrió al lugar una vez ocurridos los

hechos, previo paso por la sede del partido Avanzada Nacional. La campaña del Plebiscito ya estaba lanzada.

El operativo en búsqueda del resto de los combatientes se prolongó hasta las primeras horas de la madrugada del martes. Quiroz y el Gurka Zúñiga, según confesión del primero, subieron a un jeep y barrieron el sector disparando ráfagas de fusil a lo que se moviera. Baretta, que se sumó al rastreo, declaró ante el juez que ambos jefes incluso dispararon deliberadamente contra sus propios compañeros, “buscando bajas que mostrar en ese operativo”.

De vuelta en el cuartel Borgoño, cerca de las cuatro de la madrugada, Álvaro Corbalán citó a Krantz Bauer a su oficina para ponerlo al corriente de lo que aquél llamó “la guinda del pastel”. La orden apuntaba a montar un falso enfrentamiento que sirviera de pantalla para asesinar a sangre fría a los siete detenidos que permanecían en el cuartel.

La versión judicial de Bauer, ratificada por Corbalán, indica que aquél se negó a cumplir la orden “por encontrarlo absurdo”. Entonces, ante la resistencia del comandante de la Brigada Verde, Corbalán mandó llamar a Quiroz y al Gurka Zúñiga. Debían ubicar a la brevedad a cinco oficiales que ejecutaran la orden. No había tiempo que perder. La prensa ya estaba citada.

En su testimonio judicial, el carabinero Quiroz narró una escena ocurrida inmediatamente después de recibir la orden: “Aun cuando ya percibo que la idea es matar a los detenidos, le pregunto nuevamente a (el Gurka) Zúñiga de qué se trata y ahí éste me informa más o menos con una expresión *los detenidos se iban a ir todos cortados*, por lo que a mí, dado el carácter de Zúñiga, quien a veces asumía funciones excediéndose en sus atribuciones, no quedo conforme y regreso a la oficina de don Álvaro (Corbalán) a fin de que éste me confirme esa orden, a lo que Corbalán (me dice) que ésa es una orden superior y éste, como una manera de ratificación llama en mi presencia por teléfono al general Salas (Wenzel) para decirle en los términos siguientes: *¿Va mi general la segunda etapa de lo que usted me ordenó hacer?* (...) Luego de cortar Corbalán me reprocha mi duda respecto de la orden, haciéndome

presente que cómo no me había dado cuenta que la orden era superior, indicando que el director de la CNI sólo dependía del Presidente de la República”.

Esa madrugada, Quiroz y el Gurka recorrieron las dependencias del cuartel reclutando personal para la matanza. Era una orden “de escalón superior”, argumentaron, y según recordó Krantz Bauer, que desde entonces quedó desvinculado de esta fase de la operación, convencieron al personal “con la política ésa de que tenían que mojarse el potito”.

En la agencia no había cosa peor que *acular*.

Cerca de las cinco de la mañana los autos con los prisioneros a bordo fueron saliendo en caravana desde el cuartel Borgoño. A pocas cuadras de ahí, en la casa de calle Pedro Donoso 582, la escena estaba siendo preparada por el Gurka Zúñiga. Era una de las noches más frías del año, con temperaturas bajo cero, y hasta donde recuerdan y se atreven a confesar los homicidas, ninguno de los detenidos temblaba.

Erich Antonio Silva Reichart, teniente de Ejército de la Unidad Antisubversiva de la CNI, dijo haber estado descansando al interior de un auto institucional cuando recibió la orden de trasladar a una mujer joven a la que recuerda “morena, de pelo negro, baja, que andaba con vestido”. Era Esther Cabrera Hinojosa, la Chichi. Silva Reichart, que tenía la misión de matarla, atestiguó que la joven “no estaba nerviosa, sino tranquila”. La condujo sin amarras ni mordazas y le recomendó, como si procediera a practicarle un examen médico de rutina, “que bajara la vista y estuviera tranquila”.

En otro automóvil, conducido por Baretta, viajaba el comandante Ernesto. A su lado iba el teniente Neira, quien unas horas antes había disparado contra el comandante Benito. Neira recordó que el detenido estaba “con la vista vendada y con sus muñecas atadas por una especie de vendas o géneros”. No se pronunció acerca de la actitud con que Ernesto afrontó sus últimos minutos.

Los autos fueron llegando uno tras otro hasta Pedro Donoso 582. Eran pasadas las cinco de la madrugada y el movimiento,

intenso desde hace algunas horas, no pasó inadvertido para los vecinos del barrio, quienes sintieron la llegada de vehículos que abrían y cerraban puertas, algunas de ellas correderas, propias de furgones utilitarios, de gente que iba y venía, de murmullos, de uno que otro grito apagado. Estaba próximo a amanecer; la prensa llegaría pronto.

Los detenidos fueron bajados por sus captores y ubicados, de acuerdo con la indicación del Gurka Zúñiga, quien se encontraba en la puerta coordinando las acciones, en diferentes piezas de la vivienda que ya estaban preparadas con armas en el suelo para simular un enfrentamiento. Los agentes sabían que todo debía hacerse rápida y coordinadamente, que cuando escucharan una piedra que golpeará el techo de la casa, o bien, un primer disparo, debían comenzar a matar.

Comenzaron a hacerlo poco después de que uno de los funcionarios, apostado en el exterior, lanzó una advertencia desde un megáfono.

—¡Ríndanse, policía! —se escuchó en toda la cuadra—, ¡están rodeados!

Entonces alguien lanzó una piedra al techo de la casa.

Hernán Míquel Carmona, funcionario civil de la CNI, encargado de análisis de información del cuartel Borgoño, tuvo a una mujer joven al frente. En su confesión dijo que nunca antes había participado de operativo alguno, y que esa noche tuvo la mala ocurrencia de pasear por el estacionamiento del cuartel y encontrarse con uno de sus jefes, quien le encomendó una misión cuyo objetivo sólo vino a conocer a último momento, cuando escuchó el primer disparo. Entonces, con su arma de servicio, hizo lo que le dijeron que hiciera, sin siquiera atreverse a abrir los ojos: “Disparé tres o cuatro tiros sobre un bulto que estaba frente a mí”.

El bulto en cuestión era Elizabeth Escobar, quien recibió trece impactos de bala disparados por Míquel Carmona y otros funcionarios.



Al fondo de la casa, en una cocina en penumbras, el teniente Silva Reichart se paró frente a Esther Cabrera, que también estaba de pie, y le descerrajó un tiro en la cabeza, “buscando que muriera de inmediato y no sufriera”. Silva Reichart recalcó que fue un solo tiro, y que si la mujer presentó más proyectiles en el cuerpo, cinco en total, tres de ellos en la cabeza, “fue porque luego pasó Zúñiga disparando otros tiros al cuerpo de la mujer”.

Ernesto estaba arrodillado sobre una colchoneta cuando el capitán Iván Leopoldo Cifuentes Martínez, quien unas horas antes había dirigido el operativo contra Guido, disparó tres de los siete tiros en la cabeza con que fue encontrado el jefe de la Operación Siglo XX. En el resto del cuerpo tenía alojados otros nueve proyectiles.

Al lado de Cifuentes estaba el teniente Neira. Éste aseguró que sólo disparó un tiro al cuerpo de Ernesto ante una orden de Cifuentes, que lo hizo sin atreverse a mirar a quien le disparaba, que estaba atemorizado, que, al tiempo que percutía, dijo para sí: “Me perdone Dios por lo que estoy haciendo”. La escena fue observada por Baretta, quien corroboró los dichos de Neira y se limitó a disparar hacia el exterior, de modo de fingir resistencia armada de las víctimas.

Hugo Rodrigo Guzmán Rojas, subcomisario de Investigaciones, trabajaba desde 1984 en la CNI. Su nombre operativo era José Maluje y en el cuartel Borgoño lo conocían como Maluje, a secas. Fue uno de los cuatro homicidas a los que el juez Dolmestch rebajó la pena por “haber colaborado sustancialmente en el esclarecimiento de los hechos”.

En su declaración judicial da a entender que no tenía buenas relaciones con sus superiores, en particular con el capitán Quiroz, quien lo abordó la madrugada del martes para encomendarle una función de apoyo en el operativo en marcha.

—¿Apoyo de qué? —se atrevió a preguntar Maluje.

—Pregunta mucho, Maluje, y por eso mis dudas sobre usted —habría dicho Quiroz, indicándole que el mayor de Ejército Rodrigo Pérez Martínez le informaría de los detalles.

En el proceso no quedó claro si Pérez le contó a Maluje de los detalles. Subieron juntos al auto que trasladaba a Patricia Quiroz,

madre de un niño de cinco años y de otro en camino, y probablemente guardaron silencio en el trayecto a Pedro Donoso. Maluje dijo haber pensado que se trataba de una diligencia de reconocimiento de domicilio hasta que ingresó a la casa y vio al resto de los detenidos, distribuidos en diferentes piezas, custodiados por colegas que apuntaban sus armas contra las víctimas.

Maluje ya sospechó lo que se venía y dijo no haber tenido tiempo de reaccionar: cuando se escuchó un fuerte golpe en el techo, “algo así como un ladrillo en el zinc”, vio cómo el mayor Pérez descargó cuatro tiros contra la mujer que tenía al frente y de inmediato le ordenó que disparara. Como se negó, dijo Maluje, Pérez amenazó con dispararle a él.

Rodrigo Pérez admitió haber disparado contra la mujer, pero desmintió que haya amenazado de muerte a su compañero. Es más, aseveró que Maluje también disparó contra la mujer.

Patricia Quiroz recibió once balazos, y si la cuenta no calza, hay que sumar los que hizo el Gurka, que según coinciden los ex agentes, fue pieza por pieza disparando contra los muertos.

Francisco Zúñiga, el Gurka, no pudo testificar en este caso ni en otros. En 1991, ya acogido a retiro, fue encontrado muerto de un balazo en la cabeza dentro del radio taxi con que se ganaba la vida. Su muerte fue adjudicada a suicidio, aunque las sospechas apuntan a un ajuste de cuentas entre ex agentes vinculados a negocios turbios.

Maluje, el subcomisario de Investigaciones, contó al juez que en su momento pensó hacer lo mismo que aparentemente hizo el Gurka cuatro años después. La balacera aún no se apagaba y Maluje salió de la casa de Pedro Donoso y se sentó en el asiento trasero del auto, “desolado, sin saber si llorar o pegarme un tiro”.

Afuera, agregó el ex detective, los agentes seguían gritándole a los muertos para que salieran con las manos en alto.

Policía, ríndanse, están rodeados.

Esa noche hubo periodistas que atendieron la recomendación del mayor Corbalán: durmieron con las botas puestas y no titubearon

en reproducir la versión oficial. Siete terroristas mueren en enfrentamientos con la CNI. Lo corroboran titulares y también, en su declaración judicial, el capitán Quiroz: “Tengo el recuerdo que llegaron muy rápidamente periodistas, que parece estaban sobre aviso sobre lo que iba a ocurrir (...) Estaba tan dispuesto el sistema comunicacional de estos hechos, que intervinieron rápidamente, como ya señalé, todos los componentes de videos y de Relaciones Públicas de la Central, y el gobierno se manejó también con mucha rapidez para dar la versión oficial de estos enfrentamientos como salió rápidamente en todos los diarios inmediatamente de ocurridos los hechos, con lo cual sentíamos un respaldo oficial de lo que se había realizado”.

El respaldo también fue personalizado.

Un par de días después de la masacre, el capitán Krantz Bauer organizó un asado para el personal de su unidad. A la cita, realizada en el casino de suboficiales del Ejército, acudió la plana mayor de la CNI, encabezada por el general Salas Wenzel, quien agasajó al personal con botellas de whisky.

Álvaro Corbalán, quien también estaba presente e invitó a los subalternos de su unidad, recordó ante el juez que este tipo de manifestaciones eran habituales “en estos casos de gravedad y de gran tensión”, y que en esa oportunidad, cuando todo parecía marchar sobre ruedas, Salas Wenzel —condenado a cadena perpetua por los hechos del 15 y 16 de junio— “felicitó al personal por la eliminación y participación que se tuvo en la Operación Albania”.

## VEINTIUNO

José Miguel estaba abatido. En momentos en que se disponía a dar a conocer las diferencias insalvables entre la organización militar y el partido, sobrevino la muerte brutal de doce combatientes, tres de ellos comandantes de la Dirección Nacional. Entre esos tres estaba Ernesto, su más cercano en la organización. Por ello el documento de fines de junio con que el máximo dirigente se dispuso a evaluar lo acontecido en los últimos meses, “complejo sin lugar a dudas”, y trazar un itinerario ante lo venidero, parte diciendo que “aún estamos conmocionados por la caída de doce valiosos hermanos” y que existe un sentimiento de “dolor y rabia (...) por el hecho de que no todos cayeron combatiendo ni en acciones combativas”.

Desde un comienzo, en la organización hubo sospechas de que la Operación Albania había sido un montaje con un objetivo específico: vengar la ofensiva emprendida tras la visita de Juan Pablo II. Suponer que el operativo también perseguía agudizar la crisis entre el partido y su aparato militar, como se elucubró después, en su momento habría significado la existencia de agentes infiltrados en altas esferas.

El juez a cargo de investigar el caso no profundizó en las motivaciones de la matanza. Al revisar el expediente queda la impresión, como lo expresó el mayor Corbalán en la reunión del cuartel Borgoño con los funcionarios de la Policía de Investigaciones, de que la idea no pasaba de “pegar una apretada” al enemigo.

La mayoría de los ex agentes interrogados coincidió en que las víctimas eran seguidas hace días, fruto de un trabajo de inteligencia emprendido por la Brigada Verde. Sólo uno de ellos, ni más ni menos que el jefe de esa división, esbozó al respecto un dato

relevante: Krantz Bauer Donoso aseguró que la brigada especializada en el combate al FPMR solía trabajar con “antecedentes que aportaban informantes pagados”.

Ese dato, que quedó incorporado al proceso judicial como una frase al pasar, cobrará sentido al relacionar acontecimientos venideros.

Lo único certero en ese entonces fue que el golpe asestado por la CNI ocurrió en el momento más sensible de la organización. Aunque la ruptura con el partido era inminente, la Operación Albania aceleró un proceso que se arrastraba por casi un año.

Agotada la discusión, con los militantes alineados, el único punto pendiente fueron las armas que habían quedado en poder de uno u otro bando. La disputa por los medios disponibles, que no eran pocos pese al traspie de Carrizal Bajo, será recordada como uno de los capítulos más ingratos del proceso de separación.

De momento, sin embargo, recién oficializada la ruptura, no quedó más que salvar la situación a como diera lugar. Con todas las formas de lucha, incluso las más agudas. Había que salir a recuperar lo que había quedado del otro lado, asegurar lo propio. En una guerra no hay tiempo para vivir el luto.

Aún conmocionado por la masacre, José Miguel advirtió que “el dolor no nos detiene a llorar”. Para los que seguían en esta vida, recordó que “el dolor y la rabia no se transforman en llanto, sino en más fuerza y empuje para salir adelante”.

Era una etapa compleja, más difícil que las otras, pero el jefe tenía un plan que delegó en Bigote, quien a la vez puso a trabajar a Ramiro. A estas alturas, en vista de los últimos golpes, Ramiro ya era un sobreviviente y uno de los pocos jefes operativos que seguía activo. Joaquín y Marcelo estaban en prisión. Benito, muerto, lo mismo que Ernesto y Arturo. Tarzán y Tamara, ya identificados por la policía, habían tenido que entrar en una etapa de *congelamiento*. El futuro estaba en manos de Ramiro.

Tras permanecer más de dos meses internado en la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital Sótero del Río, Joaquín, el co-

mandante batido a duelo con la policía, fue derivado al hospital de la ex Penitenciaría. Su situación seguía siendo de cuidado: herido de bala en cuello, tórax, brazos y muslos, entre otras lesiones, estaba postrado y requería cuidados permanentes. Ni siquiera podía sostenerse en pie, pero igualmente Torres Silva dispuso medidas excepcionales para su resguardo.

Joaquín estaba marginado del resto de la población penal, sometido a incomunicaciones prolongadas, cuando no a visitas restringidas. Había salvado la vida pero seguía aislado del mundo, y en esos días, la persona que más contacto tuvo con Joaquín fue Teresa, una de las enfermeras del hospital penitenciario asignada a su cuidado.

Teresa no era una muchacha a la que le interesara particularmente la política. Menos la política contingente, que le daba miedo. Ella, por lo demás, no entendía de esas cosas. No tenían que ver con ella, muchacha de provincia que cumplía doble turno: su madre, ya mayor y enferma, también requería cuidados en su casa. De esas cosas, cosas banales y sin mayor trascendencia, comenzaron a hablar Joaquín y Teresa en esas flojas tardes de hospital penitenciario.

En principio, Teresa no quería saber nada de los asuntos profesionales de Joaquín. Sabía perfectamente por qué estaba ahí, cómo no saberlo, si en el hospital era comentario obligado. No cualquiera, después de haber intentado matar a Pinochet, sobrevive a siete balazos en el cuerpo. Teresa lo sabía, si hasta debía curar las heridas de Joaquín, pero ella, en esos primeros días, prefería hablar de otras cosas. De su madre, del trabajo, de la visita del Papa, de los otros pacientes, en su mayoría vulgares y de malas maneras, a los que también debía atender. Con Joaquín sí podía hablar de esas cosas.

A diferencia de los otros, a juzgar por Teresa, Joaquín tenía algo distinto. Parecía culto, atento... y valiente, por sobre todo. Si apenas se quejaba cuando ella, al tiempo que le hablaba de su vida, curaba las heridas de Joaquín. Era un caballero, podría decirse, un caballero al que de cierto modo ella admiraba y también, al verlo convaleciente, incapaz de levantarse sin su ayuda, compadecía.

Todo eso era Joaquín para Teresa en el invierno de 1987. Aunque a decir verdad, porque se le olvidaba y tenía que recordárselo a sí misma —en estas cosas no podía engañarse—, Joaquín también era como los otros, o algo todavía peor: un peligroso terrorista.

A Ramiro no le fue difícil ubicarlo. Oportunamente, como indicaban las normas internas de la organización, a su regreso de Cuba Fernando había hecho llegar su currículum a la Dirección Nacional. Su retorno había ocurrido en un momento complicado, en medio de la separación, así que no fue mucho lo que Fernando hizo en esos meses posteriores a su llegada. Permaneció vinculado a Tamara, antes de que ésta tuviera que *congelarse*, y más tarde se puso a disposición de Ramiro, a quien ya conocía sobradamente.

Fernando, veintisiete años, natural de Maipú, formaba parte de uno de los tantos grupos operativos con que contaba Ramiro.

A fines de los setenta, mientras Ramiro comenzaba a estudiar Educación Física en Valparaíso, Fernando llegaba al puerto para cumplir con el Servicio Militar Obligatorio en la Armada. No se conocieron hasta mediados de los ochenta, cuando Fernando fue integrado a uno de los grupos operativos a cargo del pelotón de Ramiro. De no ser porque la estructura de Fernando cayó casi por completo en mayo de 1986, lo que obligó a evacuarlo urgentemente del país, muy probablemente habría sido considerado para la Operación Siglo XX. Así al menos se lo comentó a Fernando una vez que éste regresó de Cuba y volvió a vincularse a la organización.

—Tú debiste haber estado —le dijo en el reencuentro—. Capaz que hasta nos hubiésemos echado al viejo.

Pero el viejo seguía ahí. Y el fracasado ajusticiamiento era historia. Varias cosas habían ocurrido desde entonces, entre otras, ni más ni menos que una redefinición de la lucha armada, y en esta etapa crucial Ramiro le tenía reservada una misión a Fernando. Algo importante, adelantó, sin entrar en detalles.

Lo único que Fernando necesitaba saber era su tarea más inmediata: arrendar una casa de seguridad con garaje, patio y el suficiente espacio interior para la construcción de un barretín.

Casi un mes después, asistido por un corredor de propiedades, Fernando consiguió una casa con las características señaladas. Su dirección era Cahuelmó 5999 y estaba en población Dávila, comuna de Pedro Aguirre Cerda, en una villa de Carabineros. La casa pertenecía a un mecánico de la policía que habitaba a media cuadra de ahí.

—Está perfecto —juzgó Ramiro después de visitarla, sin confiarle todavía a Fernando el destino que tendría la vivienda. De momento le ordenó habitarla y estar atento al próximo vínculo: Vicuña Mackenna con Diez de Julio. En esa esquina debía tomar contacto con Gastón, combatiente especialista en construcción, para conducirlo hasta la casa de población Dávila.

Gastón —secundado por un ayudante de nombre político Emilio, el Igualito, apodado así por el sorprendente parecido con su hermano, también combatiente— se encargaría de las obras.

Una fría tarde de julio, tras vincularse con Fernando, Gastón inspeccionaba la casa de población Dávila. Midió la solidez de las paredes y las condiciones del suelo, preguntó por la rutina de los vecinos, accesos y vías de evacuación. Anotó variantes en una libreta, trazó un cálculo ilegible y determinó que el mejor lugar para excavar era la primera pieza de la vivienda, entrando a mano derecha. Si trabajaban dieciséis horas diarias, de lunes a domingo, ininterrumpidamente, Gastón calculó que demorarían poco más de tres semanas en concluir la tarea.

El primer día de agosto, Gastón y Emilio pusieron manos a la obra. Fernando, aunque no participaba directamente de la construcción, también tenía bastante de qué ocuparse. En esos días, por orden de Ramiro, compró un taxi Peugeot 404 en el que salía a trabajar cada mañana. En rigor, Fernando simulaba salir a trabajar, porque además de cocinar para Gastón y Emilio, trasladar escombros y contactarse diariamente con Ramiro, su principal tarea era resguardar las apariencias ante los vecinos de la población, que ya lo conocían y saludaban amistosamente. Era el taxista del barrio, aunque rara vez tomaba pasajeros, y cuando lo hacía, forzado por las apariencias, no sabía cómo ni cuánto cobrar. El taxímetro funcionaba cuando le daba la gana.



Considerando que cumplía una doble tarea, de enlace y pantalla, recoger pasajeros era tan imprudente como no recogerlos. Entonces, para no pasarse todo el día dando vueltas con el auto vacío, el falso taxista, que a sus veintisiete años era agraciado y tenía éxito con las mujeres, contaba con una lista de muchachas a las que visitaba por turno, procurando ser equitativo y generoso a la vez. Muy en confianza, porque en la organización era importante cultivar una leyenda pero no abusar de ella, el falso taxista se jactaba de que algunos de sus amores eran adeptas al régimen, lo que en Fernando despertaba más un dejo de viril orgullo que de contradicción ideológica. El amor, hermano, no distingue color político, bromeaba Fernando, amparado en el consejo de Joaquín, que en sus días de libertad solía decir que en la organización se puede hacer de todo, pero sin que se sepa. Así lo hacía Fernando, a escondidas; total, argumentaba, todo sea por la causa, aunque en esos días de agosto, al acercarse el día decisivo, la causa comenzaba a deparar muchas más responsabilidades que placeres.

La convalecencia de Joaquín fue extensa, mucho más de lo que se pensó en un primer momento. Ya entrado el invierno era claro que no iba morir, pero igualmente requería de los cuidados de Teresa, que a esas alturas no eran sólo médicos sino también afectivos. Con ella las cosas habían tomado un curso propio, de consecuencias impredecibles.

Teresa se las arreglaba para pasar el mayor tiempo posible con Joaquín, se inventaba atenciones y las que no se inventaba demoraban más de la cuenta. Incluso le robaba horas a su madre, que seguía reclamando atención, y ya no le daba miedo hablar de los asuntos de Joaquín. Es más, ahora era Teresa quien se interesaba por indagar en ellos. ¿Era cierto entonces eso de los desaparecidos? ¿Pero cómo puede ser? Algo habrán hecho, en algún lado estarán, no puede ser, ¿o sí?... Y si fuera así, si hubiera desaparecidos y torturas y tantos exiliados como decía Joaquín, ¿por qué había que hacer explotar bombas?, ¿por qué tiene que morir gente inocente?

Ese tipo de interrogantes hizo Teresa a mediados de 1987. Y cuando ella comenzó a interesarse en esas cosas, aunque fuese por mera curiosidad, Joaquín juzgó que ya era oportuno pedírselo.

Sabía que era asunto delicado, no era llegar y decirlo, por eso Joaquín empezó por preguntar si ella sentía algo por él. Lanzada así, de improviso, la pregunta le cayó de sorpresa a Teresa. No sabía qué decir, o sea, sabía o creía saberlo, pero no se atrevía a confesarlo, así que dijo que no sabía a lo que se refería. Joaquín se refería a que si ella sentía algo —llámese estima, cariño, amor— entonces debía estar dispuesta a hacer una cosa por él. ¿Una cosa como qué?, se apresuró ella. Algo que podía ayudarlo a salir de ahí. Ella quiso saber a qué se refería exactamente y él se lo dijo: necesitaba un esmeril para romper los barrotes del hospital. Justo bajo su ventana, en un patio muy poco concurrido, se guardaban los toneles de basura que eran evacuados a diario.

Teresa quedó de pensarlo.

Lo natural habría sido trabajar desde un comienzo con Rigoberto. Si lo hubiera hecho así, Ramiro se habría ahorrado unos cuantos inconvenientes. Rigoberto, a quien todos llamaban Pelado Dago, dentro y fuera de la organización, era experto en secuestros y antiguo conocido de Ramiro.

A mediados de 1983, seis meses antes de la fundación del Frente, ambos habían coincidido en La Habana. Fue una instrucción breve, elemental, de apenas cuatro a cinco meses, orientada a materias conspirativas generales. No había tiempos para más. A principios del año siguiente estaban de regreso en Chile para sumarse por entero a la lucha armada.

Subordinado a Joaquín, Benito y Ramiro, dependiendo de la operación, Rigoberto participó en los secuestros del cabo de Carabineros Germán Obando y del coronel de Ejército Mario Haberle, ambos ocurridos en 1986. A principios de ese mismo año, el Año Decisivo, Rigoberto también destacó en el asalto a la casa de cambio de calle General Holley, en Providencia. Su descripción física, trazada por los testigos del asalto, quedó estampada en los diarios del día siguiente: Rigoberto fue el hombre alto y macizo,

de nariz aguileña, lentes ópticos y ropa deportiva que entró a la agencia rengueando y con un bolso en la mano. A los pocos minutos salió con el bolso repleto de dólares y condujo la moto en la que también arrancó Tamara.

Rigoberto tenía abundante currículum subversivo, y de no ser porque ese mismo año sufrió un accidente doméstico, que obligó a enyesarle un pie, cabe la posibilidad de que Ramiro lo hubiera convocado para formar parte del comando que emboscó a Pinochet. O quién sabe, tal vez no, de ningún modo, atendiendo a razones estrictamente técnicas: a Rigoberto le faltaba un dedo del pie izquierdo, el dedo medio, de ahí que se desplazara con dificultad.

El hecho es que siendo jefe operativo, de un rango similar al de Sacha, no fue considerado para la emboscada en el Cajón del Maipo. Y ahora, un año después, aunque reunía todas las condiciones para hacerse cargo de la operación en curso, Ramiro tampoco le otorgó un papel estelar en la misión. Podía sumarse como uno más, pero no como jefe.

La razón esta vez no era técnica, sino de índole estrictamente disciplinaria. Unos meses atrás Rigoberto se había gastado el dinero que se le confió para una operación.

La falta, que significó su degradación inmediata, de jefe de columna a soldado raso, obligó a Ramiro a acudir a otro de sus subordinados. Su chapa era Rubén, hombre extremadamente delgado, “de aspecto cadavérico”, según lo describió un testigo. Al mando del antiguo grupo operativo de Rigoberto, en el que ahora se contaba el propio Rigoberto como simple combatiente, Rubén fue designado por Ramiro para dirigir en terreno la operación que significaría el debut del Frente Autónomo, denominación que adoptaron los disidentes en contraposición a los leales, reconocidos como Frente Partido.

La responsabilidad de Rubén era mayúscula, según le hizo ver Ramiro al asignarle la misión y exigirle responsabilidad, compromiso y disciplina. Secuestrarían a un mayor de Ejército a quien el Frente Autónomo creía el Príncipe, apodo con que hizo fama el oficial que estuvo a cargo del ex Estadio Chile en los días inme-

diatamente posteriores al golpe de Estado. El Príncipe, según se hacía llamar a sí mismo delante de los prisioneros, se ufana de su maldad. Los sobrevivientes lo recuerdan alto y rubio, dueño de un vozarrón —y de una metralleta punto 30— que intimidaba a los detenidos. Amenazaba con matarlos a todos, los insultaba. El Príncipe tenía sed de mal y se cree que la sació con Víctor Jara, el más renombrado cantautor de la Unidad Popular, que no salió vivo del estadio que hoy lleva su nombre. El Príncipe, de acuerdo con la información que manejaba la jefatura del Frente Autónomo, era el mayor de Ejército César Antonio Ramírez Chovar.

En su sentido más hondo, era una acción propagandística destinada a demostrar que los autónomos tenían capacidad para realizar operaciones de gran envergadura al margen del partido. Pensando en quién era el objetivo —o se suponía que era—, el golpe de efecto estaba asegurado.

En lógica de la época, la Operación Príncipe pudo haber sido una campaña de lanzamiento magistral, de no ser por dos variantes ligadas entre sí que relativizan el diagnóstico: César Antonio Ramírez Chovar no era el Príncipe, ni siquiera había estado en el Estadio Chile, pero su naturaleza sagaz y desconfiada impidió que el equívoco pasara a mayores.

A principios de 1988, al comparecer ante el fiscal Torres Silva en calidad de testigo, el mayor Ramírez, de treinta y dos años, recordará que hacia fines de agosto de 1987, atendiendo a que “por regla general adopto medidas de seguridad como mirar bien hacia ambas direcciones al salir de mi casa o dar algunas vueltas por el sector antes de entrar”, reparó en la presencia de “sujetos sospechosos” que rondaban su casa de avenida Salvador.

Unos días después, de mañana, poco antes de abrir el portón de su casa para sacar el auto, se encontró con cinco obreros —uniformados con overoles, chaquetas reflectantes y cascos de seguridad— que se aprestaban a realizar labores frente a su casa. Habían llegado en una camioneta C-10 y todo indicaba, por los conos distribuidos a lo largo de la calle, que pintarían alguna señal de tránsito. Pero en vista de que “esa calle no parece ser necesario

pintarla” y de que “habían colocado uno de esos conos precisamente frente a la salida de autos de mi casa”, el mayor volvió sobre sus pasos para buscar su revólver.

“Al salir, llevé mi pistola en la mano. Había un hombre que estaba ubicando el cono, quien al verme lo corrió a un lado”, testificó Ramírez.

Por la tarde, de regreso a su casa, el mayor hizo lo que hacía todos los días: dio vueltas por el sector antes de estacionar el auto frente al portón de su casa. No había olvidado el incidente de la mañana, pero tampoco le pareció de importancia como para reportarlo a sus superiores. Aunque cuando estuvo frente al fiscal Torres, y contó con más antecedentes del caso, pensó que quizás había incurrido en un error. Todo cobraba sentido, más todavía al recordar que una vez que cerró el portón, echó una última mirada a la calle. La calle seguía igual que siempre, sin pintar.

Esa misma mañana de fines de agosto, Fernando estacionó temprano en una calle de Pedro Aguirre Cerda. Tenía orden de Ramiro de esperar la llegada de los falsos obreros que transportarían al falso Príncipe en la camioneta C-10. Fernando y su taxi, que debía officiar de trasbordo para conducir al militar hasta la casa de la población Dávila, vino a enterarse a última hora del cambio de planes.

Aunque la operación conservaría el mismo nombre, el secuestrado ya no sería el Príncipe, sino un coronel de Ejército considerado de más bajo perfil, que tenía residencia en La Reina. Su nombre era Carlos Hernán Carreño Barrera, gerente comercial de Fábricas y Maestranzas del Ejército, FAMA E.

En los días en que el falso Príncipe era objeto de seguimiento, Rubén, el jefe operativo de las acciones, se reunió con Ramiro para darle la noticia. Había extraviado una carpeta azul donde guardaba los informes acerca del mayor Ramírez que le entregaba a diario Rigoberto, encargado de las tareas de exploración.

Tras reprenderlo duramente por el descuido, que podía costarle carísimo a todo el grupo, Ramiro degradó a Rubén en el acto.

Entonces Rubén pasó a ser soldado raso y su lugar fue ocupado por Rigoberto.

De esta forma, azarosa e inmerecida, Rigoberto volvía a ascender en la organización, quedando automáticamente exculpado de su falta anterior.

Las cosas volvían a ser como antes. Volvían a ser como deberían haber sido desde un comienzo. Rigoberto tenía experiencia en secuestros y era cercano a Ramiro. Además, según pudo establecer unos meses después el fiscal Torres, Rigoberto reunía características personales que sugerían coincidencias muy intrigantes con el caso.

Rigoberto —que en realidad era Bernardo Mendoza Morales, treinta y cinco años— tenía dos hermanos trabajando en FAMAE, la empresa del Ejército de la que Carreño era gerente a la fecha en que fue secuestrado. Su padre y una hermana de su padre y una hija de la hermana de su padre también habían trabajado en FAMAE. Y hasta el mismo Rigoberto trabajó hasta comienzos de los setenta en el Departamento de Municiones de Infantería de FAMAE.

Rigoberto, quien fue identificado como jefe operativo del secuestro, nunca pudo ser detenido. Cayeron sus hermanos y algunos de sus parientes, que nada tenían que ver con el caso, pero no él. Como muchos en la organización, Rigoberto era de los que decían que jamás iba a caer preso, que prefería morir combatiendo con algunas de sus pistolas, o tal vez las dos, una de marca FAMAE calibre 6.35; la otra, Browning calibre 7.65.

En sus declaraciones ante el fiscal Torres, el coronel Carreño identificó a Rigoberto como uno de sus principales celadores, y pese a que nunca pudo observarlo detenidamente, lo describió como “macizo, fuerte, de buen estado físico”, además de corto de vista y “respiración jadeante”.

Rigoberto le confidenció a Carreño que había sido detenido tras el golpe y permaneció en el Estadio Nacional. Más tarde, de acuerdo con el mismo relato del coronel, salió exiliado rumbo a Europa, regresó a comienzos de los ochenta y fue detenido y torturado por la CNI.

En la ficha de antecedentes elaborada por la CNI consta únicamente que Rigoberto fue detenido a fines de 1979 por Carabineros, tras participar en una protesta callejera en el centro de Santiago. También consta que “debería faltarle un dedo del pie”, que “permanentemente anda armado”, que es uno de los “fundadores” de la organización, que —de acuerdo con uno de sus compañeros que trabajó de cerca con él— “era bueno para el trago, extrovertido, cachetón, sobre todo cuando estaba en presencia de mujeres jóvenes”.

Lo que no cuenta ningún informe, porque ése ya es un asunto íntimo, es que Rigoberto tenía una suástica tatuada en su brazo izquierdo.

Joaquín nunca supo si Teresa lo habría hecho o no. Según le comentó más tarde a sus compañeros más cercanos, quienes fantaseaban con el relato de Joaquín y la enfermera, él apostaba a que sí, que estaba dispuesta a conseguirle un esmeril para ayudarlo a escapar de la cárcel. Pero eso ya daba un poco lo mismo. Joaquín fue dado de alta del hospital penitenciario cuando esperaba la respuesta de Teresa.



Carlos Hernán Carreño Barrera, coronel de Ejército y gerente comercial de Fábricas y Maestranzas del Ejército, FAMA E. Diciembre de 1987, pocos días después de ser liberado. ARCHIVO COPE SA.



## VEINTIDÓS

Carlos Carreño Barrera vivía en un condominio de avenida Simón Bolívar, comuna de La Reina, y pese a su grado y cargo, coronel de Ejército y gerente comercial de FAMAE, no contaba con escolta. Raptarlo en la puerta de su casa, cuando se dirigiera por la mañana a dejar a sus hijos al colegio, sería un asunto relativamente sencillo. Lo delicado vendría luego, una vez que el vehículo se pusiera en marcha con el coronel a bordo y la alerta de búsqueda quedara lanzada.

Para la primera fase del plan, trazado entre Ramiro y Rigoberto, se definió un equipo de cinco hombres a cargo de este último, quienes simularían ser operarios de la Empresa Metropolitana de Obras Sanitarias atendiendo al llamado de una supuesta emergencia frente al domicilio del militar. Cuando éste abriera la reja de su casa para sacar el auto, sería encañonado por Rigoberto y forzado a subir al furgón.

Unas cuadras más allá, en la misma comuna, Fernando y su taxi entrarían en acción.

El penúltimo día de agosto, una vez que el barretín estuvo concluido, Fernando tuvo un punto con Ramiro. Estación del Metro Tobalaba, vereda sur. En ese lugar Fernando recogió a Ramiro como si fuese un pasajero de ocasión para tratar acerca del cambio de planes.

El martes 1 de septiembre, a las siete y quince de la mañana, Fernando debía estacionar el taxi en un punto asignado de la comuna de La Reina, en las cercanías de Tobalaba con Larraín, aguardar con las puertas abiertas del vehículo, incluida la maleta, y no moverse de ahí hasta la llegada del furgón celeste que trasladaría al coronel. Ramiro fue muy enfático con Fernando en

que éste debía memorizar la ruta a seguir, trazada con antelación en un mapa, que debía conducir a una velocidad moderada, de modo de no despertar sospechas. De él dependía en gran medida el éxito de esta fase de la operación, le hizo saber, y para que no hubiese malentendidos, porque en estas cosas, más por experiencia que por naturaleza, Ramiro era desconfiado, se acomodó en el asiento trasero del taxi para recorrer junto a Fernando la ruta que seguiría ese día.

Iniciaron el viaje en La Reina, Martín Rivas esquina Carmela de Ramírez, y se desplazaron, mapa en mano, serpenteando calles secundarias, eludiendo las principales, hasta la Gran Avenida. Antes de bajar del taxi, Ramiro entregó a Fernando el mapa con la ruta y le preguntó si tenía alguna duda. Ninguna, aseguró Fernando, estaba todo claro, pero Ramiro, igualmente, como lo haría un entrenador con sus pupilos antes de salir a la cancha, repitió lo dicho: memorizar la ruta, respeto a las normas del tránsito, puntualidad, disciplina, compromiso.

—¿Está claro?

—Está claro.

El taxi de Fernando se puso en marcha rumbo a la población Dávila. Ramiro desapareció al doblar una esquina. Era una mañana de domingo y aún había mucho trabajo por delante.

—¿Y esto? —preguntó Víctor, dirigiéndose al que tenía al lado—. ¿Cómo se hace?

—Mira —dijo Sacha, tomando la pelota en sus manos—, esta huevá es igual que disparar.

—¿Cómo igual?

—Igual, poh. Primero tenís que apuntar adonde tiene que llegar la pelota, el lugar exacto. Después, cuando tení claro eso, agarráí vuelo y ¡pum!, disparas, siempre mirando el blanco, no la pelota.

—Ah, ya —sonrió Víctor—, igual que disparar entonces.

—Igual.

Eran los últimos días de octubre y los fusileros que habían permanecido en regiones, como Víctor y Sacha, volvían a ser reunidos

en la Cárcel Pública de Santiago por orden del fiscal Torres. La medida era resorte de un hecho ocurrido unos días atrás.

La noche de un martes 13, que fue una noche lluviosa, Sergio Buschmann protagonizó un fácil escape desde la antigua cárcel de Valparaíso. Buschmann, que era uno de los jefes de la internación de armas por Carrizal Bajo, huyó junto a otros tres presos políticos —entre los que se contaba Antonio, ex pareja de la joven suiza que se enamoró de Tarzán— por medio de una escalera apoyada a una de las paredes del penal. Quedaba en claro que la seguridad en regiones dejaba mucho que desear, más todavía en ciudades pequeñas.

En la cárcel de Los Andes, donde había estado Sacha, era común que los partidos de fútbol quedaran interrumpidos porque la pelota se perdía tras los muros. A veces alguien que iba pasando por la calle la devolvía; la mayoría de las veces tenía que partir un gendarme a buscarla, si es que no enviaban a los *mocitos* más confiables. El punto es que si una pelota cruzaba con facilidad los muros del penal también podía hacerlo una persona, del modo en que lo hizo Buschmann, o quizás haciendo banquillo como Axel y Rodrigo en Hanoi.

De cualquier modo Sacha no alcanzó a intentarlo. En parte porque estaba cómodo ahí; en parte porque no contaba con apoyo del exterior; pero principalmente porque cuando comenzó a pensar en la posibilidad, a esbozar un plan, fue trasladado sorpresivamente. Ni siquiera tuvo tiempo para despedirse del Indio Juan, del Ñato. En un par de horas estaba de vuelta en la Cárcel Pública de Santiago y allá las cosas ya no estaban como antes.

El asunto de la división recién se había hecho público y los frentistas experimentaban un proceso de definiciones. Había un ambiente enrarecido, de secretismos y desconfianzas, que nunca se disipará por completo; por el contrario: con el sucesivo traslado del resto de los presos políticos a la Cárcel Pública, que iba camino a convertirse en una cárcel de alta seguridad, ese ambiente tenderá a tornarse cada vez más espeso.

Al menos para Sacha las cosas resultaron bastante menos traumáticas de lo que podría suponerse. Sus antiguos compañeros lo recibieron de manera afectuosa, como uno más que era, sin ma-

nifestar jamás alguna palabra de reproche o censura en su contra. Después de esa tarde de fines de 1986 en que admitió su falta ante los cuatro compañeros que entregó, el tema no volvió a ser mencionado, al menos no en su presencia. La delación era un tema que principalmente seguía presente en él y que cada tanto, cada vez menos, afloraba desde su subconsciente. De la solicitud de condena a muerte ni siquiera estaba enterado, y como Enzo y Joaquín sí estaban enterados pero permanecían en la Penitenciaría, Sacha se integró a los Autónomos con toda comodidad. El médico Manuel Ubilla, comandante Marcelo y líder del Frente Autónomo en prisión, le asignó tareas al interior de las comisiones de Educación y Masas, que se sumaron a las tareas que asumió por cuenta propia en la Comisión de Deportes.

Sacha estaba a cargo de organizar los campeonatos de fútbol que se celebraban entre las principales organizaciones políticas. La liga carcelaria contaba con cerca de doce equipos distribuidos en dos divisiones, Primera y Segunda, pero de esos doce había dos que realmente importaban, los otras eran de relleno, los que siempre quedaban en el camino. Esos dos eran las selecciones del Frente Partido y del Frente Autónomo.

Los encuentros entre ambos equipos eran verdaderos clásicos y se vivían intensamente, a muerte. Esos partidos eran un reflejo fiel de la rivalidad que comenzó a incubarse y en la cual Sacha, pese a ser delantero inamovible de la selección de los Autónomos, se manejaba con una cuidadosa y sabia neutralidad. Sacha era el organizador, no podía sembrar discordia. Por lo demás tampoco estaba en su naturaleza. Sacha era sociable y amistoso, se hacía querer.

No obstante, fue inevitable que en un partido de la liga, que no era precisamente un clásico, Sacha haya protagonizado una fenomenal gresca con un jugador del equipo rival. Es cierto que Sacha entró fuerte a buscar un balón, golpeando la pierna del contrario de manera involuntaria. Pero el otro cometió la imprudencia de buscarlo con el más hiriente de los insultos:

—Hueón sapo —le dijo al pasar.

—¿Qué dijiste? —lo encaró Sacha. Antes de que el otro alcanzara a reaccionar, se le fue encima como un animal enfurecido.

Sacha era liviano de sangre y podía aguantar cualquier cosa, menos eso.

La mañana del martes 1 de septiembre, siguiendo a las instrucciones de Ramiro, Fernando estacionó el taxi en la esquina señalada. Llevaba jockey y lentes sin aumento para disimular su imagen, y para no despertar sospechas, porque estaba en un barrio residencial, a una hora en que la gente sale al trabajo y a la escuela, sacó un trapo amarillo y simuló limpiar el auto. Estaba en eso cuando escuchó los disparos.

El furgón celeste, con el coronel y cinco de sus captores a bordo, venía siendo seguido muy de cerca por una patrulla de Carabineros que por poco le dio alcance. Unas cuadras antes de la esquina donde se encontraba Fernando, el vehículo policial fue neutralizado a balazos por uno de los frentistas a bordo del furgón.

La pista quedó despejada, pero no por mucho tiempo.

Apenas Fernando se puso en marcha con el coronel Carreño oculto en la maleta del taxi, y Rigoberto en el asiento trasero, simulando ser un pasajero de ocasión, un jeep de Carabineros apareció por detrás con sus balizas encendidas.

En estos casos, cuando se trabaja al límite de la seguridad, no basta una buena planificación. La suerte también puede determinar el éxito o el fracaso. Ocurrió con el jeep de Carabineros que por muy poco, de no ser porque perdió el control y terminó estrellado, les da alcance; y ocurrió poco después con el control policial con que se topó el taxi de Fernando al cruzar avenida Ossa.

Por alguna extraña razón que Fernando todavía no termina de explicarse, el carabinero a cargo del control revisó los documentos de Fernando con cierta displicencia, como si llevara un apuro. Y como los papeles estaban en regla, tras echar un rápido vistazo a la cabina, donde Rigoberto se hacía el distraído mientras acariciaba su revólver, dio la autorización para que continuaran.

Cuando el Peugeot 404 ingresó al garaje de la casa de seguridad, un intenso operativo militar estaba en marcha. Según se supo

después, el coronel que había caído en manos del enemigo sabía mucho más de lo recomendable para su seguridad.

A fines de 2005, dieciocho años después de su secuestro, el coronel Carlos Carreño fue citado a declarar por el juez que investiga el homicidio del coronel de Ejército Gerardo Huber, ocurrido en 1992 y cuyo móvil estaría vinculado al tráfico ilegal de armas a Croacia urdido un año antes al interior de FAMA E. ¿Qué podía aportar el retirado coronel Carreño al homicidio de Huber? En lo referente al tráfico ilegal de armas, que habría motivado el homicidio, tanto como para que el juez accediera a que la declaración quedara estampada en un cuaderno secreto del expediente.

El secreto que el coronel Carreño demoró dieciocho años en revelar, y que una vez incorporado a la causa tardó un par de semanas en trascender a la prensa, anida ingredientes de novela de intriga internacional e involucra a militares chilenos de alto rango —entre ellos al general Augusto Pinochet— en otro caso de tráfico ilegal de armas.

En su declaración al juez Claudio Pavez, Carreño sostuvo que en la fecha en que fue secuestrado se encontraba negociando, en nombre del gobierno chileno, la venta ilegal de armas al gobierno de Irán, en ese entonces en guerra con Irak y afecto a embargo internacional.

El entonces gerente de FAMA E encabezaba una compleja negociación con el gobierno iraní por la venta de quince aviones F-5 pertenecientes a la Fuerza Aérea Chilena, FACH. La insólita oferta, cuya operación involucraba doscientos millones de dólares, respondía al intento anterior de FAMA E por vender bombas Avispa, versión alternativa de las bombas de Racimo que el empresario armamentista Carlos Cardoen comercializó paralelamente en Irak. En medio de esas transacciones cruzadas surgió un problema.

Cuando las bombas de FAMA E fueron probadas en Teherán, con Carreño de testigo, éstas no sólo fallaron sino que además provocaron la explosión de un F-4 iraní. La oferta de aviones chilenos era una forma de compensar el desaguizado, y el hombre encargado de dirigir las compensaciones económicas, a las que

supuestamente se oponía la FACH, era el propio coronel Carreño. Éste había viajado varias veces a Teherán en 1987 y —siempre de acuerdo con su versión judicial— su próximo viaje estaba programado para el miércoles 2 de septiembre de ese año, un día después de ser secuestrado.

Ese último viaje, que nunca se concretó, sería decisivo para la concreción del negocio de los aviones.

Dieciocho años después, por una investigación judicial vinculada a un caso que aparentemente nada tiene que ver con el suyo, el retirado coronel planteó ante el juez las sospechas de que uniformados chilenos hayan estado infiltrados en el FPMR. Sostuvo Carreño que la supuesta operación de inteligencia militar habría sido digitada por la FACH, con el propósito de frustrar la transacción. De otra forma no se explica que el FPMR lo haya elegido a él, militar sin mayor figuración pública, ni tampoco que el gobierno se haya negado a negociar su liberación. El asesinato y desaparición de los cinco frentistas que la CNI había capturado en esos días con el propósito inicial de canjearlos por el coronel, fue interpretado como una invitación a hacer lo propio con el militar.

Afuera el mundo podía estar cayéndose a pedazos, pero adentro, donde no había mucho que hacer para salvar la situación, las cosas funcionaban con cierta normalidad. Aunque cueste entenderlo, los que pasaron por eso dirán que la vida en prisión tiende a fijar los pies en la tierra.

Cuando se vive clandestino, en guerra contra una dictadura, todo es transitorio, urgente, inseguro. Adentro, en cambio, la vida transcurre continua y paciente. Adentro hay tiempo de sobra para hacer lo que antes era impensado, como compartir con la familia, leer un libro de corrido, seguir la teleserie de la tarde. El tiempo sobra, más todavía al caer la noche, cuando los presos son encerrados en sus celdas y no queda mucho más que seguir “la comedia” de turno, como todavía la llaman algunos en la cárcel, aunque en realidad se trate de un gran drama.

Hugo (Roberto Vander) es un acaudalado empresario y playboy chileno que se da la buena vida en Miami, mientras su tío Guido

(Walter Kliche), que es ambicioso y de poco fiar, administra su fortuna en Chile. Hugo es el famoso *Semidiós*, que da nombre a la teleserie de mayor audiencia en la cárcel.

La trama se desencadena cuando Hugo viaja a su país para tomar parte de un rally y, en plena competencia, se accidenta y desaparece. El hecho resulta particularmente dramático para su familia. Si Hugo llega a morir, su fortuna pasará a una institución de beneficencia.

Hugo no aparece y su esposa Ángela (Maricarmen Arrigorriaga) pide ayuda a Alex (Bastián Bodenhofer). No puede haber desaparecido así como así, de la nada, pero, tal como desapareció, un día aparece y ese Hugo ya no es el mismo de antes. Parece otra persona, se comporta de manera extraña, intrigante.

A medida que avanzan los capítulos, la audiencia, ayudada por revistas de espectáculos, intentará descifrar el misterio:

Ángela ha descubierto dos importantes pistas que la hacen pensar que suplantando a su marido se encuentra un impostor. El primer indicio fue su descubrimiento de que Hugo actualmente calza nueve y medio, según las medidas norteamericanas, mientras que antes calzaba inequívocamente ocho y medio. La inexplicable diferencia hizo que ella pusiera más atención en las actitudes y en el comportamiento del "semidiós". Una nueva pista: Hugo le ofreció whisky, en circunstancias de que él siempre supo que Ángela detestaba ese trago.

Sin embargo, no sólo hay indicios que hacen suponer que el millonario ha sido reemplazado por un impostor, sino que también existen buenas razones para pensar que sus actitudes o nuevos hábitos son consecuencia del prolongado y difícil periodo de convalecencia que vivió en diversos hospitales mientras se reponía de las graves lesiones que le ocasionó su accidente automovilístico.

Cualquiera sea la verdad, no hay duda de que los más beneficiados con el cambio de personalidad de Hugo Lemus han sido Guido y Alberto —administrador y abogado, respectivamente, de las enormes propiedades de la familia Lemus—.



Gracias a que el Hugo que volvió tiene una personalidad mucho menos fuerte que antaño, su tío Guido y Alberto disponen de los bienes suyos como nunca antes lo habían hecho. El suspenso se mantiene hasta el próximo capítulo, que desentrañará definitivamente este misterio.

Una vez que el coronel Carreño fue introducido en el barretín, suerte de sótano de dos por tres metros y un tubo como único respiradero, Rigoberto tomó el control de la situación. Con un tono solemne, apropiándose de su papel de anfitrión, le comunicó que había sido capturado por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez y que debía estar tranquilo y colaborar. Más allá de las condiciones en que permanecería, esposado y con la vista vendada, bajo una vigilancia constante, Rigoberto le dijo que no sufriría apremio físico, de eso podía estar seguro. Ellos no actuaban como la CNI, graficó.

La custodia de Carreño estaba a cargo Rigoberto y los dos constructores, Gastón y Emilio. Fernando tenía asignadas algunas responsabilidades en lo referente a la vigilancia del coronel, pero su principal misión consistía en mantener la fachada de la casa, procurando demostrar completa normalidad, además de oficiar de enlace con Ramiro y también, eventualmente, con Bigote.

El falso taxista salía a trabajar cada mañana, retornaba al almuerzo y por la tarde cumplía un segundo turno que se extendía hasta cerca del anochecer. Era el único de los cuatro autorizado para entrar y salir de la casa. A través de Fernando salieron las primeras cartas, fotografías y grabaciones que se conocieron del coronel bajo custodia del Frente.

En sus vínculos diarios con Ramiro, Fernando también entregaba reportes de la situación que se vivía al interior de la casa. Además contaba con un buzón telefónico para dejar recados a nombre de Ernesto Valenzuela, una conjunción entre la chapa del jefe de la Operación Siglo XX y su verdadero apellido. Si la situación estaba en orden, Fernando debía informar que las cotizaciones del día habían salido sin novedad. La situación era de alerta máxima.

Desde el mismo día del secuestro, la capital fue objeto de una operación rastrillo como nunca antes se había visto. Policías y militares buscaban al coronel casa por casa, rincón por rincón, un empeño que contrastaba con el invertido en casos similares. Los antecedentes conocidos apuntan a que el coronel Carreño guardaba un secreto de Estado demasiado importante como para exponerlo en manos del enemigo.

A los pocos días las tanquetas habían llegado a la población Dávila.

El coronel estaba advertido. Si la casa era allanada, ninguno de los que la habitaban quedaría con vida. De eso podía estar seguro. El barretín estaba separado por una malla de gallinero: de un lado estaba el coronel; del otro, el celador de turno, provisto de un arsenal suficientemente poderoso como para hacer volar la casa.

Cuando el operativo de búsqueda entró a calle Cahuelmó, Carreño, como acostumbraba desde el primer día, comenzó a rezar en voz alta. El resto se encomendó al plan trazado con anticipación.

En caso de que fuese un allanamiento general o masivo y Fernando no se encontrara en casa, dos de los captores bajarían al barretín y el tercero huiría por los techos con una radio o un televisor, simulando ser un ladrón. En el mismo escenario, pero con Fernando en casa, los tres custodios ingresarían al barretín y el dueño de la vivienda representaría el papel del taxista al que todos conocían en el barrio. Las cosas se entraban a complicar si el allanamiento era selectivo, con hombres armados hasta los dientes, dispuestos a registrar minuciosamente la casa. En ese entendido, el combatiente que se encontrara custodiando al coronel lanzaría una granada al interior del barretín y se uniría a la resistencia que emprenderían los otros tres. Ahí ya podía ocurrir cualquier cosa, pero estaba acordado que nadie se entregaría vivo. La idea era *irse con la mayor cantidad de chanchos*.

El allanamiento progresaba en calle Cahuelmó y era selectivo, casa por casa, rincón por rincón. Que llegaran al número 5999 era cosa de minutos. Carreño rezaba. Los otros preparaban la resistencia. De pronto, sin embargo, el operativo se detuvo por alguna

razón, quizás porque estaban en una villa de Carabineros, quizás porque se iba haciendo tarde, quién sabe. El hecho es que se detuvo unas pocas casas antes de llegar a la que habitaba Carreño.

Poco más tarde, una vez que la situación se normalizó, Fernando salió en su taxi para dejarle un mensaje telefónico a Ernesto Valenzuela.

Las cotizaciones del día seguían sin novedad.

La verdad, o tal vez parte de ella, salió a la luz. Existía un impostor, alguien que presionado por familiares del millonario había tomado su lugar para evitar que la fortuna pasara a instituciones de caridad como lo estipulaba el testamento de su padre. Sin embargo, Hugo Lemus no había muerto como suponían Guido y Alberto.

Su posterior aparición para reclamar el puesto que legítimamente le pertenecía, acrecentó la tensión. Secuestrado por quien lo suplantaba, fue obligado por éste a revelar detalles de su vida privada. Así, su impostor llamado Raúl Burgos —e interpretado en la pantalla por el propio Vander— conoció todos los detalles de la vida de Hugo Lemus y quedó más preparado para suplantarlo.

Para consumir su reemplazo, sólo le faltaba el último y más dramático paso: matar al verdadero “semidiós”. Su guardaespaldas es comisionado para esta misión, pero se arrepiente y ayuda a Hugo a reestablecerse.

Luego de una serie de escaramuzas, logra descubrirse quién es el verdadero heredero de la fortuna Lemus, y Raúl es encarcelado.

Dentro de la prisión, sin embargo, Raúl sigue dominando la situación y manda a secuestrar al hijo de Ángela y Hugo. Amenaza al “semidiós” y lo obliga a inculparse de haber reemplazado al verdadero millonario. Posteriormente Hugo le pide a Alex que desbarate este complot encontrando a su hijo. Así, antes de llegar a su inevitable desenlace, *Semidiós* tiene a los espectadores pegados al televisor.

Transcurrida una semana de cautiverio, la salud del coronel comenzó a deteriorarse. Tenía los ojos infectados y sentía mareos y malestares estomacales, además de una angustia creciente que combatía con aspirinas y plegarias. El coronel iba en declive y el problema no era sólo él.

Según se desprende de una carta que llegó a manos del fiscal Torres y que aparece firmada por Dago, el otro alias de Rigoberto, las relaciones al interior de la casa no eran de las mejores:

A la Jefatura Superior (Ramiro)

Asunto: Seguridad.

Debo presentar mi profundo malestar por situaciones presentadas con "Fernando":

A) El hombre no organiza nada, yo estoy más que aburrido de sorportar todas sus limitaciones. Se le olvida todo, se le quedan las luces prendidas. Es siempre muy ambiguo en todo.

B) Estoy enterado de que tiene problemas de seguridad en su casa.

C) Yo no sé cuál fue el criterio de elegir a este hombre para esta misión.

Súper choreado,

Dago.

La carta que Rigoberto entregó a Fernando para que a la vez la hiciera llegar a Ramiro, cosa que nunca ocurrió, alertó sobre un problema serio.

La segunda semana de septiembre, tras comunicarse con una de sus hermanas, Fernando se enteró de que la casa de sus padres había sido allanada por la CNI. Además su cuñado, el mueblista Gonzalo Fuenzalida, de veintiséis años y militancia comunista, había sido secuestrado.

Fuenzalida sería uno de los cinco frentistas detenidos y hechos desaparecer por la CNI, en complicidad con la Brigada de Inteligencia del Ejército, como consecuencia del caso Carreño. Otro sería Felipe, alias de Julio Muñoz Otárola, ex esposo de Tamara y antiguo jefe de Sacha. La represión estaba brava.

Esa misma tarde, al enterarse de las novedades, Ramiro amonestó duramente a Fernando. No se explicaba de qué modo, más que por un relajó en las normas de seguridad, la CNI pudo dar con la casa de los padres de Fernando. Había además otro problema vinculado al anterior. Fernando trasladó al coronel sin ocultar o adulterar la patente del taxi. Probablemente el auto ya había sido identificado; la operación estaba en serio riesgo.

A través de Fernando, Ramiro mando a decirle a Rigoberto que se preparara para trasladar al coronel a otra casa de seguridad. Fernando únicamente tenía que coordinar la entrega. Su participación en este caso llegaba a su fin.

Lo último que supo fue que al coronel lo sacaron en la maleta de un Renault 5 y que ese auto era conducido por Bigote. Junto a él viajaban Ramiro y Rigoberto.

Una semana después, cuando estaba próximo a entregar la casa y tenía el taxi en venta, por medio de un aviso económico en *El Mercurio*, la CNI le cayó encima.

Fernando, que es Juan Carlos Cancino Acevedo, tuvo un margen de maniobra igual a cero. Cuando fue detenido portaba el chaquetón que el coronel Carreño ocupaba el día que fue secuestrado.

Conforme se acerca el desenlace de la historia, la gravitación de la violencia es mayor, llegando a un punto en que ni siquiera la integridad física de los personajes y su sobrevivencia son aseguradas. De ahí los rumores que hablen de la muerte de Hugo, de Ángela, de Raúl (el falso Hugo), cuyo rol también es interpretado por Roberto Vander, o bien de Guido. Tantas persecuciones y amenazas parecen reclamar una víctima. Como anticipo de lo que está por venir en esta telenovela, en estas páginas se incluyen algunas imágenes del interrogatorio que sufre Alex a manos de Raúl y sus guardaespaldas. Son imágenes destinadas a crear gran tensión psicológica, por el enfrentamiento —¿final?— entre los dos personajes que han encarnado al bien y al mal, respectivamente, en el melodrama.

## VEINTITRÉS

—¿Frente o partido?

—¿Qué?

—¿Que de a dónde eres, hermano? ¿Frente o partido?

Los fusileros no entendían nada. Habían permanecido cerca de seis meses en Hanoi, encerrados en un campo de entrenamiento para tropas especiales, y resulta que ahora, recién llegados al aeropuerto de La Habana, antes del control de pasaportes, un funcionario cubano a quien nunca antes habían visto les preguntaba si eran del Frente o del partido. ¿Cómo era eso? ¿Acaso no eran la misma cosa?

Con el transcurso de los meses irán entendiendo que no, que ya no eran lo mismo; pero no sólo eso: entenderán que ahora están en bandos que llegarían a ser rivales.

De momento, mientras las cosas terminaban de decantar, con suerte se enteraron de los planes que les había deparado el gobierno cubano.

Un primer grupo —conformado por Rodrigo, Daniel, Marcos, Juan y David— se embarcaría a la brevedad rumbo a Nicaragua. Formarían parte de los Batallones de Lucha Irregular del Ejército Popular Sandinista que en ese entonces, mediados de 1987, se enfrentaban a los contrainsurgentes financiados por Estados Unidos. El resto de los fusileros permanecería en la isla para seguir un curso de Tiro y Precisión, que equivale a la especialidad de Francotirador, en el campo militar de Punto Cero. A este último grupo —integrado por Axel, Fabián y Alejandro— se sumó a última hora Ismael, el cantautor, que llegó directamente desde Santiago.

No hubo tiempo para despedidas. No hubo lugar para apelación o consultas. Por qué yo y no él. Por qué ellos, por qué nosotros. A

una semana de su arribo a la isla, los primeros se embarcaron a un destino que no habían elegido pero del que igualmente, sin saber con exactitud de qué iba a la cosa, se sentían honrados.

Esos cinco muchachos seguían el mismo camino que una década atrás, aunque en circunstancias muy distintas, emprendieron los primeros oficiales chilenos formados en la isla. Varios de ellos, con José Miguel a la cabeza, habían continuado su lucha en Chile. Otros permanecían en Nicaragua, agregados al Ejército Popular Sandinista, o habían cruzado a El Salvador para unirse al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, que pretendía duplicar la experiencia nicaragüense.

Esos cinco muchachos, que habían sido formados en el ideario de la izquierda latinoamericana de los ochenta, iban camino a convertirse en combatientes internacionalistas. Como el Che. Como José Miguel. Como Ernesto.

Hasta ahí todo sonaba perfecto. Pero con los pies en el barro, a merced del fuego enemigo que no siempre se distinguía del propio, el idealismo pasó a ocupar un lugar secundario. En una guerra como ésta, que poco y nada tenía que ver con la que se libraba en Chile, el principal eslogan era sobrevivir a como diera lugar.

En Nicaragua, que sumaba ocho años de revolución sandinista y cinco de contrainsurgencia, se libraban las más duras batallas de la década, con reportes de hasta doscientos muertos al día. Precisamente ese año, el gobierno de Ronald Reagan materializó un fuerte incremento en apoyo financiero y tecnológico a la Contra, guerrilla antisandinista que obedecía a los intereses estadounidenses en la región. Y si bien las principales acciones estaban concentradas en el Frente Norte, en la zona meridional, donde fueron asignados los cinco chilenos, la Contra también había reforzado su ofensiva militar.

Se vivía una guerra en serio, de las más bravas, y los chilenos, que fueron integrados al Batallón Miguel Ángel Ortez y pasaron a ser llamados Cachorros como el resto de los soldados nicaragüenses, vestían ropa de campaña camuflada y un pequeño sombrero de cazador. Su misión era atajar a la Contra en una selva infectada de insectos, guerrilleros y minas antipersonales.

Fue en ese terreno donde los chilenos combatieron por primera vez en serio, en igualdad de condiciones. En ese terreno vieron cómo los hombres, que en algunos casos eran apenas adolescentes, morían desangrados o ejecutados fríamente. En ese terreno mataron para no ser muertos. No quedaba otra.

El asunto era tan bravo que a las pocas semanas de su arribo, Juan y Daniel ya habían sido evacuados a la ciudad, herido uno, afectado de malaria el otro. Quedaron Rodrigo, Marcos y David. El primero ya no contaba chistes; el último seguía combatiendo, a pesar de haber perdido el oído izquierdo por el estruendo de una bomba.

Al lado de Nicaragua, Cuba era un paraíso. Los cuatro fusileros que permanecieron en la isla, siguiendo el curso de Tiro y Precisión, transitaban por la senda de Vassily Zaitsev, el héroe soviético de la Segunda Guerra Mundial que se despachó 149 alemanes en la defensa de Stalingrado. Sin embargo, desde la perspectiva de Alejandro, Axel, Ismael y Fabián, las cosas no eran tan así. Ellos pensaban que se estaban perdiendo algo mejor.

Los cuatro vivían prácticamente acuartelados en la base de Punto Cero, en las afueras de La Habana. El régimen era intenso, muy similar al de Hanoi. Despertaban a las cinco y treinta de la madrugada, trotaban durante una hora y hasta hora y media, hasta enterar cinco kilómetros. Tras el desayuno comenzaban la instrucción práctica que se extendía hasta la tarde.

En ese periodo, los fusileros que permanecieron en la isla se perfeccionaron en el uso de todo tipo de armamento ligero, desde revólveres hasta lanzacohetes, aunque el que mejor llegaron a dominar fue el Dragunov SVD 7.62. Derivado del AK-47, poco más alargado que éste y característico por su mirilla y calada en la culata, este fusil semiautomático de origen soviético fue diseñado especialmente como un rifle de alta precisión.

El Dragunov era *el* fusil de los francotiradores, y los chilenos tuvieron la oportunidad de probarlo en prácticas de tiro en seco, instintivo y de reacción, con blancos fijos y móviles, de día y de noche, desde terrenos llanos y también en superficies en relieve.



Alejandro, Axel, Ismael y Fabián iban camino a convertirse en expertos tiradores, los mejores de su generación, aunque todavía no estaba claro para qué.

La división entre *Ajedrez* y la *Empresa* ya era un hecho sin vuelta atrás, pero llevó tiempo antes de que los cuadros, especialmente los que permanecían fuera del país, se dieran por enterados y asumieran una posición.

De buenas a primeras el asunto no era fácil de entender.

Doce años atrás las Fuerzas Armadas Revolucionarias cubanas habían admitido a los primeros cadetes chilenos. Hace siete el partido había validado todas las formas de lucha para enfrentar a la dictadura. Dos años antes se diseñó un plan para que la población civil, apoyada por una guerrilla urbana, se sublevara contra el régimen. Hacía sólo uno que había ocurrido el Año Decisivo. Y ahora que todo eso había quedado en nada, el partido, al tiempo que favorecía la desmovilización, consentía que algunos de sus cuadros siguieran recibiendo instrucción militar.

Esos meses inmediatamente posteriores a la oficialización de la ruptura fueron particularmente confusos, tanto dentro como fuera de Chile. Ambos bandos contaban con delegaciones extranjeras operando en favor de sus respectivos intereses y, como se adivina, los principales intereses seguían concentrados en La Habana.

Pese al empeño de *Ajedrez* por conseguir que el gobierno cubano tomara partido a su favor, la isla optó por mantener una estricta neutralidad, cuidando de no aparecer favoreciendo a uno más que a otro, lo que en la práctica significó desatender la petición de *Ajedrez*.

Así las cosas, los jefes militares que habían permanecido leales a *Ajedrez*, liderados por el comandante Daniel Huerta, se empeñaron en realizar un trabajo personalizado con los cuadros que estaban dispersos en el extranjero. Lo propio hizo el grupo de José Miguel a través de Salvador, el líder de los internacionalistas. Fue una carrera contra el tiempo no exenta de roces y algo más que roces. En esa batalla interna no había lugar para medias tintas:

—¿Frente o partido?

Faltará un tiempo antes de que el grueso de los fusileros asignados en el extranjero adopte una posición. Al menos ya iba quedando claro que no eran lo mismo, sino algo distinto que iba camino a ser incompatible.

A mediados de septiembre, a través de un documento de trece carillas, el Comité Político de *Ajedrez* abordó internamente el tema de la división, “especialmente en lo que se refiere a la situación producida por el abandono de las filas del partido de un grupo de compañeros del frente militar”. Se reconoce ahí que los rebeldes, en su gran mayoría formados en el exterior, son “alrededor de treinta oficiales de cincuenta y cinco que habían ingresado” a Chile, y que aquéllos “mantienen un número importante de grupos combativos con capacidad para operar (...) Se han llevado la mayor parte de los pertrechos del partido. Se han ido con ellos algunos oficiales en el exterior cuya cuantía se está evaluando”.

El informe responsabiliza a los rebeldes de querer “trasladar mecánicamente las experiencias de otros procesos revolucionarios a nuestro país, sin considerar las características particulares de nuestro proceso”, aunque no exculpa al partido mismo, que asume responsabilidad institucional ante “la falta de vigilancia revolucionaria” y “un exceso de confianza de los cuadros”.

Ése, a fin de cuentas, es el origen del problema. “En el periodo de formación de estos cuadros, el partido no contaba con una concepción militar clara y definida (...), lo que favoreció la actitud de menosprecio hacia la Dirección del partido por parte de cuadros oficiales.”

Al menos queda el consuelo de que “se hicieron grandes esfuerzos para evitar la ruptura”, de que “se trató de renegar a todos los compañeros”, de que se hizo “una conversación especial del 1 y el 2 del Comité Político (de *Ajedrez*) con el entonces jefe del FPMR con la finalidad de convencerlo de su posición errada y para que adoptara las posiciones correctas”. Y aunque no se pierde la esperanza de que “la gran mayoría vuelva a nuestras filas”, se

llama, “al menos por ahora”, a abstenerse de “aceptar relaciones con el grupo fraccional como estructura”. Más todavía —subraya el documento— cuando se ha decidido “el secuestro del coronel, sin un análisis político suficiente de la situación”.

Al regreso a La Habana de los últimos fusileros que permanecían en Nicaragua, la pregunta seguía rondando en el aire:

—¿Frente o partido?

Corría septiembre de 1987 y la ruptura era un hecho público. Circulaban documentos y cuadros empeñados en convencer a los indecisos de última hora. ¿Frente o partido? Todos los fusileros, con excepción de David, optaron por lo primero.

David, el bombero de Puente Alto, permaneció en la isla separado de sus compañeros. Había perdido el oído izquierdo en Nicaragua, seguía preocupado de su familia, en especial de su hijo pequeño, y el regreso a Chile ya no dependía de él sino del partido, que tenía asuntos muchísimo más urgentes que atender. David quedó en una situación complicada, huérfano, en tierra de nadie. No se sentía identificado con los comunistas y sus antiguos compañeros lo consideraban un *pendejo*, que en Cuba equivale a acobardarse y en Chile viene a ser *amariconarse*.

Ya está dicho: no había lugar a la duda, menos a la disidencia. Tan así era que el gobierno cubano, a través del Departamento América y el Ministerio de Interior, organismos encargados de atender los movimientos revolucionarios internacionales, dispusieron las condiciones para que ninguno de los dos grupos siquiera entrara en contacto.

Los fusileros fueron reunidos en una casa del barrio de Marianao, al oeste de La Habana, cercana a la playa del mismo nombre. Sumaban nueve y seguían a cargo de Alejandro, el Negro Alejandro, quien ocupaba una de las tres piezas de la casa. En las otras dos se distribuían los ocho restantes.

Aparte de esto último, que en una organización militar resulta natural, no tenían de qué quejarse.

Había un funcionario del Ministerio del Interior encargado de llevarles a diario comida preparada y otro que pasaba cada semana

para entregar ropa limpia y retirar la sucia. Además contaban con viático, un teléfono y todo el tiempo del mundo para el ocio. Sabían que en cualquier momento serían enviados de vuelta al país, porque para ellos la lucha continuaba y era hasta vencer o morir, pero mientras eso no ocurriera podían seguir gozando el momento, ir y venir libremente por La Habana, con una sola restricción. A la casa de Marianao no podían entrar mujeres.

Alejandro se encargó de cautelar esa norma, que obedecía a razones estrictamente disciplinarias, no dogmáticas. Pero esa norma, que nadie sabía bien cuándo y por quién había sido impuesta, no tardó en ser incumplida. Al principio de manera excepcional, solapada; después, cuando Alejandro perdió toda autoridad moral para exigir lo que él mismo no podía cumplir, de un modo permanente y descarado. Entonces el garaje de la casa, que Ismael había habilitado como estudio de grabación, si puede llamarse así a un micrófono conectado a un grabador, pasó a ocupar la función de motel parejero. Tan así era que el garaje de la casa comenzó a ser llamado derechamente “el motel”.

Medio en broma, medio en serio, uno de ellos comentará a modo de excusa —o quizás como viva expresión de lo que estaban experimentando en esos días, algo muy parecido a la felicidad— que la vida de un combatiente revolucionario no podía ser un eterno sacrificio, ¿o sí?

—¿Supiste?

—No, ¿qué?

—Parece que el jefe anda con la Tamara.

El comentario que circuló en esos días en La Habana no fue precisamente el comentario que más honraba a una organización de inspiración marxista leninista y talante revolucionario. Pero como a fin de cuentas se trataba de un grupo pequeño de chilenos en el exterior, donde los chilenos tienden a acentuar sus defectos, y como además se vivía un cierto relajo propio del repliegue, y sobre todo porque el comentario involucraba a dos de los más célebres y altos y estimados dirigentes, qué otra reacción podía esperarse.

—¿Noooo? ¿El José Miguel con la Tamara?

—Sí, huevón, dicen que los vieron juntos.

No es difícil que los hayan visto juntos, especialmente quienes los conocían a rostro descubierto, que no eran muchos. Pero muy distinto es que José Miguel y Tamara hayan demostrado en público algo que pudiese ser interpretado como un romance. Ni siquiera en esos meses que coincidieron en La Habana, donde el tiempo no transcurría como en Chile, donde no tenían que andar arrancando de nadie, muy por el contrario. Los comandantes eran huéspedes de honor del gobierno cubano, con los privilegios que eso conllevaba, y en el caso particular de José Miguel, por ser el dirigente de más alta jerarquía del ahora Frente Autónomo, gozaba del mismo estatus que el secretario general del Partido Comunista chileno.

Sin embargo, más allá de ese tipo de reconocimientos, incluso en Cuba, José Miguel y Tamara y cualquier otro dirigente debían cautelar su clandestinidad. No eran figuras públicas, no podían ir así como así por la vida, tranquilamente, como dos enamorados en su luna de miel.

El de José Miguel y Tamara era un romance doblemente clandestino, porque además de atender a las medidas de seguridad elementales, necesitaban resguardar las apariencias: ellos menos que cualquiera podían transgredir esa norma no escrita en el reglamento de la organización que indicaba que dos combatientes no podían entrar en relaciones de amistad y afecto, menos en relaciones de pareja estable, como parecía ser el caso.

Poco después, de regreso en Chile, al ser contactada por un estudiante de Periodismo, Tamara hablará de Camila, su hija de cuatro años, a la que podía ver cada seis meses bajo “un montón de precauciones”. Hablará también de su nueva pareja, combatiente como ella, de quien se reconoció enamorada. Y hablará por último de su sueño de “una sociedad diferente, más justa”, que se antepone a su otro sueño, muchísimo menos ambicioso aunque igualmente utópico a corto plazo, de tener más hijos y “una casa donde llegar todos los días”.

—¿El José Miguel con la Tamara?

—Sí, pero vos muere pollo.

El comentario que circuló en La Habana tenía asidero pero pocas evidencias, porque José Miguel y Tamara nunca se mostraron como pareja, ni siquiera entre los más íntimos, si acaso eso era posible en una organización dedicada a conspirar. Al menos enfrente de terceros guardaron las distancias, los grados, las apariencias. No era el momento de pensar en una casa donde llegar todos los días, sino en una sociedad diferente, más justa.

Era el momento de ocuparse por entero en lo que José Miguel llamó el Rediseño Político Interno. Las condiciones estaban dadas para pensar cómo proyectar a la organización. Bigote, Ramiro, Rigoberto y otros protagonistas de la Operación Príncipe ya estaban a salvo en la isla. El coronel Carreño había sido liberado a principios de diciembre en Sao Paulo, después de tres meses de cautiverio, a cambio de la difusión de una proclama y cincuenta mil dólares en alimentos, ropa, juguetes y materiales de construcción que fueron repartidos en doce poblaciones de Santiago. Después de los últimos golpes y fracasos, lo de Carreño era un triunfo para celebrar a gritos.

Ese domingo, el último de diciembre, todos se levantaron más temprano que de costumbre. Más de alguno se tomó su tiempo en el baño, impacientando al que venía detrás, y antes de las nueve de la mañana ya estaban en pie, vestidos con su mejor traje, preocupados de que todo estuviese dispuesto en la casa de Mariano.

Ese domingo, la casa estaba más limpia y ordenada que nunca pero igualmente ellos seguían haciendo orden, verificando si algún detalle se había escapado. La mesa del comedor lucía un modesto cóctel de galletas y jugo en polvo y en algún rincón estaba esa guitarra que habían conseguido para la ocasión. Una guitarra profesional.

Ese domingo 27 de diciembre de 1987 Silvio Rodríguez había anunciado visita.

El anuncio resultó sorpresivo, de un día para otro. Recién el sábado, un día antes, Juan Carlos, su vínculo chileno en la isla, los había contactado por teléfono para darles la noticia.

—Prepárense —comunicó—. Silvio dijo que bueno: mañana estará por allá.

Los fusileros no lo podían creer. Silvio de visita en su propia casa.

Hubo un cierto caos inicial, una emoción desbordada antes de que Alejandro, el ex seminarista de Schoenstatt, tomara las riendas del asunto. No podían perder tiempo. Había que organizar las cosas. Ocurriría al día siguiente, no se sabía a qué hora, pero ocurriría. Entonces unos fueron a buscar la guitarra. Otros se ocuparon del cóctel. El resto estuvo a cargo del aseo.

Parecía increíble. Silvio en su propia casa. Si hasta habían perdido las esperanzas.

Desde que su contacto les contó que lo conocía, y no sólo eso, incluso habló de “mi amigo Silvio”, ellos se cansaron de rogarle que se los presentara, que le hablara de ellos; al menos, si lo primero no era posible, que los invitara a un concierto. Cada vez que veían a Juan Carlos, después de tratar los asuntos de la organización, ellos salían con lo mismo. Querían conocer a Silvio a como diera lugar y Juan Carlos volvía siempre a eso de que vamos a ver, vamos a hacerle empeño, hermanos, sin comprometerse a más.

El asunto, sin embargo, no pasaba de ahí, del empeño. Que está de gira, que está grabando, que está ocupado. Algunos hasta habían entrado a dudar qué tan amigo era Juan Carlos de Silvio.

La duda se disipó con ese llamado que confirmó la visita.

Ese domingo, a medida que transcurrían las horas, los fusileros paseaban cada vez más nerviosos por la casa de Marianao. Ordenaban una y otra vez. Se asomaban al exterior y volvían a entrar mirando su reloj. ¿Será cierto? —comenzaban a preguntarse—. ¿Vendrá hasta acá? Capaz que ya no venga.

Por la tarde, los ánimos estaban francamente decaídos. Algunos fueron a cambiarse de ropa, echaron mano al cóctel. Si total —comentaban—, ya no llegó. Qué iba a ir.

Las cosas volvían a ser como todos los días en Marianao cuando golpearon la puerta. Era Silvio. Venía acompañado de Juan Carlos y de una mujer joven, su novia de turno, a quien presentó como una amiga. En su mano sostenía una botella de vino tinto men-

docino. Venía llegando de una gira por Argentina y el vino era de regalo para los fusileros.

Uno de ellos tomó la botella y fue a guardarla a la cocina. Hizo mal. Tras los saludos de rigor, Silvio preguntó muy serio después de rechazar un vaso de jugo:

—¿Y el vino?

El vino era de regalo, precisó, pero la idea era que lo tomaran entre todos. Alguien corrió a buscar el vino. Otro vació el jugo de los vasos. Un tercero ofreció galletas que nadie quiso. El ambiente todavía estaba tirante.

¿Qué se habla con un ídolo cuando se lo tiene enfrente? Los fusileros venían haciéndose esa pregunta desde ayer y todavía, con el ídolo enfrente, no encontraban respuesta. Silvio no pareció muy interesado cuando alguien le comentó que era su admirador, que tenía toda su música. Poco más atento se mostró cuando otro le comentó lo importante que era su música en Chile. A los cumplidos Silvio respondía educadamente, con obligada cortesía, sin mostrar mayor entusiasmo. Lo que definitivamente despertó su interés, y terminó por romper el hielo, fue el asunto del atentado.

Silvio sabía perfectamente quiénes eran esos muchachos, por qué estaban en la isla, qué habían hecho. Su amigo chileno se lo había contado, y ya que estaba frente a ellos, los protagonistas de la famosa acción, quería enterarse de los detalles, empezando por el más anecdótico: quién de ellos había sido el que disparó el rocket que rebotó en la ventana del Mercedes Benz de Pinochet.

Tímidamente, con una mezcla de orgullo y frustración, Marcos sacó la voz:

—Yo, fui yo.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué no explotó? —preguntó Silvio, seriamente interesado, y entre todos, de manera atropellada, explicaron que los rockets necesitan una distancia mínima para explotar, aunque la falla también podía adjudicarse a las malas condiciones en que se encontraban los rockets, lo que también explicaba que otros también hayan fallado. Como el de Ernesto. Como el de Tarzán. Hablaron de la planificación, de la pericia del chofer del



general, del factor suerte. Hablaron de lo que realmente le interesaba escuchar a Silvio. Ahora la conversación fluía. Bebían vino y comían galletas. Y en ese momento, aprovechando que ya estaban en confianza, Ismael hizo lo que soñaba hacer desde que supo que estaría frente a Silvio. Ismael le pregunto si le interesaría escuchar una canción que había escrito recientemente.

—Soy músico —pronunció Ismael, con militante solemnidad, como si hubiera revelado un secreto íntimo.

Es probable que Silvio no haya estado particularmente interesado en escuchar a un músico aficionado como Ismael, pero se mostró dispuesto, movido por la curiosidad, por no parecer descortés, quién sabe. El asunto es que lo escuchó atentamente, lo felicitó y animó a perseverar. Qué más iba a decir. Silvio ya se estaba despidiendo, había lanzado esas frases vagas que se dicen para dar por terminada una reunión, cuando uno de los fusileros se animó a pedirle que les cantara una canción. Cómo se iba a ir así.

—Una sola que sea, por favor —rogó uno de ellos y el resto se sumó a las súplicas.

Antes de que respondiera, Juan Carlos recordó que Silvio estaba cansado, que venía llegando de una gira, que ya había hecho un gesto significativo hacia ellos al ir a visitarlos hasta Marianao. Dijo eso y habría seguido si es que el mismo Silvio no lo frena.

—Deja, se lo merecen —dijo y se dirigió a los fusileros—. Les voy a regalar una canción que compuse en el avión. Se llama “Canción de Navidad”.

La canción había sido compuesta dos días atrás, en vuelo de regreso a La Habana, y Silvio la grabaría seis años después en el disco *Rodríguez*, dedicado a su padre. Habla sobre el consumismo que abunda en una fecha que debiera ser espiritual, pero también, más allá de la oportunidad en que fue escrita y de las lecturas más inmediatas, como se escucha y se lee en su último verso, se dirige *al que en su cotidiana lucha/ me da razones para amarle:/ a aquél que nadie le cantó.*

La voz de Silvio Rodríguez siguió resonando por semanas en la casa de Marianao. Ya podían morir tranquilos, darse por pagados.

Esa visita de fines de diciembre fue el episodio que terminó de dar sentido y mística a lo que se conocía como “el sacrificio revolucionario”, que obligaba a exponer la vida de modo permanente, a postergar intereses personales, a desprenderse de la familia, de las comodidades burguesas. Aunque a decir verdad, en esos meses que los fusileros permanecieron en La Habana, a las órdenes de la Dirección Nacional, estuvieron más a gusto que nunca. Tenían novias, asistían a fiestas, pasaban el día en la playa, en el cine, en el garaje de la casa. La vida en Marianao podría haber sido perfecta, de no ser por esas llamadas anónimas en que una voz que no siempre era la misma, pero siempre tenía acento chileno, los trataba de traidores hijos de puta. Quien fuera que contestara la llamada, la respuesta apuntaba casi siempre al mismo punto, a los mariconcitos del partido que se les había hecho seguir peleando.

José Miguel ya había hecho las maletas, se había despedido. Estaba próximo a partir al aeropuerto José Martí de La Habana, donde abordaría el primero de varios vuelos que lo llevarían de regreso a Chile, cuando recibió la noticia. Fidel lo esperaba en el Palacio de la Revolución.

—¿Ahora? —preguntó José Miguel por preguntar, porque tenía claro que Fidel lo esperaba a la brevedad. Si hasta había enviado un auto a buscarlo. La pregunta fue más bien una expresión, una expresión para sí mismo, que quería decir por qué ahora y no antes, si había permanecido casi tres meses en el isla, por qué precisamente ahora, ese día de marzo, a horas de que abordara un vuelo, si casi no quedaba tiempo, Fidel lo citaba en su despacho.

Camino al Palacio de la Revolución, a bordo del auto de gobierno, José Miguel debió haber repasado mentalmente lo que quería plantear en esa reunión. La primera que sostendría con el comandante después de la separación.

José Miguel sabía que esa reunión era más bien protocolar, de camaradería, no cambiaría en nada las cosas. Fidel ya había expresado su posición respecto a las diferencias insalvables entre *Ajedrez* y la *Empresa*. No creía que las condiciones estuvieran dadas

para una asonada revolucionaria en Chile, menos aún después de lo ocurrido con los arsenales y la emboscada al general. En este punto estaba con *Ajedrez*.

Sin embargo, si los rebeldes estaban decididos a dar la pelea, si estaban confiados en la victoria, no podía menos que apoyarlos. Era responsabilidad de ellos, su decisión, y él no sólo la respetaba, sino que además, en la medida de sus posibilidades, que no eran las mismas de hace dos o tres años, estaba dispuesto a colaborar en lo que estuviera a su alcance. En ese punto estaba con la *Empresa*.

Hasta donde José Miguel entendía, nada de eso había cambiado. Lo importante de ese encuentro entonces era que Fidel conociera los planes a corto y mediano plazo con que pensaban combatir a la dictadura en el nuevo escenario. El diagnóstico apuntaba a que el régimen jamás entregaría el poder, independiente del resultado del Plebiscito. Habría una nueva explosión social, más intensa que la registrada a mediados de la década, y en esas circunstancias se pasaría a un nivel de lucha superior que consideraba, entre otras cosas, la instalación de focos guerrilleros en zonas rurales. Eso, en resumidas cuentas, era la Guerra Patriótica Nacional.

Ya en el Palacio de la Revolución, en la antesala, José Miguel tenía al menos un punto resuelto. Su vuelo, que estaba próximo a partir, no saldría sin él. Fidel se había encargado “personalmente” de eso, según le comentó un funcionario cubano, aunque es muy improbable que Fidel se haya preocupado “personalmente” de un asunto tan doméstico. Es más: a esas alturas Fidel ya no estaba preocupado “personalmente” del caso chileno. El caso chileno se había complicado con el asunto de la división, lo que dejó al régimen cubano en una posición incómoda, obligado a moverse con enorme cautela.

Ése fue precisamente el tema con que Fidel arrancó la reunión, que fue breve, directa, además de afectuosa. A fin de cuentas, José Miguel era un comandante de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y a los comandantes se los trataba con respeto y cariño. José Miguel era uno de los suyos.

Fidel partió diciendo que las fuerzas de izquierda chilenas le habían pedido que contuviera a la fracción autónoma del Frente,

que intercediera ante ésta para que desistieran de su propósito de agudizar la lucha armada, al menos hasta esperar el resultado del Plebiscito. Dijo esto, pero no dejó en claro si había accedido a la petición. Entonces José Miguel, que dio por entendido que Fidel no había accedido, porque en caso contrario lo habría sabido oportunamente, pasó a explicar cómo él veía las cosas.

Habló de los planes de perpetuación del régimen, del seguro fraude electoral que se venía, de las condiciones que se presentarían tras el Plebiscito, de la necesidad de agudizar la lucha armada. Habló incluso de la estrategia con que se daría inicio a la Guerra Patriótica Nacional, que implicaba un proceso de *basificación* rural, de un modo similar a lo ocurrido en Nicaragua y El Salvador. José Miguel dijo todo esto y Fidel escuchó atento, en silencio, sin manifestar opinión alguna, siquiera un gesto que pudiera interpretarse como una manifestación de apoyo o rechazo. A Fidel, que es un hombre expresivo, no se le movió una pestaña.

Minutos después, camino al aeropuerto, José Miguel le contará al representante del Frente en La Habana que Fidel se había mostrado impenetrable. Fue imposible saber qué pensó del asunto de la Guerra Patriótica Nacional. Al menos no había manifestado su desaprobación, lo que ya era bastante. Una cosa es más o menos segura. Fidel intuía un cierto riesgo en lo que acababa de escuchar. No se lo dijo directamente, pero al término de la reunión, a la hora de las despedidas, lanzó una frase que más tarde cobrará sentido.

José Miguel ya había dado media vuelta, próximo a dejar el despacho, cuando escuchó que el comandante lo llamaba por el apodo con que era conocido en Cuba:

—Benjamín —dijo Fidel a espaldas de José Miguel. Cuando éste giró y lo tuvo enfrente, agregó lo último—: Cuídate mucho, hermano.

José Miguel agradeció la recomendación, que en ese momento juzgó una frase al pasar, una forma de decir hasta la vista, nos estamos viendo, y tras un último saludo marcial volvió a dar media vuelta para buscar la salida.

Afuera aguardaba el auto de gobierno para conducirlo al aeropuerto.

## VEINTICUATRO

El 26 de junio de 1988, desde la Penitenciaría de Santiago, Joaquín escribió una carta en respuesta a la “notita” que Tamara le había hecho llegar unos días atrás. En esa “notita”, como la calificó Joaquín para acusar ingratitud, ella le daba a entender que estaba de vuelta en Chile y aprovechaba de decirle que tuviera fuerzas, que no decayera, porque “los niños” habían iniciado su regreso.

No había más que decir. Joaquín sabía que “los niños” eran los fusileros y que éstos volvían para retomar la lucha. La Guerra Patriótica Nacional estaba próxima a ser lanzada.

Había motivos para estar optimista. Había una nueva mística. Sin embargo, como lo expresó Joaquín en su carta a Tamara, también había motivos de preocupación.

Tarzán había recibido una herida de bala en el antebrazo que se había ido complicando con los días. El caso era grave y pudo haber sido peor.

El último viernes de mayo, en la esquina de Eliodoro Yáñez con Los Leones, el auto que trasladaba al fiscal Torres fue sorprendido en una luz roja por dos hombres que se movilizan en motocicleta. El que conducía era Bigote; el otro, que portaba una plancha magnética cargada con explosivos, Tarzán. Era el segundo y más serio intento por acabar con Torres Silva. El anterior, ocurrido un año atrás, estaba confiado a una poderosa carga de T-4 que fue dejada en la fiscalía militar y descubierta antes de que explotara.

El sistema de la plancha había sido probado con éxito en dos oportunidades. Los explosivos serían activados a distancia por una tercera persona, mediante un mecanismo eléctrico, y para neutralizar la respuesta de los escoltas del fiscal, la moto contaba con un grueso respaldo de acero.

El plan no tenía por qué fallar, no esta vez. Sin embargo, la plancha se fue al suelo inmediatamente después de que Tarzán la posó sobre la maleta del auto de Torres Silva. Y cuando Bigote emprendió la huida, doblando por Los Leones hacia el norte, una de las balas disparadas por los escoltas del fiscal, la única que no se perdió por los aires o rebotó en el respaldo de acero de la moto, impactó el antebrazo de Tarzán.

Enterado de las novedades, en su carta a Tamara, Joaquín expone su preocupación por la suerte de Tarzán, a quien refiere por el apodo de “Jorgito”, y por la de “los niños” y también por la de Tamara y la de Ramiro, a quien llama “Pepito”. De todo eso habla Joaquín en su carta de respuesta a la “notita” de Tamara:

Hola hermanita mía:

Acuso recibo de tu notita. También la de Daniel. Me dio mucho gusto, y por su contenido deduzco que ha crecido bastante. Mis saludos afectuosos a él y demás.

Flaquita, me preocupan tus niños, por favor mantén un control firme sobre sus actividades las 24 horas, verifica domicilios, comprueba mantos y leyendas, implementa un riguroso control sobre las comunicaciones, señales de peligro, señal de normalidad y otros, ya tenemos experiencias al respecto y debemos sacar lecciones, no seas blanda ni débil de carácter, no les permitas ni el más mínimo desliz, no te olvides que la seguridad —sin ser un fin en sí mismo— tiene connotaciones políticas importantes.

Supe por visita de Jorgito, me dijeron que estaba mal, que un tiro le había hecho mierda un hueso del brazo y que tenía que operarse, temiendo un acortamiento del brazo, eso me dejó mal, además si tú lo sabías debiste enterarme, espero que haya solución positiva. Mi caso fue un poco más (grave) y a la postre no quedé tan mal, dale mi aliento, saludos y un fuerte abrazo.

Flaca linda, tú cómo estás, siempre llena de mística y tesón, con esa capacidad de trabajo envidiable, para arriba y abajo... No te olvides de la preparación física para mantener un tono

muscular aceptable y que vaya con las canas. Oiga amor, espero que no se repita lo de la última nota, fue muy breve. Te propongo que pidas un “cortado”, enciendas un cigarrillo y me escribas. Todo eso para que no salga todo tan apurado. Además te insto a contarme más copuchas, ya! Imagínate, tus notas me tienen que ayudar a vivir durante una semana. ¿Qué pasa con mi hermano Pepito? ¿Qué ha hecho durante este tiempo? ¡No andará de vacaciones!!

Es probable que la carta no haya concluido así, de manera tan abrupta, sin firma, sin despedida. Pero así al menos llegó a manos de la policía, que al año siguiente la encontró en poder de Ismael, el cantautor, a quien Joaquín refiere por el apodo de Daniel.

Después de esa carta habrá otras pocas que fueron destruidas y que irán aclarando las cosas. Después de esa carta se sabrá que Tarzán sería evacuado de urgencia a Buenos Aires. Y de ahí, ante lo complejo de su caso, tendrá que trasladarse a La Habana. Se sabrá también que en esos meses “Pepito”, como Joaquín llamaba a Ramiro, iba y venía entre Santiago y Buenos Aires. Estaba encargado de coordinar el retorno de los fusileros. Se sabrá que Bigote será destinado a la zona comprendida entre Rancagua y Los Ángeles y que Tamara, asignada a la misma zona, habrá empezado a compartir una casa interior de Las Condes junto a José Miguel, lo que significará el comienzo de una relación formal, seria, que pretendía proyección. Y se sabrá por último que ya en este periodo, mientras permanecía en la Penitenciaría, Joaquín comenzó a desarrollar un cáncer pulmonar al que no le prestó la atención merecida: pese a los fuertes dolores y ataques de tos que sobrevenían especialmente por las noches, nunca demostró la más mínima intención de dejar de fumar.

Dentro y fuera de la cárcel estaban ocurriendo cosas que lo mantenían expectante, ansioso, prendido a un cigarrillo que no alcanzaba a apagarse cuando ya había otro encendiéndose. En la cárcel, aunque no se pueda creer, siempre hay mucho de qué ocuparse.

Un extraño aviso económico de *El Mercurio*, clasificado en la sección Animales Domésticos y Mascotas, página 25, cuerpo B, apareció en la edición del domingo 21 de agosto de 1988:

Gratificaré devolución perra San Bernardo  
blanca con negro, un ojo verde, otro café.  
Acapulco 020, La Reina.

Lo extraño no sólo estaba en la descripción. Puede haber habido una perra San Bernardo blanco con negro, con un ojo verde y otro café, no es imposible, pero en la comuna de La Reina definitivamente no existe ni ha existido nunca una calle Acapulco.

El aviso había sido contratado por Rodrigo, el de los chistes, atendiendo a las indicaciones que unos días atrás, en Buenos Aires, le había entregado Ramiro.

Rodrigo venía en viaje de regreso desde La Habana, tras permanecer casi dos años fuera de Chile, y el aviso económico era un mensaje en clave para tomar contacto con Tamara, que en este caso era La Reina.

Rodrigo sabía que en esos días Tamara estaría pendiente de los avisos económicos de *El Mercurio*. Y sabía también que al día subsiguiente de aparecido el aviso, a las once de la mañana, debía comenzar a caminar por la vereda oriente de avenida Pedro de Valdivia, en dirección sur, a partir de la esquina de 11 de Septiembre, con un diario bajo el brazo. Llegado el día y la hora, al poco de iniciar la marcha, una mujer que caminaba en sentido contrario abordó a Rodrigo para preguntarle si sabía dónde quedaba la calle Acapulco. Rodrigo no sabía y no debía saber, porque según dijo, él no era de Santiago sino de provincia, y eso último, sumado a todo lo otro, indicaba que las cosas estaban en orden, que no había error ni policías rondando, y en vista de todo eso, que había comenzado por un aviso económico, no había para qué seguir fingiendo.

Sara y Rodrigo habían hecho vínculo.

Sara, que más tarde sería descrita como una mujer joven, “de cabellos rubios, piel rosada y figura rechoncha, de hablar algo



aburguesado”, era el enlace de Tamara, suerte de intermediaria y asistente. Tamara había encomendado a Sara que recogiera a Rodrigo, como antes había hecho lo propio con otra gente que en esos días regresaba de Cuba, y lo enviara a la brevedad a una pastelería de Irarrázaval casi esquina Pedro de Valdivia. En esa pastelería, que se llamaba y se llama Condi, se habían celebrado algunas de las reuniones en que se planificó el atentado a Pinochet.

Por fin ahí, sentada en torno a una mesa, Rodrigo se encontró con Tamara. Pero no estaba sola. Tamara estaba con Ismael. Ambos sonrieron al verlo llegar y lo invitaron a sentarse. Había mucho de qué conversar.

Ismael, el cantautor, había salido de Cuba casi a la par que Rodrigo y Braulio, otro de los “niños” de Tamara que llegó a la casa de Marianao. Los tres coincidieron en Buenos Aires y volvieron a separarse en junio. Ismael y Braulio cruzaron la frontera juntos, y no bien llegaron a Chile, tras seguir un procedimiento muy similar al de Rodrigo, Tamara les encomendó una misión. Debían recorrer el sur del país, entre Rancagua y Los Ángeles, con el propósito de explorar la zona y captar adherentes. Era tarea de suma importancia.

La nueva estrategia, elaborada en el contexto de la Guerra Patriótica Nacional, GPN, pasaba necesariamente por la creación de focos guerrilleros rurales que irían extendiéndose por el territorio. “Un proceso amplio —se lee en el documento con que la organización proclamó la GPN—, cuya culminación sea la ofensiva del pueblo alzado en ciudades, pueblos y áreas de todo el país, con una poderosa fuerza militar, paramilitar y de masas”.

De momento, a mediados de 1988, había más voluntad que fuerza, e Ismael y Braulio, que venían con ganas y dispuestos al sacrificio, se abocaron a recolectar información sobre materias tan amplias y dispersas como geografía, población, rutas, tendidos eléctricos y retenes. Era el comienzo de una nueva forma de lucha y en cierta medida, como lo insinuó Ramiro en la carta que dirigió a Ismael a comienzos de agosto, se sentían herederos de la aventura revolucionaria emprendida por Ernesto Che Guevara en la sierra boliviana:

3/8/88

Hermano, con alegría, y orgulloso de tu desempeño estoy al recibir noticias de ti, nos estás dando una lección de rodrigismo con tu ejemplo, en los hechos concretos.

Como uno de los pioneros en la montaña imagino que estarás creciendo, escalando uno a uno cada peldaño 'para alcanzar ese lugar que un día soñamos', y que ustedes allí con su sacrificio diario están haciendo realidad. Cuánta confianza hay en ustedes, en esta etapa tan dura e importante. Cuánta confianza tenemos en el camino escogido.

Seguro que seguirás avanzando, aprendiendo y creciendo, para que luego nos transmitas tu experiencia, cuando estemos contigo.

No dejarás de componer algunos temitas, ¿no? Imagino que fuentes de inspiración sobran. Un abrazo fuerte y espero pronto estar junto a ustedes.

Tu hermano Ramiro

Para cuando la carta llegó a destino, Ismael y Braulio estaban asentados en San Fernando y simulaban ser campesinos en busca de oportunidades de trabajo. Vestían poncho y chupalla y habían logrado algunos pocos contactos y un acabado conocimiento de la zona. Sabían que muy pronto entrarían en acción, que tomarían parte de algo importante, aunque aún desconocían los detalles. Comenzaron a conocerlos con la llegada de Rodrigo.

Los saludos fueron afectuosos, especialmente de Tamara hacia Rodrigo. Otro de sus "niños" había logrado llegar a Chile sin novedad y traía noticias frescas: en su tránsito por Buenos Aires Rodrigo coincidió con Tarzán, que iba camino a La Habana. Lo notó muy adolorido pero entero, masticando aspirinas para hacer frente al dolor. También hablaron de Ramiro, que permanecía en Buenos Aires, de los otros "niños" que vendrían en camino, del Plebiscito que se avecinaba y que marcaría el comienzo de las acciones. Y ya por último, después de pasar revista a las novedades,

hablaron del asunto que los convocaba. Rodrigo se uniría al trabajo de *basificación* iniciado un par de meses atrás por sus compañeros. Trabajaría con Braulio y su jefe inmediato sería Ismael. Ya había un camino avanzado, que no era mucho pero era algo: la primera piedra de una revolución.

Unos días después, Rodrigo y Braulio recorrían los alrededores de San Fernando, Curicó y Talca simulando ser vendedores viajeros. Cargaban un bolso con mejorales, pilas, relojes, naipes y casetes y entablaban conversación con el primer lugareño que se les cruzara por delante. Ésa era precisamente una de las tareas: instalarse en un territorio, entrar en contacto con gente del lugar que pudiese prestar ayuda. No era fácil, especialmente en esa zona, de alta concentración de adeptos al general.

Hubo días que deambularon sin rumbo fijo, entregados a su suerte. Hubo días como éstos y otros peores, aunque ninguno como los que pasaron en el sector de Río Pardo, cercano al volcán Antuco, cuando fueron acogidos por la familia Bravo.

Puede haber ocurrido la primera o segunda noche, no más allá de eso. El dueño de casa, huaso bruto y generoso de nombre Miguel Bravo, reunió a los invitados en torno a un fogón y un mate. De a poco, como quien no quiere la cosa, fue entrando en materia:

—Oiga, don Braulio, y a todo esto, ¿usted por quién piensa votar en el Plebiscito? —lanzó don Miguel.

Sorprendido por la pregunta, Braulio se hizo el desentendido:

—La verdad, don Miguel, yo no entiendo na' de esas cosas.

Don Miguel miró de reojo a Braulio, de manera suspicaz, y volteó la vista a su compañero.

—Y usted, don Rodrigo, ¿sabe por quién va a votar en el Plebiscito?

Rodrigo, que como Braulio sabía que antes de entregar cualquier información debía tantear el terreno, dijo lo primero que se le vino a la cabeza:

—¿Es que sabe, don Miguel?, yo no me he inscrito para esa cuestión todavía.

—Es que debería inscribirse, pues —devolvió don Miguel, con un dejo de enfado—, no ve que capaz que vuelvan a ganar esos comunistas de mierda.

No había más que hablar. Braulio y Rodrigo no estaban en el lugar correcto. Y por si no había quedado claro, don Miguel se ocupó de borrar todo asomo de duda:

—Imagínense ustedes si llegara a ganar el No, ni Dios lo quiera, vamos a caer otra vez en la garras del comunismo internacional, y ahí sí que no nos salvamos de nuevo, una vez sí, pero dos, no. Oiga, sería el fin de Chile como país independiente, y después de todo lo que nos ha costado salir adelante, ¿no les parece a ustedes?

Braulio y Rodrigo asintieron a la par, sin mucha convicción. Pero como don Miguel se quedó mirándolos fijamente, pensando quizás qué, Rodrigo se sintió obligado a darle en el gusto:

—Sí pues, don Miguel, tiene toda la razón usted...

—Claro que sí, pues, cómo no voy a tener razón, si este caballero lo ha hecho tan re bien, oiga, y tan mal que lo han tratado al pobre, ¿no?...

—Sí pues, don Miguel...

—Claro que sí, pues, ya me gustaría tener enfrente a esos comunistas de mierda que le hicieron el atentado... A escopetazos agarraría a los hueones esos... no dejaría ni uno vivo, ni uno... ¿no les parece a ustedes?

—Claro, don Miguel, tiene toda la razón usted —concedió Rodrigo—. Son unos desgraciados.

—¡Desgraciados y cobardes! Por eso usted, don Braulio, tiene que votar por el Sí, y usted don Rodrigo, mañana mismo, a primera hora, tiene que ir a inscribirse.

—¿A inscribirme?

—Claro, pues, hay que inscribirse por el Sí. ¿O acaso no le parece?

*Queridos "Niños":* —se lee en el encabezado de otra carta despachada desde la Penitenciaría de Santiago. Esta otra está fechada el 11 de julio y viene firmada por Enzo:

Sepan que a pesar que ya son todos unos aguerridos hombres, para nosotros siempre lo seguirán siendo, ya que por el cariño que les tenemos nunca dejarán de ser los “niños”. En fin, también deben saber que es un verdadero placer escribirles. Lleva no sólo nuestro cariño sino nuestra admiración. Hemos sabido de vuestro desarrollo y es motivo de orgullo para todos los rodriguistas. Sabemos que nada ha sido fácil, y para todos ha sido difícil, pero tenemos demasiados buenos ejemplos. Con el tiempo hemos llegado a entender lo que significa un “Che”, Camilo, Carlos Fonseca, Julio Buitrago, hoy comprendemos y ayudamos a incendiar y a alzar esta América Morena, a pesar de nuestros cortos años hemos sido capaces de ir construyendo contra viento y marea un Frente Patriótico Manuel Rodríguez férreo, lleno de mística, audacia, coraje para enfrentar los errores, analizarlos y continuar ¡siempre adelante!

Hoy somos capaces de mucho, gracias a nuestras raíces. Ayer cuando hablábamos de internacionalismo eran muchos los que pensaban que ésa era sólo una palabra más, hoy es una inmensa realidad y se transforma en una inmensa responsabilidad... y si nosotros hemos resistido todo este tiempo ha sido por nuestros hermanos caídos, por el recuerdo de combates pasados, por ustedes, por nuestros hijos y compañeras, porque cada día que ha pasado hemos tratado de ser mejores. Nunca hemos perdido y jamás perderemos ni la alegría ni el optimismo. Sabemos que ninguno de nuestros sacrificios es en vano. Pero ahí no sólo juega un gran papel la mística, sino la disciplina, y esa debe ser constante. No cometan el error de ser clandestinos y jactarse de eso; piensen que lo del “Sacha” nunca debe repetirse, el daño que eso causa a la organización es tremendo. Cuando se es riguroso con la disciplina, se garantiza la seguridad personal, y por ende la del Frente.

Si el enemigo nos descubre debiera ser por su trabajo y no por nuestros errores. Ellos han demostrado ser incapaces, salvo cuando “nos” regalamos. Y si eso ocurre siempre piensen que hay que saber aguantar, vivir con el peso que vive el “Sacha” no es de rodriguistas. Nuestro juramento es hasta la muerte en aras de la vida.

Estamos seguros hermanitos de que existen demasiadas vicencias que nos hacen estar convencidos para entregarnos de cuerpo y alma a este proceso de liberación nacional. Entonces a luchar, luchar y luchar sin claudicar con el compromiso de HASTA VENCER O MORIR.

Un fuerte abrazo para todos y cada uno de ustedes,  
Enzo

Como se constata en esa carta y otras venideras, el asunto de Sacha no estaba olvidado; muy por el contrario, estaba más presente que nunca y seguiría estándolo con mayor intensidad. Sin embargo, no era el momento de cobrar cuentas. Ya habría tiempo para eso. Lo urgente en esos días era atender al plan de fuga que los Autónomos habían puesto en marcha junto a un grupo de presos comunes.

Huirían por el túnel que los segundos, apoyados por los primeros, habían comenzado a cavar en la celda 20 de la calle 7, en dirección a los terrenos de FAMA E.

El diseño del plan obedecía a una alianza estratégica: como los primeros estaban sometidos a un fuerte control pero contaban con mejores recursos, prestaron apoyo logístico a los segundos, que se comprometieron a hacer el trabajo sucio a cambio de herramientas y alimentos. El acuerdo involucraba a unos pocos integrantes del sindicato del crimen, concentrado entre las calles 7 y 9 de la Penitenciaría, y cinco presos políticos. Entre esos cinco ninguno había permanecido leal al partido. Un año atrás, cuando sobrevino la división, Enzo se había peleado a muerte con ellos.

Gitano, alias de Miguel Montecinos, había sido uno de sus grandes amigos de prisión. Ambos formaban parte de la jefatura del Frente tras las rejas, al menos en lo que respecta a la Penitenciaría, y habían acordado mantener neutralidad ante la crisis, a la espera de un pronunciamiento oficial del exterior. Sin embargo, cuando Enzo se enteró de que a sus espaldas Gitano hacía tratativas con el partido, con el propósito de ganar posiciones políticas, Enzo ya no fue más amigo de Gitano.

Contará Enzo que al momento de la ruptura, mientras las cosas terminaban de decantar, en el partido le hicieron la vida imposible. Estaba en notoria desventaja numérica, a razón de uno contra cinco, menoscabado en su condición de combatiente: a la vista de los otros había pasado a formar parte del grupo de los traidores. En esa categoría también estaban Joaquín y Fernando, el taxista del caso Carreño, que terminó en la Penitenciaría.

Así las cosas, si ni siquiera se dirigían la palabra, difícilmente iban a ponerse de acuerdo para cavar un túnel. Más confianza había con los presos comunes de la calle 7, quienes calculaban que las obras llegarían a destino hacia principios de octubre. Justo a tiempo para que los Autónomos se sumaran a la Guerra Patriótica Nacional.

Tan optimistas estaban que en una nueva carta dirigida a los “niños”, firmada por Enzo y Joaquín, éstos anuncian que “para resistir, sobrevivir y ser cada día mejores, tengan la confianza que pronto estaremos combatiendo nuevamente junto a ustedes”.

Eran los primeros días de agosto y un mes atrás el fiscal Torres había iniciado el traslado de los primeros presos políticos a la Cárcel Pública, que iba camino a convertirse en penal de alta seguridad. En ese primer grupo iba Gitano, el antiguo amigo de Enzo que ahora era su enemigo.

A fines del año anterior, poco antes de viajar por última vez a La Habana, José Miguel contactó a la periodista Mónica González para plantear la posición del Frente Autónomo ante las perspectivas políticas. En esa entrevista, publicada a principios de 1988 por el diario *El País* de España, el máximo líder de la organización adelantaba que “no interferiremos ni perturbaremos la consolidación de la unidad en torno al No en el próximo Plebiscito”, lo que equivalía a establecer una tregua unilateral.

Habían transcurrido seis meses y José Miguel, ya de vuelta en Chile, afinaba la estrategia para enfrentar el escenario que se abriría tras el Plebiscito. En su diagnóstico, compartido por todos los comandantes de la Dirección Nacional, el seguro fraude electoral provocaría un levantamiento popular espontáneo que se hacía necesario apoyar con acciones armadas que dieran “continuidad

a la lucha". Sería el comienzo de la Guerra Patriótica Nacional y esta guerra, replicada de la experiencia nicaragüense y salvadoreña, consideraba como punto de partida la irrupción armada en cuatro poblados rurales. Uno de ellos correspondía al sector donde Ismael, Braulio y Rodrigo habían iniciado el trabajo de *basificación*.

En esos días, José Miguel actuó de una manera inusual e inapropiada para el cargo que ostentaba. Algo lo impulsaba a asumir tareas que no le correspondían, a supervisar y ejecutar asuntos que podrían y deberían haber cumplido sus subalternos. Por alguna razón que no terminará de explicarse por completo entre sus pares, sentía la necesidad de participar con el ejemplo, como uno más, en los detalles de lo que se estaba preparando. No podía abstraerse, eso está claro. Pero tampoco tenía por qué hacer lo que hizo en la Araucanía, cuando viajó a la región a entregarle las armas al Chele, jefe internacionalista que comandaría las acciones del poblado de Pichipellahuén. Tal vez estaba en su naturaleza, propia de un hombre de trato afectivo y cálido, algunos dirán dulce, que no le hacía perder autoridad. Tal vez era eso, sumado a los tiempos que se vivían, que a juzgar de José Miguel exigían una actitud más transparente y comprometida. El hecho es que en esos días José Miguel trabajó como un combatiente más, sin distinción de jinetas, y en algún momento, sin consultarlo con la Dirección Nacional, tomó la decisión de integrar el comando que asaltaría el poblado de Los Queñes.

Esa decisión, que contraviene la lógica y disciplina militar, sorprendió a los otros comandantes y, muy probablemente, terminó por arrastrar a Tamara, quien también se sumaría a la acción guerrillera.

En esa entrevista de fines de 1987, José Miguel no sólo entregó un diagnóstico de la situación del país. También, llevado a un terreno personal, hablará de sus sentimientos y su relación con la muerte:

—Esa forma de codearse con la muerte día a día, el poder que tiene al frente de su organización, ¿no le hace convertirse en



un ser frío al que no le importa el costo humano que implican sus métodos de lucha?

—¡Enfáticamente: no! Somos cada día más sensibles...

—¿Llora cuando cae alguno de sus amigos o compañeros?

—Siento un profundo dolor. No me da vergüenza confesar y mostrar ese dolor. Lo comparto con mis hermanos con los que me une todo, hasta la posibilidad de perder la vida.

—¿No se ha convertido usted en un ser militarizado en el transcurso de estos años?

—Nos hemos propuesto un objetivo muy grande. Nos hemos formado para vencer, no estamos dispuestos a ser vencidos y eso implica dominar la ciencia y la técnica militar. Para eso estudiamos y nos superamos. Es un deber.

(...)

—¿Se acostumbra usted a llevar desde hace tantos años una vida clandestina sin familia y futuro?

—Nadie se acostumbra a la vida clandestina, sería peligroso que así fuera, dejaría de ser humano. Pero es una opción y creo que tenemos mucha suerte de poder tener la libertad de optar.

—¿Se imagina como un militar en el Chile democrático del mañana?

—No, me imagino aportando en la construcción de este país. Las armas las hemos empuñado sólo para que los chilenos alcancemos la libertad.

—¿Siente miedo?

—Todos sentimos miedo, pero es algo que se va superando, se convive con él hasta que juega un papel tan pequeño que uno termina por ignorarlo. Empezamos en condiciones muy precarias, muy artesanales, y eso marca. Ese sentimiento de contacto directo con el enemigo marca. Uno aprende.

—¿Con qué sueña el comandante José Miguel para su futuro en un Chile libre, si es que está vivo para ese día?

—Con hacer una vida normal, vivir con mi familia, con mis hijos. Sobre todo sueño con la libertad en un Chile sin tantas injusticias, sin hambre. Libertad para mí será poder elegir mi

propia opción, mi propio camino. Hoy día, diría yo que también en cierta medida me siento libre. Es una combinación tan extraña...: me siento plenamente libre en condiciones de tanta opresión. Puede ser porque hago lo que mi conciencia me dicta lo que debo hacer.

Nueve meses después, la conciencia de José Miguel dictaba que debía seguir adelante con su decisión inconsulta de tomar parte de las acciones con que se daría inicio a la Guerra Patriótica Nacional.

26/Junio

Hola Hermentita mía:

Acabo recibido de tu notita, También la de Daniel. Me dio mucho gusto, y por su contenido oleduzco que ha crecido bastante, mis oráculos aperi-uors a él y oleuás.

Floquita, me preocupan tus risitas, por favor, Mantén un control firme sobre sus actividades, las 24 hrs, verifica domicilio, comprueba montes y legajos, implementa un riguroso control sobre las comunicaciones, señales de Religio, social de normalidad y otros, ya tenemos experiencias al respecto, y debemos Oscar lecciones, no seas blanda ni debil de carácter, no los permitas ni el más mínimo deslíz, no te olvides que la seguridad - sin - es un fin en si mismo - Tiene connotaciones políticas importantes.

Supo por visita de Jorgito, me dijeron que estaba mal, que un tiro le había hecho mierda un hueso del brazo y que tenía que operarse, temiendo un movimiento del brazo, eso me dejó mal, solemn si tu lo sabías, debiste enterarme, espero que halla solución positiva. Mi caso fue un poco más y a de postre no quedé tan mal, olde mi abito, saludos y un fuerte abrazo.

Para tanto tu como estás, siempre llena de misterio y test, con esa capacidad de trabajo o ridible, para arriba y abajo... No te olvides de la preparación física para mantener un tono muscular aceptable y que varían en las cosas. Oiga social, espero que no se repite lo de la última nota, fue muy breve, te propongo que pides un "control", envíame un cujorillo y me escribas. Todo esto para que no salga todo tan operoso. Además te insto a contarme más copuchas, yo! Imagínate tus notas me tienen que ayudar a vivir durante una semana. ¿Que pasa en mi hermano repulo? ¿Como ha hecho durante este tiempo? / No andará de vacación!!

Carta de Joaquín a Tamara, fechada el 26 de junio de 1988, en la que comenta las últimas novedades de la organización. PROCESO JUDICIAL CASO ATENTADO.



El domingo 21 de agosto de 1988, tras regresar de La Habana, Rodrigo contactó a Tamara por un aviso económico aparecido en la sección Animales Domésticos y Mascotas. EL MERCURIO.



Foto captada por el comando del FPMR tras el ataque al retén de Los Queñes. Octubre de 1988. ARCHIVO COPESA.

## VEINTICINCO

—¿Quién vive? —preguntó una voz desde las sombras.

—La patria —contestó otra, atenta al santo y seña pactado.

Era la noche del miércoles 19 de octubre y José Miguel y Tamara, que permanecían ocultos en el sector de La Gruta, a pocos kilómetros del poblado de Los Queñes, salieron al encuentro de Ismael y Braulio. Sumaban cuatro y en los próximos minutos, ya cerca de la medianoche, se les unirían una docena de combatientes, en su mayoría jóvenes de la zona sin mayor experiencia militar. Sólo faltaba Bigote, tercero en la línea de mando, que llegaría en un par de días con el resto de las armas. La Guerra Patriótica Nacional entraba en su cuenta regresiva.

Una semana atrás, con el resultado del Plebiscito a la vista, la Dirección Nacional emitió un comunicado en el que anunciaba que pese a todo, en vista de que “ya surgen voces que pretenden seguir sometiéndonos a la Constitución tramposa de Pinochet, en la estrategia derrotista de esperar diálogos con el opresor y en la ilusión de creer en la palabra del tirano”, la tregua llegaba a su fin: “Iniciaremos a partir de este momento, en cualquier instante, una nueva fase de la lucha armada y libertaria”.

El momento estaba programado para el 21 de octubre. En los días previos el grupo de José Miguel montó campamento en una quebrada del cerro El Peral, distante dos kilómetros de Los Queñes, y se dedicó a repasar el plan y limpiar armamento. En rigor, la mayoría de los convocados recién vino a enterarse ahí de lo que se venía y cuál sería la función asignada a cada uno. Tal como ocurrió con la Operación Siglo XX, el plan se manejó con extrema reserva por parte de la jefatura y sólo algunos pocos en la Dirección Nacional sabían qué otras tres operaciones estaban en curso en los poblados de Pichipellahuén, La Mora y Aguas Grandes.

Para la acción de Los Queñes se diseñó un plan en el que inter- vendrían tres grupos de asalto. Uno para cada objetivo estratégico: el retén, la posta y la hostería. Por razones obvias, el primero apa- recía como el más sensible de los tres, el único en condiciones de ofrecer resistencia. Pero como se trataba de una acción sorpresiva, en la que participarían seis hombres a cargo de Bigote, se apostaba por un rápido control de la situación, sin necesidad de tener que recurrir al fuego de las armas.

José Miguel insistió mucho en este último punto. Debía ser una acción limpia, sin bajas que lamentar de ningún lado. Una acción de propaganda que luciera por su audacia, no por la sangre derramada.

Más que una agresión al enemigo, la toma de Los Queñes, como las otras que se preparaban, pretendía empujar a la población civil a una lucha más decidida y frontal. Los Queñes sería el primer y más significativo chispazo de esa “ofensiva del pueblo alzado en ciudades y áreas de todo el país” al que apostaba el Frente Autóno- mo con la Guerra Patriótica Nacional. Por eso José Miguel estaba ahí. Por eso estaban Tamara y también Bigote. Y por eso, después de escuchar atentamente al comandante, los combatientes bajo su mando terminarán convencidos de que asistirían a una acción histórica y no a una aventura revolucionaria que fácilmente podía conducirlos al desastre.

La mañana del viernes, cuando Bigote apareció por el campamento, llegó la hora de los preparativos. El mismo Bigote se ocupó de tomar fotografías al comando, que apareció retratado con armas y pañoletas institucionales, del mismo modo en que lo hicieron los otros tres comandos repartidos por el país, y poco después, al atardecer, cuando el grupo se disponía a partir, instaló las trampas cazabobos a base de nitrato de amonio que facilitarían la huida.

La noche ya había caído cuando la columna de José Miguel inició la marcha hacia el poblado de Los Queñes.

Desde una loma cercana, donde se divisaban las pocas luces del pueblo, el grupo detuvo su marcha para reconocer los objetivos. Era una noche fresca y despejada, una noche típicamente primave-

ral que invitaba a tomar el fresco o una jarra de vino en la cantina del pueblo. En eso estaba buena parte de los pobladores cuando el comando de José Miguel entró silenciosamente al poblado.

Eran las once de la noche y cuatro pequeños pueblos del país, que era apenas poblados, algunos ni eso, empezaban a ser tomados simultáneamente por asalto.

Mientras Ismael, Walter y Mauro se ubicaban en posiciones estratégicas para cubrir la contención, Bigote y dos de sus hombres ingresaron al retén de Carabineros. Desde entonces pueden haber transcurrido cinco minutos. Los pobladores seguían tomando aire y vino, sin terminar de percatarse de lo que estaba ocurriendo. Tamara había ocupado la posta y Braulio la hostería. Un combatiente rayaba las paredes y otro recorría las casas repartiendo panfletos que anunciaban el comienzo de la Guerra Patriótica Nacional.

En las afueras del pueblo, José Miguel observaba el desarrollo de las acciones, manteniéndose a una distancia prudente. Desde la posición del comandante se escuchaba un leve barullo, algunos pocos gritos apagados que podían ser los gritos de la juerga del fin de semana en un pueblo cualquiera. La situación parecía seguir el curso planeado hasta que se escucharon los primeros disparos.

Mauro, un muchacho de San Fernando que había sido destinado a la puerta del retén, respondió en ráfaga a los disparos de los cabos Román y Vargas. Ambos uniformados se encontraban fuera del retén y corrieron a repeler el ataque con sus armas de servicio. Sólo el primero pudo seguir su marcha y buscar refugio antes de rendirse; el otro, que era Juvenal Vargas Sepúlveda, treinta y cuatro años, cayó herido de gravedad en medio de la calle.

El fuego ya estaba desatado cuando Bigote salió del retén con dos carabineros a cuestas, uno en cada brazo, y la gorra de uno de ellos ceñida a la cabeza. Contarán testigos que uno de esos dos carabineros lloraba y pedía clemencia. Pero Bigote estaba demasiado ocupado en la representación como para percatarse. Ajeno a otra balacera que se desató en la hostería y que involucró a un civil que quedó malherido por hacer frente a los asaltantes, arrastró a los dos carabineros varios metros por la calles, del mis-

mo modo en que se arrastra un par de sacos de papas, y antes de amarrarlos a un poste de alumbrado público los exhibió ante sus compañeros como trofeo de guerra. La escena se completó con el retén y el jeep de Carabineros ardiendo en llamas a espaldas de Bigote y sus presas.

A estas alturas el pueblo ya estaba enterado de lo que estaba ocurriendo, y por si quedaban dudas, Tamara, megáfono en mano, paseó por las calles proclamando la toma del poblado. Después alguien sacó parlantes a la calle e hizo sonar el himno del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. El grupo se retiró con disparos al aire y consignas en favor de la guerra subversiva.

El objetivo estaba cumplido. Los Queñes era territorio liberado. Ahora quedaba una larga marcha por delante.

Con el retén aún en llamas, dos carabineros amarrados a un poste de alumbrado y un tercero desangrándose en la calle, el comando inició la huida en dos grupos, dinamitando un puente colgante a su paso. El primero, conformado por tres hombres al mando de Carlos, marchó hacia el sur; el segundo, guiado por Alejandro, que conocía la zona y en realidad era Tiburcio Cid, siguió camino al norte, enfilando en columna por la ribera del río Teno.

La marcha de este grupo de once, con José Miguel y Tamara a la cabeza, duró toda la noche y fue estresante, con perros ladrando a lo lejos y helicópteros que sobrevolaban la zona. Caminaron durante cinco o seis horas en la más completa oscuridad, confiados en el conocimiento que Alejandro tenía de la zona. Recién al aclarar el día, inmediatamente después de cruzar el río El Manzano, el grupo de once detuvo su marcha para montar el primer campamento.

Los helicópteros seguían sobrevolando la zona, de vegetación espesa y geografía escarpada, mientras un fuerte contingente de uniformados se aprestaba a iniciar la cacería. En ese estado de cosas, turnándose para la guardia del día, el comando de José Miguel intentó conciliar el sueño en su primera jornada de descanso. Otra larga noche se venía por delante.



CURICÓ.— En un ambiente de gran expectación prosiguen, en las provincia de Curicó y en la Sexta Región, operativos de Carabineros y de fuerzas de seguridad destinados a ubicar la unidad de combate del Frente Manuel Rodríguez. Los resultados eran negativos hasta ahora, según se informó en la prefectura de Carabineros de esta ciudad.

Según los primeros antecedentes recogidos en la zona, los subversivos habrían eludido el cerco policial, huyendo en distintas direcciones. Un grupo de ellos lo habría hecho por la comuna de Teno, y otros hacia Romeral, para alcanzar la carretera 5 Sur, no descartándose que ocupen una casa de seguridad, una de las cuales fue recientemente ubicada por personal de Investigaciones en la localidad de Lontué.

Al caer la noche del sábado, con el ruido de helicópteros zumbando aún en los oídos, el grupo de once reinició su marcha hacia el límite norte de la precordillera de la VII Región. El cerco policial se hacía intenso, con alrededor de doscientos funcionarios distribuidos en la zona. Cundía el cansancio y el temor, especialmente entre los combatientes más jóvenes, a quienes José Miguel y Tamara animaban con palmaditas en la espalda y palabras de aliento revolucionario. Había que seguir adelante antes de que los sorprendiera el día y tuvieran que volver a sumergirse entre los arbustos.

Caminar de noche y dormir de día. La rutina se repitió hasta la madrugada del lunes. Esa tercera jornada de marcha había sido particularmente agotadora, con una lluvia persistente y el cansancio acumulado de los otros días. En ese tercer campamento cercano al sector de Sierra Bellavista, en el límite sur de la precordillera de la VI Región, Bigote tomó fotografías al grupo y registró impresiones en una libreta que hacía las veces de diario de vida y bitácora guerrillera. En esa libreta Ismael anotó: “En la cordillera, con manta y chupalla, empezamos la revolución”.

Con helicópteros rondando a baja altura, y uno que otro ladrido que se escuchaba a lo lejos, Ismael también tuvo ánimo para bromear. Como la lluvia había empapado su sombrero de ala ancha,

el cantautor señaló su parecido con la mítica imagen de Sandino, el guerrillero nicaragüense.

Unos pocos celebraron la broma de Ismael. Había que conciliar el sueño en medio de una lluvia que no amainaba.

CURICÓ.— El frente de mal tiempo, que afectó desde la madrugada de ayer la zona cordillerana de la provincia de Curicó, dificultó el operativo conjunto del Ejército, Carabineros e Investigaciones que ha sido desplegado para ubicar a la unidad de combate del denominado Frente Manuel Rodríguez y que asaltó a sangre y fuego el pasado fin de semana la localidad de Los Queñes.

La prefectura de Carabineros de Curicó señaló en un escueto comunicado que no ha habido novedades por consignar y que el operativo sigue las directrices del mando.

Lugareños señalaron a “La Tercera” que una verdadera “operación peineta” se realiza en la parte oriente de las comunas de Molina, Romeral, Curicó y Teno, con notorio apoyo aéreo.

Hay un severo control en caminos y huellas que dan acceso a los sectores de precordillera, control que se extiende a personas y vehículos, apreciándose también que han sido reforzadas las dotaciones de los retenes y tenencias en las áreas rurales.

Al anochecer del lunes, a la hora de levantar campamento para reanudar la marcha, los tres comandantes parlamentaron en privado. No es seguro si lo que ocurrió a continuación estaba decidido de antemano o fue una opción tomada en el momento, atendiendo al operativo policial desplegado en la zona. Lo claro es que tras esa breve reunión, celebrada en las cercanías del sector de Sierra Bellavista, el grupo se dividió en dos.

Cuatro muchachos, con Bigote a la cabeza, enfilaron hacia el norponiente, camino al fundo Las Peñas; los cinco restantes, entre los que se contaban José Miguel y Tamara, siguieron por el nororiente, bordeando el río Claro, rumbo al sector de La Rufina. En ese lugar los esperaba un combatiente para prestarles ayuda.

Es seguro que el grupo de José Miguel y Tamara llegó a destino hacia la mañana del miércoles. Al respecto está el testimonio de Eugenio, alias del profesor Claudio Araya Fuentes, quien los esperaba en las cabañas de su padre. José Miguel y Tamara alojaron ahí, simulando ser amigos de juventud de Eugenio. Los otros tres muchachos de ese grupo —Ismael, Braulio y Alejandro— montaron campamento en las cercanías del río Tinguiririca. Recobrarían fuerzas antes de continuar la marcha.

Es seguro también que el grupo de Bigote se mantuvo unido al menos hasta la mañana del miércoles. Lograron alcanzar las faldas del cerro Las Peñas, a los pies del fundo del mismo nombre, y en ese sector, que tiende a ser menos espeso en vegetación, se dispusieron a bajar por un sendero que conduce a un camino rural. De ahí en adelante todo fue cuesta abajo.

SAN FERNANDO.— Por lo menos cuatro sujetos, que estarían directamente implicados en el ataque al retén de Los Queñes, fueron detenidos en la zona precordillerana conocida como Sierra Bellavista, aproximadamente a 40 kilómetros del pueblo de Los Queñes y a más de 60 de San Fernando.

La información fue confiada a “La Tercera” por efectivos policiales que desde hace más de 4 días participan en la persecución del grupo extremista.

“Deben tener entre 20 y 30 años y llevaban unas banderas y pañoletas del Frente Manuel Rodríguez”, afirmó un carabiniero que participó en la detención.

El uniformado señaló que los sujetos llevaban armamento automático y que no se rindieron.

—Entonces, ¿hubo enfrentamiento? —consultamos.

“No, no hubo. Pero son tipos decididos y hubo que hacer disparos de advertencia para que no huyeran. Al parecer caminaban sólo durante la noche y en el día se escondían para no ser avistados por los helicópteros”.

—¿Cuántos efectivos participaron del operativo?

“Mucha gente, y sólo de Carabineros”, respondió risueño,

agregando que no podía dar más antecedentes porque “pronto va a haber importantes noticias”.

La detención de los combatientes a cargo de Bigote ocurrió entre la mañana y la tarde del miércoles 26. Fueron atrapados al intentar alcanzar un camino rural que conduce a San Fernando, siguiendo órdenes de quien entonces era conocido por su chapa de Óscar.

El primero en bajar fue Mandela, que era de la zona y además hijo de carabinero en retiro. Le siguieron Mauro y Cristóbal. Ambos tenían que dar la señal de normalidad para que los otros dos, que eran Cristián y Marcelo, hicieran lo propio.

Es muy probable que Bigote haya presenciado el despliegue policial en torno a sus subordinados. Bigote era el último que descendería por el sendero, una vez que recibiera la seña de normalidad. Si corrió a buscar refugio por los cerros, como relató más tarde al aparecer sano y salvo por San Fernando, no fue el único que ese miércoles emprendió una huida desesperada por el sector.

Ese mismo miércoles, de acuerdo con lo pactado previamente entre ambos grupos, Alejandro partió al sector de Las Peñas para establecer contacto con Mandela. Ninguno de los dos sabía aún que el sector estaba infestado de policías. Lo supieron de golpe, al cruzarse con ellos en el camino.

Los reportes de prensa hablan de una escaramuza protagonizada por un joven de poncho y chupalla que fue perseguido por los cerros tras escabullirse de los brazos de un carabinero. Ese joven, que en el camino abandonó poncho y chupalla y terminó lanzándose a las aguas de un río, era Alejandro, el guía del grupo. Nunca pudieron darle alcance, pero en su desesperada huida, que estuvo acompañada por una espectacular balacera, bien pudo arrastrar consigo a los sabuesos. O tal vez no. También cabe la posibilidad de que esa mañana de jueves 27, cuando un impresionante contingente policial llegó directamente a las cabañas donde permanecían José Miguel y Tamara, ya supieran lo que iban a encontrar ahí.

El hecho es que esa mañana, cuando la policía se trasladó al sector de La Rufina, José Miguel y Tamara tuvieron escasísimos

minutos para improvisar la huida. Eugenio, que decidió permanecer en las cabañas para fingir normalidad, recordará el momento en que un contingente de policías le cayó encima con maneras muy poco amables, sin mediar preguntas, mientras otro grupo de uniformados partió tras los pasos de los comandantes. Los perros ladraban alrededor y al rato los helicópteros apagaron el ladrido de los perros y sus amos. Entonces Eugenio no estuvo en condiciones de ver ni escuchar nada más. Su detención sería dada a conocer recién una semana después, al ser identificado como “el extremista” que prestó ayuda a José Miguel y Tamara, antes de que éstos se perdieran por un sendero de mentiras e impunidad policial que se extiende por casi veinte años.

SAN FERNANDO.— Muerta en el lecho del río Tinguiririca, a unos 28 kilómetros al Este de esta ciudad, fue encontrada “Tamara”, la mujer que encabezó el viernes 21 el ataque extremista al retén de Los Queñes, al interior de Curicó, donde falleció el cabo de Carabineros Juvenal Vargas y resultó totalmente destruida la instalación policial.

En relación a los motivos de su muerte, se estima aquí que la joven intentó vadear el río Tinguiririca a fin de romper el cerco policial que estaba a punto de conseguir su captura. Sin embargo, la fuerza del agua y el hecho de usar pantalones arrieros del tipo argentino, con bombachas, hizo que se le llenaran de agua, siendo arrastrada por la corriente.

Tampoco le ayudaron los zapatos tipo comando que calzaba, los cuales son más pesados e impidieron que ella pudiera moverse con mayor agilidad para sortear el río, que en ese sector golpea con fuerza.

Una demostración de la rápida huida que tuvo que emprender la joven —lo que a la postre causó su muerte—, es el hecho que dejó botada una manta que portaba y quedó solamente en camisa. Se estima que la extremista volvió desde La Rufina para evitar a las fuerzas policiales y cayó al vadear el río.

El cuerpo de Tamara fue encontrado flotando en las aguas del Tinguiririca por un campesino que dio cuenta a Carabineros del hallazgo. Era la mañana del sábado 29 de agosto, tres días después de la persecución por el sendero, y por la tarde un helicóptero institucional llegó a recoger el cuerpo. Un segundo cuerpo, correspondiente a un hombre de unos treinta años, había sido trasladado horas antes en las mismas condiciones que el otro: balanceándose por los aires a bordo de un canasto.

No hubo más despliegue que el descrito. Dos cuerpos flotando en las aguas de un río torrencioso y un helicóptero de Carabineros que pasa a recogerlos. Los perros ya no ladran ni ningún policía se toma la molestia de rastrear la zona. Dos cuerpos aparecen flotando en las aguas de un río y Carabineros cumple con lo mínimo: los cuerpos no pueden seguir flotando eternamente, hay que sacarlos de ahí porque esos cuerpos, a diferencia de otros que yacen al fondo del mar, son visibles y requieren una historia medianamente convincente que explique cómo es que fueron a parar donde pararon.

A la mañana del día siguiente, con dos cuerpos todavía sin identificar, para qué hablar del examen de autopsia de rigor, el comunicado oficial de Carabineros se ocupa de aclarar las cosas. Ese comunicado señala en su tercer punto: “Se trata de una mujer de aproximadamente 30 años, que no presenta lesiones externas, salvo rasmilladuras frontofaciales al parecer producto del arrastre de las aguas, presumiéndose que la causa posible de deceso sería asfixia por inmersión”.

En el quinto se lee: “Indagaciones preliminares hacen presumir que la occisa intentó cruzar el río Tinguiririca algunos kilómetros al oriente del lugar del hallazgo, con el propósito de tratar de eludir los dispositivos policiales de control existentes en la zona”.

El resto ya es tarea de los periodistas, que se ocupan de explicar en detalle cómo es que un cuerpo termina flotando en un río.



Cecilia Magni Camino, mucho antes de ser Tamara, en el viaje de estudios del Grange School. Río de Janeiro, 1973. CAMILA WALKER / ARCHIVO FAMILIAR.



Raúl Alejandro Pellegrin Friedmann en Frankfurt, Alemania, tras partir al exilio junto a su familia. 1975. CARLA PELLEGRIN / ARCHIVO FAMILIAR.



Carla y su hermano Raúl Alejandro Pellegrin, a comienzos de los ochenta en La Habana.  
CARLA PELLEGRIN / ARCHIVO FAMILIAR.



Cecilia Magni de uniforme escolar, a fines de 1974. CAMILA WALKER / ARCHIVO FAMILIAR.



## VEINTISÉIS

Carla Pellegrin iba camino a Uruguay cuando escuchó la noticia. Un hombre de aproximadamente treinta años de edad había sido encontrado flotando en las aguas del Tinguiririca. Escuchó bien y no le prestó demasiada atención, más bien ninguna. Ese hombre que respondía a las señas características de su hermano no podía ser su hermano. Si apenas un mes atrás, en vísperas del Plebiscito, se había reunido con él y lo notó mejor que nunca. Ocurrió una tarde de septiembre en las calles de Santiago. Ella le llevó el carné de identidad que él mismo había tramitado por conductos regulares a su regreso de Cuba. Como arriesgaba mucho si se presentaba a retirarlo en la oficina del Registro Civil, el padre de José Miguel, llamado igual que su hijo, realizó el trámite sin inconvenientes.

En ese último encuentro, José Miguel le contó a su hermana que se iría por unos días al sur y que se verían al regreso. Ella lo abrazó fuertemente, le dijo que se cuidara y lo vio perderse tras una esquina, como solía hacerlo las pocas veces que podía verlo en Santiago.

Encuentran cuerpo de un hombre flotando en las aguas del Tinguiririca. A sabiendas incluso de que ese cuerpo podía estar relacionado con los sucesos de Los Queñes, Carla Pellegrin se negó a creerlo. Su hermano podría haber participado de esa acción, no era improbable. Pero parecía imposible que su hermano, un excelente nadador, que obtuvo medallas y reconocimientos en la materia, haya muerto por inmersión. Ese hombre no podía ser su hermano pero con el correr de los días todo apuntaba a que sí lo era, porque otro cuerpo encontrado en las mismas aguas correspondía al de Tamara, que era Cecilia Magni Camino, y sobre todo porque el peritaje practicado por el inspector Jorge Palma

Franjola, el mismo que dos años atrás había identificado a Juan Moreno Ávila como uno de los fusileros del atentado a Pinochet, determinó que las huellas dactilares de ese cuerpo correspondían al ciudadano chileno Raúl Alejandro Pellegrin Friedmann, el verdadero nombre de José Miguel.

Al enterarse de esto último Carla terminó de convencerse. Estaba en Montevideo y tomó el primer vuelo a Santiago. Lo que entonces ni nunca ha convencido a Carla, porque al respecto hay evidencias que lo desmienten, es que José Miguel haya muerto de la manera accidental en que lo presentó Carabineros a los medios sin siquiera esperar las pericias de rigor, del mismo modo en que lo hizo con Tamara. No sólo es cosa de Carla y su familia.

En el Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación se lee que, “según los informes de autopsia, ambos cadáveres presentaban lesiones contusas y huellas de aplicación de electricidad”. En consecuencia, “la Comisión, evaluando la información recibida, ha llegado a la convicción de que Cecilia Magni y Raúl Pellegrin en su huida fueron detenidos, torturados y ejecutados por agentes del Estado”.

Esos agentes del Estado pertenecen principalmente a Carabineros. Lo dice Raúl Mera Muñoz, ministro en visita del caso, quien pese a formarse la convicción de que se trató de homicidio calificado por torturas, ha insistido en cerrar el proceso al no poder establecer responsabilidades individuales.

Un pacto de silencio que se arrastra por casi veinte años ha conseguido ocultar lo que parece evidente: los informes de autopsia corroboran que José Miguel y Tamara fueron torturados salvajemente antes de ser lanzados a las aguas del río Tinguiririca, no se sabe con exactitud si estando aún vivos o muertos, pero el hecho es que quienes participaron del operativo de captura aseguran que nunca detuvieron a la pareja ni menos le pusieron un dedo encima. No hay un parte policial al respecto, no hay testigos. A José Miguel y Tamara los vieron por última vez corriendo por un sendero de La Rufina y los senderos, hasta donde se sabe, no hablan.

Carla guarda un gran parecido físico con su hermano, de labios gruesos, tez clara y ojos grandes y risueños. No es sólo el parecido.

También hay afinidad. Carla tenía un gran apego con su único hermano hombre, a pesar de que en los últimos años, por la vida que llevaba, compartieron poco. Cartas, mensajes por medio de terceros, apariciones fugaces alimentaron la relación de esos últimos años. Ya después José Miguel ha seguido presente de otras maneras en la vida de Carla.

A través de recuerdos de infancia y juventud que pasan por Santiago, Frankfurt y La Habana. A través de una medalla de plata con la imagen de su hermano que cuelga de su cuello. A través de fotos familiares donde José Miguel aparece la mayoría de las veces sonriendo. A través del contacto permanente con amistades de José Miguel que ahora son sus amistades. A través de su departamento frente al Parque Forestal, a la altura de Recoleta, con vista al lugar donde José Miguel fue enterrado junto a un epitafio que le pertenece: “Pondremos la dignidad de Chile tan alta como la cordillera de los Andes”. A través de una querrela criminal que impulsa junto a Rafael Walker, el ex esposo de Tamara, en representación de ambas familias.

De todas esas maneras, la batalla judicial es lejos la más ingrata.

Desde que la querrela fue presentada en noviembre de 1988, el proceso ha sido cerrado en seis oportunidades. Y en ese lapso, pese a los antecedentes acumulados, ninguna persona ha sido sometida a proceso.

Para Carla el tema no es sólo judicial, que se castigue a los responsables de los crímenes. El tema es también político, porque hay aspectos aún no resueltos del caso que involucran al Frente, y más que nada personal: desconocer qué ocurrió exactamente con su hermano entre los días que fue capturado y apareció muerto en las aguas del Tinguiririca ha importado un desvelo permanente y desgarrador. Tal vez por eso se especializó en el tratamiento del dolor: Carla, que es médico anestesista de un hospital público, trata el dolor ajeno como una forma de consolar el propio. En su caso el dolor tiene que ver con lo que desconoce pero se alcanza a magnificar en los informes de autopsia.

Entre las lesiones atribuidas a la acción de terceras personas se cuentan, en el caso de Tamara, luxaciones a las vértebras seis y siete provocadas por elementos contundentes, lo que derivó en un shock parapléjico generalizado. En el caso de José Miguel, la sangre que se le encontró alojada en los ventrículos cerebrales es indicativa de una hemorragia cerebral, provocada por golpes reiterados y severos con un objeto contundente. Ambos cuerpos además presentaban lesiones diversas y profundas provocadas por la acción de instrumentos romos.

En buenas cuentas, José Miguel y Tamara fueron torturados brutalmente con el propósito de infligirles castigo físico, no necesariamente para obtener información, como ocurrió con los otros detenidos. Carla cree que los uniformados conocían perfectamente la jerarquía de ambos; cree, de acuerdo con la relación de los hechos, que murieron el viernes 28 de octubre, día en que José Miguel cumplió treinta años, y que ninguno de los dos seguía con vida cuando fueron arrojados a las aguas. Y cree firmemente también que ambos fueron detenidos en las cercanías de las cabañas y conducidos hasta el antiguo hotel Buenos Aires, que es una casona abandonada de la comunidad Hueñe. Eso último no está en ningún informe; es materia de una investigación muy personal que escapa a todo lo otro.

En su afán por conocer la verdad, por romper el silencio de los vivos, Carla ha recorrido varias veces la zona, además de entrevistarse con testigos y sobrevivientes de la acción de Los Queñes. Uno de esos recorridos la condujo a los terrenos del antiguo hotel Buenos Aires, que seguía tan abandonado como lo estaba a fines de los ochenta, y no bien entró al lugar comenzó a padecer una crisis de angustia severa que la obligó a salir rápidamente de ahí. Esa sensación inexplicable cobrará sentido poco tiempo después.

El proceso judicial había vuelto a ser cerrado con la misma suerte de siempre y Carla, que seguía atormentada por los nulos avances, se animó a consultar a una psíquica. Por medio de una foto de su hermano, la mujer situó las últimas horas de José Miguel en una casa deshabitada que se correspondía con el hotel Buenos

Aires, un lugar abandonado que se niega al abandono, y por medio de la misma imagen, la descripción escalofriante y detallada que esa mujer hizo de las torturas, paso por paso, coincidían plenamente con el informe de autopsia. Al relacionar éste y otros antecedentes, Carla se formó la convicción de que José Miguel y Tamara fueron detenidos hacia el mediodía del jueves 27 y trasladados en vehículos policiales hasta el hotel.

“Los tienen ahí el resto del día y la noche, y desde el día siguiente los empiezan a torturar en forma brutal”, relata Carla. “Después los llevan moribundos, casi agónicos, al borde del río, pero mueren en tierra, ellos no mueren en el agua.”

Un segundo punto que escapa a lo judicial, pero conlleva importantes consecuencias para la historia del Frente, ha seguido dando vueltas en este caso.

Desde un comienzo Bigote estuvo bajo sospecha por haber sido el único de su grupo en romper el cerco policial. Los cuatro muchachos que estaban bajo su mando fueron detenidos. En los informes policiales no consta su detención en ningún lado, como tampoco las de Tamara y José Miguel, aunque versiones de prensa de esos días dieron cuenta de la captura de dos hombres que respondían a la chapa de Carlos y Óscar y que, según se dijo, serían exhibidos en los próximos días. Nunca fueron exhibidos, de hecho nunca más se habló de ellos, como no se habló de muchas otras cosas que en principio se dieron por seguras, y en los días en que dos cuerpos eran encontrados flotando en las aguas del Tinguiririca, Bigote, que en esta operación adoptó el apodo de Óscar, apareció sano y salvo por San Fernando. A su favor juega el hecho de que no fue el único que logró romper el cerco policial. Alejandro, Ismael y Braulio también tuvieron una historia que contar al respecto.

Es cierto que Carla llegó a determinar que en la detención de José Miguel y Tamara operaron varios factores. Uno de ellos tiene que ver con la huida que Alejandro emprendió al intentar hacer vínculo con el grupo de Bigote y que significó que gran parte del contingente policial se trasladara a la zona tras sus pasos.

Carla dice que “no es justo echarle toda la culpa a Bigote de antemano, porque claro, dicen que delató al ser detenido, que era

infiltrado, pero hay otros elementos que influyen”. Pero también es cierto que para ella la duda persiste y seguirá persistiendo, más todavía después del encuentro que sostuvo con la psíquica. En ese encuentro la mujer le dijo a Carla —o habría que decir que José Miguel le dijo a Carla por medio de la psíquica— que el jefe del Frente fue traicionado. “Él se da cuenta de eso, ve a la persona que lo traicionó. No tenía miedo a morir. Su gran dolor es que fue traicionado.”

A mediados de noviembre, tres semanas después del asalto a Los Queñes, Rodrigo tuvo un vínculo con Ismael. En rigor ese vínculo estaba programado para mucho antes: Rodrigo también participaría de la acción del 21 de octubre, pero como Ismael no llegó a ese vínculo, su compañero de armas quedó descolgado. Ahora volvían a vincularse y, para sorpresa de Rodrigo, al encuentro celebrado en la fuente de soda El Rincón Tirolés, Irrarázaval esquina Ramón Cruz, también acudió Bigote.

Recordará Rodrigo que el ánimo no era de los mejores en El Rincón Tirolés. Dos de los máximos referentes de la organización habían muerto brutalmente a manos de la policía. Casi la mitad del grupo de asalto a Los Queñes estaba preso. Y para ahondar el infortunio, a principios de ese mismo mes, en los días en que los cuerpos de José Miguel y Tamara eran velados, Gendarmería anunció el hallazgo de un túnel de ochenta metros de extensión que iba ser usado para un escape masivo en la Penitenciaría. Ese túnel de la calle 7, una calle de presos comunes, era obra intelectual de Enzo y Joaquín, quienes habían anunciado a “los niños” que “pronto estaremos combatiendo nuevamente junto a ustedes”.

Había pesar, frustración, rabia. Pero como José Miguel había dicho, a propósito de la Operación Albania, que “el dolor y la rabia no se transforman en llanto, sino en más fuerza y empuje para salir adelante”, Bigote ordenó volver a los puestos de combate. La Guerra Patriótica Nacional se mantenía en pie.

A una semana de la muerte de José Miguel y Tamara, la Dirección Nacional había emitido un parte operativo en el que ratificaba

que “el FPMR nació para luchar y continuaremos por esta senda, dignamente, siguiendo la herencia heroica de nuestros padres de la patria y el ejemplo de nuestros combatientes mártires. El sacrificio de estos hijos e hijas de nuestra patria no será en vano y sobre su bondad infinita renacerán los futuros combatientes que recorrerán campos y ciudades, hasta lograr la libertad definitiva”.

En el papel entonces la lucha continuaba, hasta vencer o morir, pero en la práctica se vivía un momento de parálisis y desconcierto. No había una dirección clara, no había recursos ni apoyos, pero así y todo Ismael volvió al trabajo de *basificación* en la zona sur y Rodrigo quedó establecido en Valparaíso, vinculado al comandante que había dirigido el asalto al poblado de Pichipellahuén, más por un asunto logístico que estratégico: en el puerto Rodrigo tenía un lugar seguro donde parar.

De ese lugar, que era la casa de un antiguo militante comunista, Rodrigo salía casi únicamente para mantener los vínculos con su jefe, que ocurrían cada dos o tres semanas, no más que eso. Si el Chele dejaba recado en el buzón telefónico indicándole que estaría en casa de su mamá, significaba que se reunirían en un punto en Valparaíso; si estaría en casa de su tía, en Santiago. El año se fue sin mayores novedades para Rodrigo y muchos otros combatientes que en esos últimos meses de 1988 se limitaron a establecer vínculos entre las casas de las tías y las mamás de sus jefes, sin asumir misiones específicas.

Las cosas volvieron a moverse a comienzos de 1989.

Era un sábado por la mañana y Rodrigo, respondiendo al mensaje de su jefe, acudió al punto establecido en Valparaíso. Pero en ese punto Rodrigo no encontró al Chele. En ese punto estaba Tarzán, que había regresado de Cuba tras tratarse la herida de bala en el brazo.

Tarzán estaba de buen humor, plenamente recuperado y en forma, pero traía una urgencia que compartió con Rodrigo. Necesitaba ubicar a Ismael a la brevedad sin que se enterara Bigote. No le dijo por qué debía hacerlo así pero fue muy explícito al respecto:

—Sólo contáctalo y tráemelo, pero sin que sepa Bigote, no puede enterarse que estamos ubicando a Ismael. ¿Está claro?

Estaba claro, pero para Rodrigo no fue fácil ubicar a Ismael sin pasar antes por Bigote. Ismael trabajaba bajo las órdenes directas de Bigote, que era comandante y seguía a cargo de la zona comprendida entre Rancagua y Los Ángeles. Ubicar a Ismael significaba romper la compartimentación que existía entre ambos precisamente para evitar que entraran en contacto en caso de que alguno cayera detenido. Por eso Rodrigo tuvo que volver a activar antiguos vínculos, dejar recados en clave, pararse en los puntos donde se paraba antes, en procura del éxito de su misión, que según le había dado a entender Tarzán, sin decírselo directamente, se trataba de algo importante.

Después de varias semanas, cuando Rodrigo por fin logró ubicarlo y lo contactó con Tarzán, éste ordenó ubicar a Braulio en las mismas condiciones que a Ismael. Bigote no podía enterarse y no se enteró de que había una investigación en marcha por la muerte de José Miguel y Tamara y que en esa investigación, que conducían Ramiro y Tarzán, el comandante a cargo de la zona sur estaba bajo sospecha.

Las reuniones se celebraron en una casa de seguridad del sector Recreo de Viña del Mar, más precisamente en la población Estibadores, donde permanecían Ramiro y Tarzán. En esa casa prestaron testimonio Ismael y Braulio, además de antiguos combatientes que tenían algo que decir respecto al caso de Bigote.

Uno de ellos fue Miguel Cepeda, el dirigente comunista viñamarino que había recibido a Bigote a mediados de los setenta por encargo del partido, cuando llegó a la ciudad proveniente de San Felipe, acusando problemas de seguridad.

Cepeda recordará las sorprendentes hazañas protagonizadas por Bigote desde mucho antes de que se constituyera el Frente.

El entonces encargado sindical de las Juventudes Comunistas en la región era de los que siempre iban adelante, de los que deslumbraban por su osadía y personalidad avasalladora. Ya entonces era de los que prometían batirse a duelo en caso de verse cercado por la policía. Recordará también que ambos compartían cargos en la dirección de la juventud del partido en la región y que



llegaron a tratarse de manera bastante cercana, al punto de que Cepeda fue testigo del matrimonio de Bigote y por esa vía conoció su verdadero nombre: Luis Eduardo Arriagada Toro, nacido en noviembre de 1950 en San Felipe.

Pero junto con ello, Cepeda recordará también que ya en esa época, segunda mitad de los setenta, estampó una denuncia formal por las sospechas que rondaban en torno a Bigote. Cepeda, que era encargado de cuadros, había recibido quejas de terceros por la caída y desaparición de militantes vinculados a Bigote. El caso nunca fue atendido por el partido, que atribuyó la denuncia a una pugna de poder entre dos militantes que formaban parte de la dirección de las Juventudes Comunistas.

Una década después, cuando ya casi habían pasado al olvido, los antecedentes volvían a reflotar en una casa de seguridad en Viña del Mar.

“En esa casa, donde estaba Ramiro junto a otro tipo que puso su pistola automática sobre la mesa, conté todo lo que sabía de Bigote”, dice Miguel Cepeda. “Las detenciones no reportadas, las sospechas que existían con él, la denuncia que yo hice al partido a fines de los setenta. Ellos no lo podían creer, me decían que cómo no insistí más, pero qué más iba a insistir, si lo dije en todos los tonos. Ya desde esa época, donde caía alguien del partido estaba rondando el Bigote.”

Al testimonio de Miguel Cepeda se sumarán otros datos que hasta entonces permanecían aislados, sin que constituyeran por sí solos motivos de sospecha. Se recordó por ejemplo que la primera detención de Joaquín, en julio de 1984, ocurrió minutos antes de que éste hiciera vínculo con Bigote. Que Bigote usaba zapatos y calcetines iguales a los de Carabineros, pero que él decía comprar en el Persa Bío Bío. Y se recordará que a las pocas horas de que Guido fuera acribillado en la Operación Albania, antes incluso de que la noticia fuera conocida, aquél se contactó con la familia de su amigo a través de un buzón telefónico. Luis Guerra Olivares, hermano de Guido, confirma este último antecedente y aporta otro desconocido: en un curso de instrucción impartido a mediados

de los ochenta en el sur del país, Bigote habría sido detenido y posteriormente liberado, sin que le levantaran cargos.

Los antecedentes reunidos desde comienzos de 1989 en Viña del Mar fueron configurando la idea de un infiltrado en las más altas esferas de la organización. Sin embargo, aunque con los años surgirán otros testimonios que favorecerán esa tesis, ninguno de esos antecedentes será concluyente ni menos logrará explicar por qué una persona que terminó estigmatizada ya no como delator o colaborador, como se sospechó en un primer momento, sino derechamente como un infiltrado, esperó hasta los sucesos de Los Queñes para dar un golpe de magnitud, en circunstancias de que mucho antes, siendo jefe de la Región Metropolitana y encargado de seguridad en reuniones de jefatura, además de comandante de la Dirección Nacional, estuvo en condiciones de generar un daño mucho mayor a la organización.

El caso de Bigote, que está vinculado al caso de José Miguel y Tamara, aún mantiene interrogantes que han ido alimentando una leyenda en torno al personaje y su destino. De todo lo que se dice de Bigote, que es bastante y diverso, dos cosas son más o menos seguras. La primera es que su destino comenzó a debatirse a comienzos de 1989 en Viña del Mar, en un proceso que se celebró a sus espaldas. La segunda es que la pista de Bigote se pierde poco después en la misma ciudad.

En su larga vida clandestina, aun en los peores tiempos, jamás pasó más de dos o tres meses sin que su familia tuviera noticias de él. Bigote, el segundo de siete hermanos, era sumamente apegado a su madre y siempre se las arreglaba para visitarla a como diera lugar. El último encuentro ocurrió el 27 de septiembre de 1988.

Leonor del Carmen Toro Apablaza cumplía setenta años y su hijo regalón cayó de sorpresa en su casa de San Felipe. Entonces Bigote tenía treinta y siete años y ya no llevaba bigotes, según se ve en una foto en blanco y negro que documenta ese momento. Flanqueado por sus padres, una pareja de edad a quienes abraza por los hombros, Bigote mira a la cámara con una expresión seria y

decidida, seguro de sí mismo. Tiene la frente ancha, nariz pronunciada y ojos amplios que resaltan bajo unas cejas largas y arqueadas. Su rostro es redondo y parece algo hinchado, con las líneas tan profundamente marcadas, en particular la de las comisuras, que le otorgan más años de los que realmente tiene. Bigote recibe el sol en la cara, lo que tal vez acentúa los rasgos, y en su boca, que es amplia y de labios finos, asoma una sonrisa complaciente.

“Ése es mi hermano”, dice Ada, sosteniendo la fotografía. Ada Arriagada está sentada en el living de su casa en San Felipe y muy pocas veces se refiere a Bigote en tiempo presente. Después de dieciocho años sin noticias de él, salvo rumores y alguna que otra versión, Ada se ha habituado a hablar de su hermano en pasado, segura de que en su caso el presente es una posibilidad muy remota y excepcional: para su hermana, Bigote vuelve a cobrar vida en fotografías.

Ada era la más cercana de sus siete hermanos, confidente y puntal en años de dictadura. Era común que ella escondiera las llaves de su casa en un lugar previamente establecido y que cada tanto él se dejara caer por las noches. Lo propio hacían sus padres, que como casi todos en la familia eran militantes comunistas. Ada también lo era hasta hace poco, y aunque ya no milita de manera activa, sigue comprometida con la causa a través de gestos mínimos pero significativos: en la entrada de su casa cuelga un afiche de Salvador Allende.

Bigote proviene de una familia de clase obrera. Su abuelo paterno trabajó en las salitreras antes de trasladarse a Santiago y ganarse la vida en arenales del Mapocho y en tareas agrícolas de los alrededores. Su padre hizo lo propio y terminó instalado en San Felipe, donde conoció a su esposa, que tenía una posición económica relativamente mejor. Ahí está el origen de Bigote, que nació en una cierta precariedad económica y desde temprano destacó del resto de sus hermanos.

Bigote, dice Ada, era el más inteligente y audaz de los siete, la promesa de la familia: obtuvo excelentes calificaciones en el Liceo Industrial de San Felipe y ganó una beca en la Universidad Fede-

rico Santa María. Ya era un conocido militante de las Juventudes Comunistas de la región y su carrera de ingeniero eléctrico quedó interrumpida por el golpe de Estado. Entonces Bigote se sumergió en la clandestinidad y su vida, como toda vida clandestina, se tornó intensa y errante, imposible de reconstruir en detalle.

Se sabe con certeza que más tarde retomó sus estudios, que fue detenido en al menos tres oportunidades y relegado en una, que contrajo matrimonio con Estrella Morán, que tuvo dos hijos con ella y se separó a principios de los ochenta (poco antes de que su ex esposa y sus hijos se radicaran en Suecia), que llegó a ser el tercero en la línea jerárquica de la organización y que está desaparecido. El resto son especulaciones.

Dice Ada que su hermano no se hubiera desaparecido así como así sin avisar, menos aun considerando el apego que tenía con su madre, que murió dieciocho años después de esa última visita de septiembre de 1988.

Lo último que Ada supo de Bigote es que en esos días mantenía una relación de pareja con una prima, quien estaba embarazada de él, y que dos de sus parientes lo acompañaron a un vínculo en Viña del Mar del que jamás regresó.

En un comienzo, por precaución, su familia no lo buscó. Suponía que podía estar oculto, tal vez fuera de Chile. Pero ya después de unos años, al no tener noticias de él, su madre emprendió una búsqueda que ha continuado Ada con igual suerte: al tratarse de un caso tan particular, donde todo apunta a que en la desaparición de su hermano no intervinieron agentes del Estado sino sus propios compañeros de armas, que lo acusaron de ser agente infiltrado, se ha sentido en una batalla solitaria. No hay testigos, ánimo de investigar ni una denuncia formal, sólo rumores que apuntan a lo mismo: Bigote fue acusado de alta traición, ejecutado y hecho desaparecer.

Ada no se explica cómo su hermano pudo haber estado infiltrado en la organización, “si siempre fue comunista y ni siquiera hizo el servicio militar”. Ella además fue testigo y cómplice de las actividades de su hermano en el Frente, y hasta donde sabe, estuvo comprometido hasta el último día. En ese entendido, considerando

su jerarquía en la organización, cree más probable que su hermano haya sido víctima de una pugna de poder. Lo que definitivamente no cree es que el Tato, como le decían en su familia, haya desaparecido voluntariamente sin dejar rastro, con un hijo en camino y otro nacido poco antes, a partir de una relación informal con una profesora. Ese otro hijo es mujer y Bigote la llamó Tamara.

A estas alturas, Ada se conforma con saber qué pasó con su hermano, “cómo lo mataron, en qué circunstancias y, si lo tiraron al mar, dónde fue para instalar una placa”.

Sentada en el living de su casa en San Felipe, con la foto de su hermano a la vista, Ada vuelve a hablar en tiempo pasado para decir que “era una persona muy especial, siempre muy preocupado de que la familia estudiara, que saliera adelante”.

Semanas después, en un encuentro en Santiago, dirá que “lo que hicieron con mi hermano fue una canallada”, porque “no tuvo derecho a nada, a un juicio, a una carta de despedida”. Dirá además que su muerte “es algo muy irónico, porque se dio de este lado y de esta forma”, que era la forma contra la que luchaba el Frente. Y dirá por último que, aunque legalmente no está muerto, a estas alturas perdió toda esperanza de que su hermano siga formando parte del mundo de los vivos.



Bigote es Luis Eduardo Arriagada Toro, nacido en 1950 en San Felipe. Rumbo a La Habana en fecha indeterminada. ADA ARRIAGADA / ARCHIVO FAMILIAR.

## VEINTISIETE

Era una cálida noche de marzo de 1989 y tres nuevos combatientes eran despedidos en la isla. Volvían a Chile después de tres años de ausencia y el maestro de ceremonia, al igual como ocurrió con los últimos que partieron en junio, volvía a ser Alejandro, el ex seminarista de Schoenstatt, que seguía a cargo de los fusileros que permanecían en la casa de Mariano. Esta despedida tenía un significado especial para el jefe de grupo: el que se iba esta vez era él, seguido de Marcos y Axel.

Este último recordará que en su discurso Alejandro destacó especialmente a José Miguel y Tamara, caídos en octubre último, y enfatizó que la muerte de ambos debía ser un ejemplo para los que volvían.

—La lucha continúa —recordó Alejandro al cerrar la arenga—. Hasta vencer o morir.

Era un momento particularmente complicado. La organización estaba golpeada, muy distante del apoyo y poderío militar de hace tres o cuatro años. Los que volvían a sumarse a la Guerra Patriótica Nacional repetían aún tenemos patria ciudadanos, hasta vencer o morir, pero íntimamente, con la mano en el corazón, tenían serias dudas. Tal como estaban las cosas, morir aparecía como una posibilidad muchísimo más cercana que vencer.

Esa noche, después de la ceremonia, hubo baile y fiesta regada en ron. Temprano por la mañana comenzaron a salir a intervalos de uno por día, siguiendo una ruta que hacía escalas en Viena, Praga, Madrid y Buenos Aires.

Es claro que Alejandro partió de la isla y arribó a Europa. Pero nunca llegó a Argentina ni menos a Chile. Marcos y Axel, que salieron detrás de él, se toparon fortuitamente en el aeropuerto de Viena y volvieron a encontrarse en Buenos Aires, donde debían

reunirse los tres. En esta última capital, con el correr de los días, comenzaron a preocuparse de la suerte de su amigo. Alejandro, combatiente disciplinado y dogmático, estaba desaparecido.

Axel, que es Héctor Washington Maturana Urzúa y hoy vive en Bruselas, acogido a la condición de refugiado político, recuerda que desde un comienzo las cosas se presentaron adversas.

Mientras hacía escala en España, a la espera del vuelo a Argentina, Axel extravió su pasaporte. Tenía su foto y estaba a nombre de Mateo Clavijo, ciudadano uruguayo de profesión docente, nacido en 1964. Los últimos meses en la isla escuchó repetidamente casetes de Leo Masliah, humorista y cantante uruguayo, procurando familiarizarse con el acento rioplatense, y de golpe, frente al infantil descuido, se veía obligado a practicarlo ante la policía española.

“Fue terrible, tuve que ir a dar cuenta de que se me había perdido el pasaporte y dar mi falso nombre, mi falsa dirección y mi falsa profesión con un acento falso. No sé cómo, pero al final apareció el pasaporte y pude seguir viaje.”

Una vez que se reencontró en Argentina con Marcos, quien tenía pasaporte uruguayo a nombre de Luis Rivaldi, se abocaron a la búsqueda de Alejandro. No hubo caso. Alejandro no aparecía, y no apareció. Después de varios días de pesquisas, de consultas y encargos, cruzaron al país por el Paso Los Libertadores. El ingreso de ambos quedó registrado el 24 de marzo de 1989.

De acuerdo con las instrucciones recibidas en Cuba, una vez instalado en Chile Axel debía pasearse por la Plaza de Armas de Santiago con una carpeta verde bajo el brazo derecho y un ejemplar de *El Mercurio*. Cuando alguien lo abordara y le preguntara si sabía qué buses viajaban al sur él debía responder que sí sabía: Pullman y Tur Bus. Las señas lo llevarían al vínculo y éste, a su próxima misión.

Ya instalado con Marcos en el hotel España, Catedral esquina Morandé, Axel pasó días enteros dando vueltas con su carpeta verde y un ejemplar de *El Mercurio* bajo el brazo, a la espera de que alguien le preguntara algo. Lo único que consiguió fue encontrarse



fortuitamente con su prima Sandra, quien se sorprendió al verlo después de tres años en que su familia no había tenido noticias suyas. Tuvo que pedirle que guardara el secreto.

Santiago es una aldea, más todavía en esos tiempos. En el periodo en que Axel procuró un vínculo se topó además con una antigua compañera del liceo, quien le contó que estaba de novia con otro compañero que había ingresado a Carabineros, y con un amigo de infancia al que fingió no reconocer. Lo segundo ya fue más complicado.

“Fue una cosa horrible: el tipo me vio en el Metro y comenzó a hacerme señas con la mano, y yo, como se suponía que no debía ser identificado por nadie conocido, comencé a escabullirme en forma burda mientras el tipo me seguía por los carros.”

No fue ni por lejos el último bochorno vivido por Axel en esos días. Berta Penacho, la dueña de una pensión en Providencia a la que Axel llegó con su chapa de turista uruguayo, le tomó un cariño especial al profesor Clavijo. Fue como un hijo para ella. La señora Berta le contó que uno de sus hijos residía en Uruguay y le pidió que le contara del país y que a su regreso llevara cartas que nunca llegaron a destino. Y ya para rematar, como si todo lo otro fuera poco, unos días después, una vez vinculado, paseaba por el barrio Bellavista cuando un muchacho lo abordó sorpresivamente por la espalda:

—¡Héctor, viejo, tanto tiempo! ¿Qué ha sido de tu vida?

Era otro de sus amigos del liceo, y el aludido, que estaba acompañado por un combatiente que no debía conocer su verdadero nombre, se vio obligado a fingir:

—No compadre, creo que te equivocaste.

—¿Cómo, hueón? Si erí el Héctor, el Héctor Washington Maturana, ¿no te acordái de mí?

—Te estoy diciendo que no me llamo Héctor —lo frenó Axel, escabulléndose entre la gente.

Fueron días extraños para Axel. Volvía a sumarse a la Guerra Patriótica Nacional, una guerra desenfocada y a destiempo, y ni siquiera, como muchos en la organización, estaba al tanto de que

había un nuevo jefe apodado Salvador. Además, los medios eran limitados y los combatientes estaban desperdigados, presos o en proceso de retiro, mientras la campaña presidencial, con Patricio Aylwin como candidato único de la Concertación de Partidos por la Democracia, estaba lanzada. En las calles se vivía una cierta euforia y el ambiente terminó seduciendo a Axel y su compañero de armas.

Comiendo una tarde en uno de los locales del Portal Fernández Concha, frente a la Plaza de Armas, Axel y Marcos, que para esos efectos eran Clavijo y Rivaldi, trabaron amistad con un par de muchachas que atendían las mesas del local. Los falsos uruguayos resultaron tan convincentes y encantadores que esa noche terminaron acompañando a las muchachas a un matrimonio animado por la Sonora Palacios.

“Como veníamos de Cuba, con el Marcos nos reíamos de cómo bailaban cumbia los chilenos, todos desarmados”, dice Axel. “Nosotros en cambio habíamos aprendido a bailar bien y nos lucimos.”

La jornada de fines de abril resultó inolvidable. Los falsos uruguayos fueron atracción y terminaron durmiendo acompañados en el hotel Victoria. Y al día siguiente Axel por fin hacía vínculo y se despedía de Marcos. Se abrazaron y dijeron suerte, hasta pronto, aunque no volverían a verse.

Luego de lo ocurrido con José Miguel y Tamara, que antecedió al hallazgo del túnel en la Penitenciaría, ya no quedó ánimo para seguir escribiendo cartas a “los niños”. Ahora había otras cosas de qué ocuparse, más todavía después de que el fiscal Torres dispuso el traslado de los últimos presos políticos hasta una Cárcel Pública con medidas de seguridad reforzadas. Entre esos últimos presos políticos provenientes de la Penitenciaría estaba Enzo, que volvía a verse a la cara con Sacha después de casi dos años.

No fue necesario que tocaran el tema. Desde ese mismo día de diciembre en que Sacha recibió a Enzo con un gesto amistoso y de vuelta recibió una mirada esquiva, indiferente, que expresaba censura, si no desprecio, quedó en claro que el tema no estaba

olvidado, muy por el contrario: el tema estaba más presente que nunca y seguirá estándolo en adelante, aunque no se aborde directamente.

“Vivir con el peso que vive el Sacha no es de rodriguistas”, había escrito Enzo en carta dirigida a “los niños”, y un año más tarde, al reencontrarse con el hombre que fue su jefe y lo llevó a la tortura y a la cárcel, y que además, según suponía, había delatado a Joaquín, Enzo no perdió oportunidad para cobrarle la falta.

Es cierto que Sacha vivía con el peso al que aludía Enzo. Desprenderse de ello resulta imposible para cualquiera que haya pasado por lo que pasó él. Pero al menos en esos dos últimos años había aprendido a convivir con esa carga, a llevarla con cierta dignidad. Las pesadillas de un comienzo eran cada vez más infrecuentes. En los últimos dos años había estado durmiendo de manera más o menos continua. También pudo volver a mirar con la frente en alto, sin bajar la mirada, a Óscar y Pedro, vecinos de La Pincoya como él, aunque hay que decir que ellos jamás le reprocharon su comportamiento. Ése era el punto. Enzo se encargó de que Sacha no olvidara su falta, y a fuerza de gestos hirientes, de leves y certeras punzadas que iban dando cuenta de un encono, además de una profunda desconfianza, lo avanzado en los últimos dos años quedaría reducido a nada.

Al poco de que Sacha recibiera a Enzo con un gesto amistoso y de vuelta recibiera una mirada esquiva, indiferente, que expresaba censura, si no desprecio, las pesadillas volvieron a aflorar.

Sacha recordará que esas pesadillas no tenían una imagen recurrente y concreta. Más bien será un estado de ánimo opresivo y tormentoso que escapa a la voluntad. Esas pesadillas generalmente vendrán acompañadas de sudor, temblores y gritos que despertarán a sus compañeros de celda y a veces también a los de su galería.

Habían transcurrido tres años desde el fallido atentado a Pinochet y Tarzán, que en esa época respondía a la chapa de Hugo, volvía a ser jefe de Axel. Ambos integraron el Grupo de Contención, que

actuó junto a la casa rodante, y tiempo después, al coincidir en La Habana, tuvieron oportunidad de comentar animadamente el episodio del Cajón del Maipo. Pero las cosas ya no estaban como hace tres años. La organización vivía una situación crítica, de desconfianzas y errores que le iban restando mística y recursos.

Recordará Axel que una vez que recibió la orden de unirse al trabajo de *basificación*, pidió un arma a su jefe. “*No, me dijo, el arma hay que ganársela. Y yo ahí quedé dibujado. ¿Que acaso no me la he ganado?*”, le dije. *No, ahora hay que ganársela*; y más encima, después de eso, me ordenó ir al Registro Civil a sacar carné de identidad a nombre de otra persona. Y yo, muy hueón, porque me debí haber negado, fui al Registro Civil, entregué mis huellas y me devolví con una colilla. Entonces ya no sabía quién era, o quién se supone que era, si el tipo del carné falso o el uruguayo que andaba de turista en Chile. Perfectamente podría haber seguido operando con mi verdadera identidad, porque a mí no me andaban buscando, pero tuve que a ir sacar ese carné y de ahí para adelante todo empezó a irse a la cresta.”

Ismael no tenía necesidad de viajar a Santiago a buscar a Axel. Éste podía llegar solo sin problemas. Pero lo hizo por deferencia, atendiendo a que uno de sus amigos, fusilero como él, con el que siguió un curso de francotirador en La Habana, venía integrándose al trabajo en Chile. El encuentro ocurrió la tarde del lunes 10 de abril en Ñuñoa. No se veían las caras hace casi un año y, de acuerdo con Axel, la primera impresión que se llevó de Ismael no fue la mejor:

“Andaba con la típica chasca que usaba él, pero como estaban las cosas, y como terminaron, yo hubiera preferido que no anduviera tan chascón para pasar más piola. Me acuerdo que llevaba unos pantalones anchos de rockero de los años sesenta y unos zapatos bien grandes. Creo que algo le comenté al respecto, porque yo era formal para esas cosas, soy formal, me afeitaba todos los días y usaba el pelo corto, pero no me pescó. Entonces, como yo venía llegando, dije qué raro, a lo mejor el Plebiscito abrió las puertas, todo el mundo se puso hippie, los pacos andan felices, no sé qué cosas

se me ocurrían en ese momento. Pero la cosa es que me entregué, me puse en sus manos, porque ni siquiera yo sabía bien adónde íbamos; sabía que íbamos al sur, pero no exactamente dónde.”

Esa tarde de lunes, antes de partir al sur, fueron de compras. En la zapatería Bata de Chile España esquina Irarrázaval compraron zapatillas de moda, de lona y caña alta. Un par para cada uno, del mismo color: verdes. Y una vez que anocheció llegaron al Terminal de Buses Alameda, comieron un sándwich y abordaron el último bus que salía a Linares. ¿Por qué a Linares? Axel asegura que todavía no lo sabe:

“Con el tiempo yo me enteré que el Braulio nos esperaba al otro día en San Fernando con una comida para celebrar mi llegada. Pero el hecho es que llegamos de madrugada a Linares y yo le digo al Ismael: *Vámonos a una pensión a pasar la noche*, pero él me dice *No, no gastemos plata*, así que dormimos en la estación, como vagabundos, y a las siete de la mañana partimos a Talca a tomar desayuno. Medio pollo con papas fritas. Y ahí yo le pregunté si estábamos haciendo hora y él me dijo que sí, pero que el punto no era en Talca, sino en las proximidades de Linares, así que después del desayuno en Talca teníamos que volver a Linares. Estábamos puro hueveando, ésa es la verdad, y más encima yo no andaba armado. Yo te digo, con un arma hubiese salido de Talca. Yo venía súper entrenado, con cursos de tiro en Cuba, de comando en Vietnam; con un arma yo salgo. Pero el arma la tenía Ismael.”

Ocurrió unas horas después del desayuno. Axel e Ismael dieron vueltas por el centro de Talca, compraron un cortaúñas y cotizaron ponchos. Ya era poco más de las once de la mañana cuando pasaron frente a los Entretenimientos Electrónicos Galaxia, en calle Uno Sur, que tenía una docena de flippers y un auto electrónico en mal estado.

—¿Jugamos unas fichitas? —sugirió Axel.

Ismael asintió.

Fue una vez dentro de los flippers, en los momentos que compraban fichas, que tres carabineros de civil pasaron por fuera del local y los vieron. Dos muchachos, uno alto y otro bajo. El pri-

mero, de pelo largo, cargaba un bolso de nylon blanco. Dentro de ese bolso blanco Ismael guardaba un revólver Colt calibre 32 con dieciocho balas de reserva que había sido sustraído del retén de Los Queñes.

El teniente Juan Carlos Amar, el cabo primero Luis Contreras y el cabo segundo José Hernández, todos de la Prefectura de Carabineros de Talca, habían iniciado su ronda de comisión civil a las diez de la mañana. El cabo Hernández, refiriéndose a Ismael, declaró después haber reconocido al mismo sujeto “del que sospeché esa misma mañana cuando lo vi en el terminal de buses al dirigirme a la comisaría”. Y fue el mismo Hernández, ya dentro del local, el que tomó la palabra:

—Jóvenes, sus carnés por favor.

Según las declaraciones de testigos que se encontraban esa mañana en el local, Axel se disculpó. Dijo que no andaba con su carné de identidad. Y en seguida, como para compensar la situación, Ismael mostró el suyo, que estaba a nombre de Juan Carlos Abarzúa Lucero. Fue inmediatamente después de eso que el cabo Contreras estiró la mano y le pidió a Ismael que le pasara el bolso de nylon. Quería saber qué llevaba dentro.

—Cosas personales —explicó Ismael, llevando el bolso hacia atrás.

—Te estoy diciendo que me lo pasís —insistió el cabo Contreras, y de acuerdo con la declaración judicial de éste, de vuelta recibió una respuesta muy poco amable:

—Te dije que no, hueón de mierda.

“En ese momento —relató el cabo Contreras— mi teniente Amar me dijo *No, déjalo que él muestre lo que lleva y espósallo*. Le tomé la mano al individuo, quien dio un salto hacia atrás, y al momento que iba dando el brinco llevaba el arma en la mano. Yo salté al lado derecho y me incliné sacando mi pistola.”

Juan Muñoz Alegría, el hombre que se encontraba en la caja, difiere levemente de la versión anterior. Testificó que “uno de los carabineros le dijo al joven que llevaba la bolsa que se la pasara para ver qué contenía, y el individuo se negó a entregársela; acto

seguido, este mismo sujeto metió la mano en forma lenta en la bolsa, y muy rápido sacó su arma y comenzó a disparar contra los policías”.

El primero que cayó al suelo fue el cabo Hernández, herido en el abdomen. Contreras alcanzó a dar unos pocos pasos hacia atrás, en procura de la salida, antes de ser impactado en el hombro. Luego, una vez en el suelo, recibió otro disparo de Ismael. Sólo el teniente Amar pudo salir a tiempo, pero no llegó muy lejos. Cuando Axel salió a la calle con el arma del cabo Contreras, de quien se despidió con otro balazo, se topó con Amar. Con dos tiros se deshizo de él y luego se enfrentó a otro carabinero que disparaba desde el frente. Era Hegner Páez, quien ese día andaba de franco y portaba su arma de servicio. Páez alcanzó a percutir dos veces antes de caer al suelo con una herida de bala en la rodilla.

Axel arrancó al poniente por Uno Sur, en sentido contrario del camino que había seguido poco antes Ismael, y al doblar la esquina se encontró con un radiotaxi estacionado con las puertas abiertas y un chofer al volante. Su nombre era Elías Escalante y más tarde le contó al juez que “el sujeto me apuntó con el arma y cerró la puerta del auto al tiempo que me manifestaba *Arranca concha de tu madre, si no te mato*, en eso yo eché a andar el motor del auto, pero sin pasar cambio, y a la vez me doy cuenta que por el costado izquierdo venía un carabinero armado, y al ver esto y en un momento de descuido de quien me apuntaba, que también se percató de la presencia del carabinero, le tomé el arma para desviarle el cañón hacia otro lado”.

No era uno sino tres los carabineros que rodearon el auto, desatando otra balacera. Los policías aparecían hasta por debajo de las piedras esa mañana en Talca. Entre ellos estaba Alberto Navarro, que ese día estaba de franco y paseaba por el centro de la ciudad. Al sumarse a la acción le tocó enfrentar la rendición de Axel, que bajó del taxi con la pistola en las manos. Navarro dijo: “le grité en varias oportunidades que botara el arma, quien manifestó *Sí, la voy a botar*, pero no hacía nada al respecto, incluso no se veía nervioso, por lo que le efectué un disparo a las piernas, el sujeto se quejó,

pero no tiró el arma, así pasaron unos veinte o treinta segundos, y después de tanto insistirle tiró el arma, momento en que me acerqué al individuo, lo tomé del pelo y lo puse boca abajo”.

Esa mañana de martes hubo diez heridos a bala, tres carabineros y siete civiles —incluido Axel—, y un muerto: el teniente Juan Carlos Amar. Era casi el mediodía y en Talca todavía quedaba mucha acción por delante.

Cerca de las cinco de la tarde, a la salida de Talca, dos hombres hicieron parar un bus interprovincial que se dirigía a Santiago. El auxiliar a bordo, Miguel Ángel Aragón, treinta y un años, natural de Argentina, relató que subieron “dos pasajeros, uno gordito y otro delgado” y que “en tono de broma y en atención al volumen del cuerpo del gordito manifesté algo como *Pobre asiento, voy a tener que cobrar pasaje doble*, tras lo cual ocupan los asientos 21 y 22”.

Alejandro Custodio Valderrama y Ricardo del Carmen Narvárez eran el gordo y el flaco a los que se refirió el auxiliar. Tenían cuarenta y tres y treinta años, respectivamente, eran de Ralco y entre ellos se decían padrino y ahijado.

Poco después de que el gordo y el flaco subieron, otro hombre hizo parar el bus. A éste el auxiliar lo describió como alto y de pelo largo, aunque lo que más llamó su atención fue que “en su ropa tenía tierra en su parte trasera y pasto y hojas sueltas”.

Ismael había logrado salir a balazos de los flippers y en su huida abordó una micro y después un taxi con el que salió a la carretera. No pudo llegar muy lejos. A poco andar se encontró con un control policial y pidió al chofer que lo dejara en un camino lateral. Esperó varias horas escondido entre malezas, y una vez que el camino estuvo despejado y que cargó su arma, volvió a la carretera y abordó el primer bus que pasó.

Ismael no había alcanzado a acomodarse en el asiento cuando el bus volvió a detenerse. Esta vez era la policía del retén caminero de Itahue, unos pocos kilómetros al norte de Talca.

Armado con una subametralladora, Javier Gañán cruzó hasta el fondo del bus, donde ahora estaba sentado Ricardo del Carmen



Narváez, el flaco. Su padrino recordó que “antes de que la máquina fuese detenida por la policía se había levantado de su asiento, ya que me dijo que quería ir al baño; a él le expliqué que se esperara, ya que antes había visto que una señorita había pasado al servicio, pero mi ahijado no me hizo caso y decidió esperar el baño sentado en los asientos traseros que iban casi todos desocupados, salvo el último asiento, en el cual viajaba un viejito”.

Con Gañán subieron otros dos carabineros, uno de apellido Rivera que se instaló en la pisadera del bus, custodiando la única salida, y un tercero, cabo Espinoza, encargado de controlar la identidad de los pasajeros. Al llegar donde Ismael, éste le entregó una colilla, la misma que le había entregado Axel esa mañana, y por un momento pareció que libraría. El carabinero siguió su marcha, pero al completar la revisión volvió donde Ismael:

—Párate con las manos en alto.

La respuesta fue un balazo a boca de jarro que dio en el abdomen de Espinoza. Antes de que Espinoza terminara de desplomarse, Ismael giró y disparó dos tiros hacia el fondo del bus: uno dio en el brazo de Gañán; el otro, en el pecho de Narváez, el flaco. Por poco se salvó el uniformado que estaba en la pisadera. Rivera ya había dado un salto hacia atrás cuando una bala de Ismael se perdió tras el parabrisas. La histeria quedó desatada entre los pasajeros del bus.

Aunque el auxiliar argentino aseguró que “logré tomar del brazo izquierdo al individuo que disparó, pero me empujó fuertemente y me tiró encima de los asientos”, nadie más en el bus se percató de esa acción temeraria. En lo que sí coincidieron los testigos es que una vez que tuvo la pista libre, Ismael se abrió camino con una patada en las costillas del policía Espinoza, que yacía en el piso herido de bala.

En su huida, una vez fuera del bus, esquivó varios tiros. Las ráfagas de Gañán, que logró incorporarse y disparó su subametralladora desde el interior del bus; los disparos de Rivera, que se había parapetado tras el bus; y el de otros cinco policías del retén de Itahue que se sumaron a la persecución.

Ismael corrió en dirección sur, por un camino interior paralelo a la Ruta 5. Sin detenerse le dio al cabo Misael Vega, que corría a sus espaldas, y al conductor de una camioneta que pasaba por el lugar y tuvo la ocurrencia de prestar asistencia a la policía.

Recién al alcanzar una garita lateral al camino, donde buscó refugio, Ismael reparó en que una bala le había rozado su cadera y otra estaba alojada en su pantorrilla. Quería seguir resistiendo, hasta las últimas. Ismael también era de los que decían que él no se entregaba vivo. Pero le quedaban dos proyectiles y el último que percutió, sin destino fijo, fue testimonial. Un impacto recibido en su mano derecha, con la que sujetaba el arma, marcó su rendición definitiva.

El recuento esta vez fue de cinco heridos —tres uniformados y dos civiles, considerando a Ismael y al conductor de la camioneta— y un muerto. Ricardo del Carmen Narváez, el flaco, ahijado de Valderrama, falleció en el asiento del bus, víctima de la bala de un francotirador.

Antes de abandonar su puesto de fiscal y juez militar ad hoc para asumir de lleno la función de auditor general del Ejército, cargo que significó su ascenso a general pese a no haber cumplido los cinco años de coronel que exige el reglamento, Fernando Torres Silva se preocupó de que los presos estuviesen a resguardo, sujetos a las máximas medidas de control.

Hasta último minuto se preocupó también de hostigarlos con las habituales comparecencias a la fiscalía que solían ocurrir entrada la noche, ya sea en día laboral o fin de semana, daba igual, a sabiendas de que hace mucho tiempo los reos se negaban a declarar. Ésas y otras prácticas mañosas, que llevaron a que el relator especial de Naciones Unidas, Fernando Volio Jiménez, concluyera que “los procesos hipertrofiados que atiende el fiscal Torres son contrarios al debido proceso legal y, por tanto, se apartan o desvían de lo normal en perjuicio de los derechos de los procesados y quienes los defienden”, siguieron hasta los últimos días. Pero el tema, el gran tema, era la seguridad, en particular la construcción de un nuevo penal con tecnología de punta.

Torres Silva insistió mucho con este punto, pero como no fue atendido, se conformó con transformar la antigua Cárcel Pública de Santiago en una cárcel de alta seguridad.

Fue su última gran obra como fiscal militar ad hoc antes de asumir de lleno la tarea encomendada por Pinochet tras el Plebiscito de 1988. En adelante, con la investidura de auditor general del Ejército, el ahora general Torres Silva ocuparía un asiento en la Corte Suprema y se empeñaría en proteger los intereses de agentes y ex agentes vinculados a violaciones a los derechos humanos.

En el antiguo penal de General Mackenna, que seguía siendo tan húmedo y sombrío como siempre, los cielos fueron enrejados por completo. También fue reforzada la guardia, tanto para las visitas como para los internos, y para desanimar a quien tuviera la ocurrencia de cavar un túnel, las celdas de los presos políticos quedaron dispuestas al centro del penal, segregadas de los comunes. Huir de ahí sería un desafío que demandaría dedicación exclusiva.

La tarea estaba encomendada a la Comisión Fuga. En ella un grupo liderado por Joaquín dedicaba buena parte del día a estudiar la forma de burlar la seguridad del penal. Discutían variables, anotaban rutinas, trazaban planos. La Comisión Fuga era la favorita de los Autónomos, todos querían estar ahí en desmedro de las otras dos comisiones, Educación y Masas, que impulsaba Marcelo, médico y comandante de la Dirección Nacional tras las rejas.

La Comisión Fuga trabajó a diario, disciplinada y pertinazmente, y al cabo de unos pocos meses entregó su primer informe que contenía una conclusión: en la Cárcel Pública de Santiago no había forma de salir a través de un túnel. Por eso los Autónomos nunca intentaron hacer uno. Calculaban que tampoco podían huir por los techos, enrejados de tal manera que ni siquiera la paloma que tenía Fernando, el taxista del caso Carreño, podía salir de ahí.

En ese entendido se diseñó una operación que, al menos en el papel, parecía espectacular. La idea de tomar la cárcel por asalto, en una acción nocturna, era un asunto que iba muy en serio.

Al interior de las galerías, por seguridad, los gendarmes nunca portaban armas. Ellos eran presa fácil. No difícil sería cruzar una

segunda reja, custodiada por personal fuertemente armado, antes de alcanzar la guardia de la calle, más feble que la anterior.

La llave para abrir esa segunda reja era el teniente, a quien someterían a una práctica aprendida en la guerra nicaragüense. Con una cuerda de piano anudada a sus testículos y simulada bajo sus ropas, sería conducido por un par de reos armados y disfrazados de gendarmes. A riesgo de perder su virilidad, el teniente debía fingir normalidad y ordenar la apertura de la reja.

Una vez controlada esa reja, ya prácticamente tendrían dominado el penal.

Los cerebros del plan apostaban a neutralizar a la totalidad de los gendarmes, incluyendo los de las torres, y si todo salía bien, huirían, muy a su pesar, hasta sus rivales del Frente Partido.

Sus antiguos compañeros de batalla parecían muy mansos, confiados en una solución política. A juzgar por los Autónomos, en el Frente Partido no se mostraban muy ansiosos por huir de la cárcel; por el contrario: los presos del Frente Partido, en especial los que transitaban por la galería 7/8, pasaban demasiado tiempo al interior de una de las celdas haciendo quizás qué.

Con los últimos sucesos de Talca, Rodrigo volvió a quedar descolgado. Aunque dejó múltiples recados a Tarzán y Ramiro para que lo vincularan, ninguno de los dos acusó recibo. Estuvo varios meses esperando respuesta, alguna señal, un nuevo vínculo. Cuanto más, a través de la noticia del asesinato de Roberto Fuentes Morrison, el Wally, uno de los jefes del Comando Conjunto, se enteró de que la organización había lanzado la campaña *No a la impunidad*, destinada al ajusticiamiento de figuras civiles y militares de la dictadura.

Sin dinero ni un lugar fijo donde permanecer, y ya después de mucha espera, se convenció de que no tenía sentido seguir aguardando un vínculo. No podían contactarse con él, razonó. O no querían. Entonces Rodrigo tomó la decisión de irse para la casa. Literalmente.

Después de casi tres años de ausencia, en que su familia no había tenido noticias suyas, salvo un mensaje cifrado en clave enviado en agosto último desde Buenos Aires en vísperas de su cumpleaños, volvía a su casa en la comuna de La Granja. Ahí podía

estar tranquilo. Rodrigo, como varios otros fusileros, no había sido identificado por la policía. Estaba limpio. Tanto así que incluso, tiempo después, cuando las aguas se quietaron, se permitió visitar a sus amigos en la cárcel.

Pasará un tiempo eso sí antes de que Axel e Ismael pudieran recibir visitas, y más todavía para que las aguas se quietaran.

En los días en que se daba a conocer la detención de Axel e Ismael, al jefe de ambos se le perdía el rastro. En la clandestinidad no es raro que a alguien se le pierda el rastro por unos días. Justamente se trata de eso. Pero ya después de un tiempo prudente, cuando no acudió a los vínculos permanentes, regulares y de emergencia, cuando no respondió a los mensajes de los buzones telefónicos ni se tuvo noticias de él, siquiera rumores, no cupo más que pensar lo peor: la caída de Axel e Ismael también había arrastrado a Tarzán.

El problema es que nadie se hacía cargo de su detención y no era cosa de llegar y estampar una denuncia por presunta desgracia. Aparte de los riesgos que implicaba, ninguno de sus compañeros conocía el verdadero nombre de Tarzán. Para ellos Tarzán era Tarzán, y así no se puede estampar ninguna denuncia seria.

Mucho tiempo después, cuando su muerte ya se daba por hecho, hubo noticias al respecto: Tarzán estaba a salvo y fuera de combate. Afectado por los últimos acontecimientos, en serio riesgo de ser detenido, había decidido abandonar el país por las suyas, sin avisarle a nadie, para radicarse en España.

A la desertión de Tarzán se sumó otra baja particularmente sensible. Aurelio, el comandante que dirigía las Fuerzas Especiales desde el asesinato de Benito, perdió la vida en un ataque a las instalaciones militares del Aeródromo Tobalaba. Aunque el parte operativo publicado en *El Rodriguista* indicó que Aurelio había caído cuando intentó rescatar a un compañero, lo cierto es que su muerte se produjo en circunstancias menos épicas.

Aurelio, que en realidad era Roberto Nordenflycht, hijastro de Volodia Teitelboim, había instalado un cohete LAW que apuntaba en dirección a uno de los helicópteros de Pinochet. Pero como el cohete LAW no se activó, al día siguiente, en un inexplicable error

que no se condijo con su experiencia militar, regresó al teatro de operaciones y terminó enfrentándose a tiros con un teniente de Ejército que custodiaba el lugar.

Corría agosto de 1989 y la organización acusaba la pérdida de otro de sus comandantes históricos.

En esa operación también participaron Marcos y Fabián, dos de los fusileros del atentado a Pinochet que pasaron a integrar las Fuerzas Especiales de Aurelio. Luego del desastre sólo Marcos continuó activo, aunque no por mucho tiempo más. Fabián, que provenía del sector de El Salto, desapareció de escena, sin que sus compañeros de los últimos tres años, con los que compartió en Vietnam y Cuba, hayan vuelto a tener noticias de él.

Con Fabián fueron cinco los fusileros que quedaron fuera de circulación ese año. Axel e Ismael fueron detenidos, Tarzán estaba en España, Rodrigo en su casa de La Granja y Alejandro, el ex seminarista de Schoenstatt, desaparecido al emprender viaje de regreso a Chile.

Según se supo después por su primo Juan, Alejandro nunca regresó al país. Tras salir en marzo de La Habana desvió el camino para buscar refugio en Suecia. El jefe de los fusileros que salieron al extranjero tras el atentado, considerado uno de los más dogmáticos y disciplinados, no quería más guerra.

## VEINTIOCHO

Jorge Martínez Martínez, procesado por asociación ilícita, corrió con la noticia hasta la galería 7/8 de la Cárcel Pública de Santiago.

—Cabros —anunció con la voz temblorosa—, falta gente.

Era la madrugada del martes 30 de enero de 1990, faltando poco más de un mes para el cambio de mando, y el Guatón Martínez, como era conocido este militante comunista de la galería 11/12, acudió a sus más cercanos del Frente Autónomo para dar cuenta de lo que recién había constatado. Al menos, según una primera cuenta, faltaba una docena de presos. Todos del partido.

Uno de los primeros en escuchar la voz de alerta fue Juan Carlos Cancino, el taxista que en el secuestro del coronel Carreño actuó con la chapa de Fernando. Recordará Fernando que Martínez “llegó pálido, con los ojos blancos y los labios morados”, sin poder entender qué se habían hecho los presos comunistas. Hasta unas horas atrás estaban visibles, como todos los días, pero un rumor surgido cerca de la medianoche en su galería alertó su curiosidad. Tras comprobar que varios se habían hecho humo, acudió a la celda que compartían Fernando, Óscar y Florencio Velásquez.

—Se fugaron, se fueron, no están —repetía Martínez.

La voz de Martínez fue escuchada casi simultáneamente por Milton y Claudio Salinas, quienes compartían una celda del nivel inferior de la galería 7/8, debajo de la de Fernando, Óscar y Velásquez. Los cinco —guatón Martínez mediante— hicieron un nervioso y apurado análisis de la situación.

En noviembre último los internos habían conseguido un beneficio adicional al ya flexible régimen de visitas. Desde entonces, los últimos lunes de cada mes estaban reservados para la visita de familiares más cercanos, en especial niños, que se extendía durante

gran parte del día. Una posibilidad era que se hubiesen fugado unas horas atrás, confundidos entre sus parientes. Uno, dos o tres podrían haberlo hecho, ¿pero doce o más? Si no se fueron ahí, razonaron, tuvieron que hacerlo poco después, de regreso a las galerías, por los techos o a través de un túnel. No había otra posibilidad.

Los que descubrieron el túnel aún no pueden explicarse por qué comenzaron la búsqueda por los baños de la galería 7/8. No era el lugar más discreto para cavar un túnel. Pero ahí estaban los tres —Fernando, Velásquez y Salinas— cuando uno de ellos reparó en el silencio que había en la celda 4, ubicada exactamente al lado de los baños, donde vivían Manuel Fuenzalida, Ricardo Contreras y Raúl Blanchet, todos del Frente Partido. Golpearon a la puerta metálica y no recibieron respuesta. Estaba cerrada por dentro y en la ventana superior, resguardada por barrotes, había una manta que impedía la vista desde el exterior.

De acuerdo con los códigos que regían a los dos principales grupos de internos, por regla general nadie del Frente Autónomo podía llegar y entrar a una celda del Frente Partido. Ni viceversa. Hacerlo era una trasgresión grave a las normas y podía significar una declaración de guerra. Por eso Florencio Velásquez asumió un riesgo cuando se empinó frente a la ventanilla de la celda 4 y muy cuidadosamente, como quien se dispone a desactivar una bomba de tiempo, corrió la frazada de la ventana. Una bofetada de olor a tierra fresca y húmeda, como no la sentía en años, golpeó su cara.

Fernando, que estaba al lado de Velásquez, recuerda haber sentido “ese olor a tierra que no existe en la cárcel, como cuando cortan el pasto”, pero no haber entrado en ese momento a la celda 4. Dice que con sólo mirar y respirar se dieron cuenta a través de la ventana con barrotes que ahí estaba la boca del túnel. En cambio Salinas, que también estaba al lado de Velásquez, asegura que sintió ese mismo olor a tierra fresca, pero que se hizo más intenso una vez que ambos destrabaron la *monra* —sistema que bloquea la puerta desde el interior— y entraron a la celda.

“Había un olor muy fuerte a humedad dentro de esa celda, pero en principio no nos dimos cuenta del túnel”, testifica Salinas.



“Ya cuando íbamos de salida, tras explorar la celda, volvimos a ver ese bloque de cemento que estaba cerca de la puerta. Yo lo había visto a la entrada y no le tomé atención, pensé que era una mesa pequeña, algo así. Pero de vuelta, al detenernos frente al bloque, escuchamos como un zumbido, un soplido muy leve. Y ahí vimos por primera vez el hoyo.”

El túnel que permitió la fuga de 1990, la más célebre en la historia de la demolida Cárcel Pública de Santiago, fue iniciativa de cuatro reos ligados al Frente Partido. Esos cuatro —Miguel Montecinos, Manuel Fuenzalida, Ricardo Contreras y Germán Alfaro— diseñaron el plan y realizaron las faenas preliminares de lo que bautizaron Operación Éxito.

Al mando de Montecinos, el ex amigo de Enzo conocido por su apodo de Gitano, el grupo trabajó bajo un supuesto que otros reos subversivos habían desechado antes, entre ellos los Autónomos: desde el lugar reservado a los presos políticos, casi al centro del penal, era posible cavar un túnel a seis o siete metros de profundidad que desembocara en los terrenos traseros de la Estación Mapocho. La estructura de la estación Puente Cal y Canto del Metro, construida al costado norte de la cárcel, no debía ser un problema. Era lógico que los ingenieros franceses que la diseñaron hayan pensado en un terraplén entre el asfalto de la calle y el hormigón del tren subterráneo. La clave estaba en saber cómo y dónde depositar la tierra, calculada en toneladas, que iría saliendo del forado.

La ocurrencia fue de Fuenzalida: la tierra podía ser depositada en el entretecho del penal, sobre las celdas superiores de la misma galería 7/8. Para eso, sin embargo, hubo que transportar la tierra desde celda 4 hasta la 5, ubicada en el piso superior, a través de un forado trazado perpendicularmente. En el cielo de esta última celda, donde vivían Montecinos y Alfaro, otra hendidura en la losa superior permitía trasladar la tierra hasta el entretecho.

La solución estuvo tan bien diseñada que hasta dos días después del escape, los gendarmes —con apoyo de Investigaciones y la CNI— no podían descubrir adónde había ido a parar ese material.

En una de sus últimas declaraciones para el bronce, el almirante José Toribio Merino se aventuró a decir que “aquí están coludidos indudablemente de adentro y de afuera (...) Porque todo el montón de tierra que salía de allí abajo a alguna parte tuvo que ir a dar, no se la comían los gallos, porque comer tierra no hace bien, ¿cierto? Y hay que ver cómo hubieran dejado todo el sistema de desagüe tapado”.

Las palabras del almirante cobran sentido si se leen en clave.

Para asegurar que la Operación Éxito respondiera al nombre, sus mentores debieron trabajar con absoluta discreción. Idearon un sistema de guardias y un código secreto para designar las fases del proyecto. A *comer* le llamaban cuando trabajaban en el túnel, *pera* era el túnel mismo; *tomate*, el forado que unía una celda con otra; *pepino*, el que daba al entretecho, y *lavar la loza* significaba depositar la tierra.

Una tarea de esta magnitud era imposible para cuatro hombres. De ahí que a los pocos meses de iniciadas las faenas ya sumaban veinte, todos del Frente Partido, quienes suscribieron un pacto de silencio. Nadie más al interior del penal podía saber del plan de fuga, y ni hablar de ventilarlo entre familiares o amigos. Cualquier filtración podía arriesgarlo todo. Aparte de los ejecutores del plan, los únicos que estaban enterados eran algunos miembros de la directiva del partido, quienes habían comprometido apoyo externo con la condición de que fuese una operación limpia, sin muertos ni heridos en el camino.

En los últimos días de 1989, a un año y medio del inicio de las faenas, el túnel estuvo listo para ser usado. Tenía casi sesenta metros de extensión y un promedio de cincuenta centímetros de diámetro, el mínimo para que una persona se desplazara en su interior en punta y codo. Cada doce o quince metros había rellanos o bases que servían para descanso, maniobras y almacenamiento de material. Un lujo de túnel —con sistemas artesanales de iluminación, ventilación, comunicación y transporte de material mediante rieles— al que en principio sólo una veintena de los presos políticos accedería.

Los cálculos variaron poco antes del día elegido para la fuga. Uno de esos veinte debió ser internado de urgencia en la enfer-

mería por una tuberculosis. Y por esos mismos días, en una de las últimas reuniones previas a la fuga, se decidió invitar a cinco reos que habían sido leales al partido. La suma final de ese grupo era veinticuatro, el doble de lo que esa noche alcanzó a contar el Guatón Martínez.

Para los que quedaron dentro del penal no hubo recados ni pistas acerca de la existencia del túnel. Si lo encontraban, bien por ellos; y ahí veían cómo se las arreglaban una vez fuera. Por eso cuando el Guatón Martínez confirmó sus sospechas y dio la voz de alerta, ya habían transcurrido cerca de dos horas en que el túnel permaneció desocupado. El tiempo suficiente para que las cuatro galerías que la Cárcel Pública de Santiago reservaba a los presos políticos quedaran completamente deshabitadas, con excepción del solitario gendarme destinado a ese sector.

Sin salir de su asombro por el hallazgo, Claudio Salinas sintió deseos de sumergirse en el túnel. Era uno de los más antiguos de los Autónomos en prisión; también uno de los más jóvenes, con veintiún años, de los cuales cuatro habían transcurrido tras las rejas. Desde que en 1985 fue detenido por la CNI, acusado del asalto al Comando de Aviación del Ejército, no hubo día que no pensara en la forma de fugarse. El impulso estaba, pero no podía irse así como así. Un hallazgo de esta naturaleza debía ser informado a la brevedad a la Dirección Nacional.

Resulta arriesgado construir un relato coherente y fidedigno para lo que vino a continuación. Las versiones son dispares, a veces contradictorias, aunque coinciden en un punto: desde entonces, pasada la una de la madrugada, la confusión fue creciente.

Es claro que apenas fue hallado el túnel, la noticia cruzó hasta la galería 9/10, donde Marcelo y Joaquín celebraban una reunión política junto a otros combatientes. Tras un rápido debate, ambos jefes decidieron trasladarse hasta la boca del túnel.

Fue el comienzo de un incesante paseo por las galerías centrales de la Cárcel Pública de Santiago.

En vísperas del cambio de gobierno, el régimen carcelario se había relajado. Si hasta poco antes del Plebiscito de 1988 el en-

cierra en las celdas estaba fijado a las cinco de la tarde, tras la derrota electoral de Pinochet el horario fue extendiéndose hasta las primeras horas de la madrugada. No había una hora definida para el encierro ni mayores restricciones para el tránsito de internos de una galería a otra; bastaba con solicitar al gendarme de turno que abriera la reja para que el gendarme abriera la reja. Si era muy tarde, entrada la madrugada, cuanto más había que dar una explicación; a veces ni siquiera eso.

La excusa en este caso fue una película. Como en esos días de verano era común que se organizaran exhibiciones de video hasta altas horas de la madrugada, Enzo tuvo la ocurrencia de trasladarse hasta la galería 7/8 con un televisor y un pasapelículas a cuestas. Los equipos fueron instalados al fondo del segundo piso, en un amplio rellano que hacía las veces de terraza. Precisamente bajo ese lugar estaba la celda con el túnel.

Fernando no recuerda con exactitud el título de la película que se pasó esa madrugada, pero tiene claro que no fueron pocos los insomnes, en su mayoría del Frente Partido, que llegaron a la función: “Puse cualquiera, ya ni me acuerdo, pero cuando estaba empezando la cinta algunos alegaron que ésa ya la habían visto hace poco. Ahí recién saqué la cuenta de que había gente que todavía no sabía que nosotros habíamos sido de los primeros en saber”.

La película era *La cruz de hierro*, de Sam Peckinpah, y comenzó a correr mientras abajo, en la celda 4, los Autónomos discutían qué hacer con el túnel que tenían a la vista.

En el invierno de 1943, cuando la suerte ya parece echada en el frente ruso, un pequeño batallón del Ejército alemán se empeña en mantener su posición ante el asedio de un enemigo que no da tregua. Lo más sensato sería salir de ahí a la brevedad, evitando una masacre mayor, pero la sensatez no caracteriza al capitán Stransky, incompetente oficial prusiano que ha dejado la comodidad de la Francia ocupada para ir en procura de una Cruz de Hierro.

Stransky sólo piensa en su medalla y está dispuesto a hacer cualquier cosa por conseguirla. El problema es que el capitán no

sólo se enfrenta a un enemigo notoriamente superior, sino que además a un sargento de sus propias filas que lo desprecia profundamente. Al sargento Steiner no le interesan las condecoraciones ni los aristócratas como Stransky. A Steiner, que es hombre rudo y curtido en combate, únicamente le interesa salvar a sus hombres de la situación en que se encuentran.

El asunto es crítico, y en una nueva embestida de los rusos, Steiner resulta gravemente herido al prestar auxilio a uno de sus hombres.

Entonces no se sabe si queda vivo o muerto. Como un fantasma que se resiste a dejar el mundo de los vivos, el sargento aparece en un hospital donde asiste a escenas patéticas y delirantes que acusan su profundo odio por sus superiores y lo que representan. Esas visiones también incluyen a una bella enfermera que lo cuida y rescata de la muerte o la locura, no se sabe con exactitud. Lo que importa es que lo salva y termina involucrado carnal y afectivamente con esa mujer, que le ofrece una estabilidad a la que el sargento se resiste. Steiner odia la guerra pero está tan acostumbrado que no puede vivir sin ella. Por eso, a la primera oportunidad que encuentra, sin tener obligación de hacerlo, decide retornar al campo de batalla.

Él se apronta a partir y ella le pregunta a modo de reproche:

—¿Acaso amas tanto la guerra o tienes miedo de lo que puedas ser sin ella?

Al ver por primera vez el túnel, Joaquín tuvo un impulso.

—Ya —anunció—, nos vamos.

Es probable que Joaquín hubiese atendido a sus impulsos si es que Marcelo, que estaba a su lado y tenía más rango, no lo frena para sopesar algunas variables. Marcelo advirtió que no podían saber lo que había al otro lado, podía tratarse de una trampa para aplicarles la ley de fuga. Y de cualquier modo, si pensaban usarlo, había que hacerlo de modo organizado, con algo de dinero y una lista que estableciera quiénes se irían primero.

Parecía sensato, pero el tiempo pasaba y el túnel seguía disponible para quien se animara a probarlo.

—Yo me voy, compadre, lo siento, yo me voy —salió a decir Enzo, un tanto exaltado.

Joaquín, que chupaba un cigarro, lo puso en su lugar:

—Tranquilo, hueón, parecí mina.

Sacha apoyó la moción del primero. Y Martínez, el Guatón Martínez, que miraba detrás, dubitativo, no decía nada. La decisión ya pasaba por la jefatura de los Autónomos.

En ese momento de nervios y desconcierto, cuando nadie sabía bien qué hacer, Pedro, a quien todos conocían como Chico Angulo, asomó la cabeza y sacó la voz:

—Yo voy a ver —dijo, y sin que nadie pusiera en duda que era el más indicado para explorar el túnel, comenzó a introducirse en él.

Era la una de la madrugada y cuarenta minutos cuando el gáster de La Pincoya se perdió tras el hoyo.

El retorno de Steiner al frente de batalla es celebrado por todos con excepción de Stransky, que sigue empeñado en conseguir su Cruz de Hierro a cualquier precio.

A esas alturas la moral de los soldados anda por los suelos y los pocos oficiales que van quedando, condenados a seguir los caprichos del capitán Stransky, se resignan al desastre. Al respecto hay una escena memorable.

Desde una trinchera que aún guarda cierta dignidad, pese al estruendo de las bombas, el coronel Brandt analiza la situación con el capitán Kiesel. Concluyen que no hay mucho que hacer, que la suerte está echada, y así las cosas, el primero se pregunta:

—¿Qué haremos cuando termine la guerra?

—Prepararnos para la otra —responde Kiesel.

Para la otra todavía falta que termine la que está en curso. Stransky aún cree tener alguna oportunidad pero ha llegado a la conclusión de que esa oportunidad, por mínima que sea, pasa por sacar al sargento Steiner del camino. Por eso lo deja incommunicado, a merced de un feroz bombardeo enemigo del que libra milagrosamente, con no pocas bajas. Entonces el batallón

de Steiner queda aislado, vagando a campo traviesa, en un territorio dominado por el enemigo. El sargento le hace saber a sus hombres que la supervivencia depende de la disciplina, que no pueden cometer errores. Steiner es un jefe comprensivo y justo, que estima a sus subordinados, pero cuando uno de ellos comete un error infantil, poniendo en riesgo la seguridad del resto, no trepitará en sacrificar al infractor. La guerra es la guerra y no admite deslices.

Mientras *La cruz de hierro* seguía corriendo en la sala de cine de la cárcel, una nueva reunión se celebró en la galería 10/11. Ahí se decidió que los reos con mayores condenas, incluidos algunos miristas y casi la totalidad de los Autónomos, se fugarían primero. Hubo orden de alistamiento y una colecta de fondos a cargo de Fernando, quien cumplió su papel con un celo administrativo que hoy juzga excesivo, si no absurdo: “Era una locura, andaba dando vueltas con una listita donde anotaba cada peso que me pasaba la gente. No sé por qué lo hice. Tal vez pensaba que si no pasaba nada, si la cosa no resultaba, iba a tener problemas en devolver esa plata, que tampoco era mucha”.

El problema lo tuvo igual. A la hora de repartir los fondos en forma relativamente equitativa, varios alegaron haber recibido menos de lo que habían aportado. Pero ya no había tiempo para reclamos. Eran las dos de la madrugada y todavía no había noticias de Pedro, a quien le habían dado un plazo de veinte minutos.

Entonces Joaquín decidió que entrarían de todas formas al túnel, agrupados en parejas, y que una vez fuera se las arreglarían como pudieran.

Estaban a punto de iniciar la huida cuando se escuchó movimiento desde el fondo del túnel. Era Pedro, que apareció de vuelta muy poco después de lo previsto, a las dos de la madrugada con dos minutos. Lo que dijo al asomar la cabeza sigue grabado en la memoria de los que estaban ahí:

—Cabros —sonrió, escupiendo tierra—, está pulentito.

El segundo grupo que emprendió la huida sumaba veinticinco. Comenzaron a sumergirse pasadas las dos de la madrugada y se arrastraron a tientas, en completa oscuridad, sin saber lo que les esperaba a la salida. En ese grupo, cerrando una larga y desordenada fila, iba el Guatón Martínez, el primero en alertar a los demás sobre la fuga. Su nombre, sin embargo, pasaría a la historia por otro motivo.

De acuerdo con el comunicado de prensa emitido por Gendarmería ese mismo día, Jorge Martínez Martínez quedó atrapado en la boca del túnel “debido a su gruesa contextura física”. Esta versión, que quedó registrada en el anecdotario de la fuga, fue desmentida varios años después por el propio Martínez en un reportaje del programa *Informe Especial*. Aclaró ahí, con un dejo de fastidio, que el problema no fue de volumen, sino de tiempo: cuando había alcanzado la boca del túnel, se detuvo voluntariamente al constatar que la policía lo esperaba a la salida.

Jorge Martínez Martínez no fue el único de los fugados que fue recapturado esa madrugada. Otros cinco de sus compañeros que venían delante de él corrieron la misma suerte. Pero éstos al menos alcanzaron la calle, y tras ser sorprendidos en diferentes circunstancias, no sufrieron tantos apremios físicos como el otro. Martínez sacó la peor parte.

Como fue el único capturado in fraganti por los gendarmes, éstos descargaron su ira contra él. La golpiza fue tan brutal que motivó una querrela judicial por torturas que terminó dándole la razón.

Los presos políticos que construyeron el túnel tuvieron todo el tiempo del mundo para planear la huida. Considerando que saldrían del hoyo en un estado desastroso, impregnados de polvo y tierra, cada uno llevaba una muda de ropa y una bolsita con artículos de aseo personal. Afuera, a la altura del puente Bulnes, los esperaba una micro de la locomoción colectiva que los trasladó a diversas casas de seguridad.

La prolijidad con que actuó este primer grupo contrastó con la improvisación a la que se vio enfrentado el segundo.



Entregados a su suerte, ese grupo de veinticinco comenzó a huir sin un destino definido, en medio de una feroz balacera. Sólo tenían claro que lo más conveniente era separarse, agrupados en parejas, para intentar burlar el operativo de captura que ya había sido desplegado en la zona.

En ese escenario, Óscar y Fernando enfilaron hacia el cerro San Cristóbal, pensando tal vez que ahí podían encontrar refugio. Pero al poco andar, alertados por el ruido de sirenas y balazos, tuvieron que echar pie atrás hasta llegar a lo que creen era el barrio Brasil.

Pudo haber sido ahí o en algún otro barrio céntrico, no lo saben con exactitud, pero dan fe de que en algún momento de la noche comenzaron a ser seguidos por un auto que se desplazaba a muy baja velocidad y sin luces. Ya habían eludido patrullas y buses policiales. También helicópteros y piquetes de uniformados. Pero este caso resultó excepcional. Dice Óscar que se trataba del típico modelo Dodge de la policía civil y que cada tanto doblaba por una calle y volvía a aparecer por la siguiente, justo a sus espaldas. “Estuvo así varias cuadras, doblaba y volvía, doblaba y volvía, y nosotros, cada vez más urgidos, seguíamos caminando sin atrevernos a correr, porque ya hubiera sido demasiado, hasta que en un momento volvió a aparecer por detrás, encendió sus luces y aceleró hacia donde estábamos. Ahí yo creí que nos baleaban, que era todo, nadie se hubiera enterado. Estábamos entregados, pero cuando el auto pasó al lado de nosotros unos tipos asomaron la cabeza por la ventana y nos gritaron no sé qué cosa. Eran unos hueones curados que andaban puro hueveando.”

Una vez que el alma les volvió al cuerpo, ya escondidos en el antejardín de una casa, se detuvieron a pensar.

Óscar creía que si lograban llegar a la altura de Antofagasta, no sabe con qué medios, podían internarse en la cordillera y sobrevivir por algunos meses. Muy poco convencido de esa moción, Fernando propuso a cambio ir a pedir ayuda a su casa en Maipú. De vuelta recibió una mirada de reproche. Era el primer lugar donde lo buscaría la policía. Esa noche de enero Óscar y Fernando siguieron lanzando ideas hasta que los venció el sueño.

Después de muchas vueltas, Steiner y sus hombres por fin consiguen dar con la posición del Ejército alemán en tierra soviética. El sargento aún no cae en la cuenta de las intenciones de Stransky pero no tardará en enterarse de la forma más brutal, cuando su contingente sea recibido por el fuego de soldados alemanes que obedecen a las órdenes del capitán.

Para Steiner ya no quedan motivos para seguir luchando. Sus hombres están muertos y él lucha únicamente por ellos. Entonces no queda más que buscar venganza.

Se viene el ataque final de los rusos y Steiner sorprende a Stransky acobardado en un rincón, presto a emprender la huida. Puede matarlo fácilmente pero no quiere hacerlo así, tan fácil. Quiere que el capitán experimente el verdadero combate de los soldados, que es una forma de enfrentarlo a sus miserias, y por eso le entrega una metralleta. Ahora están en igualdad de condiciones y pueden ir a enfrentar a los rusos.

—Le enseñaré cómo lucha un oficial prusiano —desafía Stransky antes de partir.

—Y yo le enseñaré dónde crecen las cruces de hierro —devuelve Steiner.

Lo último es otra escena delirante, como la del hospital. Stransky efectivamente combate, a duras penas, pero combate. Steiner también combate pero principalmente ríe a carcajadas, con una risa delirante que es su forma de saborear la venganza final contra el poder, contra la cobardía y los absurdos ritos militares.

Ya estaba amaneciendo cuando Óscar despertó con otra idea. Irían a pedir albergue a la casa de una amiga de su familia, amiga lejana, a quien no veía hace mucho tiempo. Alguna vez había estado en esa casa. Sabía que estaba en algún pasaje cercano a avenida Independencia, casi al llegar a Américo Vespucio, pero no podía recordar exactamente cuál. De todas formas decidieron salir de donde estaban y tomar una micro hacia allá. No tenían mucho que perder, aparte de los quinientos pesos que sumaban entre los dos.

Las cosas comenzaron mal. Primero se equivocaron de micro y tuvieron que pedirle al chofer que les devolvieran el dinero. Y ya cuando iban en la dirección correcta, instalados en los asientos traseros, se cruzaron con lo último que deseaban encontrarse. Un control policial.

Cuenta Óscar que un carabinero subió a la micro con metralleta en mano, cruzó palabras con el chofer y comenzó a pedir documentos a los pasajeros. “Ahí pensé que era el final, estábamos llenos de barro y con la cabezas rotas. Y más encima, lo único que me había llevado de la cárcel era un cortaplumas suizo y una libretita donde tenía una foto de mi hija y el himno del Frente. El paco ya se estaba acercando y justo se para frente a un tipo que estaba antes de nosotros, parecía un obrero, y le pide el carné. *Carné, chuta, no tengo carné*, le dijo el tipo, y ahí el paco como que se enojó y empezó a retarlo como a un cabro chico, que cómo se le ocurría salir sin carné de la casa, que era un irresponsable, que si no sabía lo que había pasado en la noche. *Quédate ahí nomás*, le dijo, y empezó a caminar hacia nosotros.”

Fernando recuerda haber respirado hondo en ese momento, y al ver venir al carabinero, pensar que al menos se habían dado un gusto. “Ya estábamos listos, entregados. Me pidió el carné y yo hice el atado de buscarlo en los bolsillos y le dije que se me había quedado en la casa. Después lo mismo con el Lenin. *Pucha, también parece que se me quedó*, dijo él. Y ahí el paco puso una cara como de *Chucha, hoy día nadie anda con carné*. Entonces nos miró de arriba a abajo, y sin quitarnos la vista de encima comenzó a retroceder por el pasillo con la metralleta en la mano. Algo le dijo al chofer, porque cerró la puerta del bus cuando bajó el paco, y yo pensé que ahí iba a llamar a los otros pacos que estaban abajo. Pero de abajo el paco le hizo una seña al chofer para que siguiera por un desvío, porque la fila de autos que estaban controlando era grande. La liebre empezó a avanzar y el paco nos seguía mirando desde abajo. Una cosa de locos. Nunca he podido entender qué pasó ahí: si el paco era del Frente, si le dio miedo o era hueón nomás. No sé. Pero ya una vez que nos alejamos me empecé a reír

de puro nervioso, y ahí miré al Lenin, que tenía la misma cara que yo, de no entender nada, y le dije *Compadre, después de ésta ya no caemos más.*”

No sería el último susto de esa mañana. Cuando por fin Óscar y Fernando dieron con el pasaje donde se suponía vivía la amiga del primero, se encontraron con que la casa no tenía timbre. Llamaron a viva voz, tímidamente al principio; después, con más decisión. Lo siguiente fue lanzar piedras al techo. En eso estaban cuando el dueño de casa salió a atenderlos.

“No me vas a creer —prosigue Fernando—, pero el que apareció era un paco. No andaba de uniforme ni nada, pero el tipo era paco: tenía la gorra marcada en el corte de pelo. El Lenin le preguntó si ahí vivía la señora Juanita, por decirte, y el paco, muy amable, respondió *No, ella vive tres casas más allá.* Y ahí partimos de nuevo, tocamos el timbre que estaba en la reja y salió un caballero. El Lenin preguntó si estaba la señora Juanita, y el otro, sin preguntarnos nada, sin conocernos siquiera, y más encima con la pintita con que andábamos, todos cochinos, salió a abrir el candado de la reja y nos hizo pasar. Cuando ya estábamos dentro de la casa apareció la señora esa a quien el Lenin había visto alguna vez, lo quedó mirando extrañada al medio del pasillo y le dijo con los brazos en las caderas: *Y tú, ¿que no estabai preso? Sí,* le respondió el Lenin, *lo que pasa es que nos escapamos anoche con mi compañero...* La vieja se fue de culo. Nosotros seguíamos ahí parados en la entrada de la casa, enteros embarrados, y de una de las piezas de adentro había salido a mirarnos una hija de la señora. Pasó un buen rato, o eso me pareció a mí, en que la señora no sabía qué hacer, pero de repente como que se iluminó y dijo *Ya, hay que hacer algo entonces. Usted mijita se me va a estudiar como todos los días; usted, diciéndole al marido, a cerrar las cortinas; y ustedes, mirándonos a nosotros, ustedes se van para adentro y pescan un cuchillo. Por cualquier cosa, yo no los conozco ¿ah?, ustedes llegaron acá de sorpresa y me tienen de rehén, ¿está claro? Está claro,* dijimos nosotros, y partimos para adentro.”

A la hora en que Óscar y Fernando encontraron albergue seguro, Joaquín ya había bajado del árbol del Parque de los Reyes. Huyó junto a Juan Caro, condenado a prisión perpetua, y al verse cercado por la policía buscó refugio en lo primero que encontró a mano. Considerando el grado que detentaba al interior de la prisión, el comandante Joaquín protagonizó un escape bastante menos elegante y fluido que el de la mayoría de los compañeros de la organización.

Su hermano Milton, que hizo pareja con Claudio Salinas, estuvo desde temprano a resguardo. Huyó en un taxi hasta la casa de los padres de Salinas, en la comuna de Ñuñoa, y de ahí ambos fueron trasladados a una casa de seguridad en La Reina.

Al barrio alto llegaron también Enzo y Pedro, siguiendo un procedimiento similar al de aquéllos: en el taxi que abordaron al poco de alcanzar la calle, Pedro, por recomendación de Enzo, fingió estar bajo los efectos del alcohol. Se derrumbó en el asiento trasero, dejó que hablara su compañero y vino a reaccionar cuando estaban en la casa de éste, en la comuna de San Miguel. De ahí se trasladaron de inmediato hasta una casa de Las Condes.

La noche también transcurrió agitada para Sacha, que escapó con Ricardo Campos. Caminaron toda la noche, recorriendo las cuadras en zigzag, y al amanecer encontraron refugio en un departamento de la comuna de Renca. En el entretecho de ese departamento, mientras desayunaban pan con mortadela, escucharon las primeras noticias del día:

Cuarenta y nueve peligrosos reos subversivos escapan de la Cárcel Pública de Santiago a través de un túnel. Cinco fueron recapturados esa misma madrugada; el resto logró huir y hasta estas horas la policía realiza intensos operativos para dar con el paradero de los evadidos.

Más tarde, cerca del mediodía, se entregó la lista de los fugados. En esa lista estaban todos los fusileros que a la fecha permanecían recluidos en la Cárcel Pública de Santiago, con excepción de uno. Esa madrugada de martes nadie se tomó la molestia de avisarle a Víctor que se estaban fugando.

## VEINTINUEVE

Es el Día del Trabajo en París y Enzo dedica el día a trabajar. No es primera vez que lo hace en esa fecha y probablemente no será la última. Enzo, que es Víctor Díaz Caro, nacido en Santiago en 1958, se gana la vida como camarógrafo y montajista en una productora de televisión que presta servicios de corresponsalía en la capital francesa. Cuando no deja los pies en la calle con una cámara al hombro está encerrado frente a una pantalla, aunque últimamente pasa más encerrado que en la calle. Ese Primero de Mayo de 2006, mientras Pedro marcha por las calles de París con dos banderas tricolores, una chilena y otra cubana, Enzo despacha las noticias de una jornada extensa y sin mayores sobresaltos. Después regresará a su casa y al día siguiente volverá a sentarse frente a una editora. Esa rutina, que arrancó a principios de los noventa, no es precisamente paréntesis en la vida de un ex guerrillero como él. El paréntesis corresponde más bien a esa vida de guerrillero que fue empujada por una conjunción de circunstancias políticas y personales.

A fines de los setenta, tras la detención y posterior desaparición de su padre, Enzo fue alumno del Instituto Cubano de Artes e Industrias Cinematográficas. De regreso en Chile, a comienzos de los ochenta, ingresó a Comunicación Audiovisual en el Instituto Profesional de Arte, Comunicación y Ciencias Sociales, y aunque no fue mucho lo que estudió ahí, para qué decir en la carrera de Teatro en la Universidad de Chile, terminó por dominar las nociones básicas del oficio.

El trabajo en televisión fue entonces una forma de retomar una vocación que quedó interrumpida por las circunstancias ya conocidas. El problema es que ese paréntesis, donde cabe un segundo

paréntesis reservado a los tres años y tres meses que permaneció detenido, determinó todo lo otro.

Enzo tiene estatus de refugiado político y puede viajar tranquilamente por cualquier parte del mundo con excepción de Chile. Desde que escapó de la Cárcel Pública de Santiago hay una orden de detención pendiente en su contra, como la hay con varios de los fugados que a esa fecha tenían procesos abiertos. Sin embargo, considerando que no habían sido condenados al momento de la fuga, y como han transcurrido quince años del delito que se les imputa, Enzo y los otros ya podrían solicitar la prescripción de la pena.

La posibilidad está pero él no se encuentra convencido de querer tomarla. Se pregunta de qué viviría allá, quién le daría trabajo. Se pregunta si efectivamente, tal como se dieron las cosas, le gustaría reencontrarse con lo que dejó al partir. Y ya más en broma, se pregunta si una vez de vuelta no despertará el instinto asesino que permanece dormido en él.

Entonces el caso de su padre no presentaba mayores avances, todo lo contrario: en esos días estalló el escándalo por los errores en la identificación de las víctimas NN del Patio 29. Entonces no se sabía, como se supo en 2007, que Víctor Díaz López había permanecido con vida casi ocho meses tras su detención y que durante ese tiempo fue sometido a torturas permanentes en diferentes centros de detención clandestinos; no se sabía que en algún momento fue visitado por el general Pinochet, a quien el padre de Enzo habría comentado que combatir al Partido Comunista era lo mismo que recoger el agua del mar con un vaso; y menos se sabía, como se supo a partir de las confesiones de ex agentes que actualmente se encuentran procesados en el llamado caso Calle Conferencia, que Víctor Díaz López murió asfixiado con una bolsa plástica, que posteriormente se le inyectó cianuro para asegurar su muerte, que después, como solía hacerse con los prisioneros del cuartel Simón Bolívar, se procedió a borrar huellas dactilares y cicatrices con un soplete a parafina, y que una vez envuelto en un saco y atado a un riel, fue arrojado al mar.

La última imagen pública que existe de Enzo como guerrillero corresponde a los días posteriores a la fuga de la Cárcel Pública. En algún lugar de Santiago, con una bandera del FPMR y otra de Chile a sus espaldas, quedó inmortalizado con gorra de camuflaje, camisa verde oliva y un M-16 en ristre que exhibe con rostro serio y desafiante. Esa imagen marcial, que llegó a los medios como señal de que aún había cosas pendientes que resolver, no se corresponde demasiado con la imagen que hoy en día proyecta Enzo.

De partida Enzo colgó el fusil hacia mediados de 1992, cuando la guerra subversiva se caía a pedazos. Aunque no ha renegado de nada y es de los que dice que volvería a hacer lo mismo si fuese necesario, parece mirar las cosas con distancia y resignación, también con examen crítico y humor negro cuando viene al caso: la noche de un domingo en París, en un local de comida rápida que no es yanqui sino árabe, Enzo pasará revista a una vida de guerrillero que se inicia con un traspié, perseguido por pobladores que lo confunden con agente del régimen; que acusa una herida de bala, que lamenta la pérdida de hermanos y hace cumbre en la acción del Cajón del Maipo, lo que de paso interrumpe las tareas de instructor de escuelas clandestinas a las que está destinado hasta entonces. Esa noche Enzo recordará una trayectoria que comienza antes de la formación del Frente y que se perfila ascendente, promisorio y definitiva, hasta vencer o morir, pero queda trunca —o habría que decir interrumpida— por la delación de quien hasta entonces es su jefe directo.

Dirá Enzo que aunque en un primero momento comprendió la situación de Sacha y llegó a valorar su honestidad, de todas formas elevó una solicitud de sanción donde cabía la posibilidad de ajusticiarlo por alta traición. Dirá también que al no haber un pronunciamiento de la Dirección Nacional, se incurrió en un error que se venía arrastrando de mucho antes, a partir de un caso emblemático: los datos que en 1984 proporcionó bajo torturas el combatiente Luis Quintana, quien fue detenido en un asalto a la Armería Italiana, significó la caída de buena parte del grupo de Fuerzas Especiales que comandaba el ex arquero del Club Social



y Deportivo Orompello, Fernando Larenas. Aunque Quintana estuvo cerca de pagar con su vida la entrega de compañeros, sobre todo cuando recién llegó a la Cárcel Pública, el proceso en su contra fue dilatándose hasta caer en el olvido.

“Ése fue un error: no fuimos capaces como organización de imponer que la traición se paga con la vida. Si hubiésemos ejecutado al primero, los que siguieron después lo hubieran pensado dos veces antes de entregar a sus compañeros.”

Dirá Enzo y no es que se le haya ocurrido a él. En la campaña de la Sierra Maestra, a propósito de la ejecución de un campesino rebelde que entró en tratos con el ejército de Batista, Ernesto Che Guevara escribió: “La guerra es difícil y dura, y durante los momentos en que el enemigo arrecia su acometividad no se puede permitir ni el asomo de una traición”. Por esos diarios se sabe que el campesino a quien el Che Guevara ordenó fusilar se llamaba Arístidio y que no fue el único que corrió igual suerte. Tiempo después, sin embargo, en el mismo diario, el comandante mostró si no un cierto grado de arrepentimiento, al menos de duda sobre el caso de Arístidio: “Hoy nos preguntamos si era realmente tan culpable como para merecer la muerte y si no se podía haber salvado una vida para la etapa de la construcción revolucionaria”.

Hoy Enzo piensa como pensaba antes: Sacha debe darse con una piedra en el pecho por seguir con vida, sobre todo después de que Milton lo inculpara de haber identificado a su hermano Joaquín. Piensa Enzo, aunque eso de que sigue con vida es una presunción para él: la última vez que vio a Sacha fue esa madrugada de enero de 1990, cuando se introdujeron en la boca del túnel sin saber muy bien qué les deparaba al otro lado.

Una cosa era segura para Enzo, no así para Sacha: todavía había mucho por hacer en la guerra subversiva.

- ¿Falta mucho, Abuelo?
- Abuelo tu abuela.
- No se ponga así, pues.
- Y usted no me diga abuelo.

—¿Pero falta mucho o no?

—Falta todavía, mijo, falta.

—Gracias, Abuelo.

Cumplidos tres días de caminata, en un terreno que se hacía cada vez más empinado, los ánimos comenzaban a crispase. Habían empezado de lo mejor, confiados en que no sería muy difícil sortear ese último obstáculo que restaba para alcanzar la libertad completa. Al otro lado de esa cordillera podrían caminar tranquilamente por la calle, sin necesidad de rizarse el pelo o teñírsele, como había ocurrido con varios, ni vivir con la sensación de que en cualquier momento podían ser sorprendidos y devueltos a la cárcel. Esa caminata aparecía como un paseo dominical después de todo lo vivido, pero así y todo, con el correr de los días los pies se volvían más pesados, como si todavía arrastraran grilletes, la piel se partía por efecto del aire cordillerano, que es frío y seco, y el buen humor, que es índice de una moral en alto, tendía a declinar gravemente.

—¿Falta mucho?

—Falta todavía.

—Pero más o menos, ¿cuánto falta?

—Mire, yo le voy a avisar cuando falte poco, ¿le parece?

En un principio, al escuchar la propuesta, el Abuelo se había mostrado encantado de colaborar con la causa. Quién mejor que él para guiar la huida de un grupo de ex presos políticos a través de un paso clandestino de la IV Región. Antiguo militante comunista de Ovalle, el Abuelo conocía la zona como la palma de su mano. Desde fines de los cuarenta, cuando el Presidente Gabriel González Videla dictó la Ley Maldita y proscribió al partido con el que había llegado al poder, el Abuelo había recorrido varias veces ese paso, que es un paso de arrieros y cuatreros, conduciendo a militantes en problemas. Éste era uno de esos casos, probablemente el último que le tocó asistir, pero no imaginó que ese grupo de compañeros iba a resultar tan infantil y molesto. El Abuelo tenía sus años y también su genio.

—¿Falta mucho, Abuelo?

- Le digo que no me diga abuelo.  
 —Putá, ¿y cómo quiere que le diga? ¿Tata?  
 —Como usted quiera, pero no abuelo.  
 —¿Pero falta mucho?  
 —Mucho falta, mucho.

Al cuarto o quinto día de haber emprendido la marcha no faltaba mucho para iniciar el descenso. Sin embargo, en esos días, que fueron los de mayor tensión y cansancio, sobrevino un imprevisto que retrasó el viaje y provocó la pérdida de víveres y caballos. El grupo iba preparado para todo, incluso para un enfrentamiento armado, pero no para hacer frente a una tormenta de viento y nieve como la que los sorprendió en las más altas cumbres. Cómo envidiaron a Joaquín, que había salido cómodamente por el Paso Los Libertadores con una identidad falsa.

- ¿Ahora sí que falta poco?  
 —Falta poco, sí.

Después de la tormenta vino el descenso y con éste, una notoria mejoría del ánimo. Hasta el Abuelo bromeó con ellos y les deseó suerte al momento de despedirlos en territorio argentino. Enzo, Pedro, Milton, el Rucio Molina, Florencio Velásquez y Claudio Salinas habían cumplido con éxito la primera parte de un viaje que tenía a La Habana como destino final, con escalas en Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro. De todo eso, partiendo por el Abuelo, se había ocupado Ramiro.

Técnicamente no había gran diferencia con lo anterior. Técnicamente era lo mismo, sino peor. En esa casa de Quinta Normal, a la que había llegado a través de un contacto con el partido, Sacha se tenía estrictamente prohibido salir, siquiera asomar la nariz a la calle. Seguía preso, con la diferencia de que estaba en una casa de familia y esa familia era comunista y lo trataba como se trata a un hijo único que ha vuelto a casa. Ahí sabían que albergaban a un hombre que había escapado de la cárcel y pertenecía o había pertenecido al Frente, eso no estaba del todo claro, pero desconocían por completo quién era exactamente y qué había hecho.

Lo supieron a los meses, y entonces el cariño fue acompañado de admiración: no cualquiera tenía escondido en su casa al Sacha, *el* fusilero que disparó contra Pinochet.

Esos primeros cinco o seis meses que permaneció ahí, dedicado a leer y ver televisión, se sintió a sus anchas. Había tomado contacto con Cristina, quien se resignó a la idea de no verlo por un tiempo, y cada tanto recibía la visita de dirigentes comunales del partido, que a la vez comenzaron a llegar acompañados de otros dirigentes y militantes de bases que querían conocer en persona al famoso Sacha.

Por primera vez en mucho tiempo, ya no recordaba cuánto, volvía a sentirse valorado y digno, en franca recuperación: salvo contadas recaídas, ya no despertaba a los gritos.

Apenas quedó instalado en una casa de protocolo de La Habana, con comodidades y privilegios notoriamente superiores a los del resto de los combatientes que llegaron con él, Joaquín se reunió con el encargado del Frente Autónomo en la isla. Joaquín traía una serie de ideas para dar continuidad a la Guerra Patriótica Nacional, quería proponer la formación militar de nuevos cuadros, gestionar recursos, medios, apoyos. Estaba muy entusiasmado con la etapa que se venía pero el Chino, que se había formado con José Miguel y pertenecía a una línea más política que militar, se encargó de traerlo a la realidad:

—Se acabó.

—¿Cómo se acabó?

—Lo que escuchas: se acabó. La ayuda militar está cortada. No-hay-más.

No era asunto del Chino, que seguía apoyando la causa. El asunto provenía de altísimo nivel y, según dio a entender, obedecía al nuevo escenario político que se abría en Chile. De hecho, una de las condiciones para el reestablecimiento de relaciones diplomáticas entre Chile y Cuba pasaba necesariamente por que la isla interrumpiera toda ayuda militar al Frente Autónomo. La “asistencia humanitaria” no estaba en discusión. Por algo Joaquín

estaba donde estaba, asistido por médicos que evaluaron los síntomas de lo que parecía un principio de cáncer al pulmón. Pero de ahí a abrir los campos de entrenamiento militar para mantener a sus hombres en forma, como era su intención, había una gran *diferencias*.

Las cosas ya no estaba como hace un año y menos como hasta hace cuatro o cinco. Había caído el Muro de Berlín, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas se desmoronaba a pasos gigantados, Cuba entraba en una profunda crisis económica y Chile salía muy lentamente de una dictadura. Las cosas habían cambiado mucho en pocos años pero llevó tiempo asimilarlo, más todavía para los que recién salían de la cárcel, que venían con ganas de recuperar el tiempo perdido y se tomaban al pie de la letra eso de que los hombres realmente imprescindibles son aquellos que luchan toda la vida. Por eso, apenas llegó a la isla, Joaquín comenzó a planear su regreso, que sería seguido por el regreso de la mayoría de los otros que llegaron con él.

Puede haber sido en otoño, no más allá de invierno. Sacha se sintió seguro de poner los pies en la calle y los puso, sin rumbo fijo, por darse un gusto: después del largo encierro fue como si recién hubiese aprendido a caminar. Llevaba barba y el pelo rizado, lo que le daba una cierta seguridad de no ser el que era, y por cualquier cosa Juan Moreno Ávila había dado paso a Esteban Herrera Leighton.

Con esa nueva identidad se propuso regularizar una situación que de cualquier manera, por donde se la mire, seguirá siendo irregular. Esteban Herrera comenzó a mostrarse por el barrio y se permitió uno que otro paseo fuera de Quinta Normal. Ya había vuelto a ver a Cristina y a Tatiana, a quienes frecuentaba en lugares públicos y neutrales, jamás en La Pincoya, y a través de Cristina supo que Óscar seguía en Chile y acusaba problemas de *aseguramiento logístico*. En buen chileno, Óscar estaba botado, abandonado a su suerte.

No era mucho lo que Sacha podía hacer por él, más bien nada. Sacha seguía de allegado en Quinta Normal, no sabía por cuánto

tiempo más, y de momento debía responder a la voluntad de los dirigentes comunales del partido que a la vez obedecían a una voluntad superior. Los esfuerzos del partido apuntaban a persuadir a los antiguos compañeros que habían mantenido posturas desviadas de la línea oficial.

Las intenciones eran buenas pero insostenibles en el tiempo para Sacha.

Si en un comienzo estuvo preocupado únicamente de no volver a prisión, con el transcurso de los meses, especialmente después de que puso fin al encierro y se permitió pequeñas licencias, afloró en él una sensación de estancamiento que se hizo cada vez más persistente. En estricto rigor, considerando su situación, mal no estaba. Las cosas podrían haber estado muchísimo peor. Pero no es menos cierto que su situación no tenía ninguna claridad. Aparte de seguir gozando de una libertad que de cualquier modo era relativa, al enterar un año no había conseguido más que un diploma que acreditaba que Esteban Herrera Leighton había obtenido el primer lugar en el campeonato de dominó de las Olimpiadas Vecinales de Quinta Normal.

Aquejado por esa sensación de inmovilidad, que estaba cruzada por una cierta nostalgia y algo de desorientación, Sacha se empeñó en conseguir un vínculo con sus antiguos compañeros. La vida de guerrillero lo llamaba y él, mal que mal, como casi todos en la organización, no tenía otra cosa mejor que hacer.

Es probable que Joaquín no se haya dado por enterado del proceso de discusión que se inició a fines de 1990 al interior de la organización, coincidiendo con su retorno al país. El proceso respondía a inquietudes surgidas a partir de lo ocurrido desde fines de los ochenta y abría la posibilidad de una inserción política. Es probable que no se haya dado por enterado hasta después de su regreso, y si lo hizo antes, no le debe haber prestado demasiada atención al asunto. Como Ramiro, que había quedado en Chile a cargo de las Fuerzas Especiales, Joaquín pertenecía a una línea militarista, que era una línea de acción y no admitía la posibilidad

de renunciar a la lucha armada, no al menos como estaban dadas las cosas en el país, con una democracia tutelada que mantenía bastante del antiguo sistema, partiendo por su comandante en jefe del Ejército.

Como sea, enterado o no de lo que se llamó Consulta Nacional, Joaquín no volvía a consultar ni a discutir ninguna cosa. Joaquín volvía a sumarse a las tareas operativas que habían quedado a cargo de su amigo Ramiro.

El asunto no era nuevo ni menos secreto. Con la frustrada ejecución al general Gustavo Leigh, ocurrida diez días después de que Patricio Aylwin asumiera la Presidencia, el Frente había confirmado que la campaña *No a la impunidad* seguía vigente en el nuevo régimen. Al atentado contra Leigh le siguieron la muerte del ex agente de Carabineros Luis Fontaine Manríquez, del sargento Víctor Valenzuela Montecinos y del médico de la CNI Carlos Pérez Castro. Y por si quedaba alguna duda, la editorial del número 49 de *El Rodriguista*, aparecida a fines de 1990, adelantaba una lista de cincuenta potenciales nuevos objetivos que empezaba por el general Pinochet y terminaba con Jaime Guzmán Errázuriz, asesor jurídico de la Junta de Gobierno devenido en senador de la Unión Demócrata Independiente.

Precisamente a eso volvía Joaquín, enterado o no de la discusión que en esos días asomaba como un tibio cuestionamiento al curso que estaban tomando los acontecimientos.

En su nueva casa de seguridad, que era la casa de un combatiente al que apodaban el Pintamonos, Sacha tuvo tiempo para pensar lo que diría al momento de verse las caras con Ramiro. Sabía que era cosa de tiempo, de poco tiempo, y cuando ese momento llegara, había pensado en decir más o menos las mismas cosas que había dicho en los informes escritos enviados desde la cárcel, con la diferencia de que habían transcurrido casi cinco años desde entonces y que esas mismas cosas ahora las diría a la cara y con la frente en alto, seguro de que había reconocido oportunamente su falta, que había tenido una actitud positiva y colaboradora en prisión y que en esta etapa

de lucha, que era una etapa difícil y compleja que “no será recorrida en línea recta”, según había alcanzado a leer en algún documento que llegó a sus manos, su aporte sería bienvenido.

No es que Sacha pensara que al verlo después del tiempo transcurrido Ramiro se iba a tirar en sus brazos, eso estaba fuera de toda duda. Sacha sabía que era muy probable que lo reprendiera duramente de entrada, tal vez le pediría un informe escrito y le aplicaría una sanción que podría arrastrarse por meses. Pero después de esa conversación franca, en que no pediría disculpas pero reconocería su error, después de la mala cara y la sanción, Sacha apostaba a que Ramiro volvería a confiar en él. Mal que mal, razonaba, antes de su detención había realizado una contribución importante que no podía ser pasada por alto así como así.

En esa casa de seguridad a la que llegó en marzo, tras despedirse de sus anfitriones en Quinta Normal, Sacha tuvo bastante tiempo para darle vueltas al asunto. Calculó las palabras que usaría en ese primer encuentro y también las que probablemente formularía Ramiro de vuelta. Evaluó todas las variables del caso, pero jamás evaluó que ocurriría lo que finalmente ocurrió el día en que Ramiro llegó a la casa de el Pintamonos, Departamental casi esquina Américo Vespucio, para tratar asuntos que parecían muy serios. En vez de mirarlo feo, reprenderlo o sancionarlo, Ramiro optó por ignorar a Sacha.

Ramiro sabía perfectamente que Sacha se encontraba en una de las piezas de esa casa, esperando el momento en que lo llamara a conversar. Incluso, por intermedio de el Pintamonos, Sacha le había mandado a decir a Ramiro que quería conversar con él. Pero de vuelta, por intermedio del mismo, respondió que él no tenía nada de qué hablar con Sacha.

—¿Eso dijo?

—Eso dijo —confirmó el Pintamonos, una vez que despidió a Ramiro—. Dijo que te dijera que no tiene nada que hablar contigo.

Sacha quedó descolocado. ¿Por qué Ramiro había asumido esa actitud hacia él? Conocía de sobra cuál era el origen del disgusto,



pero no terminaba de entender por qué había accedido a que lo vincularan si después le iba a cerrar las puertas en las narices.

Con el transcurso de los días, porque tuvo varios días por delante para darle vueltas al asunto, Sacha pensó que tal vez el desaire sería pasajero, una muestra de reproche que tendería a apaciguarse. Ya después, con el tiempo y alguna que otra misión de envergadura, el capítulo de su detención iría quedando en el olvido hasta que en algún momento las cosas volverían a ser como antes. Sin embargo, después de que Ramiro volvió a aparecer por esa casa y se negó por segunda vez a conversar con él, porque según mandó a decir nuevamente por medio de el Pintamonos no tenía nada de qué conversar con él, Sacha se fue convenciendo de que las cosas se presentaban más complejas de lo que parecían en un comienzo.

Ramiro no quería saber nada de él pero había instruido que no se moviera de esa casa.

—¿Eso dijo?

—Eso dijo —corroboró el Pintamonos, tras volver a despedir a Ramiro en otra de sus visitas—. Dijo que por ningún motivo dejara que te fueras.

Técnicamente entonces estaba peor que antes. Por lo menos antes podía circular libremente. Ahora debía permanecer encerrado gran parte del día en una pieza, soportando el encono de Ramiro.

Los fantasmas de Sacha que habían permanecido dormidos volvían a despertar en la soledad de un cuarto, despertando a la vez a su anfitrión. Óscar al menos ya tenía dónde parar. Enzo, Pedro y Milton seguían en la isla pero no por mucho tiempo más.

Eran los primeros días de otoño y dos jóvenes que respondían a las órdenes de Joaquín y Ramiro terminaban con la vida de Jaime Guzmán. Las cosas ya iban mal, cuesta abajo. Hace mucho rato que iban mal. Pero de ahí en adelante, a partir de ese hecho, se cerró cualquier posibilidad de que mejoraran.

Dos malas noticias para la organización se precipitaron tras el asesinato de Guzmán. La primera se conoció casi tres semanas

después de ese hecho, cuando el gobierno anunció la creación del Consejo de Seguridad Pública. Dependiente del Ministerio del Interior, su misión era reunir y analizar información sobre los grupos subversivos de izquierda que seguían activos. Así al menos fue presentado al público. El secreto era que La Oficina, como fue conocido por todos, estaba integrada por revolucionarios conversos que se abocaron a la tarea de infiltrar a las organizaciones de extrema izquierda —especialmente el FPMR, el MIR y el Movimiento Juvenil Lautaro— a través de informantes pagados. La segunda mala noticia se venía arrastrando de mucho antes pero hizo crisis a mediados de año, cuando Joaquín tuvo que ser trasladado de urgencia a Buenos Aires. El cáncer al pulmón lo tenía a muy mal traer y se hacía urgente internarlo. Joaquín apenas se podía sostener en pie.

Dos factores conspiraron en contra de la enfermedad de Joaquín. Más bien tres. El primero es que Joaquín fumó hasta el último día, cuando ya daba un poco lo mismo. El segundo se vinculó con su situación procesal, lo que limitó un tratamiento médico adecuado. El último ya fue de orden doméstico, pero en ningún caso menor. Era época de temporada alta, los vuelos a La Habana estaban copados y la estructura en Buenos Aires se negaba a pagar un pasaje de primera clase. Los tiempos apenas daban para económica.

Joaquín se estaba muriendo y no era el momento más oportuno. En esos días Ramiro había organizado el secuestro de Cristián Edwards, hijo del dueño de *El Mercurio*, y estaba ocupado de lleno en esas tareas. Su amigo se estaba muriendo y él no podía más que confiar en que la estructura en Buenos Aires se encargaría de la situación. Más no podía hacer. Tampoco Claudia, que estaba al cuidado de Joaquín en Buenos Aires. Fue ella quien lo contuvo en la agonía, la que le dio el último cigarro, a petición del mismo Joaquín.

Después de ese cigarro, cuando la situación no daba para más, Claudia lo subió a un taxi y lo dejó en el Hospital Vecinal de Lanús.

Era el 12 de octubre de 1991 y la organización perdía a uno de sus últimos líderes históricos. De los otros, los pocos que iban quedando, se estaba encargando La Oficina.

Lo llamaron el *Manhattan English Course* por una razón más bien anecdótica: el documento estaba cubierto por una carátula publicitaria del Instituto Manhattan que ofrece “Curso rápido e intensivo para comunicarse en el extranjero o en su empresa a nivel internacional. Sólo conversación con profesores de los Estados Unidos. ¡Nuevo!”. Al final terminaron llamándolo *Manhattan* a secas, como el trago, aunque en rigor tenía un nombre bastante más formal y pomposo: *Imperativo histórico de reconocer y revertir errores y carencias en la implementación del proyecto rodriguista*. Comenzó a circular en octubre de 1992, siete meses después de la caída de gran parte de la estructura que participó en el secuestro de Cristián Edwards, y constituye la autocritica más feroz y descarnada que se conozca hasta entonces.

Ya en su introducción, antecedido por el subtítulo *La constatación de las causas y efectos de la crisis; el primer paso*, el *Manhattan* reconoce “un desprestigio importante de jefes, dirigentes y estructuras; un clima permanente de dudas y aprehensiones a todo nivel, en medio de rumores, chismes e intrigas; un resquebrajamiento en lo ideológico, que determina una baja moral combativa, alterando las normales relaciones de trabajo y la mística, contraponiendo a hombres y estructuras; a reducir y afectar sistemáticamente los niveles de capacidad y disposición combativa; a menoscabar la unidad interna del Frente; a minar los niveles de seguridad y compartimentación, y a la reducción sistemática del Frente y sus estructuras”.

Sin nombrarlo directamente, el documento esboza una crítica a la “mentalidad operativa” de Ramiro y sus hombres, que desdeñan el accionar político y han permitido el ingreso a “un campo donde todo está permitido, lo que empezó a hacer tambalear la organización y la polarizaba (...) Se va creando un cuadro de insatisfacción, que contribuyó a que varios compañeros se resten paulatinamente del trabajo”.

En buenas cuentas, concluye el *Manhattan*, “la situación entró en una dinámica insostenible y en medio de problemas graves de seguridad”.

Eran los últimos meses de 1992 y la crisis recién estaba asomando. Poco antes de ese documento, Enzo y Pedro habían pedido asilo político en la embajada de Francia en Argentina. Lo propio harán Fernando y Óscar al finalizar el año. No mucho después Ramiro será entregado a La Oficina por Claudio, uno de sus hombres más leales que pagará la traición con dos balazos en la cabeza; y por intermedio de este caso se sabrá que Eduardo, el segundo o tercer hombre de la Dirección Nacional, colabora activamente con la policía. Milton y Marcos buscarán refugio en Cuba. Juan caerá detenido por una acción de menor envergadura, sin que lo relacionaran con el atentado a Pinochet. Víctor, Axel e Ismael deberán permanecer encarcelados hasta marzo de 1994, cuando su condena a cadena perpetua sea conmutada por veinte años de extrañamiento. Y entre medio de todo eso, Rigoberto, el jefe operativo del secuestro al coronel Carreño, sufrirá un ataque al corazón en Río de Janeiro. Venía de Cuba y no alcanzó a llegar a Chile. Rigoberto llegó moribundo a un hospital público y murió como un NN, sin que nadie reclamara su cuerpo.

Así se pondrán las cosas en la organización.

No era primera vez que Sacha amenazaba con dejar esa casa de seguridad en la que ahora se encontraba junto a Óscar. Venía amenazando hace días con lo mismo, que quiero irme, que no aguanto más, que me voy. Cada tanto volvía a lo mismo pero seguía ahí, a las órdenes de Ramiro, que había encargado expresamente a Óscar que no dejara que Sacha se fuera. Óscar tampoco podía salir, pero al menos él estaba a cargo de la situación y conversaba directamente con Ramiro. Sacha no. Cada vez que Ramiro llegaba a esa casa, que estaba en un pasaje de la comuna de Macul, tenía que esconderse en una pieza.

A esas alturas estaba desesperado, más preso que nunca, sin una expectativa clara. Por eso, tal como había dicho otras veces, volvió a decir:

—Yo me voy.

—Pero si no puedes irte —le recordó Óscar.

—Lo siento, yo me voy igual.

—Ramiro dijo que...

—¡A mí qué chucha me importa Ramiro!

Dicho esto, Sacha se incorporó de la cama, reunió sus pocas cosas y volvió a decir antes de alcanzar la salida:

—Yo me voy. Esta huevá no da para más.

Entonces abrió la puerta y caminó. Sin tener dónde ir, caminó.

## TREINTA

El encuentro queda fijado en Alameda esquina Santa Rosa, frente a las puertas de un McDonald. Es una fría tarde de otoño y Juan Moreno Ávila no ha establecido seña visual para su identificación. Podría ser cualquiera de los que a esa hora circulan lentamente buscando una mirada, podría ser alguno de los que se distraen mirando revistas o hacen como que se distraen mirando revistas, de los que se plantan en una esquina a esperar quizás qué. No hay cómo saberlo con certeza: las últimas fotos públicas de Moreno Ávila datan de hace veinte años y en veinte años la gente cambia mucho, no sólo en su aspecto. Lo que es claro es que aún pesa una orden de captura en su contra, y si bien hace tiempo que nadie lo busca, si es que alguna vez alguien lo buscó, cualquiera en su caso tomaría precauciones mínimas: unos días atrás ha respondido al recado y accedido a una primera reunión de reconocimiento.

Alameda esquina Santa Rosa. Moreno no aparece a la hora pero llama a tiempo para cambiar el punto. Hay un furgón policial rondando. Propone la esquina de Recoleta con Dardignac, frente a las puertas de otro McDonald.

Una vez allá, tras una corta espera, un hombre aparece de la nada y se presenta:

—Hola, soy Juan.

Juan lleva bigote ralo, lentes de aumento y un jockey que cubre el comienzo de una calvicie. Tiene ojos grandes, nariz ancha y dientes largos y blancos que contrastan con el color de su piel, que es morena como un grano de café. No parece nervioso ni desconfiado, todo lo contrario. Juan sonríe y pregunta por sus antiguos compañeros de La Pincoya. Por Pedro, que está en París; por  scar, en Bruselas, acogidos como refugiados políticos.

A diferencia de los otros, Juan Moreno, que hasta principios de los noventa fue Sacha, es el único de los fusileros que sigue viviendo en Chile y tiene orden de captura pendiente. Pero como ha transcurrido tanto tiempo, y calcula que si lo hubieran querido atrapar lo habrían hecho hace mucho, sólo un error de su parte, o bien un accidente, podría devolverlo a prisión. Ha vivido así desde comienzos de los noventa, cuando dejó la casa de seguridad que compartía con Óscar y decidió arreglárselas por las suyas. Probablemente, de no mediar algún suceso extraordinario, seguirá así por un buen tiempo, quizás hasta cuándo. Ya depende de él: como han transcurrido más de quince años desde que ocurrió el hecho que se le imputa, y como no alcanzó a ser condenado porque antes se fugó, está en condiciones de solicitar la prescripción de la pena y no tendrían por qué no otorgársela.

El problema es otro. El problema es que Juan Moreno vive con una identidad distinta a la suya, suplantada de una persona con existencia legal, y a estas alturas no le es fácil volver atrás.

De partida en su trabajo lo tienen por otro. Si supieran quién es realmente no lo tendrían. Tendrían a otro. Otro como el que finge ser Moreno, que nada tiene que ver con asuntos políticos ni menos con el Frente. Moreno trabaja en una empresa que presta servicios de seguridad en un mall y que está estrechamente vinculada, como casi todas las empresas del rubro, a militares y policías en retiro. Lleva años ahí y tiene gente a su cargo y compañeros de labores que vistieron uniforme y que estaban en el bando opuesto al suyo. En ese sentido tiene razones de sobra para no mostrarse como el que es.

En una fuente de soda de avenida Recoleta, con la teleserie de la tarde como música de fondo, Juan Moreno dirá:

“En este país no ganamos nosotros, ganaron ellos, y si llegan a saber mi historia me van a pegar una patada en la raja y después quién le va a dar pega a alguien como yo que trató de matar a Pinochet y estuvo preso y escapó de la cárcel. Por eso yo digo que más pierdo que gano volviendo a ser Juan Moreno.”

De cualquier modo ya no es el mismo de antes. Ahora tiene cinco hijos, tres con Cristina y otros dos con su nueva mujer, a

quien conoció a comienzos de esta década. En ese entonces, y hasta hace muy poco, su mujer actual no sabía de la existencia de Juan Moreno ni menos de la de Sacha. Ella se enamoró de esa otra persona, y cuando las cosas ya habían llegado demasiado lejos, él temió que no lo entendería si llegaba a contarle la verdad.

“Es que ella no tiene nada que ver con política, es más joven, no cacha nada de eso... Cómo te digo... a esta hora ella está viendo esta cuestión”, dice Juan, señalando la teleserie de la tarde, con un tono que no es despectivo sino paternal.

Dirá también que la quiere mucho, que es feliz con ella. También dirá que sigue queriendo a Cristina, aunque de un modo distinto.

Juan sugiere que la separación, después de todo lo vivido, no fue fácil, había hijos de por medio y una vida en común que para nada era una vida común. Con el tiempo, sin embargo, las cosas se han ido componiendo, no sólo con Cristina, también con su nueva mujer, sobre todo después de que se decidió a contarle la verdad, tal vez no toda la verdad, pero sí lo esencial: que se llama como se llama, que tuvo formación militar en Cuba, que participó en el atentado a Pinochet y después lo detuvieron, estuvo preso y escapó de la cárcel.

—¿Y qué pasó cuando le contaste?

—Nada, no me creyó —sonríe—. Con el tiempo me ha ido creyendo, de a poco, pero creo que todavía no me cree todo.

Juan terminó contándole todo pero no entró en detalles, menos en aquéllos más escabrosos que tienen que ver con su detención, que a la vez se relacionan con la detención de los otros. Ese capítulo pertenece a un ámbito íntimo y cercado al que nadie tuvo acceso, ni siquiera Cristina, que conoció el caso muy de cerca. Ella supo de las torturas porque las presencié y también fue víctima de ellas. Pero nunca dimensionó el dolor que se apoyó en Juan en esos tres años y tres meses que permaneció en la cárcel, conviviendo con los compañeros a los que había delatado.

Ese dolor que él ocultó para no mostrarse débil, derrotado, no se ha ido, sigue presente en su vida y de seguro seguirá estándolo.



“No se va nunca, te acompaña siempre”, dice él: “Cuando sientes los gritos de tus compañeros y sabes que tú los trajiste a la tortura... El estar siendo humillado de esa forma... Es algo denigrante, pasas de ser humano a otra cosa, eres insultado, pateado, saltan arriba tuyo, te ponen corriente a la hora que quieren, te pega el hueón que quiere y tú sin saber de adónde vienen los golpes. Eres como el perrito que está para pegarle. Entonces, pensar que tú le estás dando ese castigo a tus compañeros es algo terrible, es algo que acompaña toda la vida, independiente de la excusas o del arreglo que tú quieras hacer internamente contigo mismo, son cosas que tú las piensas cada cierto tiempo, todas las semanas, lo pienso harto”.

Los arreglos o excusas a los que se refiere Juan tienen relación con las circunstancias en que fue detenido y torturado. Ese capítulo que comenzó cerca de la medianoche de un martes 21 de octubre, cuando la policía lo sorprendió durmiendo junto a Cristina y su hija Tatiana, se reconstruye a partir de fragmentos que permanecen dispersos e incompletos en su memoria. Recuerda con claridad el momento en que despertó sobresaltado ante el estruendo desatado por los policías, que se le fueron encima y lo encapucharon mientras le gritaba a su mujer *¡Cuida a la Tatiana, cuida a la Tatiana!* Tiene claro también que en el cuartel lo recibió el Chueco Oviedo, jefe de la Brigada Investigadora de Asaltos, que dispuso le sacaran la capucha para mostrarle un retrato hablado. Le advirtió que uno de sus compañeros lo había delatado, que ya sabían de su participación en el atentado y que más le valía empezar a cantar de una vez, pero como Moreno se fue de negativa, una, dos veces, Oviedo ordenó que lo llevaran a Fantasilandia y todos, con excepción de Moreno, supieron a qué se refería el policía jefe. Moreno lo supo al minuto, cuando se vio desnudo, colgado de un fierro, y un funcionario comenzó a darle vueltas a la maquineta. Entonces los hechos, que habían seguido un orden cronológico y claro, se tornaron interrumpidos y confusos.

“Es difícil saber cuánto tiempo pasó desde entonces”, dice Juan. “A mí me entraron maquinando y después de un rato me dejaron

descansar, me tiran no sé dónde y me taparon con plumavit y cartones, estaba en pelotas y cualquier hueón que pasaba me daba (...) Después los mandé a cualquier lado y volvieron a sacarme la concha de su madre porque no habían encontrado a nadie. No sé cuanto tiempo pasó, pero yo creo que empiezo a cagar cuando me vuelven a colgar y me traen a mi hija y la siento llorar, también habían llevado a mi mamá, pero cuando llevaron a mi hija y la escucho llorar... Siguieron un rato y en un momento yo digo basta y hablo, reconozco que estuve en el atentado y ahí cago, porque si a ti te dan un dulce, vas a querer toda la bolsa.”

Juan recuerda perfectamente el momento en que se reunió a solas con sus compañeros y admitió los hechos. Era una tarde de fines de noviembre y los cuatro, Enzo incluido, se mostraron receptivos de su situación. Lo que definitivamente no recuerda, y no sólo eso, está seguro de que no ocurrió así, fue haber reconocido a Joaquín ante el fiscal Torres. Por eso le sorprendió el cambio que Enzo experimentó hacia él un año y medio después, de regreso a la Cárcel Pública de Santiago.

“Cuando fui a saludarlo fue súper agresivo conmigo, ahí recién me di cuenta de que tenía un resentimiento muy grande en mi contra. No lo condeno, quizás si hubiese ocurrido al revés yo hubiese sido igual o peor, no sé, pero él no vivió lo que viví yo, a él no le tomaron a toda la familia.”

—¿Alguna vez lo hablaron?

—Nunca, después de esa primera vez, nunca, ni con él ni con nadie.

—Pero te lo hacía sentir.

—Sí, pero creo que principalmente era una cosa mía. Por ejemplo, yo estaba hablando contigo y estaba pensando lo que tú estabas pensando de mí, no podía sacarme el estigma de que la gente pensaba, aunque no lo decía, *Ah, este hueón es sapo*. No me podía sacar eso de mi cabeza.

—¿Y cómo lo sobrellevaste?

—En algún momento yo sentí que me iba, que me estaba volviendo loco con eso, con toda esta presión en mi cabeza, sentí

que ya no volvía. Fue tanto que una noche me dije *No puede ser, te están ganando, no puede ser, tienes que ganar esta batalla, tienes que cambiar; lo hiciste en un momento determinado, en un contexto (...)* Yo era el Sacha y tenía dignidad, cometí una cagada pero también hice muchas cosas en el Frente, no era cualquier hueón. Así empecé a quererme de nuevo, porque yo me estaba dejando de querer y me estaba volviendo loco.

—Ahí vino el cambio.

—Sí, pero yo creo que las cosas empezaron a ser distintas desde la fuga. Yo siempre he pensado que cuando me metí a ese túnel volví a nacer, a mí me parieron de nuevo.

Recoleta esquina Dardignac, a las puertas de un McDonald. El punto queda establecido como punto permanente para los siguientes encuentros. Ya es invierno y Juan Moreno llega contando que unos días atrás se topó en la calle con el Guatón Martínez. Su antiguo compañero de prisión, a quien no veía desde que ambos se sumergieron en el túnel con suertes dispares, debe ser la primera persona de ese entonces a la que Moreno vuelve a ver después de mucho tiempo.

Desde mediados de 1991, cuando dejó esa casa de seguridad que compartía con Óscar, quedó definitivamente descolgado de la organización. Aunque dice que él no se desvinculó del Frente sino que “fue el Frente el que se desvinculó de mí y de todos, porque comenzó a desaparecer”, el hecho es que quedó entregado a su suerte. Entonces se procuró una nueva identidad, dejó el país a través del paso fronterizo de Mamuil Malal, a la altura de Temuco, y de Argentina se trasladó a Brasil, donde vivía uno de sus hermanos. Salvo un brevísimo y casual encuentro con Milton y Marcos, a quienes se los topó en una feria artesanal de Sao Paulo, y alguna que otra comunicación aislada, no volvió a tener noticias de sus compañeros.

Desde las cocinerías de la Vega Chica, que era el lugar donde se juntaban antes de caer detenido, Juan Moreno dirá: “La decisión mía fue ésa: desaparecer, asumir mi resguardo personal, los costos

de todo eso, sin tener que andar haciendo asaltos para salvarme. Yo me salvé solo, por las mías”.

—¿Cómo fue el proceso de buscarte una nueva identidad?

—A ver, a través de unos gitanos de la población, yo pedí que me consiguieran un carné de una persona que no tuviera antecedentes judiciales, que estuviera limpia. Cuando me lo entregan y pongo mi foto y veo a contraluz que había quedado bien, porque eran de los carnés antiguos, me fui al Registro Civil y saqué un papel de antecedentes; después pido un papel de nacimiento y sale que soy hijo de padre no reconocido, así que asumo que tengo un trauma. Entonces me armo esa historia y salgo del país con ese documento. En ese proceso de ir y venir, que fueron como cuatro veces, el carné aguantó todas las entradas y salidas. Yo quería establecerme en un lugar y no lo lograba, no lograba establecerme en un país porque yo decía por qué tengo que vivir en otro país si yo nací en éste.

—¿Pero es cierto que en algún momento tus compañeros te enviaron plata para que te fueras a Europa?

—Sí, pero decidí quedarme, independiente de los problemas y de todo lo que me fuera a ocurrir de aquí para adelante. Cuando decidí quedarme era para siempre, no había vuelta atrás. No quise irme, porque estaba mi familia acá y por una terquedad mía, ¿por qué tengo que vivir en otro país?, ¿después cómo vuelvo?

—¿No es más agotador llevar una vida clandestina?

—Pero es lo que decidí.

—Pero es agotador, ¿no?

—Es agotador. Estar viviendo con una chapa que no es tuya, el no decir yo soy tal persona y querer vivir como Juan Moreno, eso te va gastando, te va cagando psicológicamente al final, porque quieres decirles a las personas que están al lado tuyo que te llamas así y no lo puedes hacer. Yo tengo ahora una responsabilidad con mis hijos, de alimentarlos, vestirlos, darles vivienda, entonces no puedo llegar y asumir mi otra identidad. Más pierdo que gano volviendo a ser Juan Moreno.

Unos días atrás tuvo un sueño. Fue un sueño ambiguo, de sentimientos encontrados. Juan soñó que se reencontraba con sus antiguos compañeros de prisión, los antiguos cuatro que cayeron con él. Aparecieron de pronto, no recuerda a propósito de qué, y los recibió con abrazos efusivos. La alegría fue inmensa hasta que llegó el momento de abrazar a Enzo. Entonces se produjo una situación tensa, muy distinta a la que recién se había producido con Milton, Óscar y Pedro. Quedaron mirándose fijamente, ninguno de los dos se movió de su lugar. Al rato el sueño siguió por otro curso, sin que Juan y Enzo llegaran a abrazarse, siquiera a decirse hola, tanto tiempo.

Desde una fuente de soda de calle Bandera, en el centro de Santiago, Juan Moreno relata el sueño de unos días atrás y señala que alguna vez llegará el momento de volver a verse las caras con Enzo. Entonces Juan pretende decir lo que calló en prisión, decir lo que ahora ve con más claridad y menos culpa, aunque eso, ya se sabe, no se va nunca, acompaña siempre.

En esos días también ha pensado en Ismael, que en 2000 murió en un accidente automovilístico en Bélgica cuando cumplía su sexto año de extrañamiento. Y ha recordado a Ramiro, que permanece detenido en una cárcel brasileña de alta seguridad cumpliendo condena de treinta años por el secuestro del publicista Washington Olivetto. En Chile, además, tiene pendientes dos condenas perpetuas por el asesinato de Jaime Guzmán y el secuestro de Cristián Edwards.

Juan se compadece de la situación de Ramiro y, como varios en la organización, no termina de explicarse por qué, después de haber protagonizado en 1996 una espectacular fuga en helicóptero desde la Cárcel de Alta Seguridad de Santiago, no se acogió a retiro. La explicación puede estar en *La cruz de hierro*, donde un veterano capitán Steiner vuelve a la guerra porque no tiene otra cosa mejor que hacer, porque no sabe —o teme— qué pueda ser de su vida sin una guerra.

Pero desde otro punto de vista, el síntoma Steiner también podría aplicarse a Juan Moreno, que teme volver a ser el que era

antes. En este caso, la clandestinidad también puede ser una forma de eludir el pasado, de no ser el que se era.

Juan Moreno, o comoquiera que se llame hoy, parece demasiado habituado a la clandestinidad como para dejarla de un día para otro.

Ya es verano y su caso presenta una novedad respecto al último encuentro. En el anterior, ocurrido a fines de año, Juan se había mostrado desanimado, cansado de su trabajo y su situación. En esa oportunidad había manifestado la posibilidad de volver a ser el que era, aunque tuviera que buscarse otro trabajo y enfrentar la justicia. Tal vez, dijo entonces, más gano que pierdo volviendo a ser Juan Moreno.

Ahora en cambio ha vuelto a tomarse las cosas con calma. Por el momento dice que seguirá como está, que el fin de la clandestinidad puede ser mañana o nunca, no lo sabe. Al menos ya dio un paso importante al respecto: meses atrás acudió al Registro Civil y obtuvo, como cualquier ciudadano, un documento de identidad que lo distingue como Juan Moreno Ávila. Eso ya es algo.

## AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a toda la gente que participó, colaboró y alentó este trabajo desde frentes diversos.

En primer término, a quienes prestaron testimonio y confiaron sus historias sin establecer condiciones de ningún tipo. Varias de esas personas son protagonistas de este libro y aparecen mencionadas con su verdadero nombre o chapa política. También a quienes accedieron a prestar testimonio y no aparecen nombradas por petición expresa o por razones de método y estilo.

A Ernesto Guajardo, Daniel Avendaño, Manuel Salazar, Santiago Pavlovic, Mónica González, Francisco Artaza, Marisol de la Cerda, Liliana Cocio, Miguel Paz, Javier Ortega, Andrea Insunza, Mauricio Gorget, Mabel Maldonado, Patricio Valenzuela y Jean-Christophe Rampal, que aportaron de diferentes formas, todas relevantes y generosas.

A todos en *La Tercera*, especialmente a la sección de Cultura, por el apoyo y las licencias otorgadas, y al Centro de Documentación, por la ayuda prestada.

A Jorge Leiva, Pachi Bustos, Daniel Turkieltaub, José Antonio Leiva, Mario Méndez, María José Pavlovic, Leila Guerriero y Paula Talloni, quienes acompañaron este proceso.

Vaya un especial reconocimiento a Álvaro Matus, por las charlas y sus agudas observaciones sobre el texto, y a Edel Castillo, por su tenacidad y talento, cuyo aporte como asistente de investigación resultó fundamental.

A la Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas, FASIC, por facilitar su archivo de causas judiciales.

Al Consorcio Periodístico de Chile S.A., Copesa, por prestar su archivo fotográfico.

A Pablo Dittborn, Pola Núñez y Germán Marín, que confiaron  
en este proyecto, que lo esperaron.

A Verónica y Renato.

A Paula, por la paciencia y el amor, por todo.

A Sofía, Javier y Manuela.



## REFERENCIAS

### Bibliografía

Álvarez, Katia y Macarena Osses. 2003. *Sumario de un frentista. Historia del comandante Ramiro*. Santiago: Escuela de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Arcis. Tesis para optar al título de Periodista.

Bardini, Roberto, Miguel Bonasso y Laura Restrepo. 1998. *Operación Príncipe*. Ciudad de México: Editorial Planeta.

Carmona, Ernesto (ed.). 1997. *Morir es la noticia. Los periodistas relatan la historia de sus compañeros asesinados y/o desaparecidos*. Santiago: sin editorial.

Cavallo, Ascanio, Manuel Salazar y Óscar Sepúlveda. 1997. *La historia oculta del régimen militar. Memoria de una época, 1973-1988*. Santiago: Editorial Grijalbo.

Cavallo, Ascanio. 1998. *La historia oculta de la transición. Memoria de una época, 1990-1998*. Santiago: Editorial Grijalbo.

Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. 1991. *Informe Rettig: Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*. Santiago: Ediciones del Ornitorrinco.

Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura. 2004. *Informe Valech: Informe de la Comisión Nacional Sobre la Prisión Política y Tortura*. Santiago: Ministerio del Interior.

Egaña, Daniel. 2005. *Narraciones de la tortura. Su representación en tres textos dramáticos*. Escuela de Antropología de la Universidad de Chile. Tesis para optar al título de Antropólogo Social.

Frente Patriótico Manuel Rodríguez. 1986. *Manuel cabalga de nuevo*. Santiago: Ediciones El Rodriguista. ■

García Pinochet, Rodrigo. 2001. *Destino. Dos hechos que mar-*

*caron la historia del general Augusto Pinochet relatados por su nieto.* Santiago: sin editorial.

Miranda, Pedro. 1989. *Terrorismo de Estado. Testimonios del horror en Chile y Argentina.* Santiago: Editorial Sextante.

Ortega, Javier. 2001. “La historia inédita de los años verde olivo”, en *La Tercera*, Santiago.

Palma Salamanca, Ricardo. 2001. *Una larga cola de acero. Historias del FPMR, 1984-1990.* Santiago: LOM Ediciones.

———. 1997. *El gran escape: desflorando el viento.* Santiago: LOM Ediciones.

Peña, Ana Verónica. 1990. *Fuga al anochecer.* Santiago: Editorial Los Andes.

Pohorecky, Adriana. 1995. *Ignacio Valenzuela. Fundador del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Testimonios.* Santiago: sin editorial.

Salazar, Manuel (ed.). 1996. *Bajo sospecha. Doce crímenes en suspenso.* Santiago: Editorial Grijalbo.

Salazar, Manuel. 1994. *Guzmán: quién, cómo, por qué.* Santiago: BAT ediciones.

Varas Lonfat, Pedro. 1998. *Chile: Objetivo del Terrorismo.* Santiago: sin editorial.

Verdugo, Patricia y Carmen Hertz. 1990. *Operación Siglo XX.* Santiago: Ediciones del Ornitorrinco.

Vidal, Hernán. 1995. *Frente Patriótico Manuel Rodríguez. El tabú del conflicto armado en Chile.* Santiago: Editorial Mosquito.

#### Diarios y Revistas

*Análisis, Apsi, Detective, La Época, Hoy, La Huella, El Mercurio, La Nación, El Periodista, Punto Final, Qué Pasa, El Rodriguista, La Segunda, Siete, Siete+7, El Siglo, La Tercera, Las Últimas Noticias, Vea.*

#### Sitios y Blogs

[www.archivo-chile.com](http://www.archivo-chile.com)

[www.el.clarin.cl](http://www.el.clarin.cl)

[www.derechos.org](http://www.derechos.org)

[www.fpmr.org](http://www.fpmr.org)  
[www.generacion80.cl](http://www.generacion80.cl)  
[www.lahistoriaquepodemoscontar.cl](http://www.lahistoriaquepodemoscontar.cl)  
<http://juicioycastigo.blogspot.com>  
[www.memoriaviva.cl](http://www.memoriaviva.cl)  
[www.elmostrador.cl](http://www.elmostrador.cl)  
[www.rebellion.org](http://www.rebellion.org)  
[www.sumariados.info](http://www.sumariados.info)  
[www.vicariadelasolidaridad.cl](http://www.vicariadelasolidaridad.cl)

#### Procesos Judiciales

Causa Rol N° 39.122 (caso Operación Albania)

Causa Rol N° 1.510-87 (caso Carreño)

Causa Rol N° 1.919-86 (caso Atentado a la Comitiva Presidencial)

Causa Rol N° 5004 (caso Los Queñes)

#### Audiovisual

Mendoza, Claudio (realizador). 2005. *Operación Albania. El gran montaje de la CNI*. Santiago: *Contacto*, Canal 13.

Trejo, Carolina (realizadora). 2002. *El gran escape*. Santiago: *Informe especial*, Televisión Nacional de Chile.